

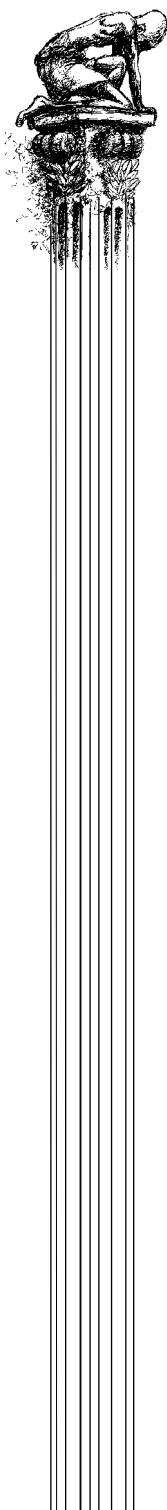


AÑO 101, No. 3-4, JULIO-DICIEMBRE 2010
ISSN 0006-1727 RNPS 0383

REVISTA

DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSÉ MARTÍ





Año 101 / Cuarta Época
Julio-Diciembre, 2010
Número 3-4
Ciudad de La Habana
ISSN 0006-1727
RNPS 0383



Director: Eduardo Torres Cuevas

Consejo de honor In Memoriam:

Ramón de Armas, Salvador Bueno Menéndez, Eliseo Diego, María Teresa Freyre de Andrade, Josefina García Carranza Bassetti, René Méndez Capote, Manuel Moreno Fragnals, Juan Pérez de la Riva, Francisco Pérez Guzmán

Consejo de redacción:

Eliades Acosta Matos, Rafael Acosta de Arriba, Ana Cairo Ballester, Tomás Fernández Robaina, Fina García Marruz, Zoila Lapique Becali, Enrique López Mesa, Jorge Ibarra Cuesta, Siomara Sánchez Roberts, Emilio Setién Quesada, Carmen Suárez León, Cintio Vitier

Jefa de redacción: Araceli García Carranza

Edición y Composición electrónica: Marta Beatriz Armenteros Toledo

Diseño: Yoe Piñeyro Rojas

Canje: Revista de la Biblioteca Nacional José Martí

Plaza de la Revolución

Ciudad de La Habana

Fax: 881 2428

Email: revbnjm@bnjm.cu

En Internet puede localizarnos: www.bnjm.cu

Primera época 1909-1913. Director fundador: Domingo Figarola Caneda

Segunda época 1949-1958. Directora: Lilia Castro de Morales

Tercera época 1959-1993. Directores: María Teresa Freyre de Andrade, Cintio Vitier, René Méndez Capote, Juan Pérez de la Riva y Julio Le Riverend Brusone

Cuarta época

Directores: 1999-2007: Eliades Acosta Matos

2007-: Eduardo M. Torres Cuevas

La Revista no se considera obligada a devolver originales no solicitados.

Cada autor se responsabiliza con sus opiniones.

ÍNDICE GENERAL

UMBRAL

- Todo Lezama en la Biblioteca Nacional
de Cuba José Martí** 7
Eduardo Torres Cuevas

ANIVERSARIOS

JOSÉ LEZAMA LIMA (1910-2010)

- Los ojos minervinos de Lezama Lima** 11
Rafael Acosta de Arriba

- Ceremoniales de Lezama a los *Diarios* de José Martí** 22
Carmen Suárez León

- Martí en Orígenes: Lezama Lima** 29
Mercedes Santos Moray

- Escuchando un tocadiscos Motorola en casa
de Lezama Lima** 31
Rafael Lam

MEDITACIONES

- Las habaneras le cantan a La Habana** 36
Emilio Cueto

- El controvertido Jorge Mañach** 39
Graziella Pogolotti

- Suardíaz: un sociólogo del gusto literario** 41
Eliécer Fernández Diéguez

- El hombre y la cultura en la obra marinelliana** 47
Mario Antonio Padilla Torres



La percepción equivocada	54
Newton Briones Montoto	
Fernando Alonso: “La danza es mi propia vida”	63
Leonel F. Maza	
<i>Viaje a la semilla</i> de Alejo Carpentier, otro de los antecedentes de lo real maravilloso: aproximación bibliográfica	73
Xonia Jiménez	
La Iglesia católica de cara a los cambios en América Latina	80
José Miguel Márquez Fariñas	
La unidad latinoamericana, ¿una posibilidad real?	98
Carmen Gómez García	
De los franceses. Registro bibliográfico en Cuba	115
Leonor Amaro Cano	
Vigencia y presencia de Antonio Guiteras	144
Juan Nuiry Sánchez	
Cine, historia y Revolución	148
Antonio Álvarez Pitaluga	
¿Puede ser el diseño arte o técnica?	153
Jorge Luis Rodríguez Aguilar	
El campo intelectual cubano en la Revolución	159
Irina Pacheco Valera	
Breve esbozo biográfico de Enrique José Varona	172
Josefina Meza	



Carolina Poncet, educadora por siempre	183
Matilde Salas Servando	
CRÓNICAS	
Para dos amigos	187
Marta B. Armenteros	
DOCUMENTOS RAROS	
El impreso más antiguo de la “morada del dragón invisible”	189
Olga Vega García	
LIBROS	
<i>La costa cubana del guineo. Una historia bananera,</i>	
del doctor Alejandro García Álvarez	196
Lourdes María Morales Frías	
<i>El hombre que amaba a los perros</i>	199
Marta B. Armenteros	
<i>La incesante temporalidad de la poesía</i>	203
Jesús Dueñas Becerra	
<i>La enseñanza de la conservación del patrimonio...</i>	
Un libro necesario	205
Amelia Gómez Fernández	
NORMAS DE PRESENTACIÓN DE LOS ARTÍCULOS	208



Todo Lezama en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí

Eduardo Torres Cuevas

*Director de la Biblioteca Nacional
de Cuba José Martí*

Desde 1901 en que se fundó la Biblioteca Nacional de Cuba, gracias al patriotismo inteligente y culto de un destacado grupo de estudiosos, escritores, bibliógrafos y eruditos cubanos, la institución ha acumulado en su fondos y colecciones el “saber cubano” y, a la vez, el “saber sobre Cuba”. Un hombre, en particular, tuvo sobre su inteligencia y sobre sus hombros la responsabilidad de la construcción de la Catedral de la Cultura Cubana, Domingo Figarola-Caneda. Independentista, cuyo hijo cayó en la batalla mambisa, había mantenido en París un periódico patriótico y revolucionario y una actividad bibliográfica y bibliotecaria convirtiéndose en uno de los más profundos conocedores del espíritu vivificador de la cultura cubana del siglo XIX que germinaba en la nación pensada y soñada de José Martí.

Durante años la institución fue acumulando colecciones, enriqueciendo sus fondos, gracias, entre otras formas,

a la donación de colecciones particulares de lo más granado de los estudiosos y coleccionistas cubanos. Convencidos de la importancia de la Biblioteca Nacional para la preservación de la memoria histórico-cultural del país, iniciaron, desde los años 40 del siglo que precede, un esfuerzo sistemático por lograr construir una edificación digna de ser el reservorio de un tesoro único constituido por el saber, aun en muchos casos desconocido, acumulado por generaciones de creadores, recreadores, anticuarios, investigadores y osados buscadores. Entre los nombres ilustres de quienes llevaron a feliz término la construcción de la Catedral de la Cultura Cubana, es obligatorio recordar los de Fernando Ortiz, Emilio Roig y Emeterio Santovenia.

En 1957, el imponente edificio José Martí de la Biblioteca Nacional de Cuba quedó inaugurado. Sus exteriores están formados por placas de mármol con los nombres de destacados representantes del pensamiento universal; en las columnas y en los mármoles de su entrada están grabados los de los escritores y patriotas cubanos; una torre de 16 pisos se alza retadora hacia la infinitud para preservar en ella más de cuatro millones de documentos. El marmóreo pasillo de entrada del primer piso, que conduce a la Sala General, presenta el mayor busto bajo techo de José Martí. Pero no es en esa planta donde se encuentran los secretos mejor guardados de la impresionante Biblioteca Nacional de Cuba. En el piso superior se localizan las salas especializadas. En particular, Colección

Cubana. Allí se conservan las colecciones preciadas confeccionadas por nuestros más destacados escritores e investigadores. Ellas sorprenden, por su riqueza, en manuscritos, mapas, fotografías, libros y revistas, entre otros documentos valiosos. En ese recinto sagrado de la cultura cubana, como uno de sus monumentos-documentos, está la colección Lezama Lima.

Durante años, los especialistas de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí han trabajado en el cuidado, preservación, organización, clasificación y verificación de lo contenido en la Colección Lezama Lima. Con esmero y amor –me atrevería a decir que con pasión– los papeles manuscritos, las fotos y todo aquello que el propio Lezama escribió, o sus amigos, y que él atesoró durante toda su vida, forma hoy parte del patrimonio de la nación cubana y, por ello, del universal. De su valor se desprende el celo con el que se cuida. Sumergirse, “nadar sin respirar”, en esos manuscritos, notas, a veces escritas al azar, o en sus cartas y artículos, produce la sensación, como dijera un autor autorizado, de sentir su respiración que, como los manuscritos sagrados de un culto universal –antiguo, simbólico y esotérico–, nos reafirma que: “Solo lo difícil es estimulante”. Lo luminoso no es lo contrario de lo oscuro sino “lo nacido sin placenta envolvente”. ¿Cuál hubiese sido la impronta de la obra de Lezama si hubiese nacido alemán, francés o inglés? Estaría en el centro del debate tanto literario como filosófico de hoy más que en el del ayer difuso y sin fronteras espaciales-temporales. Allí donde el culto a la razón (“pienso, luego existo”) dejó sin espacio al saber poético

(“existo, luego pienso; existo, luego trasciendo lo que siento”) o lo redujo a “simples versos rimados”, alardes de originalidades formales, Lezama convierte lo poético en una dimensión trascendente, en la articulación de la imaginación imposible sobre la imagen de lo posible (lo posible como límite temporal de la posibilidad); detrás de la imagen está la esencia del ser humano. Y es en su búsqueda y en ella donde se encuentra el espíritu vivificador de lo verdaderamente humano.¹ Así Lezama incita a introducirnos en el mundo que está más allá de lo inmanente, de lo simple, de lo retórico y factual; recorre los antiguos misterios egipcios, etruscos y griegos; posa en los medievales escritos de San Agustín; penetra en los clásicos hispanos, y recorre a modernos y contemporáneos. Un verdadero saber universal.

Pero Lezama es un auténtico resultado de nuestra ínsula. A diferencia de los imaginarios de utopías europeos, él no tiene que construir una isla imaginaria, una Nueva Atlántica; él nace en el topos de la utopía. De ahí, la profunda autenticidad de toda su imaginación, de su creación original, tanto hacia lo interno como hacia lo externo, como un todo unívoco. En ello está la vigorosa brotación de su cubanidad.

En 1937 Lezama publica *Coloquio con Juan Ramón Jiménez, El secreto de Garcilaso* y su poema *Muerte de Narciso*. Para algunos autores, en estos trabajos se encuentran las ideas fundamentales de sus posteriores escritos. Por lo menos tres aspectos en ellos explican lo que no estaría en su obra: su desacuerdo con la línea seguida por la revista *De Avance* (1927-1930) que defendía, según él, los aspectos más

externos de la cubanidad; su discrepancia con la tesis en boga por entonces –y lamentablemente recurrente en nuestro medio– de la condición angustiosa y trágica de la insularidad, y, por último, la cultura cubana como simple folclor. Lo que sí estaría, como superación de lo aparente, que no es esencia, es la superación de lo simple externo, del folclorismo reductor, del positivismo simplón y de los sociologismos numéricos. Es su búsqueda “[...] de esa especial sensibilidad de lo insular”² lo que acomoda la indagación de los orígenes y la inserción de lo cubano, como genuina emanación, de la amplia cultura universal.

Lezama inicia y cultiva una nueva dimensión de lo cubano, “la sensibilidad insular”. Con la “imagen como cantidad hechizada” y “la poesía como cuerpo enemigo”, asediado y apresado por el barroquismo de la imagen, coloca la “sensibilidad insular” en el mito “que nos falta” como componente integrador “de la cultura cubana con los orígenes de la cultura” universal. No resulta casual que su revista más trascendente lleve el nombre de *Orígenes* (1944-1956).

Hay un aspecto, esencial en la evolución de la filosofía cubana, que retoma Lezama y el cual es la más auténtica prueba del profundo conocimiento que posee de nuestros “orígenes filosóficos”. Rechaza la epidérmica definición de lo cubano como “mestizo”; porque “una expresión mestiza es un eclecticismo artístico que no podrá existir jamás”. Justamente en los tiempos en que nace *Orígenes*, el latinista español Genaro Artiles traduce del latín el libro del filósofo cubano José Agustín Caballero. Al hacerlo, se percató de

que durante más de siglo y medio se ha falseado el título original de la obra: en lugar de llamarse *Filosofía ecléctica* se llama *Filosofía electiva*. El asunto no era de poca monta. La filosofía ecléctica, tal y como fue entendida en el debate (1838-1841) que sostuvo el sobrino del padre Caballero, José de la Luz y Caballero, era el resultado de una composición de sistemas y de autoridades; por el contrario, la filosofía electiva era una auténtica búsqueda de la verdad, sin adhesión a sistemas o pesador alguno. El pensamiento electivo y crítico, en nuestras circunstancias americanas, era un instrumento necesario y propio para penetrar nuestra verdadera naturaleza para expresar, desde las esencias, nuestro verdadero ser. Luz, en lo filosófico, lo expresó en esta fórmula: “todas las escuelas y ninguna escuela, he ahí la escuela”; todas las búsquedas, desde el saber universal, anclado en el fondo de nuestras verdaderas esencias; un entramado universal y poético que contiene en sí un entramado cultural en la ínsula con topos. He ahí universalidad y, a la vez, cubanidad. Este camino culminará en la impresionante “pirámide del saber sentir” la sensibilidad universal cubana que contiene *Paradiso* (1966).

¿Qué es Nuestra América sino el espacio donde la imaginación encuentra la posibilidad de la realización sin límites del sueño-mito de lo posible-imposible (“la imagen posible de lo imposible”)? En los orígenes es sólo un espacio de agrupamiento-reconocimiento-diferenciación de lo externo impropio, plagada de mitos de los imaginarios originales y de los que llegaron allende el mar oceánico. Y tal como las naciones europeas construyeron su imaginario propio

—con más de mitos, leyendas y relatos de fabricaciones deseadas, pero no menos artificiales que de historia real (“La historia la escriben los vencedores”)—, América, con su naturaleza resistente, intrépida y retadora, es el espacio auténtico del mito. Más allá del dato histórico está el espíritu imaginativo que construye su propia fantasía; tiene su propia “cantidad hechizada”. Distingue Lezama tres etapas en la creación del imaginario americano: la de los cronistas de Indias, la del señor barroco y la de los artífices de la independencia. Lezama deja claro que su interpretación no es resultado de la razón analítica aplicada a los estudios históricos, sino de una auténtica realización poética en la cual interactúan imaginación y memoria. Lezama nos ha dado “otra” forma para entendernos; “otra” respuesta a las eternas preguntas de la filosofía: ¿Quién soy, de dónde vengo, a dónde voy? Nos permite entrar en “otra” dimensión del ser cubano; y en “otra” cosmovisión de lo universal. De ahí nuestra deuda trascendente.

La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí no podía dejar pasar por alto que, en el presente año, se cumple el centenario del natalicio de José María Andrés Fernando Lezama y Lima (19 de diciembre de 1910). Depositaria de los documentos, libros, revistas, fotos, notas, entre otros documentos, de Lezama y Lima y de sus amigos, la institución dedica el presente número de su Revista al destacado escritor cubano. La publicación se completa con un grupo de trabajos de investigadores y autores que permiten reunir en ella un importante grupo temático que ampliará, de seguro, el conocimiento sobre Cuba y sobre nuestros fondos.

Notas

¹ Jiménez, José. El solitario en la imagen, *Creación*.

El número que posee la Biblioteca Nacional de Cuba, no posee pie de imprenta ni paginación.

² Ruiz Barrionuevo, Carmen. Universalismo y cubanidad de José Lezama Lima, *Creación*.

El número que posee la Biblioteca Nacional de Cuba, no posee pie de imprenta ni paginación.

ANIVERSARIOS

José Lezama Lima (1910-2010)

Los ojos minervinos de Lezama Lima

Rafael Acosta de Arriba

Investigador y ensayista

Sólo dentro del arte nada es imposible.

JOSÉ LEZAMA LIMA

*En la práctica literaria, las palabras
proporcionan, como promedio, tantas
ideas –posibilidades– como las ideas
proporcionan palabras.*

PAUL VALÉRY

Para José Lezama Lima fue en sumo importante detenerse delante de un cuadro de fray Juan Sánchez Cotán, traído al Museo de Bellas Artes de La Habana por la French Gallery en marzo de 1958. La obra, vista por él antes en un catálogo, lo había impresionado de tal manera que escribió entonces el texto “El bodegón prodigioso”, incluido más tarde en su libro de ensayos *Tratados en La Habana*.

Hasta ese momento, el poeta casi todo lo que había visionado de arte internacional (por supuesto, excluyendo lo existente en nuestras colecciones) se debía a reproducciones en láminas y libros. Y como se sabe, no es lo mismo ver la obra al natural que mediante una

copia, así sea la mejor y más fiel de las reproducciones. Al salir del museo, Lezama reconoció que en particular el cuadro lo fascinaba a pesar de que en la muestra se incluyeron piezas de Watteau, Mantegna y Breughel. Apuntó entonces en su diario: “Pero no obstante, volvíamos una y otra vez al Bodegón de Sánchez Cotán. Ya se nos había convertido en la inmensa sonrisa del ingenuo invencible”.¹ Esta dificultad práctica –apreciar el arte a través de reproducciones–, de consideración para un escritor que dedicó muchas páginas a las artes visuales, tanto en su prosa crítica y narrativa como en su poesía, no fue impedimento para que Lezama hiciera sobre muchas obras de arte interesantes críticas e interpretaciones.

Completamente diferente fue su relación con el arte nacional gracias al conocimiento directo de obras y artistas. Recuerdo en el año 1991 haber entresacado de su notable papelería inédita existente en la Biblioteca Nacional José Martí un texto, entre manuscrito y mecanografiado, de Lezama sobre Fidelio Ponce. En él pondera la lucidez de la alucinación del artista, una voluntad de los opacos, como un sentido de ultratumba, muy caro a Lezama por cierto, a la vez que le reprocha su falta de alegría y cierta nocturnidad en sus motivos. Ante la procesión taciturna de niños sonámbulos y arlequines sin rostros que conforman los personajes de muchos cuadros fidelianos, una población

cuasi dantesca, Lezama escribió: “Pintor telúrico, sin utilizar la posición de los cambiantes con su pestaño movedizo, va directamente a la mera presencia de figuras abisales. De las esquinas surgen sombras”.² Sin duda alguna una estética que le era muy familiar y a la que solo le objetó el exceso de seriedad. Nunca he entendido por qué razón su autor mantuvo sin publicar el breve e iluminador escrito.

El diario, o los diarios pues son dos, permite seguir las anotaciones del poeta-crítico que fue Lezama, y el arte ocupa no poco espacio. Con anterioridad, el 29 de febrero de 1940, hizo este significativo apunte: “El arte de hoy es crítico, sintético. Ninguna gran pasión. Una de las tonterías más frecuentes: decir que nuestra época es tan grande como el Renacimiento”.³ Aunque dichas aseveraciones sean polémicas, nos llevan a seguir el talante de las opiniones de Lezama acerca de estos temas. El presente texto, que se sabe de carácter introductorio, será una tentativa de abordaje de tópicos relacionados con la forma en que el autor de *Paradiso* se volcó a pensar las artes visuales, sin duda, una de sus grandes y permanentes obsesiones.

Leer con atención los diarios y su correspondencia nos guía hacia influencias y nortes intelectuales, así como a preferencias personales. De igual forma cuando se estudia la ensayística de José Lezama Lima sobre artes visuales, el curioso no puede dejar de sentir cómo las obras de algunos autores franceses –Valéry y Baudelaire entre los primeros– sirvieron de inspiración y fecundo diálogo a nuestro escritor. El arte como expresión genuina de libertad espiritual y vasto espacio para la imaginación, o

mejor, como gestor de posibilidades infinitas entre lenguaje e imagen, aparece tanto en dichos autores como en Lezama.

Este trabajo no pretende hurgar en dichas influencias como tópico central, si bien no las eludirá cuando llegue el momento, sino que intentará más bien un acercamiento general a las miradas y las concepciones de Lezama acerca del fenómeno de las artes visuales.

Con anterioridad, Reynaldo González,⁴ Leonel Capote⁵ y Roberto Méndez,⁶ realizaron interesantes y bien documentados estudios sobre el tema. El primero aprovecha para urdir el texto, su conocimiento personal y directo de Lezama, una relación que lo nutrió y sobre la cual ha escrito con profusión; el segundo, como parte de una tesis doctoral para la que Capote realizó amplias búsquedas bibliográficas, y con la cual llamó la atención por primera vez sobre el caudal investigativo de los textos sobre arte del poeta de la calle Trocadero. El tercero, el más documentado y riguroso de estos estudios y el más circunscrito al lenguaje propio de la crítica de arte, significa una inspirada inmersión de Méndez en las concepciones artísticas de Lezama. Otro texto a considerar, aunque de un tono descriptivo, es el que le dedica la autorizada especialista Adelaida de Juan en su libro *Paisaje con figuras*.⁷ Recién un trabajo de diploma en la Universidad de Oriente también merodeó con bastante conocimiento estos contornos.⁸

El tema se abre a nuevas miradas y a vínculos no abordados lo suficiente con una zona muy peculiar de la crítica de arte a la cual accedí por primera vez cuando elaboré mis estudios sobre la

ensayística de Octavio Paz acerca de las artes visuales,⁹ una investigación que se mantiene aún en proceso de enriquecimientos complementarios.

Comencemos pues por ubicar contextualmente los estudios lezamianos sobre artes visuales. Conviene colocarlos con sumo cuidado en esa región de la ensayística continental sobre estos temas que se ha dado en llamar desde hace unos años “crítica poética de las artes visuales”, y que posee en Luis Cardoza y Aragón, José Lezama Lima y Octavio Paz a sus figuras más descollantes.

Me refiero a una crítica que preferencia la belleza escritural, el fuerte tono impresionista de sus juicios, el desdén por las consideraciones teóricas y academicistas,¹⁰ la interrelación con disciplinas como la psicología y la sociología, pero sobre todo, y como rasgo esencial, pensar el arte desde la imaginación de la poesía. Distanciándose gradualmente del punto de vista eurocéntrico, estos escritores no pretendieron gestar teorías preceptivas o conceptos clasificatorios, sino pensar el fenómeno del arte y sus procesos desde la metáfora epistemológica, lo que después Lezama elaborará, quizá con mayor intensidad que ningún otro poeta y ensayista, hasta concebir su sistema crítico-poético a partir de un nuevo logos de la imaginación. Sobre este punto en particular nos referiremos más adelante, pues es el sistema lezamiano lo que lo diferencia, y a la vez lo acerca, de Cardoza y Paz.

Para algunos especialistas, la obra de José Ortega y Gasset¹¹ constituyó una fuente en donde abrevaron los escritores antes mencionados a mediados de la pasada centuria, un autor que



desvió un tanto las miradas sobre la ensayística francesa y al mismo tiempo concentró las búsquedas filosóficas de los pensadores del continente en nuevos referentes y códigos visuales no vistos con anterioridad. Con relación a la gran influencia del pensamiento filosófico literario de Ortega en Cuba entre los años 30 y los 50 es muy interesante el libro *Filosofía cubana in nuce*,¹² de Alexis Jardines, por el cual se puede aventurar un juicio acerca de la presencia orteguiana que se puso de relieve, de manera particular, en la polémica entre Lezama Lima y Jorge Mañach.¹³

Fue Jorge Mañach¹⁴ quien señaló que más que los ecos de la *Nouvelle Revue Française* (Valéry, Gide, Proust), lo que trascendió en la década de los 30 del siglo xx –decisiva etapa de formación intelectual en Lezama– fueron

los poetas de la *Spoon River Anthology*, afirmación difícil de discutir, pero que en el caso de Lezama no significó para nada el abandono de sus inmersiones en la espesa tradición francesa.

Un detalle no poco importante es que Lezama no contradice, sino que continúa la costumbre de la más tradicional crítica de arte continental –hasta ese momento– en cuanto a no escribir sobre arte o artistas conceptuales (aunque en Cuba no los hubo de notoriedad hasta los 80). En esa línea de conducta crítica también se inscriben los otros notables escritores de la denominada “crítica poética” de arte, Cardoza y Paz, sin embargo, de este último hay que reconocer su brillante y agudo ensayo sobre Marcel Duchamp, mediante el cual hizo una intensa y polémica irrupción en el tipo de arte que se estrenaba con el francés. Al mediar el siglo xx y crecer las aportaciones del arte conceptual y gestual inaugurado con los *ready-made* de Duchamp, se fue creando un paulatino divorcio entre los principales escritores y el nuevo arte, fenómeno que comenzó a tener una nueva forma de relación entre palabra y obra plástica con el surgimiento de los jóvenes críticos e historiadores del arte de promoción universitaria.

Regresemos unas décadas. En los años 30 (y más adelante) del siglo xx los grupos de escritores Los Contemporáneos, en México, y Orígenes, en Cuba, crearon una particular forma de relación creativa entre escritores y artistas plásticos que tuvo ecos no tan sobresalientes en otros países. En estos años se produce la ya comentada fascinación orteguiana, que contribuye a incentivar la actitud mediante la cual los escritores (en particular poetas

y ensayistas) se presentaron como los naturales descodificadores de las reflexiones de los artistas plásticos. Como dice el escritor y artista mexicano Pablo Helguera, tal percepción dio lugar a la gran libertad interpretativa que los escritores se toman para abordar las obras, creando a su vez un género híbrido entre la crítica y la meditación poética.

El surrealismo aportó lo suyo, sobre todo en México, país visitado por Breton, Buñuel, Remedios Varo y otros exponentes del movimiento, potenciando considerablemente las posibilidades inagotables de la metáfora visual en su interrelación estrecha con las visiones de los poetas. A Cuba llegó con menos fuerza. De estos debates Lezama toma nota, pero se mantiene a distancia. Preferencia un tanto el cubismo, no así al surrealismo (sobre el cual no manifiesta desde sus ensayos ningún entusiasmo), si bien a menudo, quizá contradiciéndose, mucha de su prosa poética (sobre todo en sus primeros textos) aparezca impregnada del espíritu del surrealismo literario. Julio Cortázar, quien advirtió bien esas influencias, le dijo en una ocasión que en su prosa se encontraban aunados “[...] el despojamiento, tal como lo entendía Mallarmé, con la sobreabundancia prodigiosa de sustancia viva y espiritual que hace la grandeza de lo mejor del surrealismo”.¹⁵ De igual manera, Lezama incluye a Lautréamont y al surrealismo¹⁶ como fuentes y razones de inspiración de la mejor poesía contemporánea americana, lo que supone una nueva ponderación del movimiento, aunque sólo sea en la literatura.

El cubismo le resultó atractivo, novedoso y penetrador en los misterios

de la imagen, esa zona ignota que tanto le desveló. Dice en una entrevista: “Del cubismo aprendemos que el objeto existe varias veces, qué es él y su múltiple diversidad”, y en otro momento agrega: “Pese a su factor eventualmente desintegrador y facetado, el cubismo es tal vez la visión de Dios recuperada por los órganos de toda forma imperfectos del hombre. También quizás una visión insistente y emotiva, totalizadora e intraspecífica del arte, camino por donde el hombre se hace Dios y recupera a sí mismo”.¹⁷ Lezama se extiende en estas respuestas en resaltar las calidades incisivas y larvarias del cubismo, no se limita en los elogios y llega a decir que es preciso aprender a mirar desde la perspectiva cubista: “El cubismo es una conquista que nos conquistó y un descubrimiento con el que lograríamos incesantemente descubrirnos”. En otro momento, ahora desde el ensayo, y aplicando estos criterios a la pintura de Amelia Peláez, Lezama escribe: “Desde Braque, el cubismo fue un medio del cual cada uno se sirvió a su medida. Por eso, Amelia pudo decir con Braque: el cubismo apenas me interesa, lo que yo amo sobre todo es la pintura”.¹⁸ Lezama repara en el carácter genésico de la obra de la pintora cubana, quien sin desconocer lo que la historia del arte le plantaba delante, prefiere recomenzar con sus símbolos originales, “[...] con una alegría de estar presente el día que la nebulosa se echó a andar para ser penetrada por la voluptuosidad [...]”, que es como prefiere decirlo con su prosa poética peculiar y única.

¿Conocía por ese entonces Lezama de las búsquedas de Roman Jacobson, el cual interesado por las artes visuales señaló, en más de una ocasión, las afi-

nidades entre su teoría fonológica y el cubismo? Pudiera ser, en definitiva el investigador ruso no estaba haciendo otra cosa que establecer sistemas de relaciones entre poemas, líneas, formas y volúmenes, es decir, en última instancia entre lenguaje escrito y símbolos plásticos. Un principio cardinal en las artes que Lezama ponderó por sus vías: ver la asociación y correspondencia entre objetos y representaciones en apariencia diferentes, la analogía baudeleriana –visión como sensualidad convertida en formas y trazos. Lezama es sentencioso sobre Amelia cuando dice: “Adquirió una forma dentro de la polémica contemporánea”. Ningún elogio mayor que este, de acuerdo con su cosmovisión, el tópico cubista queda superado ahora como cuestión teórica de segundo orden, lo importante es la creación plástica en su sentido natural y genésico.

Es curioso que de los dos grandes artistas del siglo, Picasso y Duchamp, nuestro autor hable del primero mas no del segundo. Del malagueño dice que hay que verlo, al igual que a Cezanne, como un maestro renacentista, no como un contemporáneo, una distinción sutil que merece un examen más hondo en un trabajo de mayor despliegue que este. Dice: “Si nos acercamos a Picasso hace más de treinta años, con un ardor presuroso, tenemos que alejarnos de él con lentitud cuidadosa, sin elevarlo a modelo de la propia frustración [...]. ¿Cómo evitar los peligros de huirle –nueva afelpada trampa–, cuando ya estábamos superando los peligros de acercárnosle? Picasso ha creado el organun de nuestra época. Un complicado suceso donde lo extenso –estilística–, se mezcla al sujeto con suficiente impulso

para traspassarlo, para comunicarle el necesario fuego”.¹⁹ Para Lezama la poderosa y casi inevitable pregnancia de la obra del andaluz es como una “épica de lo perceptible”, un criterio que poco más adelante en el texto sobre Mariano Rodríguez, intenta parangonar con Rafael y El Greco, a su juicio las “tres sumas” del conocimiento plástico universal.

Si Octavio Paz pondera a Duchamp como el gran artista del siglo xx, aun por encima del enorme e influyente Picasso, Lezama opta entre este y Manet, Cezanne o Matisse como los grandes de la centuria. Esta diferencia no es solo de nombres, da una idea del sesgo de las diferencias de miradas y de sus concepciones sobre el arte entre estos dos grandes escritores. En lo que sí marchan en paralelo es en la vocación común de gestar una crítica desde la metáfora epistemológica, desde la mirada poética que intentaba convertir en sustancia lírica cuanto se miraba y admiraba.

Cuando los artistas comienzan a gestar a finales de los 60 un tipo de arte cuestionador y problematizador de la realidad y de los propios procesos artísticos, aliado al objeto y al gesto, cuando se prioriza la reconstrucción de la práctica artística en sí distanciándose y divorciándose a ultranza del arte contemplativo, están requiriendo de nuevas formas de lectura e interpretación a las que los escritores sobre arte como los tres mencionados (Cardoza, Paz y Lezama) no pueden o no les interesa seguir la corriente. Según Helguera:

Este es el verdadero rompimiento, por primera vez, con la tesis orteguiana del arte como una forma abierta sujeta a interpretaciones más o menos libres, y por primera

vez en el siglo xx, encontramos que son los artistas visuales y no los escritores, los que cuestionan una comprensión de la estética que de hecho precede en algunos aspectos a lo que se hacía en Europa (si consideramos por ejemplo los experimentos neocroncretistas de Brasil, como los Quasi-Cinemas de Oitica).²⁰

Lezama había buscado inicialmente en José Martí y Julián del Casal los referentes que alimentaron su mirada sobre arte, en particular el primero, sobre el que volvió una y otra vez como discípulo reverencial que reconoce el magisterio indiscutible de su mentor por excelencia. Pero es en Baudelaire y Valéry donde el autor de *Paradiso* encuentra un grupo de ideas que metabolizará para poder acercarse a la plástica cubana con herramientas apropiadas. Son casi cuatro décadas de pensar sobre artes visuales que se inician con estudios sobre dos figuras de la vanguardia plástica de 1927, Arístides Fernández y Víctor Manuel García, y que continuará con artistas de la promoción siguiente: Amelia Peláez (en realidad una figura de transición), Mariano Rodríguez, René Portocarrero y Alfredo Lozano.

En los 40 Lezama se centra en los artistas vinculados con el grupo Orígenes y en la década siguiente escribe sobre algunos artistas extranjeros; en el caso de cubanos también elabora estudios sobre Rafael Moreno, Vicente Escobar y Enrique Collazo, estos dos últimos artistas del período colonial. En los 60 redacta un largo ensayo sobre la pintura y la poesía en Cuba en los siglos xviii y xix, y en los 70 se acerca a Antonio Canet, Fayad Jamís y Luis Martínez Pedro.

No debería entrar a particularizar sus juicios sobre arte sin detenerme a hacer algunas precisiones que me parecen importantes: una, todas las elaboraciones intelectuales de nuestro autor sobre artes visuales hay que comprenderlas dentro de su cosmovisión poética general o, más directamente, dentro de lo que se ha denominado su sistema poético; y dos, la labor de revisor de Lezama Lima aporta también mucha información sobre sus posiciones y enfoques acerca de las artes visuales, lo cual puede seguirse sin dificultad al repasar los números de las revistas en las que laboró, en particular *Orígenes*.

En el análisis de las miradas lezamianas sobre artistas, obras y arte en sentido general, centro de este trabajo, quizá podría decirse con la misma convicción que hace tres décadas animó al crítico Guillermo Sucre: “Con Lezama Lima todo parece ser formulado nuevamente desde la raíz de las cosas”.²¹ O también, con palabras de Julio Cortázar al referirle al propio autor de *Paradiso* que al leerlo sentía: “[...] la sensación de un encuentro de dos actitudes cotidianamente hostiles, el alquitaramiento de esencias y principios sutiles, y el estallido jugoso de la pasión americana [...]”. Es decir, sentimos vértigo ante la fuerza centrífuga de un razonamiento encadenador de imágenes y el arremolinamiento de saberes, referencias cultas y lecturas no cumplidas (por el lector) con las cuales nuestro autor salpica y teje sus textos. O con otras palabras, la inmersión en las aguas procelosas y profundas de una erudición infinita.

Para entender —o al menos acercarse a una posición en donde la comprensión pueda darse con mayor

facilidad— el sentido de la crítica de arte de Lezama Lima sería necesario penetrar en lo que el llamó “el animismo de lo cohesivo”. Articulación de saberes, al parecer distantes, entre objetos e imágenes, entre ideas y tiempo. Crear una invisible red de símbolos a partir de las imágenes, dándole vida a lo que no existía previamente. Comprender esta esencia escritural de su prosa poética nos llevaría a colocarnos en una altura para poder divisar mejor dentro del bosque de significaciones que fue su encendida palabra.

En la delirante exposición de su lenguaje habría que comenzar por entender que sus presupuestos para la prosa apuntaban a crear “[...] un cuerpo, una sustancia resistente enclavada entre una metáfora, que avanza creando infinitas conexiones y una imagen final que asegura la pervivencia de esa sustancia, de esa poiesis”. Su idea de que en la literatura “todo estaba dispuesto para un nacimiento, no para una repetición” se dirige hacia esa voluntad germinadora de su visión poética o, de igual forma, hacia la idea de “mejor que sustituir, restituir”, que es reincidente en esa capacidad de reengendrar desde el lenguaje.

La realidad del mundo invisible es otro de los blancos permanentes de la prosa y la poesía de nuestro autor, destino al que es necesario llegar desde la metáfora y la episteme, asumiendo nuevas gravitaciones, nuevas tierras por explorar. Así, la “penetración en mi oscuro” —dirá de su propia obra— es un concepto que se emparenta con el del “Eros cognoscente” (la carnalidad del verbo era para él otro elemento conformador de la imagen) y nos conduce a la certidumbre de que su hermetismo fue

un modo de ser, de ver y de respirar, es decir, de entender-sentir el mundo y la literatura.

Lezama configuró realidades a partir del lenguaje “buscando la increada forma del logos de la imaginación”; generó una fe en la poesía, en sus posibilidades avisoradoras. La nueva naturaleza gestada por el verbo nos permite (le permite) ver desde una forma original –del origen–, la otra naturaleza existente, la realidad. Las complejas elaboraciones del sistema de Lezama, si se le puede llamar así, tienden a tirar puentes en todas las direcciones del conocimiento, se trata de metáforas epistemológicas y de relaciones multiculturales que van creando de forma gradual su propia hermeneútica, a la vez que estableciendo zonas de riesgo donde caben, cómo no, hasta la retórica incomprensible y se puede vislumbrar la desmesura o la carcajada íntima del bromista silencioso.

El símbolo nos conduce al signo, operación semiológica que repitió una y otra vez, es otro de sus goces tácticos. El orfismo de Lezama, asunto muy estudiado como se sabe, representa una búsqueda ascensional-descensional a lo oscuro, un examen permanente que intenta realizar una experiencia de totalidad del conocimiento. Privilegiar la acción descifradora de la imagen, pero entendiendo que esta también es creadora de un nuevo misterio, es otra de sus maneras de vivenciar el lenguaje. Una trama imaginaria se va urdiendo para experimentar una sensación vital “en el misterio de la extrañeza de las alianzas”, es decir, en las nuevas consumaciones que ofrece el vínculo palabra-signo. Se trata de las correspondencias o analogías baudelerianas

utilizadas por Lezama para sus constantes enmascaramientos. Sin embargo, Roberto Méndez²² no opina igual al decir que a Lezama no le interesaron las correspondencias en la acepción de Baudelaire por entenderlas “fallidas”, un juicio que merecería un replanteamiento o una discusión más puntual, a mi modo de ver.

Sobre Arístides Fernández, uno de sus artistas de culto, escribió: “Una creación de símbolos es un proceder que avanza desde la mera causal diferenciación particular hasta un modo genésico trazado por el tedio crítico, por el común denominador de una marginalia diferenciada, de una paradoja mítica. Un símbolo únicamente existe por los aglutinantes favorables que se han puesto de acuerdo para seguir el río de miradas que se van alargando sobre una planicie [...]”. En otras palabras, el ordenamiento de lo invisible implica el desorden de todo principio axiológico anterior. Lezama siempre reorganizará de nuevo, buscará nuevas interrelaciones, esa es su vocación o su don.

Un ensayo, extenso y de curso al parecer caótico, pero que conserva una fina línea conductora apenas apreciable, lo dedica Lezama al análisis de la poesía y la pintura en Cuba en los siglos XVIII y XIX, titulado “Paralelos”.²³ Aquí aparecen con claridad los referentes franceses señalados al comienzo de este texto. Es evidente que Lezama leyó con cuidado y provecho la crítica de arte de Baudelaire, pues dice:

Son incuestionables, pues, las relaciones de Baudelaire con la pintura de su época, como lo es también la poesía de Mallarmé, haciendo saltar el fauno en el centauro de la siesta, como lo haría también Debussy.

Había un soporte crítico en Baudelaire, que lo llevaba a detener la fluencia [...]. Pero el hecho de que Baudelaire se acercase a la obra de Ingres o de Delacroix, nos llevaría a rastrear y a negar la presencia de esos pintores en *Las flores del mal* y su acercamiento a lo horrible goyesco pudo haberlo adquirido en la tragedia griega [...]. Pues todo paralelo parece brotado del *simpathos*, que después la crítica aísla y separa, colocando entre la aparente semejanza distancias inconmensurables.

Me detengo en la expresión final, lo que “la crítica aísla y separa”; es como si Lezama sintiera que esta es una inconsistencia de cierto tipo de crítica y uno comienza a advertir que todo su quehacer ensayístico operó en sentido contrario, es decir, en establecer uniones, tender puentes entre referentes que poseen conexiones subterráneas que sólo la condición y la mirada del poeta son capaces de acercar y levantar.

Lezama cita a Valéry en sus aproximaciones a la música y a Mallarmé (pero estos saltos a referentes aparentemente distantes se encuentran a cada paso en el ensayo lezamiano); luego regresa a Baudelaire y sus vínculos con la pintura y dice sobre el enfoque de este acerca de Daumier: “Si [Baudelaire] hace un retrato de Daumier, queda tan solo la posibilidad del signo poético y de su inaudita precisión para ver a uno de sus más eficaces contemporáneos [...]”. Lezama señala entonces el hecho de que Delacroix se enfureció en su tiempo ante las críticas de Baudelaire, porque “[...] subrayaba siempre el lado mórbido de sus cuadros [...]”, y concluye que ningún otro pintor como

Delacroix “exaltaba en Baudelaire sus potencias de admiración”, con lo cual coincide, dicho sea de paso, con una idea de Octavio Paz acerca del poeta francés. Las referencias de Lezama al autor de *Las flores del mal* revelan las profundas lecturas que realizó sobre su crítica de arte, y su conclusión en este largo ensayo acerca de Baudelaire es significativa: “[...] Manet será siempre el más maestro de los impresionistas y Baudelaire el más apasionado enemigo de la fugacidad de las sensaciones y del relativismo impuesto por las variantes de lo temporal en la apreciación de la belleza”.

El ensayo de Lezama, extenso, sobreabundante en citas intertextuales y de referentes de culturas distantes, nos lleva a recorrer dos siglos de pintura y poesía en Cuba en los que va marcando la inmadurez e inconsistencias de la primera y el calmo pero seguro crecimiento de la segunda. Dice: “[...] en nuestros siglos XVI y XVII esos elementos históricos-expresivos no han alcanzado una altura dimensionable o de simple relación [...] en esos dos siglos tan solo no existe lo configurativo operante, ni siquiera lo larval llega a su etapa formal [...]”. Así, de forma gradual, llega a los siglos que centran su texto y que concluye en una ponderación lezamiana de José María Heredia y José Martí como las figuras culminantes de la literatura y la imago cubanas del siglo XIX (“la imagen que devuelve la lejanía”). En el trayecto pueden contarse a lo largo de casi 40 páginas, la referencia a más de 120 figuras históricas y de la cultura universal, a quienes acude nuestro autor para argumentar o iluminar, a cada tramo del texto, el nacimiento de la cultura artística y

literaria en Cuba. Desde Tucídides y Cristóbal Colón, pasando por Novalis, Proust, Sor Juana Inés de la Cruz, el Papa Clemente VII y Chesterton, hasta Humboldt, Talleyrand, Manuel del Socorro Rodríguez, Manzano, Plácido y Zenea, algo realmente alucinante, mas sin abandonar siquiera por un instante la rigurosidad del análisis. Es un ensayo en donde Lezama urde la trama cultural que, a su juicio, fue conformando la sustancia de nuestra cultura en un viaje apasionante y azaroso, cuyos pretextos fueron la pintura y la poesía cubanas en los siglos formativos de la nación. Es un trabajo en el cual reitera el valor de la imago como elemento penetrador de los tiempos pasados y herramienta para rastrear la expresión artística de otras épocas.

Un acercamiento a su concepción de la imagen daría nuevas luces sobre sus reflexiones acerca del arte. Para Lezama la imagen es fuente de energía que se transforma en ideas a partir de sus estados connotativos, produce sinergias y encadenamientos de iluminaciones, y se convierte por tanto en hecho socializable; la imagen es testimonio de lo que ya no es sino en tránsito hacia lo que puede ser, puente y espuela de deseo para el pensamiento. Cuando él afirma que la imagen reaparece sin cesar en cualquier análisis intelectual nos está confirmando esa virtud de movimiento de ella, nunca estática como pudiera pensarse erróneamente. Su afirmación, “La imagen es su propia andariega condición”, nos habla de la suficiencia que para él poseía la imago mundis la que, gracias a esa condición de movimiento infinito, podía motivar los análisis semánticos, literarios y humanísticos posibles.

Debemos finalizar este texto, ya demasiado extenso. Si aceptamos que la

ensayística sobre arte de nuestro autor se establece sobre las virtudes del signo poético, no solo como expresión sino como fórmula de exploración de los universos virginales, estaremos en disposición de entenderla como parte de un logos filosófico que comprende su poesía y su escritura en general, o sea, su cosmovisión artística. Su propensión a ver los asuntos desde la oposición binaria o díada, propio de la cultura órfica tan cara a Lezama, también ayuda a esclarecer nuestra comprensión de un autor en esencia críptico y dado a moverse desde la oscuridad y la noche como conceptos inmanentes a toda su prosa reflexiva.

Como Cardoza y Octavio Paz, la crítica sobre arte de José Lezama Lima se inscribe en ese corpus que hemos denominado crítica poética de las artes plásticas, pero en el caso de nuestro autor sería imprescindible decir que, de los tres, es quien realiza sus elucubraciones desde la inmersión más profunda en las esencias mismas de la reflexión poética, sin hacer demasiadas concesiones a las inevitables intoxicaciones de la prosa. No hablo de una razón estrictamente retórica. Las cantidades hechizadas con que adereza sus reflexiones sobre arte pertenecen a la poiesis pura y genésica del hacedor de metáforas, sin preocuparse mucho de las convenciones académicas y las preceptivas de la historia del arte, tampoco del uso tradicional del mito o de los códigos semióticos del momento, y mucho menos de las cuestiones técnicas de las artes visuales.

En él, como hemos venido señalando en este trabajo, la clave se da en cifra de reconstruir, de crear un método mítico nuevo, de vivenciar la obra como un

misterio a desentrañar desde el lenguaje poético generando nuevas asociaciones y conocimientos sobre el arte, o de nuevo con sus palabras, “persiguiendo las luciérnagas más fascinantes”.

Notas

¹ Lezama Lima, José. *Diarios (1939-49 y 56-58)* / Comp. y notas de Ciro Bianchi, Ediciones UNIÓN, La Habana, 2001, p. 115-116.

² Este trabajo permaneció inédito por muchos años, después se publicó en algunas compilaciones, pero me cupo el placer de darlo a la luz por primera vez en *La Gaceta de Cuba* (número 4, mayo-junio de 1992, p. 11-13).

³ *Ibidem*, p. 42.

⁴ González, Reynaldo. *Lezama Lima, el ingenuo culpable*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988.

⁵ Capote, Leonel. *La visualidad infinita. José Lezama Lima* / Introd., estudio crítico, selección y notas Leonel Capote. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994.

⁶ Méndez, Roberto. *La dama y el dragón*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2000.

⁷ Juan, Adelaida de. “José Lezama Lima”. En *Paisaje con figuras*, Editorial UNIÓN, La Habana, 2005.

⁸ Mendoza, Reyner. Tesis de diploma, Facultad de Artes y Letras de la Universidad de Oriente, Cuba.

⁹ Acosta de Arriba, Rafael. *Los signos mutantes del laberinto. La crítica de arte de Octavio Paz*. Tesis defendida para la obtención de un doctorado en ciencias, 2009, (Inédita)

¹⁰ Lezama diría sobre esto: “[...] una academia más donde profesores sentados cómodamente en el esqueleto de sus conceptos se vuelquen ante los escalones sin inquietud”.

Lezama Lima, José. “Carta sobre el Estudio Libre de Pintura y Escultura”. En Capote, L. *Op. cit.* (5).

¹¹ Ortega y Gasset, José. *La deshumanización del arte*, España, Editorial Espasa, 2007.

Es conocido que su “hechizo” sobre la intelectualidad de mediados del siglo xx fue considerable y duradero. En cuanto al arte,

este libro resultó una revelación para los estudiosos.

¹² Jardines, Alexis. *Filosofía cubana in nuce; ensayo de historia intelectual*, Editorial Colibrí, España, 2005.

¹³ No se debe desconocer el sentido homenaje póstumo que le dedicó Lezama a Ortega en el último número de *Orígenes*, donde lo llamó “Ortega, el americano”. Honda admiración se desprende de ese breve texto.

¹⁴ Fonet, Ambrosio. *En blanco y negro*, Edición Cocuyo, ICL, La Habana, 1967.

¹⁵ Cortázar, Julio. Cartas a Lezama Lima. Revista *CREDO*, ISA, La Habana, año I, octubre de 1993, p. 28.

¹⁶ Lezama Lima, José. “Prólogo”. En Ortega, Julio. *Una poética del cambio*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1991.

¹⁷ Guerra, Félix. *Para leer debajo de un sicomoro, entrevistas con José Lezama Lima*, Editorial Letras Cubanas, 198, p. 75-76.

¹⁸ Lezama Lima, José. “Amelia”. En Capote, L. *Op. cit.* (5). p. 167.

¹⁹ _____. “Todos los colores de Mariano”. *Ibidem*, p. 176.

²⁰ Helguera, Pablo. “Los caminos de la crítica poética de arte en Latinoamérica”. *Arte al Día. Boletín del Consejo Nacional de Artes Plásticas*, Año 2, No. 80 y 81, julio de 2003.

²¹ Sucre, Guillermo. *La máscara y la transparencia*, Monte Avila Editores, Caracas, 1975.

²² Méndez, R. *Op. cit.* (6). p. 137.

²³ Lezama Lima, José. “Paralelos. La pintura y la poesía en Cuba (en los siglos xviii y xix)”. En Capote, L. *Op. cit.* (5).

Ceremoniales de Lezama a los Diarios de José Martí

Carmen Suárez León

Ensayista e investigadora

*Todo el árbol de los Diarios, son
iluminaciones y potencias del misterio.
Y toda la luz, más tarde o más temprano,
se dirige a sus destinos. Yo bebí y bebo
de aquellas aguas bajo idénticas noches.
Y tal sigiloso azar constituye uno de los
placeres del existir. ¿Por quién me dejo
acariciar sino por mis aguas que corren?*

JOSÉ LEZAMA LIMA

Cuando Lezama nombraba los Diarios de José Martí se refería al *Diario de Montecristi a Cabo Haitiano* (14 de febrero-8 de abril de 1895) y al *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos* (9 de abril-17 de mayo de 1895), es decir a los dos diarios que escribió en su trayecto de incorporación a la Guerra de Independencia de 1895, la cual había organizado minuciosamente a través del Partido Revolucionario Cubano, y en las funciones de delegado de ese partido. Significaba también, y sobre todo, su regreso a la patria como soldado libertador, lo cual constituía la culminación de su vida.

Esos Diarios son, sin lugar a dudas, la zona del cuerpo textual martiano más reverenciada y admirada por Lezama Lima. En los más sorprendentes giros de su escritura, dibuja un contrapunto con

los Diarios, los cita, explora su deslumbramiento, intercala comentarios que se pueden leer como plegarias y ritos de veneración a un texto sagrado. En su “Secularidad de José Martí” escribe:

Su imaginación se ha vuelto cenital y misteriosa, y ha penetrado en su misión con el convencimiento de que quien huye de la escarcha se encuentra con la nieve. Arrostró esa escarcha; amarró su caballo en el tronco de cuerpo y aceite, y penetró alegremente en la casa del alibi. Las palabras finales de su Diario, uno de los más misteriosos sonidos de palabras que están en nuestro idioma, bastan para llenar la casa y sus extrañas irrupciones frente al tiempo.¹

Con ese lenguaje cuajado de símbolos, en su acostumbrada dimensión mítico-poética, se va a referir siempre a esas páginas finales del poeta cubano, añadiendo siempre nuevos haces de significado en un registro francamente sacralizador. No se detiene el poeta habanero en el misterio de la paternidad desplegado en el *Ismaelillo* (1881), ni en el barroco y hondo juego de luces y sombras de esa épica de la modernidad con que Martí construye sus crónicas modernistas, tampoco lo hace en los *Versos libres*, cuyas contorsiones expresionistas dibujan con sangre la aventura existencial del alma del poeta, ni en sus *Versos sencillos*, obra maestra de sus postrimerías. Los grandes maestros de nuestra lengua se han detenido en todas estos textos. Lezama no. No puede uno menos que entrar a considerar esa lectura lezamiana que privilegia de manera tan recurrente y categórica esos cuadernos de apuntes fechados, difíciles de encasillar en algún género,

escritos a su paso por Santo Domingo, Haití y Cuba. El primero de ellos dedicado a las niñas María y Carmen Mantilla,² el segundo, al que suelen algunos llamar *Diario de campaña*, pero que no lo es del todo así, porque asuntos de guerra no se tratan en él sino de soslayo, son más bien apuntes sobre el viaje de él y la tropa mambisa por entre las serranías orientales, donde Martí anota las incidencias de los caminantes, los encuentros, las conversaciones, describe el paisaje y sus emociones en el encuentro con la tierra cubana, ya en condición de insurrecto, sobre las armas.

Ya sabemos que Lezama lee no sólo el libro, sino todos los textos que le presenta su universo en busca de sentidos ocultos, a la espera del conocimiento o reconocimiento de lo numinoso, y que la poesía se le ofrece como esa resistencia de lo desconocido a la cual hay que arrebatarle algún destello. Y la escritura martiana posee esa densidad donde la historia, la carga existencial del poeta y su afán de penetración en lo desconocido conmocionan al lector con una intensidad alcanzada por pocos creadores.

Al considerar cualquier texto martiano, Lezama admira y desmenuza sus contenidos con apego de discípulo. Sin embargo, al acercarse a los Diarios lo hace como el intérprete de un texto sagrado. Muchas razones ofrece para este acercamiento. Con esos típicos razonamientos parabólicos que buscan resemantizar el pasado a partir del presente en un ordenamiento contrario a cualquier cadena causal, nos propone un enlace martiano con el texto fundador de nuestra literatura, *Espejo de paciencia*, y escribe: “La imago ha



participado entre nosotros a través del título de un libro escaso y pobrísimo y en la lejanía, la sentencia y la muerte de José Martí”,³ y más adelante vuelve a afirmar: “Está dispuesto José Martí y es esa imago más fascinante junto con su muerte, a llenar el contenido vacío de ese espejo de paciencia”.⁴ De modo que nos propone que la articulación de ese título con la imago martiana, con su escritura y con su muerte nos habría dado la posibilidad de inaugurar nuestra literatura con un Enquiridión, un libro talismán. Lezama no lo proclamó, pero lo que leemos en sus textos sobre los diarios nos permiten suponer que ese libro talismán eran los Diarios que finalmente llenaban de sentido el título de *Espejo de paciencia*. De manera que, al celebrar su centenario en la revista *Orígenes* postula: “José Martí fue

para todos nosotros el único que logró penetrar en la casa del alibi. El estado místico, el alibi, donde la imaginación puede engendrar el sucedido y cada hecho se transfigura en el espejo de los enigmas”.⁵

En el magnífico texto de José Lezama Lima “Paralelos. Sobre la pintura y la poesía en Cuba (siglos XVIII y XIX)” el fragmento dedicado a Martí, luego de configurar su vida y su obra como un conjunto de bailes rituales con la muerte, se aboca al momento de su tránsito final y escribe: “En estos momentos es cuando José Martí comienza a fijar la escritura dibujada de su Diario, que es para mí el más grande poema escrito por un cubano, donde las vivencias de su sabiduría se vuelcan en una dimensión colosal”,⁶ y a continuación los compara con las *Soledades* de Góngora y con las *Iluminaciones* y *Una temporada en el infierno* de Rimbaud y fundamenta que Martí escribe las Soledades que le faltaron a Góngora dentro de esa cantidad hechizada que va de “Lola, jolongo, llorando en el balcón” y “un jarro hervido en dulce, con hojas de higo”,⁷ que son las frases con que se inicia y termina el *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*. Se trata de que a Martí le corresponde llenar un vacío, y dice que “[...] estaba reservado para un americano y para un cubano, la selva que necesita y el desierto que pregunta y la flecha de la soledad americana que le parte la cabeza”.⁸ Así que escribe entonces la Soledad de la selva y la Soledad del yermo, que son esos dos Diarios.

Sabemos que el estilo con el que Martí escribe estos Diarios es diferente, se nota a primera vista cuando se es un lector de la obra martiana. De esa

prosa lujosa de Martí, cargada de largos períodos, mechada con metáforas espléndidas, donde campea el hipérbaton y se pulen texturas, efectos visuales y auditivos, engastados en largas tiradas ensayísticas, pasamos en estos apuntes a una prosa fulminante, de un lujo ceñido, económico, concentrado. Se acabaron las largas intercalaciones, las idas y venidas, los paseos martianos hacia otras dimensiones de su vivencia. Ahora se ciñe a su paso por la tierra, va atento a lo que vive en lo inmediato, nombrando lo que ve con una llaneza y una felicidad que se carga de sabiduría y que, como dice Lezama, tiene como modelo al sabio Taita, el esclavo guardiero que ha vivido y sufrido mucho. Esta conexión de Lezama entre las sabidurías de Martí y del Taita, son parte de esa lectura del misterio con la que procede el poeta habanero y que impresiona por ser un salto mortal entre puntos al parecer muy lejanos, y que Lezama acerca y funde como poeta absolutamente empapado en los entrecijos de más difícil interpretación de la cultura cubana.

En muchos momentos de su obra consulta los Diarios –como se consulta un enquiridión, un manual con sus normas y mandatos–, y los interpreta para tejer sus propios argumentos mito-poéticos sobre la cultura cubana y americana. Martí es mirado y definido en el espejo del Taita, del cual, dice Lezama: “El Taita vive en una cabaña, apartado, con pequeños animales graciosos, y él mismo se hierva sus yerbajos para la incorporación deleitosa. Dice la palabra de prudencia o inicia la gran rebeldía. Es un rey, un sabio, un hechicero, cuando muere parece como si un toro benévolo se lo llevase

de paseo a la región de los lagos. La sabiduría del taita es la que ya Martí atesora en su Diario”.⁹

Y su crítica divide los diarios en dos zonas. *El Diario de Montecristi a Cabo Haitiano*, que es su travesía de organización y atadura de cabos, el ir al encuentro de Máximo Gómez por tierras haitianas y dominicanas, del cual establece que “La primera parte de esa escritura es para la sabiduría que lleva Martí. Su manera de aprender, el oído contra el viento”.¹⁰ Y anota que el “[...] lenguaje de Martí no es nunca aprendido, sino pintado como un garabato para ser reconocido por la siguiente caravana”.¹¹ Luego, nos apunta del *Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos*:

En el otro Diario, está ya con los guerreros acampado a la sombra de las colinas. Su sombra se agranda

cuando conversa cerca de la hoguera. Ve surgir el gigante de las ruinas, tal como lo vio Heredia, pero ya en Martí el gigante está reducido por la corbata que le ha hecho un niño. De pronto se oyen las reyertas de los reyes en la tienda de Agamenón. Hay una página arrancada. Me detengo absorto ante ese vacío. Pero mi perplejo se puebla, allí están, uno tras otro, los tres negritos de Juana Borrero. La página arrancada ha servido de fondo a la sonrisa acumulativa e indescifrable del cubano.¹²

La lectura lezamiana siempre aparece cifrada con esos enlaces significativos, ahora análoga el pasaje del gran poema herediano “En el Teocalli de Cholula” donde se le presentan a Heredia las visiones nocturnas del volcán Popocateptl,



el gigante del Anáhuac y los crueles reyes aztecas salidos de las ruinas con el pasaje de la visita de Martí en Santo Domingo a la Casa de Recreo en Santiago de los Caballeros, donde hay carnaval y se aparece un hombre disfrazado de gigante y con guantes, de quien un niño dice que lleva la corbata en las manos. Toda la crueldad de las visiones heredianas trocadas en un gigante, un niño y una fiesta. Luego, con la mención de la reyerta de los reyes en la tienda de Agamenón, alude a la reunión de La Mejorana en su legítima dimensión épica, homologando de forma natural un pasaje de nuestras guerras con la escritura homérica. Para terminar, los tres negritos de la pintura famosa de Juana Borrero le salen al paso desde las páginas del Diario, y yo, temerariamente los localizo en el encuentro con la tropa de Quintín Banderas, al que hallan junto a Narciso Moncada y Deodato Carvajal. Son conjunciones provocadas por Lezama para nutrir esa imagen histórica que alimenta a la cultura cubana.

Hay una recurrencia a Martí que muchas veces cierra un texto o se interpola, y se despliega como elemento legitimador y de comparación dentro de las valoraciones literarias o culturales de Lezama. En el caso de la obras del héroe poeta cubano, con los Diarios se produce también esa recurrencia y pueden producirse curiosas conjunciones, porque alrededor de ellos, y como imantados por ellos, muchos textos de esa época son como prolongaciones de esa misma escritura. En especial es el caso de las cartas que va dirigiendo a amigos y familiares, como mensajes o semillas lanzadas a su paso y que gravitan en esa misma cantidad hechizada,

en el mismo círculo mágico que trazan los Diarios.

Por ejemplo, en una conferencia dedicada a José María Heredia,¹³ realmente muy curiosa porque luego de presentar con intensidad y detalles al poeta Heredia y su coyuntura existencial en las primeras páginas, se explaya después en largas consideraciones sobre el romanticismo europeo, e intercala sus propias tesis y cierra con el tema de los Diarios sin que Heredia aparezca de nuevo. En dicha conferencia escribe el poeta habanero: “En el Diario que escribe Martí, donde culmina la prosa cubana, terminado pocos días antes de su muerte, tiene la noticia de la muerte del héroe y escribe la frase que todos recordamos: ‘ya no hay Flor, cayó (sic) de un balazo en el pecho’”.¹⁴ Y luego analiza con emoción la belleza de la frase y su precisión, pues en ella se sintetizan lo triste y lo delicado con la dureza de cepa española y postula: “Observen que no hay mejor manera de decir esto, parece como si nuestra gran figura quisiera rescatar a la muerte, vemos su nerviosa mano como en una fulguración, regalarle una flor a la muerte, parece como si la detuviese entre la pólvora y los gritos arremolinados”.¹⁵

Sin embargo, sucede que al escribir de memoria, Lezama cita mal, y cita otro texto. Y me parece que es la lectura de las referencias a Flor Crombet tanto en el Diario como en una de sus cartas lo que quedó vibrando en la reminiscencia lezamiana, ya que Martí con unas pocas palabras sueltas aquí y allá nos deja un testimonio escrito de maestría excepcional en el cual queda apresada toda la intensidad y delicadeza de su sentir ante la muerte del gran guerrero. Estos pocos apuntes son:

En el Diario, el día 21 de abril escribe: “¿Será verdad que ha muerto el gallardo Flor?”.¹⁶ Y termina este texto que detalla los incidentes del día y sus conversaciones, con esa expresión: “¡Ah Flor!”.¹⁷

Anota el día 22: “Juan llegó, el de las escuadras, y él vio a Flor muerto, con su bella cabeza fría, y su labio roto, y dos balazos en el pecho; el 10 lo mataron”.¹⁸

Vuelve a escribir el día 26: “[...] y a Flor lo mataron”.¹⁹

El 30 de abril, en una carta de Martí dirigida a Gonzalo de Quesada y a Benjamín Guerra aparece el texto que admira tanto a Lezama, y donde se lee: “Ya no hay Flor, de un balazo en el pecho”. Esta oración corona todas las otras frases que ya vienen arrastrando una inmensa carga emocional en torno a la palabra Flor, que en sí misma es un complejo de significación muy condensado por ser el nombre de un guerrero y el genérico de flor en un trance de muerte heroica. En el hecho y su escritura evocados por Lezama a partir del Diario puede inferirse la huella que su lectura dejó en el poeta.

Ese trayecto hacia el punto en el cual cae muerto bajo las balas, documentado en sus Diarios, y su muerte, son los que Lezama recrea continuamente en su obra hablando de poesía, de historia, de cultura. En una comparación con Zenea, escribe: “Zenea acepta el destierro, pero es la muerte la que no puede esclarecer, sólo Martí acepta el destierro y la muerte, la hipóstasis de nuestros símbolos se ha profundizado. Ha obtenido la sacralización de la imagen de la tierra prometida, signo o columna que se vislumbra en la lejanía. La muerte es también para él un cami-

no del crecimiento, seguir creciendo bajo la hierba”.²⁰

Y aun más adelante, la imagen de Martí y la escritura de sus Diarios vuelven a ser pensados e incorporados como línea de fuerza esencial en su ensayo *La expresión americana*, esa gran meditación donde Lezama teje desde la poesía un verdadero núcleo resistente de americanidad, en el ejercicio de una propiedad y una soberanía otorgadas por esa larga y lenta rumia de todas las culturas que le permiten colocarse en su centro y tomar posesión de su parcela con todas sus ganancias y su natural originalidad sin nada que envidiar y mucho que celebrar. En esa reflexión, Martí es invocado como el representante de una gran “navidad verbal”, como aquel que “logra el retablo para la estrella que anuncia el acto naciente”. Y de los Diarios dice:

Las palabras finales de sus dos Diarios, nos recuerdan las precauciones que se han de tomar por las moradas subterráneas según el *Libro de los Muertos*. Pide libros, pide jarros con hojas de higo. Ofrece alimentos “con una piedra en el pilón para los recién venidos”. El valle parece exornar sus gargantas para el recién venido, el cual comienza a reconocer y a nombrar, a orientarse en lo irreal, según los cultos órficos, por la gravedad del pan, el equilibrio de la escudilla de leche y los ladridos del perro. Sus Diarios son el descubrimiento táctil del desembarcado, del recién venido, del duermevela, del entrevistado. Preside los grandes momentos de la expresión americana.²¹

A nada ni a nadie otorgó Lezama semejante jerarquía trascendente ni tantas cifras para la interpretación de nuestra

cultura cubana y americana, y todo ese numinoso juego de significaciones lo lee el poeta habanero en los retratos de los mambises que va describiendo en sus *Diarios Martí*, en las comidas que los campesinos le ofrecen tan parecidas a ofrendas, en su observación del paisaje imponente del monte, de sus noches y su continuo nombrar árboles, caminos y sitios, en esos fragmentos de conversaciones anotadas al paso de los caballos, o en las noches de vivaqueo.

Así, junto a su muerte en el vórtice de la guerra libertadora, los *Diarios* que documentan su peregrinación de insurrecto son leídos como un enquiridión, como un libro talismán que enlaza todos los hilos de nuestra historia, todos los hilos de nuestra lógica y de nuestra fantástica cultural, como una escritura trascendente y cifrada con las claves de nuestro pensar y de nuestro hacer.

Notas

¹ Lezama Lima, José. “Secularidad de José Martí”. En Vitier, Cintio, comp. *Martí en Lezama*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2000, p. 21-22.

² Escribe Martí al frente de ese *Diario*: “Mis niñas: por las fechas arreglen esos apuntes que escribí para vs., con los que les mandé antes. No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que puede pasar hombre, iba pensado en Vds. Su M.”.

Martí, José. *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 19, p. 185.

³ Lezama Lima, José. “Introducción a un sistema poético”, En su *Obras completas. Tratados en La Habana*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2009. p. 20

⁴ Ídem.

⁵ _____. “Secularidad de José Martí”. En Vitier, C. *Op. cit.* (1). p. 21.

⁶ _____. *La cantidad hechizada*, Ediciones UNEAC, La Habana, 1970, p. 184.

⁷ *Ibíd.*, p. 185.

⁸ *Ídem.*

⁹ *Ibíd.*, p. 186.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 187.

¹¹ *Ídem.*

¹² *Ídem.*

¹³ _____. “Conferencia sobre José María Heredia”, En su *Fascinación de la memoria. Textos inéditos de José Lezama Lima* / Sel. y pról. Iván González Cruz, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, p. 104.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 103.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 104.

¹⁶ Martí, J. *Op. cit.* (2). t. 19, p. 220.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 221 y 225.

¹⁸ *Ídem.*, p. 221.

¹⁹ *Ibíd.*, t. 4, p. 142.

²⁰ Lezama Lima, José. “Juan Clemente Zenea”, En su *Confluencias. Selección de ensayos* / Sel. y pról. de Abel. E. Prieto, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1988, p. 174.

²¹ _____. “El romanticismo y el hecho americano”. *Ibíd.*, p. 261.

Martí en Orígenes: Lezama Lima

Mercedes Santos Moray
Ensayista y escritora

Hay múltiples formas de acercarse a la obra y a la vida de José Martí, todas igualmente válidas y posibles, sin embargo, una de ellas lo es la poesía, aprehender la sustancia del Apóstol desde el reino de la imago.

En este universo, de sustancia metafísica, se mueven las aproximaciones que realizó otro gran José de nuestras letras, el autor de *La cantidad hechizada*, el poeta José Lezama Lima, durante varios años, desde la década del 40 a bien entrados los 60 del pasado siglo.

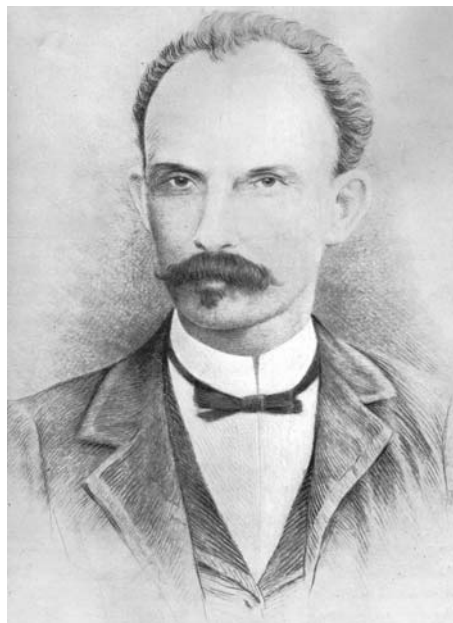
Orígenes era una respuesta, desde la poesía, y desde el sentimiento entrañable del amor por Cuba, a un medio rutinario y mediocre, la búsqueda de una expresión auténtica a partir de la palabra.

Y será, gracias al verbo, que Lezama se encontró con el legado de Martí: “[...] el único que logró penetrar en la casa del alibí. El estado místico, el alibí, donde la imaginación puede engendrar el sucedido y cada hecho se transfigura en el espejo de los enigmas”.

Desde su intrínseca condición de poeta, pudo desentrañar el bosque e ir a las esencias, en un contexto signado también por dogmas y preceptos canónicos que reducían al cubano, autor de los *Versos libres*, ignorando lo que le era propio: el principio de la totalidad.

El idioma le permitió fecundar la idea, trascender los espacios y adueñarse para siempre de la infinitud de la palabra, desde el estudio de los clásicos, como también por haber bebido en las fuentes orales de lo popular más legítimo. “En José Martí culminaron todas las tradiciones cubanas de la palabra [...]”, afirmará Lezama, quien reconoció, también en el Maestro, el protagonismo de la eticidad y el fuerte acento estoico de su existencia: “Martí puso al servicio de su causa los recursos más cautivadores del arte y la inteligencia”.

Mas el poeta de Trocadero no se lamentará, como lo hizo Darío, ante la caída apostólica en Dos Ríos, porque comprendió, como pocos lo han logrado hacer en profundidad, los nexos y la síntesis que se da en Martí de la historia y del verbo: “Fue suerte inefable para todos los cubanos que aquel que trajo las innovaciones del verbo las supiese encarnar en la historia. Fue



suerte también que el que conmovió las esencias de nuestro ser fue el que revivió los secretos del hacer. El verbo fue así la palabra y el movimiento del devenir. La palabra se apoderó del tiempo histórico [...].”

Uno de los más conmovedores apuntes lezamianos sobre la poética martiana es cuando desde lo más hondo de su sensibilidad también de hombre y de poeta se refiere a aquellas páginas escritas por Martí en sus 38 jornadas de la guerra, a partir del desembarco hasta el encuentro del Cauto con el Contramaestre: “[...] su Diario, que es para mí el más grande poema escrito por un cubano [...]”, al cual llega a sentir hermanado a los grandes poemas de Luis de Góngora, sus *Soledades*. Para Lezama el Apóstol continúa, desde el élan vital al corpus de la palabra como testimonio, al completar aquellas soledades de la poesía clásica hispana en tiempos del barroco, con las que apuraba, en la manigua, un americano, quien sería el autor y voz de la selva y el desierto...

Como resultan estremecedores los criterios que nos da Lezama de sus lecturas de los *Versos libres* (poemario que también creo el más intenso de toda su lírica), versos en los que “[...] también se adelanta [...] a las posibilidades nuevas de la palabra. Aquí logra Martí signo de la gran poesía, una expresión superverbo, donde se borran las palabras y el silencio, para alcanzar el prontón universal. Hasta la llegada de Martí, según ha reconocido el mismo Unamuno, el verso libre no había tenido semejante tratamiento. Todo el Martí, clásico e innovador, está en esos versos”.

Asimismo nos admira cómo mide la oratoria martiana, su papelería ejem-

plar, el dominio de la imagen en el discurso de la poesía, mientras se entrega a su patria y a su pueblo, empujado por la que Lezama llama la obsesión del desembarco, necesitado como estaba del reencuentro con la tierra, y nos regala calificativos lapidarios sobre los Versos sencillos: “[...] esos octosílabos rimados, esplendor de la sencillez elaborada con que Martí se aventuró en el tiempo. Pienso en ellos, algunas veces, como la flor primera, absoluta y total de la cubana”.



Escuchando un tocadiscos Motorola en casa de Lezama Lima

Rafael Lam

Periodista

Lezama Lima, como buen oidor de música, tenía su tocadiscos Motorola High Fidelity de 33 y 45 rpm. Entre sus preferidos se encontraban discos de la música europea que llamamos de concierto o sinfónica, los consabidos danzones de su tiempo y alguna que otra música cubana.

En realidad, era un impenitente conversador, como buen cubano intelectual, pero, como era la moda de entonces, la llegada del tocadiscos fue una verdadera novedad muy apreciada en aquel entonces, cuando no existían los medios electrónicos de hoy.

César López, escritor amigo de Lezama, me cuenta que su tiempo lo empleaba más en leer y escribir que en escuchar música como el común de los cubanos y añadió: “Pero, sé que le gustaba asistir a los conciertos del Auditorium, práctica que dejó de hacer por sus impedimentos físicos. Tengo entendido que asistió al estreno de Homenaje a la tonadilla, de Julián Orbón –el que puso los versos de Martí a la *Guajira guantanamera*. Lezama tenía gustos muy circunscritos a lo sinfónico europeo (Wagner, Mozart). Subvaloró la obra del estadounidense Gershwin, acerca de eso discutió en una ocasión con Oscar Hurtado”.

Y memoriza Fina García Marruz:

Nosotros visitábamos al músico Julián Orbón el compositor vivía con su inseparable piano en una

residencia demasiado grande para él. Allí acostumbraban visitar el padre Costelo y Lezama, todos tarareábamos la famosa *Guajira guantanamera*, con versos de José Martí, que había musicalizado el propio Orbón. Julián era de Avilés, Asturias, pero desde 1932 visitaba Cuba y se instala en 1939, donde estudió en el Conservatorio Orbón (de su propio padre). Todos pertenecíamos al grupo Renovación y a Orígenes, encabezado por Lezama. Lezama, quien decía que lo que escribía Orbón siempre sonaba bien, que era un raro arquetipo musical. Es en 1958 cuando Orbón pone los Versos sencillos a la *Guajira guantanamera*. Mi esposo Cintio Vitier en su libro *Lo cubano en la poesía*, escribió: “Experiencia inolvidable, verdadera iluminación poética, la de oír a Julián Orbón cantar la música de la Guantanamera de Joseíto Fernández, esas estrofas donde Martí alcanza en su propio centro, las esencias del pueblo eterno”. Lezama tuvo también muchas palabras de elogio sobre esta musicalización y sobre la obra en general de Orbón, nuestro gran amigo.

El poeta y escritor Roberto Fernández Retamar, desde su oficina, tuvo la gentileza de responder mi llamada para recordarme que Lezama era un admirador del rockanrolero Elvis Presley.

El presidente de la Casa de las Américas me cuenta que “Lezama era amigo de Julián Orbón y estuvo presente en el estreno de la obra *Homenaje a la tonadilla* (compuesta en 1947). Acerca de una audición de la obra *Cuadro de una exposición de Mussorgski*, Lezama comentó: ‘Cómo le regaló Ravel toda su música a Musorki’”.

En su obra paradigmática *Paradiso* hace mención a fragmentos del *Mesías* de Haendel, el *Concierto para clarinete* de Mozart, Brahms, Paganini, Beethoven, Tchaikovski. También habla de ópera, de baile, de fiestas familiares. Menciona *El barbero de Sevilla*, de una *Cantata* de Vivaldi

Menciona en el libro *Diarios* una frase de Nietzsche muy reveladora: “Para el griego sabio significa hombre de gusto. Dichosos los que tienen gusto, aunque sea mal gusto”.¹

Cuando Lezama contaba con 37 años, en 1957, estaba de moda el rock and roll de Elvis Presley y Bill Haley y sus cometas. En Cuba se vivía la edad de oro de la música, en el hit parade: las charangas de cha cha chá como Melodías del 40, Neno González, Aragón, Sensación, y los conjuntos Casino y La Sonora Matancera, y Barbarito Diez con Romeu, Ernesto Lecuona.

En el Diario, el día 19 de marzo de 1957 escribe: “Después de las nueve p.m. salimos Gastón Baquero y yo con Olga de Blanck y Gisela Hernández. Su juventud debe haber sido bella. Oímos Vivaldi. Saboreamos butifarras provenzales y un coñac”.

Gisela en esa fecha contaba con 45 años y estaba muy relacionada con Olga de Blanck y Orlando Martínez por haber trabajado cuatro años en la localización, revisión, análisis y publicación de

cuatro danzas de Ignacio Cervantes, y en la revisión de seis estudios de conciertos para violín solo de José White, así como de siete danzas para piano de Gaspar Villate.

Asombrosamente, Lezama el 28 de marzo de 1957 se refiere a la irreverente música popular de su tiempo:

Oigo los Tannegeers, el calipso, selecciones de rock and rolls. A qué plenitud se va acercando Norteamérica. Los Tannegeers, cantado por un grupo de muchachos norteamericanos, me impresionan como las buenas cosas populares de los rusos o de los españoles. Oyendo música norteamericana sacada de los negros del sur, de Spirituals, de canciones de Trinidad o de la isla de Santo Tomás tiene uno la sensación de fijar a ese pueblo, de influir las reservas de su poderío. En sus mejores canciones hay proverbio, sabiduría, algo que distingue y algo que se hunde en un torrente universal. Como si se terminase la alegría superficial, dar paso a la sabiduría. ¿Cuánto tiempo demorará en convertirse esa sabiduría, algo que distingue y algo que se hunde en un torrente universal como si terminase la alegría superficial, para dar paso a la sabiduría? ¿Cuánto tiempo demorará en convertirse esa sabiduría en peligrosa, como la del mundo occidental? ¿Acaso en el mundo que se avecina tendrá algo de un pielroja recorriendo las ruinas atenienses? ¿Las ruinas del mundo antiguo podrán ser salvadas por un pielroja? Cuidado, se esboza una sabiduría, un sentido, una canción, vamos a ver si no se convierte en peligro, en veneno. Eso si suce-



diese no nos habremos salvado de las maldiciones del eterno retorno. Y ya en ese cansancio nada valdría la pena.²

Lezama el 24 de julio de 1957 recuerda escuchar *El sombrero de tres picos*, dirigido por E. Ansermet: “Es, desde luego, obra muy oída, por eso la recordamos en su continuidad. La ejecución de Ansermet es buena. Pero nos lleva a preguntarnos si los maestros anteriores le habían mixtificado o si Ansermet le había hecho arreglos. Quizás como Ansermet la dirigió por primera vez en París, tiene el recuerdo de algunas indicaciones directas de Falla”.

El 20 de agosto de 1957 escucha la *Sinfonía No. 5*, de Carlos Chávez:

“Se observa como en la arquitectura mexicana moderna lo piramidal, el fondo de su raza. Asimilar la riqueza stravinskiana y seguir siendo ancestral en su mejor signo. Una parodia que ofrece ese ancestral: una influencia que es muy impulsiva, y el fondo de su raza: estática mineral. He ahí el principal atractivo de una fascinación que es un misterio”.

Lezama le revela a de Ciro Bianchi en una entrevista, que lo visitaba su tío Alberto (como la canción de Joan Manuel Serrat) con la música operática de Verdi o Puccini y se ponía a cantar una ópera manejando todos los registros, todas las voces en comiquísima parodia.

En sus momentos de soledad, buscaba amigos en el paseo del Prado, “El mismo Prado de mi niñez, allí cojo un poco de sol. El Paseo del Prado fue el campo de batalla de mi niñez. Como la casa de mi abuela estaba en Prado 9, nosotros cruzábamos la calle y el Prado estaba lleno de patinadores, algunos de ellos inolvidables. Yo los contemplaba absorto”.

Nació el novelista y poeta en 1910, y ya adolescente recorría el Prado cuando era la Zona de Rosa de la ciudad más rutilante y admirada de América. A esa área de la capital le llamaban el París de América debido a su esplendor y belleza. Por allí se encontraban los más importantes hoteles rascacielos, teatros, cines, bares, clubes, restaurantes. La vida alegre se desarrollaba en ese emporio del espectáculo verdaderamente “surrealista”, al estado puro, como describió Alejo Carpentier en su conferencia sobre La Habana de esa época en que Lezama deambulaba por el Prado de los soñadores.

Seguramente disfrutaba las bandas musicales, orquestas, espectáculos, exposiciones que se presentaban por esa zona turística: Parque Central, Centro Gallego, Teatro Nacional (Gran Teatro de La Habana ahora), el Alhambra, el Café de París, el circo Santos y Artigas, el Pubillones (con leones incluidos), los organilleros y pregoneros, los cantantes operáticos que nos visitaban y todos los personajes pintorescos que atraen a las áreas populares. Lezama tuvo que enriquecerse mucho con aquel cuadro habanero cosmopolita de tantas nacionalidades reunidas en la diversidad de contrastes inimaginables.

En esta etapa, la música que dominaba era el charleston, el one step, el jazz,

el danzón, la trova, la canción lírica, los sextetos de son.

De todo ese abigarrado mundo, Lezama se inspiró para escribir uno de sus poemas capitales “El coche musical” (incluido en *Dador*), dedicado a las fiestas de carnaval y a la figura de Raimundo Valenzuela, músico mulato de San Antonio de los Baños (el pueblo del trovador Silvio Rodríguez, Fernando Collazo, rey del danzonete, y de René Álvarez). Raimundo era notable trombonista, orquestador y director de una famosa orquesta danzonera. Instrumentó para danzón algunos pasajes de óperas italianas y compuso danzas, danzones, guarachas, canciones.

Lezama en dicho poema describe al músico con un alto coloquialismo, como si, sentado en el Prado, conversara, con elementos prosaístas. Desarrollaba ideas de cualquier cosa, como me contaba César López. En el texto dice:

*La madrugada brillantaba
[el tafetán de la levita
[de Valenzuela.
La pareja estaba ahora dentro
[del coche
Que regulaba los avisos
[pitagóricos,
La candela también dentro del
[coche
Nadaba en ondulaciones del
[sueño
Regidas por el tricornio cortés de
[la flauta habanera.*

En este poema el maestro funde una peculiar visión de la realidad y una imaginación desbordada, que todo lo transforma al ámbito de lo fabuloso (acorde al mundo donde se crió en la

zona del Prado), a lo mítico antillano, con una profundidad y trascendencia creadora que tocan lo genial, al decir del poeta Helio Orovio.

Durante la locura del carnaval, en ese mundo mágico habanero, Valenzuela, en su recorrido carnavalesco llega en su coche y riega su orquesta en el Parque Central habanero:

*Cuatro debajo de cuatro árboles.
Otras cuatro en el salón
[de lágrimas,
Compostelanas.
Tres en esquinas resopladas. Una
[en, el uno de San Rafael.*

En “El coche musical”, en el cual viaja el mulato noble, cruza las calles como un ser mitológico, irreal. Valenzuela va a la aventura de la noche, de la fiesta:

*Cuando se apaga una orquesta, ya
Llega el costillar de refuerzo.
Él da la clave para la otra
[pirámide de sonidos.
En lo alto un guineo, un faisán.
[Una estrella.
En la esquina de un pañuelo
[regalado
Por la querida de White.*

Como vemos, la alusión al mundo cubano es una constante en el poema. Lo mismo presenta ante nosotros esencias de nuestra cultura popular, como el célebre danzón *El bombín de Barreto*, que a músicos clásicos como José White. Los giros musicales rodean toda la pureza lírica, el ritmo se hace presente en sus estrofas.³

A todo esto Lezama le da vida, se introduce en las raíces cubanas. Era un artista muy enraizado en lo cubano, pero de una manera magnificada. En la obra *Paradiso*, nos hace pasar frente al

legendario Café Vista Alegre, espacio de artistas, escritores, gente pudiente y cuartel general de la trova (hoy llamada tradicional). Allí se detiene y establece un diálogo musical con un cantador que, guitarra en mano, lo acompaña.

Los poemas de *Dador* de Lezama tienen mucho de la memoria habanera, de ese mundo musical que suena por donde quiera, en el ambiente de las noches sensuales de la capital: “Cuando creían que había descendido a la mansión del Hades, me encuentran en Guanabacoa bailando una rumba”.

Notas

¹ Lezama Lima, José. *Diarios / Comp. y notas* de Ciro Bianchi, Ediciones Unión, La Habana, 2001.

² Lezama –según me informa César López– redactaba mal los nombres en inglés. Calypso se escribe con y, mientras que la palabra teens-age (juveniles) Lezama la redacta como Tannegeers.

³ Orovio, Helio. El coche musical de Lezama, *Extramuros*, La Habana, No. 0, sept. 1999, p. 28.

MEDITACIONES

Las habaneras le cantan a La Habana

Emilio Cueto
Investigador

Para Zoila Lapique

La Habana es marinera

Viva Sevilla y los barcos que
[salen pa' las Antillas
Viva Triana y los barcos que
[vienen desde La Habana.¹

La Habana es cómplice

Cuando salí de La Habana,
[válgame Dios
nadie me ha visto salir si no fui yo.²

La Habana es chismosa

Allá en La Habana cierta mulata
de un hombre blanco se enamoró
Dígame usted lo que pasó
Que la mulata muy zalamera
a su bohío se lo llevó.³

La Habana es sensual

Calor y fuego en La Habana
los corazones se arrullan y se
[enamoran
por los rincones del malecón
y me despido llorando lágrimas
[negras

y las maracas del tiempo nos
[embelesan.⁴

La Habana es blanca

Por las calles de La Habana
pasea niña Mersé
un mulatito la cuida
como a una rosa de té.⁵

La Habana es mulata

Aquí el amor transita sabroso y
[subversivo
y hay mulatas en todos los puntos
[cardinales.⁶

La Habana es negra

La Habana es Cádiz con más
[negritos
Cádiz, La Habana con más salero.⁷

La Habana es embrujo

En una noche estrellada
en La Habana te vi
y de ti me prendé
tú me diste tu cariño
y yo el mío te di / y tu boca besé.⁸

La Habana es generosa

Si te vienes a La Habana
te daré caprichos mil
tomaremos chocolate
fabricado en Guayaquil.⁹

La Habana es partida

Enfermita tengo el alma
tengo herido el corazón
porque el pollo a quien adoro
a La Habana se marchó.¹⁰

La Habana es regreso
Volver a Cuba
mi sueño, mi ilusión
hasta La Habana
llegar con mi canción.¹¹

La Habana es peligrosa
Paseando una mañana
por las calles de La Habana
la morena Trinidad
entre dos la sujetaron
y presa se la llevaron
de orden de la autoridad.¹²

La Habana es dulce
Cantando una habanera me
[pongo a pensar
desde la misma playa mirando al mar
pienso que allá en La Habana
[tiene caña de azúcar
y que aquí en Torrevieja sólo hay
[sal.¹³

La Habana es codiciada
Adiós mi península hermosa
adiós que el deber me llama
adiós que me voy a La Habana
a luchar, a luchar por la nación.¹⁴

La Habana es mambisa
La Habana ya se perdió
tuvo la culpa el dinero
calló, calló el cañonero.¹⁵

La Habana es caliente.
Yo quisiera vivir en La Habana
a pesar del calor que hace allí
y allí salir, al caer de la tarde
de paseo en un triguilín (quitrín).¹⁶

La Habana es promesa
Cubanita, en La Habana me
[dijiste un día

temblando amorosa, que a mi
[pueblo vendrías.¹⁷

La Habana es cosmopolita
Allá en La Habana
allá en La Habana
pasan las mismas cosas, vidita mía,
que aquí en España.¹⁸

La Habana es desconcertante
Esta ciudad ignora y sabe lo que hace
cultiva el imposible y exporta los
[veranos.¹⁹

La Habana es oportunidad
Me fui a La Habana con mi coche
[dril
era una mañana tranquila de abril
hacía allí un aroma juntito a un pinar
a una linda mora, a una linda mora
pude conquistar.²⁰

La Habana es viajera
De mi ventana huye el barco
venido ayer de La Habana
¡Saltemos del lecho al barco
lucero de la mañana!²¹

La Habana es excusa
Prometió darle su vida
con ella se desposó
pero a La Habana en un barco
a cortar caña partió.²²

La Habana es el cordón
En un rico platanar
que tiene La Habana entera
allí junto a una palmera
¡Ay! te vi mulata angelical.²³

La Habana es música
Las mecedoras bailan sus
[habaneras

con su son de caoba, manigua y
[ron
y se abre el balcón, suspira el
[pregón.²⁴

La Habana es danza
Tengo una novia en La Habana
guarachera cien por cien
cuando ella baila la rumba
trastorna con su vaivén.²⁵

La Habana es mujer
La Habana se llama Helena
Helena se llama
y cambió su nombre Helena
por el de Habana.²⁶

La Habana es mía
Entre el rumor de tus canciones
[que nunca he de olvidar
te vuelvo a amar mi dulce
[Habana ¡Mi Habana!
yo te saludo isla cubana ¡oh
[tierra del amor!²⁷

La Habana es celestial
Quiero volver a La Habana
capital del mismo cielo
y decirle a mi isla
piel canela yo te quiero.²⁸

La Habana es eterna
Mojito y color de mar, baila con
[la marea
mientras te piropea esta ciudad
que late en la eternidad.²⁹

Notas

- ¹ Cano, Carlos. *Habaneras de Sevilla*.
- ² Yradier, Sebastián. *La paloma*.
- ³ Anónima. *Allá en La Habana*.
- ⁴ Martínez Ortega, Antonino. *En La Habana*.
- ⁵ Gasca, Joaquín. *La cubana del manglar*.

⁶ Serrat, Joan Manuel. "Habanera" (*El sur también existe*).

⁷ Cano, Carlos y Antonio Burgos. *Habaneras de Cádiz*.

⁸ Riera, Javier y Francisco Prada. *Mi linda cubana*.

⁹ Rubio, Ángel. *Dúo Habanera* de Frasquito Barbales.

¹⁰ Falcó, José y Luis Montalvo. *Pensando en Cuba*.

¹¹ Navas, José María. *Volver a Cuba*.

¹² Nieto, Manuel. *La morena Trinidad*.

¹³ Lafuente, Ricardo. *Habanera salada*.

¹⁴ Anónima. Adiós mi península hermosa.

¹⁵ Montsalvatge, Xavier y Rafael Alberti. *Cuba dentro de un piano*.

¹⁶ Anónima.

¹⁷ Rizo, José Albaladejo y V. Baselga. *Así es Torrevieja*.

¹⁸ *Op. cit.* (3).

¹⁹ Serrat, J. M. *Op. cit.* (6).

²⁰ Anónima. Habanera cantada en Massamagrell, Valencia.

²¹ López de Saa, Emilio y Rafael Alberti. *De La Habana ha venido un barco*.

²² Cano, Carlos. *Habanera embrujada*.

²³ Anónima. *En un rico platanar*.

²⁴ Carlos Cano y Antonio Burgos. *Habaneras de Sevilla*.

²⁵ Beitia y Montoso, E. G. *Tengo una novia en La Habana*.

²⁶ Pérez, Castor y Antonio Serrano (?). *La Habana se llama Helena*.

²⁷ Cánovas, C. y J. M. López Dols. *Yo te saludo, Cuba*.

²⁸ Guallar, Pedro y José Luis Sotres. *Quiero volver a La Habana*.

²⁹ Martínez Ortega, A. *Op. cit.* (4).

El controvertido

Jorge Mañach

Graziella Pogolotti

*Investigadora, crítica literaria y presidenta
de la Fundación Alejo Carpentier*

Hace poco, se presentó una tesis de doctorado sobre la crítica literaria de Jorge Mañach. La circunstancia me condujo, una vez más, a recordar la polémica personalidad de uno de los intelectuales que, sin dudas, alcanzó mayor visibilidad durante nuestra república neocolonial, indispensable para descifrar los matices y complejidades de aquella etapa.

Fue mi profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de La Habana. A lo largo de un año nos detuvimos en el estudio de los presocráticos, con el apoyo de una antología de textos publicada por Julián Marías. Era un excelente orador académico. Su dominio del léxico, su capacidad para articular un discurso coherente garantizaban una sorprendente habilidad para la improvisación tersa y fluida.

Vestía con sobria elegancia trajes de colores neutros iluminados por corbatas de buen gusto. Siempre cortés y puntual, guardaba cierta distancia de los estudiantes. A diferencia de otros profesores, a pesar de su presencia activa en el espacio público como político y periodista, se mantenía al margen de la turbulencia universitaria.

Poco después de producirse el golpe de Fulgencio Batista, la Universidad del Aire, que conducía a través del circuito CMQ, sufrió un violento atropello. La Federación Estudiantil

Universitaria lo invitó entonces a hablar en la escalinata, en ocasión de un aniversario de la caída del luchador revolucionario cubano Antonio Guiterras. Afirmó que el golpe contaba con el respaldo del imperialismo y propuso, a modo de resistencia pasiva, dejar de comprar productos norteamericanos.

Formado en prestigiosas universidades europeas y norteamericanas, dueño de una extensa cultura y excelente prosista, se situó muy pronto a la cabeza de su generación. Sin embargo, su trayectoria ilustra el drama del intelectual en el contexto de la república neocolonial. Integrante del Grupo Minorista, “clan disperso”, según Alejo Carpentier, formó parte del equipo fundador de la *Revista de Avance*. Ambos conglomerados heterogéneos coincidían inicialmente en el proyecto de contribuir al afianzamiento de la nación cubana lacerada por la mutilación de sus anhelos independentistas.

Aspiraban a modernizar y desprovincializar el país. Establecieron nuevas coordenadas culturales, revitalizaron los estudios sobre nuestras tradiciones históricas y literarias, impulsaron el rescate de la obra de José Martí. Abrieron paso a la vanguardia.

Sujeto a las inevitables polémicas impuestas por el suceder generacional, el alcance real del vanguardismo no ha sido despejado del todo entre nosotros. Su impronta se ha reducido con frecuencia a la renovación de los lenguajes artísticos. En realidad, implicó una transformación sustancial de la mirada.

La contribución sustantiva de los jóvenes que se definieron en la llamada “década crítica” consistió en revelar los valores de la cultura popular. El hallazgo repercutió en la visión de la historia,

en la primacía concedida a los estudios etnográficos y al cambio de perspectiva respecto a las relaciones interraciales. Ese factor, junto a razones de orden político, precipitó la bifurcación de caminos por parte de los fundadores.

La contradicción se manifiesta con nitidez en un texto clásico de Jorge Mañach, *La crisis de la alta cultura en Cuba*. Muy crítico respecto a la depauperación de valores que advertía en su tiempo, el pensador propone un modelo contrapuesto: el de la proyección de los intelectuales del reformismo decimonónico.

Corresponde pues, a las minorías portadoras de un saber letrado, sentar las bases para el rescate de la nación. Mientras tanto, las ideas de Fernando Ortiz maduraban rápidamente en el análisis concreto de los datos de la realidad, ejercían el magisterio siempre ambicionado por Mañach y quebraban las costras mentales heredadas del colonijaje. Cargadas de futuridad, reconocían la nación cubana en la multiplicidad de sus raíces y en la complejidad de una composición social nacida de una estructura esclavista.

Con la prórroga de poderes impuesta por Gerardo Machado, desaparecía la *Revista de Avance*. La política pasaba a ocupar el primer plano. Unidos desde fecha temprana por una amistad fraternal, Jorge Mañach y Juan Marinello tomaron rumbos opuestos, atravesados por rupturas y reconciliaciones.

Fundador del ABC, Mañach llegaría a ser ministro y congresista. Distanciado de sus correligionarios, integraría el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) e intentaría fundar el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Marinello, en cambio, suscribió el marxismo y se con-

virtió en dirigente comunista. Ambos, sin embargo, coincidieron en la fidelidad al estudio de la obra de José Martí.

Coincidieron también en la aspiración de construir la nación cubana. El conflicto se situaba en la definición del concepto de patria y, por consiguiente, en las vías para hacer posible la plenitud de su soberanía.

Se percató Mañach de las consecuencias nefastas, en lo político y en lo económico, del plattismo (Enmienda Platt). No llegó a desentrañar la naturaleza real del imperialismo, y por tanto no llegó a entender que su proyecto intelectual operaba en el vacío. Carecía del sustento de una burguesía nacional, ahogada por la dependencia neocolonial.

Su carácter y su formación lo llevaban a un conservadurismo esencial, hecho de cautelas y de permanente búsqueda de fórmulas conciliadoras. Muy a su pesar, se vio envuelto en controversias de toda índole. Con Rubén Martínez Villena y con Raúl Roa, con José Lezama Lima y con Cintio Vitier. Su correspondencia refleja, además, un áspero encontronazo con Virgilio Piñera.

Opositor de Machado y de Batista, las circunstancias de su vida lo condujeron a definirse frente a una revolución que se radicalizaba y tenía que afrontar el ataque directo del imperio en Playa Girón.

Durante mucho tiempo olvidado, Jorge Mañach recupera el lugar que le corresponde en el panorama de la cultura nacional. Su vida y su obra adquieren un trágico y aleccionador perfil. Atrapado en las contradicciones de su tiempo, no pudo plasmar, en la obra cumplida, las posibilidades latentes en su talento y en su saber.

Suardíaz: un sociólogo del gusto literario

Eliécer Fernández Diéguez
Investigador

A través de los años, al revisar con detenimiento su vida y obra, encontramos en el amigo, escritor y periodista Luis Suardíaz una búsqueda permanente por cambiar el gusto artístico de las grandes masas, tal vez siguiendo los pasos del célebre crítico literario francés Ferdinand Brunetière, quien había hecho un verdadero intento por “[...] explicar las grandes transformaciones de la historia de la literatura”.¹ Salvando la distancia de que a Suardíaz no le tocó vivir en la última década del siglo XIX cuando se imponían en la historia cultural del mundo todas las explicaciones naturalistas de Darwin, que eran sin tino ni razón aplicadas a los problemas de la vida social,² sino en Cuba, y, en un proceso revolucionario y a la vez revolucionador de la mente y de la cultura de las grandes multitudes, más allá y después de la alfabetización y la revolución educacional.

Lo que sí podemos afirmar, sin temor a equivocaciones del escritor camagüeyano es que, como lo había hecho Brunetière en su tiempo, no consideró al arte en general y a la literatura en particular como fenómenos aislados de la sociedad, donde comprender que: “Todo hecho literario supone escritores, libros y lectores o, para hablar de



una manera más general, creadores, obra y público. Constituye un circuito de intercambio que, por medio de un aparato de transmisión en extremo complejo que tiene a la vez de arte, de tecnología, y de comercio, une individuos bien definidos [aunque no siempre identificados] a una colectividad más o menos anónima [pero limitada]”,³ que le brinda a sus miembros caminos hacia dos tipos esenciales de conocimiento,⁴ preocupándose así por enfatizar en la “eternidad de lo probable”⁵ por un lado, y por otro, en el acercamiento a los autores comentados en sus ensayos, artículos, crónicas o reportajes como lo hacían los alemanes de la época romántica, que un rizo de Jean Paul era para muchísimos la más preciada reliquia; valorando con visión futurista obras de personas cotidianas y con justos puntos de vista a los grandes de la literatura

universal o cubana sin que existan “lejanías probables” como aquellas de lord Chesterfield, quien “desaconsejó” a su hijo para que no comprara los muy baratos –en su época, claro está– Rembrandt, porque no eran pinturas sino caricaturas.

Así vemos con cuánta destreza el amigo Suardíaz va a la posición de los artistas seleccionados para, como observador de fineza extrema, reconocer y divulgar por fases la vida y obra de los autores, ya sea en la máxima popularidad o en el mayor de los anonimatos, demostrando de esa forma su dominio, como un verdadero comunicador, del hecho literario que nos presenta en sus tres modalidades fundamentales a decir de Escarpit: “el libro, la lectura, la literatura”.⁶

Él sabe muy bien que se debe mejorar el gusto de los lectores, sobre todo porque en este fenómeno, como hemos podido observar, lo predominante en el gusto de muchos es el gusto de algunos, según sea el nivel cultural alcanzado, y determina y caracteriza la época.⁷ Y como el verdadero arte es expresión sublime de la época, tanto el artista como el crítico de arte deben trabajar e influir en los sentimientos de los hombres desde la reflexión que conduzca al gusto, todo ello porque: “Una persona dotada de sensibilidad realmente refinada puede descubrir en el arte toda la vida espiritual, tal como ciertos curanderos naturalistas afirman leer en los ojos el estado del cuerpo entero”.⁸

Otra cuestión de mucho peso e importancia que nos permite ver al periodista de la sección cultural del periódico *Granma* como un verdadero sociólogo⁹ del gusto literario,¹⁰ es su

conocimiento de la estructura social cubana, ya sea grupos, clases, sectores o comunidades socioterritoriales, donde existen diferencias claves en todas las formas de conciencia social.¹¹ ¿Cuántos ambientes sociales existen en una nación como Cuba? ¿Cuántos ideales se producen, viven o sobreviven en esos ambientes sociales? ¿Qué espíritu de época es necesario tratar desde la influencia de la lectura literaria más allá de cualquier lectura filosófica o científica? ¿Qué rasgos deben tenerse en cuenta de la comunidad espiritual que nos identifica? Él conocía muy bien, por su vida y oficio de sociólogo del gusto literario que “[...] no existe un espíritu de época, sino que, por así decir hay toda una serie de espíritus de épocas”,¹² aspectos muy bien tratados en sus ensayos, comentarios, o en conferencias que le escuché en diferentes eventos literarios,¹³ en particular porque tenía una capacidad muy natural para distinguir en el gran entramado social cubano los grupos que diferían por ideal vital y social; grupos que se relacionaban de manera diferente a la literatura cubana y universal por circunstancias muy propias de ellos ¿Cómo somos los cubanos? Sobre todo los que vivimos en una eterna revolución cultural que se desarrolla aquí a partir de 1959. Tal vez porque conocía, como Vesler cuando escribió sobre Dante, que “La historia de las naciones y de las guerras sólo la afecta¹⁴ en la medida que ocupa la imaginación de los pueblos”, o de otro grande de la literatura que se refería a las épocas de las grandes tempestades y revoluciones políticas y sociales son precisamente las que dan vida a ideas nuevas, grandes y fértiles.¹⁵

La cultura que posee el pueblo de Cuba es, a nuestra manera de acercarnos al problema, filón de riqueza para el gusto literario, pero que según pudo comprender Suardíaz no basta por sí solo, se necesita anegarla con otras sustancias y llenar de reflexiones que la encaminen.¹⁶ La creación literaria, al mismo nivel de la cultura general –incluyendo la económica y productiva–, aunque son independientes de la vida material de la nación no se puede separar de ella. ¿Qué conclusión se puede sacar de lo anterior? ¿Por qué el poeta de otros tiempos estuvo con el esclavista, el rey o el burgués? ¿Qué relación existe entre satisfacción y sustento de las partes involucradas en el hecho creativo de la literatura? ¿Adónde se puede llevar lo heraldo del espíritu de una época tan distinta, de una época revolucionaria y sin “diferencias sociales” a la que se aspira? ¿La literatura se puede adaptar por sí sola a una época? ¿Serán los poetas nuestros como Tetrarca para disfrutar la posición beneficiosa de la sociedad? Hay que comprender las circunstancias y esencia de la creación literaria y de su complemento esencial, la apreciación a través de un público; público este que según Robert Escarpit funciona en el circuito de intercambio, ya que: “En todos los puntos del circuito, la presencia de individuos creadores plantea problemas de interpretación psicológica, moral, filosófica; la mediación con la obra plantea problemas de estética, de estilo, de lenguaje, de técnica; en fin, la existencia de una colectividad –público plantea problemas de orden histórico social e incluso económico. Dicho en otras palabras hay –por lo menos– tres mil maneras de explorar el texto literario”.¹⁷

Público este al que hay que orientar como lo hizo Suardíaz, porque la ilustración del gusto puede llevar a los hombres al camino de las bellas artes y en especial a la lectura de obras literarias; eso está demostrado, ya que toda literatura necesita de un público capaz de disfrutar, el que en nuestro país se salva en las campañas por la lectura, las bibliotecas públicas, la creación de círculos de lectura, talleres de creación y apreciación literaria de las casas de cultura, etcétera. Es por ello que el hecho literario en sí, con escritores, libros y públicos nos permite explicar con el sociólogo Escarpit que: “Esta triple pertenencia de la literatura a los mundos de los espíritus individuales, las formas abstractas y las estructuras colectivas hace difícil su estudio”.¹⁸ Así se logra lo que en otros lugares y épocas pasó por la formación de comunidades estéticas, la relación del creador con el gusto predominante, y la comprensión como requisito previo indispensable, según consideran personalidades como el escritor inglés Arnold Bonnet;¹⁹ ello es manejado por nuestro amigo el escritor Luis Suardíaz para permitir a gran escala comunicativa que el “artista sagaz” y el “público sagaz” sean más que una posibilidad una realidad donde no puede faltar –en ese andar por lugares y épocas–, la formación de grupos y escuelas.

Como demuestra Levin I. Schücking en su obra *Sociología del gusto literario*, para desarrollar la sociología del gusto estético y lograr que las masas aprecien en la justa medida el arte literario hay que “[...] orientar en determinada dirección”,²⁰ o sea, esos medios de selección que incluyen la importancia de las autoridades que escogen, el empleo

de medios de propaganda, la significación de la crítica literaria²¹ y, por último, el papel y la influencia de las artes visuales.²²

La apreciación real y justa de la literatura sólo se da en el marco de la aceptación pública, que tiene como clave el valor de la propaganda acerca del arte y la literatura entre las masas populares. Por esa razón es justo tener en cuenta que: “La vida del arte no es tan diferente de la vida comercial como a primera vista parece. También en ella se logran con medios exteriores muchas cosas que el lector-espectador no podía sospechar”.²³ Las reflexiones para dicha “aceptación pública” las expone Suardíaz partiendo de esa calidad, no como aquella crítica del virtuoso Samuel Richardson, el que se indignara ante un libro como *Tristrám Shandy. La vida y opiniones del caballero Tristrám Shandy* de Laurence Sterne únicamente por ser de moda –como el reguetón actual–, sin tener en cuenta la calidad, cuando dijo: “We are obligad to read herví foolish book that fashion render prevalent in conversation”.²⁴ Y recalco esta idea sobre la calidad, porque las reflexiones suardianas no se encaminan hacia cualquier libro y autor de moda, sino que se mezclan, para bien del público lector, con los preceptos de Richardson sin dejar de considerar que “A la larga, nadie puede sustraerse de una cosa que está viendo u oyendo a cada momento”.

Tiene Suardíaz en cuenta, en la búsqueda consciente de una aceptación pública de los libros y autores que presenta –desde la calidad, reiteramos–, la diversa receptividad en los distintos grupos sociológicos, y ello le permitió en su oficio de promotor de la lectura

tanto en el plano oral como escrito “no identificar el arte con la moda”,²⁵ más bien su buen gusto trató de dirigirlo al público, desde toda su intensidad cultural multifacética, adaptado y enriquecido con los ideales sociales que aceptó y defendió desde su tribuna. Tiene también en cuenta en su quehacer de sociólogo del gusto literario el concepto del tipo que encarna un gusto, partiendo del conocimiento individual del arte literario en sus tres variantes posibles: creador, apreciador y promotor, cumpliendo con la máxima de *gustibus non est disputatum*.²⁶

Muchos lectores pudimos adoptar al respecto una de dos posiciones: la primera, aceptar el presupuesto del gusto en sus líneas, sin chistar como diría mi abuelo, o la segunda, emanciparse, porque sobre eso no hay nada escrito, aunque hay quienes actúan al respecto según la formación que posean, desde las fuerzas conservadoras del gusto: la escuela y la universidad, donde a veces se nos instruye con mayor o menor acierto sobre la comprensión de los valores artísticos del texto literario.

La sociología literaria, con su variante específica de sociología del gusto literario, alcanza al escritor camagüeyano Luis Suardíaz en una unidad que comienza a establecerse desde los principios y métodos, donde se responde a dos interrogantes de mucha fuerza reflexiva: ¿Por qué una sociología de la literatura? y ¿cómo abordar el hecho literario? Las responde cada una con la esencia de las esencias, la primera hablando de tres cosas: la relación de la literatura y la sociedad, el historial de la literatura en la sociedad y la existencia de una política editorial; y después pasar consecutiva-

mente por tres acciones de la literatura en la sociedad: *la producción, la distribución y el consumo* por la población de dicha literatura.

La primera acción, la producción literaria, permite ver al escritor en dos lugares: en el tiempo y en la sociedad. De esa manera el escritor en el tiempo se debe presentar –a nuestra manera de enfocar el problema– en dos caminos de reflexión: el primero, todos como en sí mismos..., y el segundo, generaciones y equipos de escritores. Por otra parte, el escritor en la sociedad nos muestra tres caminos de reflexión: el primero, los orígenes del escritor en la sociedad y sus características, el segundo, el problema del financiamiento y el tercero, las particularidades del oficio de escribir.

Es la segunda acción la distribución de la literatura, que permite afrontar el circular de la obra de arte en sus momentos claves: el primero, en el acto de publicar, con relaciones claves de publicación y creación, el desarrollo histórico del acto de publicar y, por último, la función editorial; el segundo se refiere a los circuitos de distribución...

Como tercera y última acción está el consumo de la literatura, que permite valorar sus dos lugares, donde en realidad se puede precisar la sociología del gusto literario, a saber como espacios y como caminos de reflexión: el primero, la obra y el público, con sus dos elementos claves: los públicos y el éxito, y el segundo, la lectura y la vida, que incluye en sí aspectos como conocedores y consumidores, la motivación y las circunstancias de la lectura.

Y como el que busca encuentra, ese andar por la vida y obra de Suardíaz,

me ha permitido llegar hasta un camagüeyano ilustre en las letras artísticas y periodísticas con una importante acción hacia el gusto literario de las grandes masas.

Notas

¹ Schücking, Leving I. *Sociología del gusto literario*, Instituto del Libro, La Habana, 1969, p. 7. (Cuadernos de Arte y Sociedad 1)

² Teoría social darwinista: Referencia al social-darwinismo, orientación reaccionaria en el seno de la sociología burguesa basada en una aplicación pseudocientífica del darwinismo para explicar las leyes del desarrollo social y las relaciones entre los hombres. Algunos representantes del social-darwinismo fueron Lange, Ammon, Woltmann y Weisman, quienes defendían la idea de la sobrevivencia social de los individuos fuertes y bien adoptados, mientras que los débiles deben sucumbir.

³ Escarpit, Robert. *Sociología de la literatura*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1970, p. 9. (Cuadernos de Arte y Sociedad)

⁴ Según Camila Henríquez Ureña: “[...] la literatura nos da una forma de conocimiento, forma diferente a la que puede dar la ciencia y la filosofía”.

“El arte de leer”. En su *Invitación a la lectura. Notas sobre apreciación literaria*. (Capítulo 1)

⁵ Idea de Aristóteles para diferenciar la esencia de la influencia de la historia al presentar el pasado y la literatura lo que puede o no pasar.

⁶ Escarpit, R. *Op. cit.* (3). p. 24.

⁷ ¿Por qué en esta postmodernidad que vivimos predomina el mal gusto en casi todo a nivel social?

⁸ Schücking, L. I. *Op. cit.* (1). p. 12.

⁹ El nombre de sociología se debe al filósofo francés Augusto Comte, uno de los fundadores del positivismo, cuyo mérito acorde a este trabajo está en la ilustración de las personas; sobre todo en la interpretación y aplicación que se da en Latinoamérica.

¹⁰ No como crítico puro ni como historiador puro, sino visto desde la óptica del sociólogo literario Escarpit, el cual se refiere a que “[...] la ausencia de una verdadera



perspectiva sociológica se aprecia incluso en los mejores manuales de historia literaria de tipo tradicional”.

Escarpit, R. *Op. cit.* (3). p. 9-10.

¹¹ Política, jurídica, moral, filosófica, económica o artística.

¹² Schücking, L. I. *Op. cit.* (1). p. 16.

¹³ Ferias del libro, concursos de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) en Camagüey, tertulias, encuentros de escritores camagüeyanos o conversaciones personales.

¹⁴ A la literatura.

¹⁵ José Ernesto Renan, uno de los representantes más característicos y de más valor de la crisis propia del siglo XIX; historiador, orientalista y filósofo, escritor admirable; riguroso como científico que sigue la corriente del positivismo. Vivió entre 1823 y 1892.

¹⁶ Partiendo para ello de la Tesis del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba sobre la creación artística literaria, donde entre otras muchas ideas se plantea que la Revolución cubana trabaja por liberar a la sociedad y al individuo de toda limitación de libertad, y para ello se impulsará una literatura que “abra nuevos horizontes al genio creador del pueblo”.

¹⁷ Escarpit, R. *Op. cit.* (3). p. 30.

¹⁸ *Ibidem*, p. 9.

¹⁹ Escritor que señalaba: “La verdad es que un artista que exige que el público lo aprecie

tal como es, y solo tal como es, debe ser o un dios o un necio engreído o alejado del mundo probablemente más lo segundo que lo primero. Exige demasiado. Todo necio, incluso el artístico, tiene dos lados. Los artistas más fértiles y más poderosos son los primeros en reconocerlo, puesto que tienen bien desarrollado el sentido de la proporción que equivale al sentido del orden. La falta de sentido de proporción es un rasgo distintivo de *petit maître* [pequeño maestro, dios menor]. El artista sagaz, aunque se respete a sí mismo, respetará también a la idiosincrasia del público. Hacer ambas cosas a la vez es absolutamente posible”.

²⁰ Schücking, L. I. *Op. cit.* (1). p. 71 -99.

²¹ Todo ello porque el crítico debe sentirse como *primus inter pares*, o lo que es lo mismo el primero entre sus iguales los espectadores.

²² Que es una “secta” de conocedores profesionales que en muchos casos se apartan del sentido común con un “*fiat justicia, pereat mundus*” (hágase justicia, húndase el mundo), o sea, el arte por el arte.

²³ Schücking, L. I. *Op. cit.* (1). p. 101-102.

²⁴ Estamos obligados a leer cualquier libro estúpido que la moda convierta en tema favorito de las conversaciones.

²⁵ Schücking, L. I. *Op. cit.* (1). p. 105.

²⁶ Sobre gustos no se puede discutir o de gustos no hay nada escrito.



El hombre y la cultura en la obra marinelliana

**Mario Antonio Padilla
Torres**

*Investigador y director del Museo
del Ministerio del Interior de Cuba*

Juan Marinello posee un profundo convencimiento del papel del hombre como sujeto histórico y no como un simple observador de la realidad circundante, y ello lo anuncia en dos direcciones: en su formación misma con el medio, su desarrollo para sí, y en segundo lugar como un transformador activo de esa realidad, donde está implícito el componente psicosocial y antropológico que lo hace, a diferencia de los animales, ser parte de esa cultura que se crea.

Para Marinello, como lo interpretó también Martí, la cultura no se estrecha solo en arte, sino en toda actividad del hombre, en una dirección humana. Sobre esto plantea el doctor Pupo:

La humanidad es en él lo que sustancializa y cualifica al hombre, su calidad definitoria por antonomasia. El atributo ético subyace como parámetro valorativo de identidad humana y social y al mismo tiempo como medio engendrador de calidad humana. Pero una ética humanista que no soslaya el drama humano enajenador, sino enraizada

en su semilla con ímpetu trascendente y abriendo vías de acceso al porvenir que prelude y proyecta la cultura, la historia, la estética y la política.¹

También hace énfasis en lo ético, uno de los elementos heredados por Marinello de Martí y que lo ubica como un enlace de entrada del hombre hacia la cultura, pero que además se manifiesta en un proceso transdisciplinario que proyecta al ser humano como sujeto en sí y transformador para sus semejantes.

En su intervención en el Coloquio sobre Lenin y el Desarrollo de la Ciencia, la Educación y la Cultura (llamado Razones de un homenaje) puntualiza Marinello:

Consecuente con su rol revolucionario y obediente al dictado del profeta del *El Capital* sobre la urgencia de un pensamiento filosófico que cambie la sociedad, en vez de explicarla, ha de preguntarse Lenin [...] en qué medida trabaja una expresión de cultura por mantener las viejas estructuras opresoras, o en qué grado actúa para derribarlas, dando paso a una convivencia en que la tarea intelectual se produzca sin trabas ni contradicciones, cumpliendo sus objetivos inseparables y legítimos.²

Y más adelante agrega: “Parece evidente que esta interpretación ofrece al quehacer cultural una dimensión dialéctica desconocida hasta Lenin. En lo adelante y por su obra, poseeremos el tesoro invaluable de una teoría por la que la igualdad perseguida será el basamento de todos los avances de la mente humana”.³

Los conceptos de hombre y cultura en el pensamiento marinelliano son básicos a la hora de valorar una cosmovisión



humanista, representan parte de una metodología alrededor de la cual se va insertando gran parte de las categorías de diferentes ramas del saber, que aportan determinaciones que concretan y devienen en el proceso de intercomunicación entre ambos conceptos.

Otro elemento de significación está dado al ver al hombre inmerso en la cultura, aunque ambos conceptos con singularidades representan un todo único que se ramifica en múltiples mediaciones, y estos elementos se encuentran en la obra de Juan Marinello. Fue capaz, a través de un conjunto de características, sentimientos, valoracio-

nes, menciones a procesos psicológicos y pedagógicos, de llegar a una estructura conceptual del hombre, recogida en su intensa obra polifacética.

La conceptualización de hombre lo ubica en su referencia tanto al individuo como al pueblo. Su tratamiento tuvo como referencia el enfoque multilateral, pues personifica al hombre desde las diferencias hereditarias y culturales dándole valor tanto a lo biológico como a lo social. En segundo lugar le da un extraordinario énfasis a los elementos que debían primar en el hombre y que componen a su vez su propia estructuración, entre ellos la propia existencia y su posible creación.

Marinello escribió refiriéndose a la integración y fisonomía de América Latina: “Está en Martí un concepto capital que mantiene intensa vigencia, para él, el ser es antes que el crear y por ello dijo más de una vez que la América Latina, su América, debía ser, existir, en plenitud para crear plenamente. Y la existencia de su mundo –madre de la posibilidad creadora–, sólo se alcanzaba con el ejercicio de una voluntad sin coerciones ni acechanzas”.⁴

En sus definiciones menciona frases y palabras que pueden interpretarse como un todo y con singularidades tales como: ser instruido, tener conciencia de su existencia, tener pensamiento propio, que el hombre lo es cuando tiene fuerza pensante, hay que ser un maestro en la vida, valer por sí propio, y hacer la conquista del saber.

Marinello no ve al hombre como un animal, sino que observa por su propia experiencia que además de individuo es también miembro de un grupo, institución, es decir, con una interrelación muy directa con la sociedad. Junto al

crecimiento poblacional ve en nuestros pueblos un volcán que potencia toda una lava cultural y vaticina: “Si no olvidamos que toda explosión demográfica se transforma al fin en explosión cultural, la medida universal de nuestra literatura irá más allá de todo lo imaginado”.⁵

Al hombre se le unen dos laterales: su inteligencia cognitiva y su espiritualidad. Para lograr un hombre verdadero, los fenómenos deben verse de forma multilateral y debe profundizarse en varios elementos que conforman su conciencia y accionar cotidiano, llegando al porqué de las cosas a través de la ciencia. La inteligencia emocional le da una interpretación del mundo y sus fenómenos, y está ligada indisolublemente a la comunicación humana y a su posibilidad de asociarse.

Marinello no niega la individualidad a pesar del carácter social de su desarrollo e integración. Expresó cómo los hombres pueden ser producto de percepciones y reflejos del medio circundante. Aquí pone de manifiesto la naturaleza espiritual de los hombres a diferencia de los animales, y concibe al ser humano como una simbiosis de lo material natural y la espiritualidad superior es decir la cultura.

A la moral y la ética las reafirmó inseparables del proceso educativo, y hace referencia permanente en sus escritos y actuar en la necesidad que tiene el hombre de poseer capacidades morales, éticas y estéticas para elevarse en su condición de ser humano.

Valoró como Martí el sentimiento del amor como categoría excepcional que lleva al hombre a querer el bien de él y de sus semejantes, cual si fuera una multiplicación de factores o subsistemas que lleguen al sistema general.

En la educación moral del hombre, Marinello le da un marcado énfasis al conocimiento general del mundo, porque veía el proceso de persuasión hacia la verdad en el conocimiento, lo cual favorecería la libertad individual de los hombres y la búsqueda de la verdad, al contrario de la famosa educación simplemente memorística que repercutiría de forma inversa en la formación del carácter, en la creatividad de los hombres y en el placer de crear su propio ingenio ante los fenómenos de la vida. Por lo tanto, la declaración de lo radical y asimismo el reforzamiento de las virtudes y el equilibrio de lo racional y emocional deben estar en ese proceso cultural en la dirección de los hombres.

Vicentina Antuña afirmó sobre él:

Como ocurre con todo maestro genuino, su primera e imponderable lección es la de su vida ejemplar, la vida de un auténtico intelectual revolucionario en que pensamiento y conducta, creación literaria y quehacer social constituyen una unidad invulnerable.

Por esa unidad fundamental, no sería posible que alguien intentara analizar su obra numerosa, encauzada principalmente por las vías del ensayo y el periodismo, la conferencia académica y el discurso político, sin adentrarse en los avatares del proceso histórico cultural cubano en los últimos cincuenta años y en las cuestiones capitales que sacuden el mundo contemporáneo.

De él podría afirmarse justamente que nada humano le es ajeno. Y habría que agregar enseguida que esto es así, porque esa producción literaria trasunta una existencia entregada

por entero al rescate de los valores humanos esenciales, a la lucha por la justicia, el socialismo y la paz, a la conquista de la plena dignidad del hombre".⁶

Justo en las anteriores palabras de elogio se concretan en síntesis su sentido holístico de ver a los seres humanos dentro del proceso transformador, el papel protagónico de los hombres para hacer las obras con elevado humanismo, que es el verdadero proceso cultural.

Al llegar al mundo interno del hombre sobresale su valoración acerca de la unidad del conocimiento y lo afectivo, y logra además llevar ideas sobre los procesos cognitivos, la inteligencia y la motivación. Sus valoraciones de sus contemporáneos, el papel de Martí como escritor de América, su influencia de lo español y latinoamericano, lo llevan a permitirle significar ideas necesarias para la relación hombre-cultura tales como:

- Las oportunidades que recibe el hombre en la vida deben aprovecharse desde muy temprana edad.

- Las ocasiones lícitas para obtener su independencia y poder creativo son normas que el hombre no debe olvidar en los momentos precisos.

- La confianza en las potencialidades del hombre es un factor influyente en la formación de las ideas.

- La autopreparación para la vida, así como para la creación y fortalecimiento de las ideas también juegan un papel importante dentro de los factores que influyen en la creación de la conciencia de los hombres.

Las ideas de Marinello sobre la formación del hombre nuevo no están enmarcadas en un proyecto único, su basamento están contemplados y con-

formados en varios elementos, que a mi criterio, recorren toda su obra. Él fue exponiendo y desarrollando cada idea mediante circunstancias concretas que enfrentó y todo ello lo llevó a la práctica en su vida de creación teórica y de dirigente político.

Al presentar estas ideas partiremos de direcciones fundamentales que considero imprescindible describir y que son consideradas principios elementales de lo que Marinello logró vislumbrar en el horizonte: la formación del hombre que podría alcanzar la Revolución:

- La unidad indisoluble de lo educativo y lo instructivo como mediación de la cultura, y por tanto hace énfasis en la sensibilidad humana y lo racional del ser humano.

- El hombre portador de la educación moral, ética y estética como fuente del amor y la belleza.

- Papel de los diferentes factores en la formación del hombre nuevo (la familia, la escuela y el Estado).

Cuando hablamos del hombre que concibió para el siglo venidero desde su perspectiva histórica concreta, puede afirmarse que lo quería de su tiempo y con anticipaciones, pues para él la educación del hombre nuevo tenía firmes convicciones racionalistas con elevado espiritualismo que se levantaban en los propios cimientos de la naturaleza y la práctica.

Su criterio siempre fue interrelacionado: es necesario familiarizar al hombre con las cosas que puedan llenar ambas finalidades, la del conocimiento y la espiritual, junto a la práctica, porque hay que formarlo como buenos hombres de ideas y de actos.

El profundo y constante interés por el desarrollo instructivo del hombre,

inclusivo su inclinación por la ciencia, tuvo varias motivaciones, desde luego la primaria, la del conocimiento, la segunda, la de la práctica y el papel de esta, y la tercera, y no menos importante, la relacionada con su concepto de educación.

Marinello coloca la instrucción como la savia en los árboles, como la raíz, en el proceso educativo y cultural, y en cada escrito elaborado el tema sería que los hombres piensen por sí mismos y que tengan creatividad para buscar las soluciones específicas y concretas de nuestros países.

La educación no es un concepto derivado de la instrucción ni a la inversa, según el pensamiento martiano. Para Martí su interrelación es tan obvia que una se funde a la otra, y llegó a profetizar: “Educar es depositar en cada hombre toda la obra humana que le ha antecedido: es hacer a cada hombre resumen del mundo viviente, hasta el día en que vive: es ponerlo a la altura de su tiempo, para que flote sobre él y no dejarlo debajo de su tiempo, con lo que no podrá salir a flote; es preparar el hombre para la vida”.⁷

Como se aprecia, es un recorrido científico desde lo general a lo particular, pasando por la singularidad del individuo; combina la necesidad de estar preparados en las ideas, y hace un llamado a que la práctica y los sentimientos conformen la concepción educativa del hombre del futuro. Marinello, como ferviente martiano, realizó esta prédica para su tiempo y el venidero partiendo de su propio comportamiento personal, hasta en su influencia como teórico de la cultura, maestro y dirigente político antes y después del triunfo revolucionario del primero de enero de 1959.

Pero en esta interrelación de conceptos como instrucción, educación, con el hombre y la cultura, el Apóstol de nuestra independencia es capaz de crear como si fuera una cadena de generación en generación y enfatiza con gran fuerza: “Al venir a la tierra todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás”.⁸

Juan Marinello vivificó estos pensamientos martianos, pues su clara visión en su recorrido de madurez tuvo que lidiar con conceptos y visiones diferentes por eso su cosmovisión de la obra martiana lo lleva a comprender junto con las ideas más revolucionarias del marxismo-leninismo la visión del hombre del futuro inseparable de la cultura.

Al valorar estas ideas no puede afirmarse que se trate de una concepción acabada de Marinello que nos lleve a la existencia ya de un sistema. Aquí puntualizo algunos factores políticos, económicos, institucionales y sociales recogidos en su obra y que argumentan por qué él los consideró necesarios para la formación del hombre de la nueva república. Por ejemplo al referirse a cómo Lenin veía en la nueva sociedad la integración hombre-cultura expresa: “Solo con esta conciencia unificadora entre libertad y cultura –libertad para la cultura, cultura para la libertad–, puede emprenderse una ruta ascendente sin contradicciones ni retrocesos. Creemos que en esta relación entrañable que salta todos los obstáculos y franquea todas las culminaciones reside la razón última del homenaje que estamos rindiendo a la sabiduría militante del genial guiador”.⁹

Marinello luchó y abogó por que la familia desarrollara más la espiritualidad

que los lazos sanguíneos, y además defendió la igualdad entre la pareja y el papel formador del hombre de la república

La escuela constituyó un aspecto fundamental en sus concepciones educativas. Aprendió que es formadora de almas espiritualmente superiores, y que ese debe ser el papel de los profesores como verdaderos educadores y forjadores de valores en los educandos.

Su práctica pedagógica también contribuyó a que sus inquietudes de la adolescencia y juventud maduraran al vivir el papel que le tocó jugar no solamente en su vida profesoral, sino en la educación de los patriotas.

Marinello siempre vio al hombre como una combinación de lo biológico, espiritual y práctico. Desarrolló principios generales de los diferentes factores filosóficos, morales, estéticos, sociales y políticos que podrían de una forma u otra influir en la formación del hombre del futuro.

Sus valoraciones nos enseñan que el hombre es un reflejo de la sociedad, y que en ese reflejo indiscutiblemente tienen que intervenir todos los factores, con las ideas transformadoras y el pensamiento creativo.

Al hablar del papel de las instituciones se refería a la permanencia de ellas y su papel en la sociedad, y asimismo puntualizaba en que estas nacían de los propios elementos del país, además aseguraba que quien ama a su patria debe tender a fortificarla y hacerla fuerte.

Marinello al pensar en la verdadera revolución cultural en los hombres, veía una república diferente a la que percibió y vivió, le dio importancia al papel de las instituciones estatales que deberían dirigir, las cuales se concen-

trarían en lo esencial de la sociedad, llevando al hombre, y a su vez sus ideas, como centro para lograr una correcta percepción del mundo y una necesaria convicción del porqué de su existencia, su lugar y papel en esa futura sociedad.

La hermenéutica marinelliana es especial porque con valentía es capaz de interpretar al sujeto como un ente en un proceso mediado por contextos históricos, culturales y axiológicos, con sus diferentes determinaciones. Su visión de la interpretación de los textos, en lo fundamental los martianos, está en correspondencia con las múltiples mediaciones que pueden influir en el tiempo, pero nunca olvida que estos pueden verse hoy como guías para el perfeccionamiento de nuestras sociedades.

Podríamos resumir estos aspectos tratados de la siguiente forma:

- En sus concepciones de la instrucción, Marinello fundamentó en la práctica la necesidad del desarrollo intelectual para poder enfrentar los problemas de la vida. Solo las ideas se crean y desarrollan cuando se aprehende lo teórico y lo práctico. La cultura enriquece al hombre espiritualmente y es el arma para su desarrollo.

- La creatividad es un aspecto de vital importancia para lograr un eficiente aprendizaje, pero debe ir acompañada de una fuerte producción de motivación, estímulo y confianza.

- La educación cultiva el carácter de los hombres y lo hace más feliz para la vida, porque enseña tanto el porqué de las cosas como también la manera de llevarla a la espiritualidad de los hombres, convirtiéndola en convicciones a través de la creación, difusión de las ideas y la práctica revolucionaria.

· El ejemplo personal no es la simple contemplación de los objetos, las situaciones y fenómenos de la propia naturaleza, sino la transformación permanente de sí propio y de lo mal hecho, o sea, cultivarse y cultivar aprovechando las virtudes que aún prevalecen en los hombres.

· Valoró el sentimiento del amor como categoría excepcional que lleva al hombre a querer su bien, el de sus semejantes y de su patria en general; a relacionar esos sentimientos desde el ser humano hasta llevarlos a un plano más general, es decir como si fueran una multiplicación de factores o subsistemas para llegar a un nivel superior de conciencia.

· En la cultura, Marinello le da un marcado énfasis al conocimiento general del mundo, porque veía el proceso de persuasión de la verdad en el conocimiento, lo cual favorecería la libertad individual de los hombres y la búsqueda de la verdad, al contrario

de la famosa educación simplemente memorística del conocimiento que repercutiría de forma inversa en la formación del carácter, en la creatividad de los hombres y en el placer de crear su propio ingenio ante los fenómenos de la vida.

Notas

¹ Pupo, R. *Aprehensión martiana en Juan Marinello*, Editorial Academia, La Habana, 1998, p. 11.

² Marinello, Juan. *Creación y revolución*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1973, p. 60.

³ Ídem.

⁴ *Ibíd.*, p. 16.

⁵ *Ibíd.*, p. 30 y 31.

⁶ *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1979, p. 116.

⁷ Martí, José. *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 8, p. 281.

⁸ *Ibíd.*, t. 19, p. 375.

⁹ Marinello, J. *Op. cit.* (2). p. 60 y 61.

La percepción equivocada

Newton Briones Montoto
Historiador

Las personas reciben a través de sus sentidos las impresiones del exterior. Muchos factores pueden modificar la realidad llegada a los sentidos. Una dificultad en cualquiera de ellos alterará el conocimiento. Si es en los ojos, como le sucede a los daltónicos, con los colores. Un ambiente familiar enrarecido donde las necesidades emocionales no se cumplieron perturbará los sentimientos. En el amor, un sentimiento muy exagerado hacia la otra persona hará perder el sentido de la realidad, por eso se afirma ser ciego. El tamaño de los objetos será visto según la procedencia económica. Un niño pobre apreciará el tamaño de una moneda mayor a otro de clase acomodada. Según los nutriólogos, hasta los malos hábitos alimenticios pueden variar la percepción.

Homero quiso llamar la atención sobre la fragilidad de los hombres. Escogió a Aquiles y sus extraordinarias condiciones y le situó en su tendón la vulnerabilidad. No eligió del cuerpo ninguna parte falible, el corazón, el estómago o la cabeza, sino el lugar menos propicio a un desenlace, para mostrar la debilidad de los humanos. Ser objetivo resulta una tarea difícil. Las cosas no son como son, sino como somos. Quizás, fray Luis de León, al escribir su conocida poesía pensaba en

esa deficiencia de los seres humanos en conocer: “¡Qué descansada vida/ la del que huye del mundanal ruido/ y sigue la escondida senda/ por donde han ido/ los pocos sabios que en el mundo han sido!”.

La manera en que una persona comprende algo es lo que conocemos como percepción. Cuando el hombre enfrenta problemas los resuelve según su aprendizaje, experiencias pasadas, necesidades y deseos. Los hombres oirán y verán lo que su percepción les indica. Los hombres han acudido al absurdo para explicarlo: no hay peor ciego que el no quiere ver. Los asuntos políticos pasan por el tamiz de la percepción. Nicolás Maquiavelo, político y escritor florentino, agudo observador de detalles en apariencia insignificantes para otros, mostró lo que sucedía cuando una persona estaba cercana a su fin político: “Cuando el final está cerca, la lucidez y la resolución fallan, y se asumen decisiones desesperadas que no hacen otra cosa que acelerar la caída y el Valentino [César Borgia] no escapa a la regla”. Los ejemplos pueden ser muchos. Le sucedió a España durante la época de metrópoli. No quiso aceptar la necesidad de un cambio con su colonia. Su consigna era: “Hasta el último hombre y la última peseta”.

En Cuba, a finales de 1958, los hombres en el gobierno y sus opositores percibían de manera distinta el panorama, aunque para algunos no podía ser más claro. En Las Villas, el Che Guevara iba tomando los cuarteles del Ejército disponiéndose al asalto final de la ciudad de Santa Clara. El comandante Fidel Castro se preparaba para tomar la capital provincial de Oriente. Una simple mirada a la problemática

del país era suficiente para saber que el gobierno estaba perdido. Pero no resulta nada fácil admitir que las cosas pueden ser diferentes de cómo uno las percibe. El momento aconsejaba cambiar, hacer cualquier cosa por evitar sucumbir, pero a los hombres les resulta muy difícil modificar sus posiciones cuando chocan con sus intereses. Estar dispuesto a cuestionarse uno mismo resulta casi imposible. Los afectos al gobierno pensaban evitar el derrumbe con un golpe de suerte o una idea novedosa. Algunos veían señales de peligro, otros percibían cierta posibilidad de solución. ¿Quién, de los situados en uno de los bandos, estaba viendo de manera correcta? La verdad se encontraba a medio camino entre el peligro y la oportunidad. ¿Cómo lo vieron, un mes antes de sucumbir, algunas figuras del gobierno?

El presidente Fulgencio Batista, la figura principal, veía posibilidades de sobrevivir. Su manera de entender la vida estaba sujeta a un mal aprendizaje. De grande hablaba de su madre y poco del padre. Un ambiente familiar enrarecido lo había hecho desear de manera desmesurada, poder y dinero, y para obtenerlos cualquier medio era correcto. La codicia era la característica más sobresaliente de su persona. Ese apego al dinero lo impulsaba a mantenerse en la posición y obviar lo que era realidad. Se calculaba su fortuna en 300 millones de dólares, invertidos en su mayoría en el extranjero: Suiza, Florida, Nueva York o México. Por eso se resistía a entregar el poder, y además, su confianza estaba avalada por su trayectoria política. Durante 25 años había ascendido de manera ininterrumpida a los últimos peldaños de la fama. El 4 de septiembre de 1933 era

un desconocido sargento, para colmo de piel oscura, color poco aceptado dentro y fuera de la institución armada. Al siguiente día, 5 de septiembre, era el jefe del Ejército. El cargo lo investió de autoridad suficiente para hablar con el embajador de los Estados Unidos y en nombre del nuevo gobierno constituido le ofreció garantías. Cinco días después ascendió a coronel. Pasadas unas semanas de gobierno coqueteó con el embajador americano y el presidente Ramón Grau San Martín lo llamó a capítulo. Ante la suplica y el compromiso de rectificar, Grau no actuó contra él: le perdonó la vida y lo dejó en su puesto. Batista siguió consolidando su poder más allá de lo que cualquiera hubiera imaginado, hasta decidir el relevo de Grau y nombrar un sustituto en su lugar. El presidente escogido por Batista ocupó el cargo el 16 de enero de 1934. En 1940 el coronel ascendió a general. Se postuló para presidente y resultó electo por un período de cuatro años. Al concluir su mandato en 1944 le pidió protección al recién electo presidente. Grau entonces le respondió no poder darle garantías por tantos crímenes cometidos. Batista se marchó a su casa en Daytona Beach, Estados Unidos y a ese hecho le dio un toque político: se presentó como víctima del gobierno auténtico. Durante cuatro años se mantuvo fuera de Cuba y se postuló para senador en las próximas elecciones, por la provincia de Las Villas, y resultó electo. El nuevo presidente, Carlos Prío Socarrás, asumió el cargo el 10 de octubre de 1948 y antes de ser electo le había ofrecido a Batista regresar al país, brindándole, además, soldados para su protección. Con tantas garantías no tardó en hacerlo.

Batista volvió en noviembre, un mes después de haber tomado posesión el presidente. Creó un partido para aspirar en las elecciones de 1952. En las encuestas estaba en el segundo o tercer lugar de popularidad. Ante la posibilidad de no ser electo, tres meses antes, el 10 de marzo, dio un golpe de Estado. Si al principio de llegar a Cuba, aspiraba a crear un partido para luchar por una posición, después modificó el rumbo para terminar de presidente por la fuerza. La confianza en su astucia le había permitido mejorar su situación en la ascendente escalada hacia el poder y el dinero. Durante siete años, 1952-1958, se mantuvo al frente del gobierno. En todo ese tiempo, casi a diario, no dejó de tener problemas con la oposición. Los estudiantes del Directorio Revolucionario y el Movimiento 26 de Julio se enfrentaron al gobierno. Pero, Batista no cejaba en su esfuerzo de seguir. Al principio de comenzar la dictadura, los estudiantes de la Universidad se manifestaron en su contra. A los ojos de la ciudadanía el asunto era visto como inconformidad de unos pocos.

Con el tiempo la oposición creció. Fidel asaltaba el Cuartel Moncada y los estudiantes desafiaban desde la Colina el poder de la dictadura. La mirada ciudadana parecía indiferente hasta el 4 de diciembre de 1955 cuando todo cambió. Un acontecimiento marcó la fecha del viraje. Jugaban pelota en el estadio del Cerro los dos clubs con más aficionados, el Habana y el Almendares. Los estudiantes se lanzaron con una tela pintada y un letrero que decía: "Libertad para los presos políticos". Para arrebatarla, la Policía los persiguió y acorraló golpeándolos con vergajos y las culatas de los fusiles. El público

se solidarizó chiflando, gritando contra el cuerpo policiaco, tirando objetos al terreno cojines, botellas, latas y vasos. El desigual combate entre estudiantes y policías no solo fue visto por los asistentes al estadio. Los camarógrafos dejaron mirar sus lentes y los televidentes pudieron ver la golpiza. A partir de ese momento, el gobierno debió cargar sobre sus hombros un signo de menos. En el combate con los estudiantes había perdido la batalla de la imagen, pero el presidente pensaba poder continuar, apoyado en su astucia y la fuerza del Ejército. Así pensaba resolver el desafío, pero el tiempo continuó agudizando los problemas hasta diciembre de 1958: la isla estaba dividida en dos por el Che Guevara en Santa Clara y por Fidel Castro en Oriente.

Los actores del drama únicamente oían y veían lo que sus intereses, poder y dinero, les dictaban. Otro personaje actuaba de igual manera al presidente, el teniente coronel Esteban Ventura Novo, uno de los jefes policiacos más conocidos de la capital. Su eficiencia radicaba en matar y su nombre había trascendido a los periódicos y televisión. Mencionarlo o ver su figura en los medios infundía pánico. Dentro y fuera del gobierno algunos le pedían favores sobre algún detenido. La quinta estación de Policía era su base. Desde ella dirigía un distrito compuesto por varias estaciones. Dentro de la estructura gubernamental poseía un pequeño poder. Su biografía llena de ascensos lo inspiraba a seguir cosechando éxitos. Natural de Artemisa, ingresó en el Ejército en octubre de 1933. Ascendió en grado y posición como si nada fuera a ocurrir. Desde luego, había diferencias entre los hombres adscritos al régimen

en la manera de ver los acontecimientos. Otro actor del drama lo veía diferente: el coronel Florentino Rosell Leyva, jefe del Cuerpo de Ingenieros del Ejército, se sentía pesimista. En octubre de 1958, el Estado Mayor del Ejército le ordenó la organización de los festejos para inaugurar los edificios del Cuerpo de Ingenieros en la Ciudad Militar. El presidente Batista asistiría al acto. Rosell Leyva aprovechó su confianza con el presidente para trasladarle algunos criterios. Le habló de la letal mezcla del Ejército en los negocios ilícitos, los fraudes preparados para las próximas elecciones del 3 de noviembre, de la necesidad de que los jefes militares y el propio presidente se acercaran a las zonas de combate en Oriente. En este punto de la conversación, el presidente no pudo aguantar más reproches y le dijo: “Rosell, creo que te estás extralimitando en tus funciones, aprovechándote de la ocasión y de la confianza”. Mientras Rosell digería el regaño, el deterioro no dejó de continuar su marcha ascendente. El 3 de noviembre se celebraron las elecciones, pues en la solución electoral Batista pensó aplacar la ofensiva de los opositores.

El futuro presidente, Andrés Rivero Agüero, tomaría posesión de su cargo en 1959. Batista creía a esta altura tener tiempo para hacer entrega del “poder” en la fecha prevista, aunque el jaque al gobierno no se detenía. Los Estados Unidos pusieron atención al asunto, ya que sentían peligrar sus inversiones. Enviaron a un conocido hombre de negocio a la isla con instrucciones para Batista. William Pawley, se entrevistó con el presidente el 17 de diciembre. El enviado le recomendó abandonar el

poder, pero Batista no aceptó el consejo pensando en que era una iniciativa personal y consideraba todavía tener capacidad de maniobra. Ante la negativa, los norteamericanos no tuvieron otra opción que enviar a su embajador con instrucciones precisas: Batista debía marcharse porque los intereses económicos de los Estados Unidos peligraban. La ceguera de Batista no era exclusiva. Había contagiado a otros. La percepción equivocada se debía a los mismos intereses. Las razones eran incapaces de modificar la percepción, porque el dictador seguía confiando en su capacidad y acudió en busca de ayuda para detener lo indetenible.

Otro actor se sumaba a los últimos capítulos del drama. La carrera militar de José Eleuterio Pedraza se parecía a la de Batista. Era también uno de los hombres surgidos aquel 4 de septiembre de 1933. Al ser sustituido Ramón Grau San Martín el 14 de enero de 1934, los jefes militares necesitaban un hombre enérgico para dirigir la Policía Nacional. Escogieron a Pedraza por sus características: frío, valiente, despiadado e insensible. Ascendió rápido, de sargento a capitán, después a teniente coronel, hasta el grado de general. El 8 de marzo de 1935 se inició una huelga que abarcaba a casi todas las actividades de la nación. Pedraza, el hombre fuerte de Columbia, con su habitual arrogancia, declaró: “Los grupos lanzados a la huelga con pretensiones de hacerla general están equivocados. No esperen repetir a estas alturas un 12 de agosto o un cuatro de septiembre...”. Sin embargo, el movimiento cobró tales proporciones que Batista sintió vacilar su poderío casi omnímodo. Designó a Pedraza, gobernador militar de La

Habana, título que nadie había ostentado desde la época colonial. “Denme carta blanca por 72 horas –reclamó el siniestro hombre– y verán como restituyo el orden público”. El sábado 9 de marzo comenzó su sombría campaña de terror. Un bando militar prohibía a todo ciudadano transitar por las calles de la ciudad después de las nueve de la noche. Las escenas de brutalidad presenciadas en La Habana quedaron como referentes de su bestialidad. Las perseguidoras rondaban por las noches en faena terrible de represión. Se estableció la ley marcial y la huelga fue sofocada. Pedraza se consideró tan suficiente que algún tiempo después intentó un golpe de Estado, si bien Batista logró resolver la difícil ecuación y Pedraza se marchó del país. Regresó de nuevo y se ocupó solo de sus asuntos particulares. Era un hombre rico, poseía más de cuatro mil cabezas de ganado. A fines de 1958, Batista lo creyó el hombre indicado para acabar con la insurrección y Pedraza reingresó en el Ejército el 26 de diciembre de 1958 después de que los rebeldes mataran a su hijo en Santa Clara. Con grados de general de brigada asumió el cargo de Inspector General del Ejército.

El regaño al coronel Florentino Rosell Florentino no logró detener su determinación. Habló con Panchín Batista, hermano del presidente y gobernador de La Habana. Encontró cordial y sincera acogida en el gobernador durante las tres horas de conversación. Se manifestó dispuesto a realizar cuanto esfuerzo estuviera a su alcance para hacer reaccionar a su hermano. Panchín le confesó recibir visitas a diario de amigos del Ejército, la Marina y la Policía, con idénticas

preocupaciones. El mensaje estaba claro, el presidente debía despertar de su letargo. Hasta el propio hijo, Rubén Batista, hizo gestiones para modificar el escenario. La incorporación de Pedraza al Ejército se debió a su insistencia. Había hablado con Ventura Novo y le insistió hablar con su padre para traer de vuelta a Pedraza, pues con este en un cargo de mando, las cosas cambiarían. Ventura habló con el jefe de la Policía, brigadier Pilar García, y con otros altos oficiales de la Marina y estos a su vez con el presidente. La esperanza estaba depositada en los antecedentes malvados de un hombre. Las gestiones de Ventura y los comentarios con los amigos habían calado en su ánimo. Se encontraba descansando en uno de esos avanzados días de diciembre y comentaba con su esposa la reacción de los hijos por los regalos traídos por “Santa Claus”:

–Mira, cariño, he estado pensando que los niños y tú, debían irse a los Estados Unidos o a República Dominicana...

–¿A Estados Unidos o República Dominicana, para qué? –le dijo ella.

–No, para nada..., los rumores..., las bolas..., que si me van a hacer un atentado... Tú ves que hasta ahora he salido bien.

–Y seguirás saliendo, porque en definitiva tú estás cumpliendo con tu deber –le confirmó.

–Sí mi amor, pero un día...

La sugerencia del embajador norteamericano a Batista había sido aceptada de mal gusto. Comenzó a preparar su retirada en secreto. Se trasladó al Palacio Presidencial dando la sensación de normalidad, aunque por dentro llevaba la esperanza de poder arreglar el

problema. El dilema, irse o quedarse, lo hacía sentirse próximo al final. Su rostro adquiría el color de los momentos difíciles. Una vez interiorizado el intenso drama hubo un cambio en los objetivos. La tan anhelada permanencia en el poder había sido sustituida por preparar la huida en silencio, sin dejar señales, hasta el momento preciso de la partida. Una de sus dos poderosas razones de ser había fracasado. Le quedaba solo el dinero, debía conformarse. Procedió a sacarlo y ante la duda de sobrevivir, decidió repartirlo en vida. Continuó su plan. Llamó a su ayudante, el general Tabernilla Palmero y le dijo: “Pregúntale a tu hermano cuántos asientos se puede disponer en un momento dado en caso de que tengamos que marcharnos”.

En los últimos días de diciembre, funcionarios del gobierno y ministros del gabinete, no tenían la más leve noción de lo que estaba sucediendo. Batista seguía haciendo en el Palacio Presidencial los “partes operacionales” remitiéndolos a los periódicos. En esos despachos de prensa las fuerzas militares del Ejército “estaban triunfando y los grupos fidelistas huían despavoridos”. Batista procedió a elaborar la lista de las personas que escaparían juntos a él. A medida que los rebeldes tomaban una guarnición tras otra, los militares cubanos se hundían en el derrotismo: las deserciones de los soldados aumentaban; un creciente número de oficiales ya no estaba dispuesto a luchar por el régimen; algunos de sus generales comenzaron a buscar pactos... La mentalidad del militar, forjada en la disciplina, los códigos y reglamentos militares, no podía sustraerse a la situación.

No. 3-4 2010

El coronel Florentino Rosell acudía el 23 de diciembre a la sede del estado mayor. Había ido a despedirse de los jefes del Estado Mayor y del jefe del Estado Mayor Conjunto, con motivo de la partida ese día del Cuerpo de Ingenieros. Indicaciones recibidas trasladaban el cuerpo para el Regimiento No. 3, en Las Villas. En el despacho del general Francisco Tabernilla estaba la plana mayor del Ejército. El general Robaina Piedra, el general Río Chaviano, el brigadier Fernández Rey, el general Silito Tabernilla y el coronel Irenaldo García Báez. Silito rindió al jefe de Estado Mayor Conjunto, general Francisco Tabernilla, su reporte. Se lamentó de las bajas sufridas esa semana en las distintas zonas de operaciones. Acababa de hablar con el general Pedraza, quien le indicó entrevistarse con el jefe del Estado Mayor Conjunto para hacer ver al presidente la necesidad de enviar refuerzos de tropas a Santa Clara, si no, la capital de la provincia caería en pocos días. Se barajaron diferentes posibilidades, desde sacar de la prisión al coronel Barquín hasta... El único en oponerse fue el coronel García Báez, quien expresó como única solución que Batista vistiera el kaki [el uniforme], asumiera la jefatura de las Fuerzas Armadas y diera frente a aquella situación dirigiendo las operaciones desde el propio Puesto de Mando.

Algo parecido le había propuesto el coronel Florentino Rosell a Batista aquel 8 de octubre de 1958. El coronel García Báez concluyó su exposición con palabras altisonantes: “Es preferible morir peleando como los hombres que darse un ‘Pistoletazo’ cobarde. Soy el primero en dar mi vida si Batista

59

asume la iniciativa”. Los hombres comprometidos con el régimen no acababan de interiorizar estar cada día más cerca del fin. El Viejo Pancho (Francisco Tabernilla) puso término a la reunión con estas palabras: “Señores, tenemos que morir junto al cañón como buenos artilleros. Debemos seguir a Batista en su suerte”.

Mientras en los mandos militares se discutían diferentes opciones, en Las Villas el Che Guevara continuaba liberando pueblos: Fomento, Cabai-guán, Guayos, Placetas y Camajuaní dejaban expedito el camino a Santa Clara. Todas las miradas del país convergían en la región de Las Villas. Allí se libraba la batalla decisiva que iba a cortar en dos la isla. Se le ordenó al coronel Florentino Rosell salir hacia la provincia y hacer un estudio detallado de la situación. Concluido el estudio, se presentó al jefe del regimiento, general Río Chaviano informándole la misión de trasladar el Cuerpo de Ingenieros para el Regimiento No. 3 para “reparar las vías de comunicaciones destruidas por el enemigo”. Utilizarían un tren blindado para transportar a los soldados. Chaviano le contestó: “Ya no es solamente Batista quien está esquizofrénico, sino también los que le rodean. Aquí el problema no es de técnicos e ingenieros, sino de tropas de combate, para poder contener al 80% de la ciudadanía que se ha alzado en todos los pueblos y avanza sobre este Regimiento”.

Al año 1958 le quedaban 72 horas para concluir y los acontecimientos no dejaban dudas de la gravedad. Un refuerzo de 500 soldados salió por vía aérea para la región. El último pelotón operativo de tanques Sherman que que-

daba en Columbia, partió por carretera con igual destino. Antes había salido el tren blindado con más de 400 hombres. El 27 de diciembre, Batista visitó a Pedraza, antes de este volar a Santa Clara. Hizo un recorrido por varios pisos de la Fuerza Aérea y para despedirse de los pilotos hizo un pequeño brindis con champán: “Por el Ejército, por Cuba, por la FAE [Fuerza Aérea Cubana]”. Llegó a la división de tanques “10 de Marzo” en el momento que salían rumbo a Santa Clara, donde fue aclamado por la tropa. Ante la insistencia de oficiales y soldados que le gritaban: “Póngase el jacket”, decidió retirarse. Tiempo atrás el jacket le había dado una imagen de hombre valiente y los soldados se lo recordaban para incentivar su orgullo, pero la sobrevivencia le importaba más.

Después de un ligero recorrido por la provincia central, el general Pedraza regresó a La Habana y comunicó que era demasiado tarde y ya nada podía hacerse. Citaron al general Río Chaviano al despacho del jefe de Estado Mayor. Concluida la reunión fue a su residencia habanera y horas después huyó a Santo Domingo, República Dominicana. También el coronel Rosell, a bordo de un yate huyó hacia la Florida. El drama iba perdiendo actores y de continuar así no podría ponerse la obra. Los aviones mandados a preparar por Batista para la huida se hicieron sospechosos. El teniente coronel Irenaldo García Báez, jefe del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), le informo al presidente sobre los tres aviones y sus tripulaciones preparados para despegar y Batista le respondió: “Vigílalos, que puede ser que los Tabernillas quieran irse”, al tiempo que se reía como si fuera un chiste.

El día 30 el tren blindado caía en manos de las fuerzas rebeldes y el Che se preparaba para tomar Santa Clara. Se encontraba cada vez más cerca el fin del año 1958 y todavía alguien pensaba en alguna posibilidad. El presidente Batista necesitó más elementos para convencerse del inminente peligro. Aspiraba aún entregar al presidente electo, el poder en algún día de enero. Ni los licores ni las comidas típicas de la fecha lograban disminuir los rumores existentes del mal presagio. Esteban Ventura recibía en su despacho la visita del hijo del alcalde de La Habana. Eran las nueve de la noche cuando Luisito Pozo le comentó a Ventura el rumor: “Oye, Ventura, tengo noticias, de muy buena fuente, de que esta noche, a las 12:00 el presidente va a renunciar y le va a entregar el poder a una junta militar”. Ventura lo miró sonriente y le dijo: “¿Qué pasa, Luisito, te has acobardado? Déjate de tonterías”. ¿Cómo es posible pensar eso?, se preguntaba Ventura. ¿Cómo el oficial mejor informado de las actividades subversivas, no iba a saberlo? Alguna duda le quedó, porque decidió verificar la información con un amigo y para ello aprovecharía la invitación hecha para esperar el año nuevo en la residencia de Antonio Sánchez Mena, presidente de la Cooperativa de Ómnibus Aliados. Era una cosa íntima, informal, solo las dos familias. Alguien dijo en una ocasión y quedó como referente: “lo que se sabe no se pregunta”. Si se insiste es que existe alguna posibilidad.

Alrededor de las nueve de la noche, el presidente Batista llamó por teléfono a Santa Clara insistiendo en saber, y del otro lado le respondieron: “No espere nada de Las Villas. La jefatura

militar de la provincia está copada por los rebeldes”. Un rato después, a las 10 y media de la noche, sostuvo una entrevista con el general Eulogio Cantillo. Por fin se acabó de convencer y le expuso al militar su plan: se iría y Cantillo quedaría a cargo de formar un nuevo gobierno. En la casa de Sánchez Mena un reloj cercano dio las 12 campanadas. ¡Era el año nuevo! Ventura, le comentó al amigo la conversación con el hijo del alcalde. “Eso es una ‘bola’. Yo también tengo mis contactos”, respondió Sánchez Mena. Quizás los tragos y la confianza traspasaron la raya al decirle a Ventura: “Yo también tengo mis ‘contactos’ y mis ligas con la otra ‘gente’. Aquí no pasa nada”. No obstante, consideraron oportuno llamar a Eusebio Mujal, secretario general de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), responsable del movimiento obrero en Cuba:

—¿Mujal? Es Ventura. ¿Sabes algo en relación al presidente?

—Nada es cierto, Ventura. Todo está perfectamente bien. No hay ningún problema nuevo ni grave y muchísimo menos de esa naturaleza —y le deseó felicidades por el año nuevo.

Mientras, la planta de radio de la Policía Nacional no cesaba de llamar a los jefes de demarcaciones, comandantes de distritos y oficiales superiores. El coronel Orlando Piedra, jefe del Buró de Investigaciones, los citaba a su oficina. A los coroneles Esteban Ventura y Conrado Carratalá los citó para las afueras del Buró de Investigaciones, donde se cruzan las calles 23 y 26 en el Vedado. El coronel Piedra se limitó a decirles: “Síguenme, para un servicio a las 2:30”. Los dos oficiales, Ventura y Conrado Carratalá, se miraron extrañados

por el misterio de la orden. Partieron de 23 y 26 rumbo a Miramar por el puente de Almendares. Iban inquietos por la orden tan lacónica, hasta pensaron en una encerrona. Se adelantaron al carro del coronel Piedra impidiéndole continuar si no hacía más específica la orden. “¡Hoy es día de año nuevo!, el Presidente quiere tener un cambio de impresiones con los altos jefes, en el Cuerpo de Aviación. Tranquilícense... el Presidente quiere saludarlos con ese

motivo...”. Ya más tranquilos continuaron rumbo al Cuerpo de Aviación. En el lugar, ambos coroneles se acercaron al general Pedraza y le preguntaron:

—¿Qué es lo que ha pasado, general?

—¿A mí me van a preguntar ustedes?

Yo sé tanto o menos. Sólo sé que me llamaron y me dijeron: ‘A las 2:30 a.m. comenzaron a despegar los aviones. Fulgencio Batista era uno de los pasajeros, también el general Pedraza y el teniente coronel Ventura Novo’”.



Fernando Alonso: “La danza es mi propia vida”

Leonel F. Maza
Investigador

Una mañana hace algún tiempo conversé por primera vez con el maestro Fernando Alonso sin ninguna antesala en el vestíbulo de la Escuela Nacional de Ballet. Sentía la necesidad de conocerle y consultarle aspectos relacionados con su vida como precursor del ballet clásico en Cuba y su relación de trabajo y amistad con el compositor Harold Gramatges para la investigación realizada por aquella etapa para la preparación de la biografía de Gramatges. En uno de los capítulos está la relación que el compositor tenía de amistad y colaboración con Alicia, Alberto y Fernando. Por ello, abordar diferentes tópicos con Fernando era más que un privilegio, una fuente obligada de consulta.

Por varias razones se fue postergando el encuentro, y en ese momento el diálogo se hizo muy rápido y le comenté sobre un pedido que él le hizo a Harold en agosto de 1945 desde Nueva York para que le compusiera la música de un ballet que acababan de escribir. Su interés por conocer sobre el tema, es decir 60 años después del proyecto de un ballet que no se realizó, conllevó a un aumento de su curiosidad

y pasaba a ser un hecho histórico. En otro momento Fernando me comentó que debíamos reunirnos y le pedí su teléfono. Finalmente, lo llamé para coordinar esa futura entrevista.

La estrecha conexión con Harold y los Alonso me tomó meses para estudiar los ballets donde el compositor trabajó la música, así como para realizar consultas en archivos y efectuar encuentros con el personal especializado. Todos dieron los frutos más o menos esperados en la investigación: nadie hasta ese momento recordaba el hecho y, por supuesto, era imposible que estuviera registrado en la carrera de Fernando Alonso como creador y bailarín, solo era un eslabón perdido en esta historia que queremos dejar plasmada en el presente trabajo para la Revista.

Fernando Alonso forma parte importante de los cimientos de la Escuela Cubana de Ballet. Sus méritos y condiciones artísticas como soñador de que sí era posible la existencia de una compañía de ballet, criollísima y cubana, hicieron que el tiempo le diera la razón y lo premiara por ello.

Fernando Alonso, un hombre que en Cuba puso a bailar al propio tiempo

Su primer gesto de danzar lo realizó a las cinco y 20 de la tarde del 27 de diciembre de 1914, en la barriada del Vedado, La Habana. Fue el primer hijo del matrimonio formado por Matías Alonso Reverón y Laura Rayneri Piedra. Creció en uno de los más amorosos hogares, con una madre amatísima, dentro de los más refinados gustos artísticos. Fernando reconoce que asimismo la mezcla de su árbol genealógico con su abuelo materno

Eugenio Rayneri Sorrentino, de origen italiano, el ser descendiente de una familia austriaca, el tener un abuelo paterno director de orquesta, y el sabor del movimiento del Caribe incidieron en su gusto artístico.

Una excelente pianista fue Laura, discípula del maestro Hubert de Blanck, y aunque el medio familiar fue el mejor aliado en la formación artística e intelectual tanto de Fernando como de su hermano Alberto, sin lugar a dudas ella contribuyó en mucho. En su hogar, durante los primeros años de su crecimiento humano, tuvo una niñez feliz. Las melodías que brotaban del piano de Laura fueron las primeras notas que el niño pudo acariciar en su más tierno espacio; la música clásica que ella interpretaba con excelencia influyó en el futuro de quien haría historia.

Su formación académica, en primer término se la debe a su abuelo Eugenio, el cual lo adentró en el mundo de las primeras letras. Este hombre, en cuya casa poseía una buena y copiosa biblioteca y existía el más alto respeto por cada objeto, ayudó a forjar el carácter de Fernando. Su primera escuela fue la católica de los Hermanos La Salle, en donde cursó la enseñanza primaria; allí realizó la práctica de diferentes deportes comenzando así la preparación física que cultivó con toda seriedad: el movimiento de su cuerpo. Se inicia en el mundo de los sonidos cuando en la casa de los Alonso-Rayneri junto a su hermano Alberto recibe clases de violín de los maestros Joe Vals y Dimitri Vladescu.

Los estudios de bachillerato los realizó en el Spring Hill College, de Mobile, Alabama, en el sur de los Estados Unidos, pues la difícil situación

política de esos años en Cuba propicia que los padres tomaran la decisión de su traslado al norte. En 1932 regresa al país de vacaciones con los estudios vencidos en esa enseñanza, si bien durante ese tiempo no había perdido su vínculo con la Sociedad Pro-Arte Musical. Termina después la etapa de estudiante universitario y se gradúa en Ciencias Comerciales y ejerciendo esta profesión inicia su vida laboral en las oficinas de M. Golodetz and Company, dedicadas al mundo azucarero, y poco tiempo más tarde trabaja en la oficina Panamericana del Ministerio de Estado.

Corre el año 1934 y ocurre un acontecimiento en la familia: asume la presidencia de Pro-Arte su madre Laura Rayneri, hasta entonces miembro de la directiva y pianista acompañante de diferentes personalidades que visitaban la entidad cultural. Esta situación es fundamental para la fundación de la Escuela de Ballet de este patronato, ya que le dará más fuerza durante los 14 años de su mandato.

La Sociedad Pro-Arte Musical de La Habana se funda en 1918. Tiene una importancia vital para la cultura cubana a pesar de estar dirigida por mujeres de la alta burguesía cubana. Esos 40 años de intensa labor cultural permitió su desarrollo a un grupo de personas, aunque es bueno destacar que este tipo de sociedades eran manejadas con propósitos ajenos a los que hoy día conocemos, pues si bien tienen el reconocimiento de iniciar el difícil camino de educar el buen gusto por el arte, no es menos cierto que cuando estudiamos sus críticas y los textos de los programas de mano en su mayoría eran elogios, ya que casi siempre eran escritos por los propios organizadores,

quienes muchas veces firmaban con seudónimos. Algunas son extremadamente buenas para ser reales, pero ese no es el caso que nos ocupa. Debe destacarse además que esta sociedad construyó el teatro Auditorium, hoy día Amadeo Roldán.

Esta institución es el lugar donde el joven Fernando comienza su formación artística organizada y fue testigo del movimiento y desarrollo que entonces se gestaba en la institución.

La Sociedad Pro-Arte Musical ve ingresar en ella al joven Fernando en el curso 1935-1936, en cuya matrícula de 126 alumnos el único varón es su hermano Alberto, y más tarde lo secundan Fernando, Eduardo Casado, Antonio Martínez del Hoyo, hermano de Alicia, Enrique Armand y Jorge Companioni. La entrega y el deseo de este grupo por el desarrollo del ballet en Cuba le permitieron posteriormente el éxito, en particular el de Alicia, Alberto y Fernando. De este momento fundacional y el contacto y afinidades, aparece una atracción de Fernando por Alicia, la joven que a sus 15 años cautivó al público en la interpretación del solo del ballet *El pájaro azul*. Cada instante de los jóvenes en sus contactos diarios y la pasión por la danza se hizo tan fuerte que concluyó en amor.

Debe tenerse en cuenta que para Fernando Alonso incursionar en el arte del ballet fue muy difícil, pues comenzó muy tarde, aunque eso no le impidió su desarrollo y dominio de la técnica, a lo cual le ayudó mucho su preparación física y sobre todo la constancia y el amor propio, que le permiten vencer cualquier limitación.

Se ha fijado su debut en 1936, como bailarín en el ballet *Claro de luna*, si

bien se ha señalado también en su participación en *Los esclavos* el 22 de julio de 1935, y por ello está por precisar con exactitud la aparición inicial en el escenario de Fernando Alonso. Es importante señalar que Alicia y Fernando bailan por primera vez, y la crítica fue favorable para ambos, cuando culminaba el curso 1935-1936 de la Escuela de Ballet de la Sociedad Pro-Arte Musical de La Habana. Solo en esa ocasión él participó bailando allí.

El ambiente danzario en Cuba no era el mejor y entonces Fernando decide marchar a los Estados Unidos. En 1937 se encuentra nuevamente en ese país, en la bulliciosa ciudad de Nueva York, la cual lo acoge.

No será fácil desarrollar su carrera artística y por tanto debe trabajar para su manutención como taquígrafo, mecánógrafo y traductor de inglés-español en The Powers X Rays Products, y en sus ratos libres estudia el mundo del ballet. Cuando su economía es desahogada le pide a Alicia Alonso que se le una. Allí contraen matrimonio y un nuevo amanecer le depara la vida a la pareja que desea conquistar esa ciudad y su ballet.

Ya en 1937 era integrante en la ciudad de Nueva York del Mordkin Ballet, fundado por Misal Mordkin, bailarín y profesor ruso radicado allí, quien es un personaje destacado en esa manifestación artística que contribuyó a la fundación de la incipiente escuela estadounidense de ballet. En esta compañía la constancia y el deseo de desarrollarse como bailarín de Fernando se ven premiados en lo que serían sus inicios en el camino del éxito.

En Broadway y sus comedias musicales también dejó su impronta en 1938; meses después forma parte

del American Ballet Caravan de Balanchine. No se detiene y logra en 1940 estar en la plantilla del Ballet Theatre de Nueva York, compañía de referencia en el movimiento danzario contemporáneo del siglo xx y que jugó un importante papel en la formación artística de Fernando, pues durante su estancia en él realizó diferentes giras por ese país.

Durante la estancia en los Estados Unidos, su horizonte se fortalece con los vínculos personales con diversos grupos y personajes de la danza como fueron el Original Ballet Ruso, la School of American Ballet, Alexandra Fedorova, Mijail Fokine, George Balanchine, Pier Vladimirov, Leonide Massine, Anthony Tudor, Anton Dolin... En este ambiente, el joven Fernando alimentó sus ansias de superarse y desarrollar su estética como bailarín y coreógrafo.

Tanto la Sociedad Pro-Arte Musical de La Habana como su trabajo en Nueva York fueron el punto de partida, el motor para impulsar y hallar finalmente su excelencia artística. Asimismo, el ir y venir desde esa ciudad a La Habana hacen que su meta para lograr el éxito personal pasase a un segundo plano: es la hora de desarrollar en Cuba una escuela de ballet que tendría ascendencia de las instituciones mencionadas.

Junto a su joven esposa y bailarina Alicia Alonso, redobla los esfuerzos en enriquecer a Cuba con lo último en partituras que puedan ser utilizadas en sus coreografías, así como en coordinar la presencia de bailarines, coreógrafos y la realización de festivales. Todo ello va labrando el camino para conformar una compañía oficial de ballet cubano.

Su primer intento se registra en 1942 cuando se reúne un grupo de artistas y crean la agrupación La Silva, medio que le permite implementar otra manera de expresión teatral y encontrarse a sí mismo en sus proyectos coreográficos. Los años hacen que vaya acumulando y madurando su final propósito y es entonces que en 1948 nace en Cuba el Ballet Alicia Alonso, con carácter profesional. Es importante reconocer el valioso aporte de su hermano Alberto (1917-2008) y de su esposa, quienes en esos momentos eran ampliamente reconocidos en el arte del ballet.

Fernando en 1956 deja de bailar y a partir de entonces se dedicará por entero a una de las facetas más difícil, la de enseñar los conocimientos adquiridos, que son muy abundantes. En la actualidad, muchas son las generaciones de bailarines cubanos y extranjeros que se han beneficiado con su magisterio.

Un proyecto de ballet

Durante la temporada 1944-1945 en Nueva York los jóvenes Alicia y Fernando participan en funciones del Ballet Theatre. Sus inquietudes las transmiten al escribir a un amigo compositor de la isla, al también joven Harold Gramatges, y le piden que realice la música de un proyecto de ballet. La misiva dice así:

Agosto 22, 1945

Querido Harold:

No sé como andará el concurso, pero ya sabes que estamos apostando fuerte por ti Alicia y yo. Ahora derecho al punto que son las cinco de la mañana y me estoy muriendo de sueño. Se nos ha ocurrido hacer un ballet. La historia es como sigue:

2da Escena Aparece un bohío en donde se ve al esclavo herido en la cama y ella a su vera. Los demás esclavos dormitan afuera con la vieja bruja entre ellos. Esta es la parte más lírica de la obra, el amor de los dos no debe durar arriba de 3 minutos. Es seguido por el baile de la bruja implorando su curación, bailando ella de cara al público y los demás esclavos de espaldas hacen una especie de acompañamiento. Toda esta parte muy rítmica llegando a un clímax casi frenético por parte de la bruja para ser interrumpido por la entrada de dos criados del Mayoral que vienen a buscar a la esclava. Se puede a lo el clímax, se puede ver al tema del mayoral. Termina la escena con el herido desahogado queriendo levantarse.

3ra Escena En esta playa, aparece el esclavo Buncandota, se le encuentra muerto y cae de rodillas suplicándole al dios de la guerra lucumí "Chango" (ases que se llame el individuo) que le ayude a renacer. Aparece Chango en una roca y baila una danza que llama a la que se une al, cuando termina siente la llegada del mayoral y se acorda entre las rocas, a un debido tiempo se le tira el azacabro y lo mata, (durante la lucha, se ve si hace entrar a los negros o si terminan solamente con unos pocos musicales del tema de Chango el cual aparece victorioso en la roca mientras amanece.)

Todo esto como te comprendas

Pleno día

1ra Escena Aparece el campo criollo al abrirse la cortina con un bohío y el consabido palmar en la lejanía.

La acción se desarrolla durante la esclavitud.

Comienza con una melodía sobre algún tema cubano cambiando luego a la segunda o tercera frase para un ritmo de conga lucumí muy marcado con tambores. Es el baile de los cortadores de caña. Entre esos esclavos cortadores de caña está él. Están distribuidos en líneas de a tres en fondo y se mueven en la misma dirección, entre ellos cruzan los esclavos recogiendo caña. Ella le seca el sudor a él cuando aparece el mayoral con su látigo, al verlo que no trabaja lo flagela hasta que cae gravemente herido, pero antes de irse se fija en la hermosa esclava. Durante esta escena tiene que aparecer el tema de él

y ella, de amor, corto. Como es natural el mayoral es un cambio brusco, que la interrumpe. Terminando con todos cortando caña mientras las mujeres se llevan al herido.

De noche

2da Escena Aparece un bohío en donde se ve al esclavo herido en la cama y ella a su vera. Los demás esclavos dormitan afuera con la vieja bruja entre ellos. Esta es la parte más lírica de la obra, el amor de los dos no debe durar arriba de 3 minutos. Es seguido por el baile de la bruja implorando su curación, bailando ella de cara al público y los demás esclavos de espaldas hacen una especie de acompañamiento. Toda esta parte muy rítmica llegando a un clímax casi frenético por parte de la bruja para ser interrumpido por la entrada de dos criados del mayoral que vienen a buscar a la esclava. Se puede

hacer el tema del mayoral. Termina la escena con el herido desesperado queriéndose levantar.

3ra Escena En una playa, aparece el esclavo buscándola, se la encuentra muerta y cae de rodillas suplicándole al dios de la guerra lucumí “Changó” (creo que se llama el individuo) que le ayude a vengarse. Aparece Changó en una roca y baila una danza guerrera a la que se une él, cuando termina siente la llegada del mayoral y se esconde entre las rocas, a su debido tiempo se le tira el esclavo y lo mata (durante la lucha, no sé si hacer entrar a los negros o si terminar solamente con unas frases musicales del tema de Changó el cual aparece victorioso en la roca mientras amanece)

Todo esto como tú comprenderás tiene mucho sabor cubano. No debe de pasar de 30 minutos. Los bailes del conjunto son muy poco movidos en lo que se refiere a distancias, y su fuerza radica en su vigor rítmico.

Desde luego hay momentos en que la teatralidad no permite ajustarse a un baile folklórico sin estilizarlo y hacerlo más efectivo escénicamente, y por último está la escena de amor de ellos que tiene casi perder todo sabor de conga.

Las partes de mímicas serían movidas, bailadas bajo las mismas reglas del clásico. Se me olvidó poner el baile de ella suplicándole a la bruja que rece por él en el segundo cuadro. En él le doy el chance de lucir sus habilidades.

Se me olvidaba decirte que quisiéramos que tú hicieras la música. Allende le va a llevar a mi madre una copia de su libreto original para entregártelo. Si difieres en algo de este cambiaremos aquel.

Si te embullas (suplicamos que sí) convendría que te pusieras de acuerdo con Allende un día para que vieras en los manantiales de la Cotorra a los negros bailando el corte de caña y dos o tres cosas que son sumamente interesantes y que te ayudarían [...] sobre todo con respeto al ritmo que tienen en tambores y sus cambios.

Mañana tengo que ver a Hurok a hablarle del proyecto a ver qué le parece.

¿Cómo lo encuentras tú?

Cuando me contestes pídele la dirección a la vieja pues el 10 de sept. ya estamos en New York.

“By the way” allí vimos (en New York) a los Hernández, Ivette está de lo más aplatanada.

Oí que Albert C. L. está ya en New York.

Un abrazo

Fernando

Es interesantísimo que sólo quedó el deseo, pero hoy día este documento es de interés para que los estudiosos del mundo del ballet y la obra de Fernando y Alicia puedan valorar su argumento y formas de plantearse el desarrollo de cada escena, los detalles y pormenores de Fernando y su manejo de los ritmos, así como la duración de la música para que el compositor desarrollara la partitura.

Después de conocer esta misiva y darle todas las posibles lecturas con el propio Harold Gramatges y las consultas con los especialistas del Ballet Nacional de Cuba, acudimos a Fernando Alonso, quien nos invitó una tarde a su residencia. La entrevista está señalada para las tres de la tarde, a dicha hora yo tocaba a su puerta y el mismo

maestro me da la bienvenida. Con la humildad a flor de piel me dice: “Es usted puntual, adelante está en su casa”. Comenzamos el diálogo hablando de la familia, la vida, la gente... y desde los primeros minutos me sentí como si lo conociera de siempre.

Aquí les doy a conocer solo una parte de la transcripción de dicha entrevista:

Maestro Fernando Alonso, ¿desde cuándo surgió la amistad y vínculos artísticos con el compositor Harold Gramatges?

Imagínese usted, desde antes de la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo. Él nos ayudó muchísimo en unas obras que nosotros tratábamos de hacer en un grupo que se llamó La Silva, y le pedimos consejos; le solicitamos que nos diera clase de música, aunque mi madre era pianista, y ella nos enseñó a mi hermano y a mí, pero el que de verdad se dedicó a ver cómo nosotros metíamos eso dentro de la danza profundamente fue Harold Gramatges, nos dio solfeo, el cual es fundamental para el bailarín.

Harold me ha comentado que ustedes eran muy aplicados y aventajados en las clases.

Bueno, mi hermano Alberto más que yo. Yo sentía el solfeo, imagínese, desde que nacimos mi madre tocaba el piano para dormirnos, si ella no tocaba el piano, formábamos tremendo berrinche.

Fernando, Harold y ustedes coincidieron en la ciudad de Nueva York en la temporada 1948-1949 y el otro día le comenté sobre el pedido que usted le hizo solicitándole que le compusiera la música para un ballet en proyecto.

Sí, él nos ayudaba muchísimo en la solicitud de las músicas. Figúrese, Ha-

rold conocía eso profundamente, es un estupendo músico, yo lo admiro como persona, porque es un caballero, una persona encantadora, y como artista... por favor.

¿Los encuentros entre ustedes por aquellos años en qué consistían?

Después de los ensayos, nos íbamos a la playa a descargar un poquitico, cosa que lamento ahora porque el sol me hace un terrible daño y debo cuidarme de no coger más sol, conversábamos muchísimos, pero siempre todo redondeaba en temas del arte en sentido general, era una manía.

¿Por qué ustedes tenían tanta afinidad con Harold como para enviarle sus proyectos de algún ballet?

Muy sencillo, porque era una persona que queríamos mucho y lo conocíamos muy profundamente. Él nos había enseñado a deletrear todo eso del solfeo y la teoría de la música, naturalmente, inclusive inconscientemente, uno va hacia el maestro que te ha impartido esa materia inicial. Su opinión era muy amplia sobre cosas modernas y antiguas de la época barroca. En fin, toda la música que nos hacía falta para ciertos ballets y que nos interesaba, él nos indicaba cuál era mejor.

Por ejemplo, en el ballet Ícaro cómo surge la idea de encomendarle la música para este ballet.

Ícaro fue un ballet que se montó para el Ballet Ruso de Montecarlo y tuvo mucho éxito. En esa compañía estaban mi hermano y su mujer. Ese ballet nos gustaba y nos daba una idea de que se podía lograr muy bien y se nos ocurrió montarlo para Cuba, para que el pueblo lo viera y disfrutara y traerle el arte de la danza, pues nosotros habíamos pasado muchas dificultades para poder bailar...

Disculpe por la interrupción, pues la persona que me acabó de llamar fue Alicia Alonso. Me recordaba que en una ocasión estábamos en una función de cine y se proyectaba un documental donde aparezo yo bailando y entonces el chico que estaba detrás de nosotros sentado con una noviecita, lanzó una exclamación desfavorable sobre mí, me levanté y le dije yo soy más hombre que tú y lo agarré por el cuello y lo saqué de la sala. Cuando iba a pegarle llegaron todos y me lo quitaron, y volví al interior del cine, eso ella me lo estaba recordando. También escuchaste otras cosas como lo que le planteé a Alicia que a mí no me gusta ver a los hombres bailar en punta, yo no iría a verlos nunca. Y como receta de cocina le decía a ella cómo yo le cocinaba el bistec de hígado que le gustaba muchísimo.

Siempre nos ha llamado la atención que en sus ballets la presencia de lo nacional del siglo XIX cubano está presente, ¿será a propósito o por petición?

Esa era la ventaja, porque Alicia era la bailarina clásica, pero deseábamos tener un abanico amplio de estilos, un buen diapason y yo igual estaba interesado en lo moderno y antiguo, y naturalmente a mi hermano le interesaba mucho la cosa cubana, él es el que va metiendo dentro de la línea clásica, con mucha sutileza, ciertos elementos de la danza cubana.

En 1945, después de concluir una función, Alicia y usted le escriben una carta a Harold con el boceto completo de un ballet, del cual recrean cada escena, aunque no tenía título alguno, ¿recuerda este suceso?

No lo recuerdo ¿cómo se llama? Quizás el que sepa es el historiador del ballet.

No, lo consulté y no lo tienen registrado.

Puede creer que no me acuerdo, imagínese usted han pasado tantos años.

Sí, solo 60 años...

(Ríe). Sí, nada más que 60 años. Yo hacía muchas anotaciones de temas que me interesarían llevar a un ballet.

Lo curioso e histórico es que está completo este boceto para un ballet en tres actos, maestro.

Cómo me interesaría saber cómo fue esa obra. Me hace falta que usted me lo mande para volver a recordar. Cuando usted me lo dijo el otro día, yo me quedé pensando: “qué lástima que no tiene título”. Yo le pudiera preguntar a Alicia también a ver si se acuerda. Para nosotros Harold es una figura importante.

Qué opinión le merece Harold Gramatges como pedagogo.

Eso es lo mejor todavía, porque ese es el verdadero maestro, el que sabe enseñar no el que habla y dice, yo lo he repetido tantas veces..., no todo el que sabe lo logra. Las cosas que la gente aprende, y él sabe lo grande que es, ¡y lo que uno aprende con él! Fue maestro también de una hija de mi mujer que se graduó de pianista.

Cuando efectuábamos casi el final de esta entrevista, tocaron a la puerta. Fernando se pone de pie y se dirige a abrirla, y como feliz colofón es el encuentro con el amigo del cual estábamos conversando. Yo conocía de antemano que Harold visitaría a Fernando; lo habíamos convenido ese día en el almuerzo. Todo sería una sorpresa. Por supuesto que dejé para la historia varias fotos y la grabación de ese encuentro entre dos maestros y amigos. Aquí les muestro sólo una parte:

Fernando: (Ríe). ¿Cómo tú estás Harold?... Ay, caramba (se abrazan).

Harold: Aquí bien, guapeando.

Fernando: Así estamos todos.

Harold: Solo he pasado a saludarte, Fernando, pues voy para mis clases en el ISA [Instituto Superior de Arte].

Los maestros ocupan las butacas de la saleta y comienza la fiesta de la memoria de ambos:

Fernando: Pero Harold qué puedo decir de ti, si tú fuiste nuestro consejero musical todo ese tiempo y nuestro maestro; en la adolescencia teníamos un sentimiento y luego como bailarín profesional fue otra forma.

Recuerdo en estos momentos que nosotros buscábamos el talento dondequiera. Una vez me fui a Santa Clara y en Fomento vi a un chico, Carreño. Imagínate, y lo tomé y me lo llevé, se desarrolla y llega a primer bailarín, pero no solo ese Carreño, hay como seis Carreño que tienen talento para bailar. Uno de ellos está en el American Ballet Theatre de Nueva York, como primer bailarín, con éxito, y ahora yo he estado ensayando a otro; tenemos que sacar a todos los que tienen talento.

Harold, yo estuve 10 años en México, 10 años de tortura. Me fui porque me puse bravo en el Ballet de Camagüey, pues me sacaban los bailarines y lo traían para La Habana; aquello se convirtió en un trampolín y protesté y no hicieron nada y me fui entonces. He estado sufriendo porque no tenía a mi gente, esa gente que siente igual que uno, que piensa igual y tiene la misma aptitud.

Te decía que no tenemos un maestro musical, ya que en la Escuela de Ballet tenemos siete salones y tenemos un

grave problema con el pianista que es para todas las clases. No debe ser cualquier pianista, y es lógico que se vayan a tocar a un restaurante donde cobran en dólares, y es importante que sepa tocar los ritmos, debe tocar musicalmente y no machacar el piano.

Harold: Sí, tiene que estar en el oído del bailarín, ir danzando lo que él va tocando, si no entonces hay una limitación, la cual se hace fija en lo que está bailando, no hay variedad.

Fernando: Sí, el bailarín tiene que interpretar el paso de lo que siente de la música.

Harold: Es la misma cosa con la música de cámara. Si usted ve a un pianista de este género un día tocar con un solista de flauta, y otro día con un dúo de cuerdas, caramba, tiene que ser partícipe de eso, no puede machacar, ahí él lo está acompañando, está dialogando con el bailarín como el otro dialoga con el instrumento, eso es así.

Fernando: Harold, he tenido estupendos pianistas cuando estaba dirigiendo ahí.

Leonel: Incluyendo a Harold como pianista e intérprete en el Ballet Concerto.

Harold: Bueno, yo toque un concierto de Bach, me acuerdo.

Fernando: ¡Ah!, sí, ¿te acuerdas, Harold?

La presencia de Harold durante casi una hora intercambiando con su amigo Fernando enriqueció mis expectativas sobre la música y el ballet. Se habló de diferentes tópicos y todo quedó registrado en mi grabadora como testigo silencioso de aquel encuentro. Se efectuó la despedida afectuosa entre abrazos y frases llenas de cariños.

Fernando y yo regresamos a la sala y continuamos la entrevista:

Después de este encuentro con su amigo de la juventud, Harold Gramatges, ¿cuál es su impresión?

Fue una sorpresa, pues hacía mucho tiempo que no lo veía, y no podía conversar con él. Ha sido delicioso este encuentro..., recordar cosas como en nuestra época de juventud, y él recordar cosas que yo no me acordaba, es un regalo. Usted ha tenido ese privilegio que pocas veces se le da a una persona.

¿Qué representa Harold para la historia del Ballet Nacional de Cuba?

Ha sido una figura inspiradora para nosotros. Sus conocimientos de la música, más que todo, el entendimiento, la comprensión de lo que eran estilos, frases musicales, el solfeo, en fin toda una serie de cosas importantísimas para poder llegar a bailar, y sobre todo a llegar a enseñar.

Fernando, ¿qué es la al danza, después 70 años, como bailarín y luego como maestro?

Yo adoro la danza, porque es una combinación de ejercicios físicos que practico y me agradan. Y la música asociada al ballet es como una segunda naturaleza en mí, porque mi madre tocaba todo el tiempo en mi casa, siendo ella una concertista, y naturalmente la unión de ambas cosas dio como resultado que yo amara el ballet, y el ballet no podía existir solo con la técnica danzaría, había que tener también conocimientos de la música y, eso lo adquirimos, como te hablé, de Harold. La danza es mi propia vida.

Bibliografía

ALONSO, ALICIA. *Diálogos con la danza*, Editorial Complutense, Madrid, 1993.

CABRERA, MIGUEL. *Alicia Alonso, la realidad y mito*, Edición Cuba en el Ballet, La Habana, 2000.

_____. *Ballet Nacional de Cuba, medio siglo de gloria*, Ediciones Cuba en el Ballet, La Habana, 1998.

_____. *Alberto Alonso, una vida para la danza*. Ediciones ENPES, La Habana, 1990.

ECHVERRÍA MARÍA DEL CARMEN. *Alicia Alonso, más allá de la técnica*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 2008.

Entrevistas grabadas a los maestros Fernando Alonso y Harold Gramatges en La Habana, el 15 de marzo de 2003 en casa del bailarín y coreógrafo.

MÉNDEZ MARTÍNEZ, ROBERTO. *El ballet, su mundo*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2004,

Revista *Cuba en el Ballet*, La Habana, No. 97, enero-abril 2001.

Viaje a la semilla de Alejo Carpentier, otro de los antecedentes de lo real maravilloso: aproximación bibliográfica

Xonia Jiménez
Investigadora

*“Lo real maravilloso, en cambio, que yo defiendo, y es lo real maravilloso nuestro, es el que encontramos al estado bruto, latente, omnipresente en todo lo latinoamericano”.*¹

ALEJO CARPENTIER

Alejo Carpentier, novelista, periodista, ensayista, crítico de arte y musicólogo, es considerado uno de los grandes escritores del siglo xx e influyó de manera notable en el desarrollo de la literatura de América Latina. Cubano por conciencia y suizo por nacimiento tuvo una vida marcada por sus viajes a América y Europa, y en especial son importantes sus estancias en Venezuela, donde realiza el primer ciclo de la narrativa carpenteriana, y en Francia, país en el cual se distingue su quehacer en la música, la radio y en la promoción de los valores musicales cubanos. Durante la segunda etapa en París entre 1966 y 1980 se produce el llamado segundo ciclo de la narrativa carpenteriana; en esa época ostentó el cargo de ministro consejero de la Embajada de Cuba en Francia, y precisamente en París el 24 de abril de 1980 fallece de forma repentina.

Sus primeros trabajos en la prensa escrita los realizó en el periódico habanero *La Discusión* y después en otras publicaciones seriadas cubanas. Su participación en la vida política de la década del 20 lo lleva a la cárcel, donde escribe la primera versión de su novela *¡Écue-Yamba-O!*, la que aparecería en 1933, en España.

A lo largo de toda su obra, Carpentier refleja sueños, mitos, destinos, magia, religión, con un lenguaje exquisito basado en recetas coloristas y elegantes, que algunos consideran influenciados por los escritores españoles del “siglo de oro”; otros añaden que supo dotar a la novela de una dimensión más allá del mero discurso narrativo, denominado por él “la dimensión imaginaria”. Esos elementos fueron los reales personajes de su creación literaria.

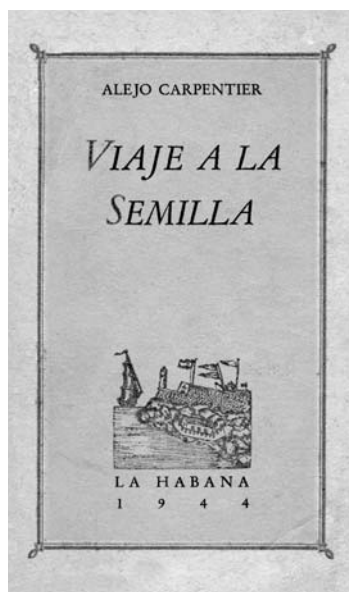
Fue una figura cimera de la literatura universal del siglo xx y por ello recibió

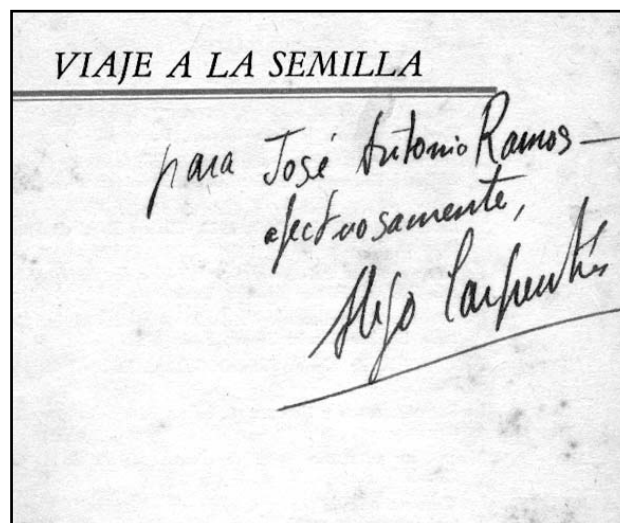
varios premios destacándose el Premio de Literatura en Lengua Castellana Miguel de Cervantes en 1977. Contribuyó asimismo al desarrollo de la cultura moderna en Cuba, incorporando en sus inicios el misticismo africano y luego el conocimiento de la historia del Caribe, llevando este al contexto de la historia mundial. Afirmó que el barroco americano era Latinoamérica, y así lo hizo evidente en su obra.

El año 1944, cuando Carpentier escribe *Viaje a la semilla*, para Manuel Durán fue “[...] prometedor, testigo de aparición de otra obra no menos admirable: las Ficciones de Jorge Luis Borges” y califica a ambos escritores como hombres universales. Añade que “De los dos, el más atento a la realidad americana, el más obsesionado por encontrar el rostro de la América verdadera, es Carpentier”. En ellos encontramos un impulso esencial, aunque invisible y casi indefinible, procedente del momen-

to histórico en que llegan a la madurez de su talento literario.² Para Leonardo Padura, este cuento “[...] evidencia la madurez estética de Carpentier, en el terreno de la narrativa, justo al cumplir los 40 años: se trata, sin duda alguna, de la obra que coloca al autor en el camino de sus más trascendentes búsquedas artísticas y la que revela, con mayor evidencia, su capacidad para asumir todas las influencias formadoras que ha venido recibiendo y devolverlas ya marcadas por las huella de una individualidad al fin conseguida”.³

Viaje a la semilla es una biografía en tiempo recurrente, pues va desde la muerte de un individuo hasta su formación en el útero materno, tratando a su vez de mostrar las coincidencias entre el nacer y el morir. Es el deshacer de un ser humano, es un relato a la inversa, inesperado, cálido y colorista, lleno de pequeños matices y de grandes develamientos. Es un recorrido a los orígenes,





un camino de ida y vuelta por el laberinto de las palabras a través de la vida.

Este cuento de 54 páginas, financiado por Alejo Carpentier, incluye en su primera edición viñetas tomadas de *Muestras de los caracteres de letras de la Imprenta de Marina, de la propiedad de don José Severino de Boloña*, Habana, 1836. *Viaje a la semilla* es una obra estudiada por varios especialistas y ha generado una bibliografía pasiva que les presentaremos junto con las diversas ediciones del libro, desde su primera edición hasta nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA

ESPAÑOL

1944

1. *Viaje a la semilla*. La Habana: Ediciones Úcar, García, 1944. 54 p. il.

Preciosa edición ilustrada con viñetas de Esteban José Bolaños.

Edición príncipe.

1946

2. *Revista Nacional de Cultura* (Caracas) 7(58):88-100; sept.-oct., 1946.

1953

3. En: Bueno, Salvador. *Antología del cuento en Cuba, 1902-1952*. La Habana: Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, 1953. p. 223-232.

1957

4. En: Nazoa, Aquiles. *Cuentos contemporáneos hispanoamericanos*. La Paz: 1957. p. 103-117.

1958

5. En: *Guerra del tiempo: tres relatos y una novela*. México: Compañía General de Ediciones, 1958. 275 p. (Colecciones, ideas, letras y vida).

Guerra del tiempo se ha publicado en más de 30 ocasiones y en varios idiomas con diferentes contenidos y en él siempre aparece *Viaje a la semilla*, por eso solo hemos consignado la primera edición en español de este título.⁴

1959

6. En: Bueno, Salvador. *Los mejores cuentos cubanos*. Lima: Impr. Torres Aguirre, 1959. t. 1, p. 62-76.

1962

7. En: Cuba. Ministerio de Educación. *Selección de cuentos cubanos*. [Habana]: Editora Nacional de Cuba, 1962. p. 32-41.

1966

8. Álvarez, J. *Crónicas fantásticas*. [Buenos Aires]: J. Álvarez, [1966]. p. [17-36].

1967

9. *Tres relatos: El camino de Santiago, Viaje a la semilla, Semejante a la noche*. [Montevideo]: Eds. Tauro, [1967]. 93 p. (Colecciones Narradores)

1968

10. *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraordinario* / Pról. Rogelio Llopis. La Habana : UNEAC, 1968. p. 33-49.

1973

11. (Fragmento). En: Lacau, María Hortensia P. M. de y Mabel V. M. de Rosett. *Antología*. Buenos Aires: Kapelusz, [1973]. t. 3, p. 217-218.

1974

12. *Novelas y relatos*. / La Habana: UNEAC, 1974. 446 p. (Bolsilibros Unión)
13. En: *Cuentos cubanos*. 1. ed. Barcelona: Laia, 1974. p. 9-23.

1975

14. En: *El cuento en la Revolución: antología*. La Habana: UNEAC, 1975. pp. 39-57.
15. En: *Cuentos cubanos del siglo xx: Antología / Selección, prol. y notas de Salvador Bueno*. La Habana: Arte y Literatura, 1975. p. 213-228.

1976

16. *Cuentos*. La Habana: Arte y Literatura, 1976. (Eds. Huracán)
Se publicó también por esta editorial en 1977.

1977

17. En: Fonet, Ambrosio. *Antología del cuento cubano contemporáneo*. 3. ed. México: Biblioteca Era, 1977. pp. 115-127.

1979

18. En: *Granma Resumen Semanal* (La Habana); abr., 1979. il.
19. _____. Ciudad Habana: Editorial Letras Cubanas, 1979. 123 p. (Ocuje)

1983

20. En: *Cuentos cubanos*. Barcelona: Editorial Laia, 1983. pp. 9-23.
21. En: *Obras completas*. México: Siglo Veintiuno Editores, 1983. 12 v. (La Creación Literaria)

OTROS IDIOMAS**ALEMÁN****1971**

22. Leber, Gisela. *Moderne lateinamerikanische: prosa*. Berlin: Vok und well, [1971]. p. 148-162.

1973

23. _____. Berlin, 1973. p. 148-162.

1982

24. En: Oviedo, José Miguel. *Lateinamerika Gedichte und Erzählungen 1930-1980* / Tr. Anneliese Botond. Frankfurt am Main: Suhrkamp, [1982]. p. 77-91.

1983

25. *Kurze proza* / aus dem spanischen von Anneliese Botond, Doris Deinhart, Roland Erb; Mit einem Nachwort von Hans Otto Dill. Berlin: Verlag Volk und Welt, 1983. 393 p.

ESLOVACO**1978**

26. *Novelas y relatos* / Presentación y trad. Vladimír Oleríny. Bratislava: Tvorba Nárádov, 1978. 163 p.

FRANCÉS

1979

27. Retour aux sources. *Granma Résumé Hebdomadaire* (La Havane) avr., 1979: 6-8. il.

1981

28. En: *Anthologie de la nouvelle hispano américaine*. Paris: P. Belfond, 1981. p. 87-97.

HÚNGARO

1965

29. Viaje a la semilla. *Magveto* (Budapest) (3):22-45; mar., 1965.

INGLÉS

c1963

30. "Return to the seed" / Tr. Zoila Nelken. En: Torres-Rioseco, Arturo. *Short stories of Latin American*. New York: Las Americas, [c1963]. p. 95-110.

1966

31. En: Howes, Barbara. *From the Green Antilles*. New York: The Macmillan, 1966. p. 286-297.

c1967

32. En: Cohen, J. M. *Latin American writing today*. [London]: Penguin Books, [c 1967]. p. 53-66.
Publicado bajo el título "Journey to the seed".

1979

33. *Granma Weekly Review* (Havana) Apr. 8, 1979: 6-8.

1994

34. "Journey back to the source". En: Smarkaloff, Pamela María, ed. *If I could write this is in fire: an anthology of literature from the Caribbean*. New York: The New Press, 1994. p. 197-210.

PORTUGUÉS

1975

35. "Viagem á semente". En: *Contos cubanos do maravilhoso e do fantastico*. Lisboa: Edicoes 70, 1975. p. 31-50.

36. En: Seabra, Manuel de. *Conto cubano da Revolução*. Lisboa: Editorial Futura, 1975. p. 15 -34.

1979

37. Luanda. Instituto Nacional do Livro e do Disco, [1979]. 18 p. (Cuadernos de Frente Cultural-Literatura, 3)

RUSO

1965

38. En: Gavrikov . *La novela cubana del siglo xx*. Moscú, 1965. p. 142-155.

BIBLIOGRAFÍA PASIVA

1944

39. Augier, Ángel I. Viaje a la semilla, de Alejo Carpentier. *Gaceta del Caribe* (La Habana) 1(5):28; ag., 1944. (Los Libros)

40. Ardévol, José. Tres lecturas. *ABC* 8 sept., 1944:4. (Teatro, Cine y Música)

41. Ladra, Luis Antonio. Alejo Carpentier: Viaje a la semilla. *Orígenes* (La Habana) 1(3):45-46; otoño, 1944.

1964

42. Fornet, Ambrosio. El cuento. *Casa de las Américas* (La Habana) 4(22-23); en.-abr., 1964.

1968

43. Assardo, Maurice Roberto. "Viaje a la semilla". En su: *La técnica narrativa en la obra de Alejo Carpentier*. California University, 1968. p. 121-149.

Unpublished thesis.

c1970

44. Márquez Rodríguez, Alexis. *La obra narrativa de Alejo Carpentier*. Caracas: Eds. de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, [c 1970]. 221p. il. (Colección Temas 33)

1972

45. Durán, Manuel. "El cómo y el por qué de una pequeña obra maestra". En: Muller-Bergh, Klaus. *Asedios a Carpentier: once ensayos críticos sobre el novelista cubano* / Sel, ed., y nota preliminar de K.M.B. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1972. p. 63-87.

198-

46. Delprat, Francois. *Gravitación de la reflexión sobre la historia en los cuentos de Alejo Carpentier*. París: Universidad de la Sorbone.
47. Rivero Ramírez, Paula. *Viaje sin retorno: análisis críticos de Viaje a la semilla de Alejo Carpentier*. [s.l.]: Universidad de los Andes, 198-. 10 h.
48. *Viaje a la semilla: evolución y des-trancurso*. Las Tunas: Instituto José de la Luz y Caballero, Filial de Las Tunas, 1986-1990.

1983

49. Feijoo, Gladis. Estudio genérico de Viaje a la semilla. *Linden Lane Magazine* (New York) abr.-jun., 1983.

1985

50. Padura Fuentes, Leonardo. Viaje a la semilla: primera batalla en la guerra del tiempo. *Caimán Barbudo* (La Habana) 19(212); 8 jul., 1985. il. (Ediciones Caimán)
Este trabajo es parte de su libro *Lo real maravilloso: creación y realidad*.

1986

51. Pellicer, Rosa. Una característica formal de los relatos de Alejo Carpentier: la repetición. En: *Formas breves del relato*. Zaragoza, 1986.
52. Standish, Peter. Viaje a la semilla: construction and demolition. *Bulletin of Hispanic Studies* (Liverpool) April, 1986.

1987

53. Álvarez, Calixto. Qué están haciendo... Ent. Lidia Bécquer Águila. *Clave* (La Habana) (6):60; jul.-sept., 1987. Premio Nacional de Composición 1986.
54. Palmero González, Elena. *Análisis del plano temporal en el relato Viaje a la semilla*. Las Villas: Universidad Central, 1987.
55. Sosa, Juan Carlos. *Tres relatos de Alejo Carpentier*. La Habana: Universidad de La Habana, Facultad de Artes y Letras, 1987. 98 p. Trabajo de diploma.

1988

56. Licea Jiménez, Tania. *Sintaxis y estilo en tres relatos de Alejo Carpentier*. La Habana: Universidad de La Habana, 1988. Tesis de grado.
57. Palmero González, Elena. Estructura temporal en Viaje a la semilla. *Contacto* (Villa Clara) (6); jul.-dic., 1988.

1989

58. Padura Fuentes, Leonardo. *Lo real maravilloso: creación y realidad*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1989.

1990

59. Celada, Yolanda. *Vínculos literarios y plásticos en la obra Viaje a la semilla de Alejo Carpentier*.

Guantánamo: Instituto Superior Pedagógico, 1990.
Trabajo de curso.

1991

60. Luis, William. Historia, naturaleza y memoria en “Viaje a la semilla”. *Revista Iberoamericana* (Estados Unidos) 57(154):151-160; en.-mar., 1991.

1993

61. Cánovas Pérez, Alejandro. *Composición e ironía en Viaje a la semilla: ensayo*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1993. 28 p.

1994

62. Licea Jiménez, Tania. *Alejo Carpentier: tres relatos, tres análisis lingüoestilísticos* / Tania T, Licea Jiménez, Luis E. Rodríguez Suárez. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1994. 71 p. (Pinos Nuevos. Ensayos)
63. Perdomo, Omar. Presencia de las letras cubanas. *Trabajadores* (La Habana) 31 en., 1994.

2000

64. Gutiérrez, Ángel. *Acerca de Viaje a la semilla*: La Habana: Facultad de Artes y Letras, 2000.
Ponencia presentada en una Jornada Científica Estudiantil.

Entrevistas

1974

65. Carpentier a cuatro tiempos. Ent. por Ciro Bianchi Ross. *Cuba Internacional* (La Habana) 5(64):50-53; dic., 1974. il.

1983

66. En: Bianchi Ross, Ciro. *Las palabras de otro*. Ciudad de La Habana: UNEAC, 1983. p. 115-128.

Notas

¹ Carpentier, Alejo. *Razón de ser*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1994. p. 60.

² Durán, Manuel. “El cómo y el por qué de una pequeña obra maestra”. En: Muller-Bergh, Klaus. *Asedios a Carpentier: once ensayos críticos sobre el novelista cubano* / Sel., ed., y nota preliminar de K.M.B. Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1972. p. 63-87.

³ Padura, Leonardo. *Lo real maravilloso: creación y realidad*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989.

⁴ Se está trabajando en una bibliografía sobre *Guerra del tiempo* donde se detallarán sus ediciones.

La Iglesia católica de cara a los cambios en América Latina

José Miguel Márquez
Fariñas
Investigador

América Latina y la política hegemónica de los Estados Unidos

La imbricación de los procesos sociales de Latinoamérica con el papel de los Estados Unidos como potencia hegemónica del área nos obliga a hacer un breve recuento histórico.

Con la firma en Francia en 1898 del Tratado de París, terminó la Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana y España transfirió a los Estados Unidos la posesión de Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Cuba, ya casi alcanzada la independencia después de haber enfrentado durante 30 años a un enemigo muy superior, fue excluida de la negociación, y el país del norte emergió como potencia mundial luego de haber transitado en el siglo XIX un largo camino expansionista.

En 1803, durante el mandato de Thomas Jefferson, obtuvo de Francia la Louisiana; en 1819, con James Monroe, compró la Florida a España; durante la primera mitad del siglo usurpó a México los territorios de Ca-

lifornia, Nevada, Utah, la mayor parte de Arizona, Nuevo México y Texas, y por último en 1867 compró a Rusia el territorio de Alaska.

La política expansionista y hegemónica de los Estados Unidos hacia América Latina abarca más de 200 años, y se remonta casi a la proclamación de la independencia en 1776, cuando se adopta el nombre de Estados Unidos de América, en clara referencia a todo el continente, a pesar del limitado tamaño de su territorio original. En 1788, Alexander Hamilton subrayó la necesidad de ligar los 13 estados indisolublemente y de crear un gran sistema americano, capaz de dictar los términos de las relaciones entre el viejo y el nuevo mundo, y esta idea ha permanecido en la base de la política norteamericana.

Confluyen en esta dirección hegemónica la doctrina Monroe “América para los americanos” (léase “América para los estadounidenses”), y la tesis de la fruta madura formulada por John Quincy Adams, la cual vaticinaba que Cuba, al desmembrarse de España, sin remedio caería bajo el dominio de los Estados Unidos.

Asimismo, a partir de 1845 se propagó la doctrina del Destino Manifiesto, que designaba por la providencia a los estadounidenses para ejercer su dominio sobre todo el continente y “desarrollar el gran experimento de libertad y autogobierno”.

Vale mencionar también la política del Gran Garrote, formulada por el presidente Teodoro Roosevelt (1901-1909), que comprendía la aplicación de la fuerza contra los países que se negaran a aceptar sus “ofertas generosas”, o la política del Buen Vecino o Diplo-

macia del Dólar, implementada por el presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-1945), como paliativo de la gran depresión de los años 30.

Es así cómo, a lo largo de los siglos XIX y XX y sobre la base de una fuerte penetración económica, los Estados Unidos sentaron las bases y desarrollaron su estrategia de dominación en América Latina, logrando crear un “sistema interamericano” en función de sus intereses políticos, económicos, de defensa y seguridad en el contexto de la segunda guerra mundial. Para ello estableció primero la Junta Interamericana de Defensa (JID), luego, en septiembre de 1947 el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), y en abril de 1948 la Organización de Estados Americanos (OEA), instrumento jurídico ideal para su dominación en el continente. Fueron sus aliados en este empeño, como resulta hasta el día de hoy, las oligarquías nacionales con sus partidos políticos, los medios masivos de comunicación controlados por ellas, los militares y los sectores de derecha de las jerarquías católicas latinoamericanas.

La Iglesia en la conquista, colonización y el proceso independentista latinoamericano

La Iglesia católica apareció en América Latina junto a los conquistadores. Fue soporte ideológico de la colonización, levantando el estandarte de la evangelización y cristianización para santificar un proceso que cobró decenas de millones de vidas a las civilizaciones establecidas en el nuevo mundo.

Participó en la explotación y saqueo de la población indígena, defendió el régimen colonial, la esclavitud de los

negros, opuso obstinada resistencia a la abolición de la Inquisición que actuaba en las posesiones españolas, y alcanzó un potencial económico de consideración. El clero en las colonias usurpó la mitad de todas las riquezas, puso freno al desarrollo de las fuerzas productivas locales y colaboró con las autoridades coloniales en la represión de los movimientos libertadores.

En el caso de Cuba tomó partido al lado de la corriente anexionista al valorar las ventajas que representaba para la Iglesia la pertenencia de Cuba a los Estados Unidos. Para la jerarquía católica de la isla resultaba menos incómodo tratar con las autoridades y la Iglesia norteamericana, que vérselas con un gobierno que representaba los intereses independentistas contra los que se había enfrentado durante toda la guerra. Por otra parte, el Vaticano y la Iglesia católica norteamericana favorecieron el anexionismo que, en un país predominantemente protestante, incrementaría el número de católicos allí y por ende su influencia.

La participación de la Iglesia católica en el proceso histórico latinoamericano se caracterizó por responder, ante todo, a sus intereses como institución, enfrentando siempre las realidades políticas y sociales y los procesos de lucha independentista al lado de los sectores explotadores para garantizar su propio estatus de dominación.

Así se asentó, se desarrolló y fue construyéndose a lo largo de estos años la Iglesia en Latinoamérica, delineándose como aliada de las clases oligárquicas en el poder y estableciendo entre sus principales proyecciones afianzarse como un factor de influencia política importante en las sociedades,

y con predominio, además, sobre el resto del ámbito religioso donde actúa, anteponiendo sus intereses como institución a todo lo demás.

Durante el proceso de las luchas por la independencia son innumerables las muestras del apoyo incondicional de la Iglesia al régimen colonial. Es así como el obispo de Mérida, Milanés Hernández, conociendo el desembarco de Francisco de Miranda y sus voluntarios por Coro en 1806, recorrió las poblaciones costeras para imbuir a los creyentes en la idea de que les amenazaba una banda de criminales, capitaneada por el “monstruo” Miranda, hereje y ateo, que había vendido su alma al anticristo.

El propio Simón Bolívar le refiere a Peru de Lacroix la actitud del clero hacia él cuando manifiesta:

[...] no puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, a mí y a todo mi ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Pey y Duquesne, el 3 de diciembre del año 1814, afirmando que yo venía a saquear las iglesias, a perseguir a los sacerdotes, a degollar a los hombres y a los niños y todo esto para retractarlo públicamente con otro edicto, en el que en lugar de pintarme como un impío y hereje, como lo habían hecho en el primero, confesaban que yo era un buen y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lección para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos. El primero se dio porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso General, y el segundo porque había entrado victorioso en

aquella capital. Nuestros sacerdotes tienen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las excomuniones es nulo ahora; los fulminan sin otro resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su impotencia y aumentar cada día el desprecio que merecen.¹

También en Cuba hubo casos notables. En un artículo publicado en la revista española *Blanco y Negro* se señalaba a página entera: “Alto ejemplo de patriotismo están dando los Obispos españoles al promover en sus diócesis respectivas la formación de batallones de voluntarios que defiendan en Cuba la integridad de la Patria, el honor de la bandera y con ello la fe de nuestros mayores, pues bien sabido es que el triunfo de la insurrección redundaría en perjuicio no sólo de la patria, sino también, de la religión cristiana cuyas cruces coronaron siempre nuestras banderas”.² Los obispos de Oviedo, Valladolid y Madrid, entre otros, promovieron y patrocinaron batallones de voluntarios.

Pero la Iglesia, en su entramado de relaciones complejas no siempre pudo evitar dentro de su membresía la actuación contraria a su postura oficial. Ella tuvo sus luces en figuras como fray Bartolomé de las Casas, defensor de los pueblos indígenas frente al atropello de los colonizadores; el obispo de La Habana Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, que promovió el movimiento intelectual y apoyó a los sectores desfavorecidos de la sociedad cubana; el presbítero cubano Félix Varela y Morales, a quien José Martí calificó de “patriota entero”; el sacerdote José Cortés Madariaga, el cual participó activamente en el levantamiento del 19 de abril de 1810 en

Caracas para derrocar el poder español; los próceres de la independencia de México, sacerdotes Miguel Hidalgo y Costilla y José María Morelos y Pavón, para tan solo citar algunos ejemplos entre muchos religiosos que enfrentándose al poder colonial lucharon contra el régimen español y el cuestionamiento y represión de la propia Iglesia.

Con el triunfo de los independentistas, la Iglesia católica no perdió su poderío económico ni los privilegios disfrutados durante la colonia. La Iglesia, los militares y la oligarquía, en primer lugar los grandes terratenientes, continuaron salvaguardando sus intereses. “Estos tres estratos formaban la trinidad que se oponía con todas las fuerzas a la creación de estados con economías desarrolladas e independientes y formas de gobierno democrático-burguesa. El conflicto general acerca del estatuto de la Iglesia, se agudizó en virtud de que la Iglesia, como la mayor latifundista y, en general, como propietaria, era la fuente principal de la reacción política y apoyaba invariablemente todos los grandes movimientos contra el proceso democrático, provocando ella misma algunos de ellos”.³

En Cuba, donde la Iglesia era presentada por sus voceros de la época como una institución estancada y de poco desarrollo, que se explicaba por su papel histórico opuesto siempre a los intereses de la nación cubana, presentó cierto florecimiento en las décadas del 40 y 50 y fue muy favorecida en lo económico durante el régimen represivo y pro yanqui del dictador Fulgencio Batista al que apoyó hasta su derrocamiento.

Durante todo este período mantuvo silencio frente a las dramáticas situaciones enfrentadas por los pueblos

latinoamericanos como mantendría mucho después silencio con respecto a los golpes de Estado, la instauración de gobiernos militares, los crímenes, las torturas, las desapariciones, el asesinato de los dirigentes populares y la aplicación de una política de terror.

Trayectoria del Consejo Episcopal Latinoamericano a partir de su creación en 1955

Al crearse la OEA en 1948, los Estados Unidos cerraron el lazo que les garantizaba su hegemonía política en América Latina, el cual en el plano religioso tendría su equivalente siete años más tarde, en 1955, en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), devenido en instrumento de control y dominación en el ámbito religioso.

Como antecedente, los episcopados en América Latina apreciaban con satisfacción sus nexos con la Iglesia católica de los Estados Unidos y Canadá, pues los consideraban beneficiosos para reforzar y fortalecerse tanto en cuadros como en lo económico la Iglesia latinoamericana.

A su vez, la Iglesia católica de los Estados Unidos se favorecía incrementando su influencia en un medio predominantemente protestante con el desarrollo de la migración hispanoamericana a Norteamérica y con los nexos con las iglesias católicas de estos países.

La temprana proyección de la Iglesia católica de los Estados Unidos hacia América Latina está reflejada en la investigación del historiador canadiense jesuita Richard Pattée “El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica”, donde afirma “Esta respondió a la naciente visión de América Latina como un conjunto regional de identidad

propia. Por ello fue contemporánea de la fundación de la Organización de Estados Americanos (OEA) y de la preparación de la Conferencia Episcopal Latinoamericana que se celebraría en Río de Janeiro (1955) y crearía el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)”⁴.

Al respecto, monseñor Bryan O. Walsh, quien fuera sacerdote de la diócesis de Miami y tuviera una estrecha vinculación con el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia (CIA), dada su activa participación en el proceso migratorio cubano iniciado al triunfo de la Revolución, definió esa década como “los años de la guerra fría”, caracterizados a su juicio por la percepción de que el comunismo se iba a implantar en todo el mundo de un momento a otro, lo cual, en su opinión, generó una gran actividad misionera por parte de la Iglesia católica tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. En especial, aseguró que entre 1954 y 1960, “[...] la Iglesia Católica y los Estados Unidos comenzaron a interesarse y preocuparse de la suerte de nuestros vecinos católicos al sur del Río Grande”.

Bajo los auspicios de Pío XII, aliado de las fuerzas políticas más reaccionarias, se había convocado la I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en la cual se creó el CELAM, aparentemente como órgano de estudio, coordinación, servicio y apoyo a la organización de nuevas conferencias. Una reseña sobre la trayectoria de dicho órgano apunta que el CELAM constituye un elemento de enlace y colaboración entre las conferencias episcopales de la Iglesia católica en América Latina y que,

aun careciendo de autoridad ejecutiva sobre ellas, logra ejercer influencia en las iglesias locales al responder a las directivas del Vaticano.

En 1968 se reunió en Medellín, Colombia, la II Conferencia General. Se llevó a cabo poco después del Concilio Vaticano II (que convocado por el Papa Juan XXIII había significado una apertura de la Iglesia) y fue influenciada por este.

Pablo VI, continuador de la línea de Juan XXIII, convocó e inauguró las sesiones. Las conclusiones de la segunda Conferencia implicaron “un mensaje de esperanza, un llamado a la lucha”, un claro compromiso de la Iglesia con los pobres del continente, así como una denuncia precisa de la acción explotadora del capitalismo internacional y el imperialismo, y ello expresaba también el cambio que había tenido lugar en la realidad socioestructural de la región y el creciente papel de las fuerzas progresistas.

En diciembre de 1976, la XVI Asamblea Ordinaria del CELAM propició la celebración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, convocada oficialmente por Pablo VI el 12 de diciembre de 1977. Había de realizarse en Puebla, México, entre el 12 y el 28 de octubre de 1978. En marzo de 1977 se designó el tema: “La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”. En diciembre de 1977 se difundió un primer material preparatorio de 214 páginas, el Documento de Consulta a las Conferencias Episcopales, examinado y aprobado por los directivos del CELAM.

Dicho documento provocó una vigorosa polémica, que se tradujo en un gran número de documentos críticos

elaborados por teólogos, comunidades cristianas, conferencias episcopales, etcétera. El documento de consulta fue criticado, en particular por no recuperar la línea de Medellín, relativa al compromiso con los pobres y oprimidos y a la denuncia de la situación de explotación y violencia estructurales.

En agosto de 1978, el CELAM envió a las conferencias episcopales y a los demás participantes un segundo material, el Documento de Trabajo o Documento Base, que debía recuperar las aportaciones de las reuniones regionales de dichas conferencias episcopales y constituir una base para la reflexión en Puebla de los Ángeles.

Juan Pablo I confirmó la realización de la Conferencia. La muerte de este provocó su posposición y fue convocada por Juan Pablo II para el período comprendido entre el 27 de enero y el 13 de febrero de 1979. La presidencia estuvo a cargo del cardenal Sebastiano Baggio, quien ejercía en la Curia Romana las funciones de prefecto de la Sagrada Congregación para los Obispos y de presidente de la Pontificia Comisión de América Latina, así como del cardenal Aloisio Lorscheider, entonces presidente del CELAM, y de monseñor Ernesto Corripio Ahumada, arzobispo de México, posteriormente designado cardenal.

El secretario general fue monseñor Alfonso López Trujillo, el cual ocupaba el mismo cargo del CELAM y después fue su presidente. Los sectores progresistas de la Iglesia católica denunciaron la sistemática exclusión de obispos y teólogos que eran percibidos como vinculados a la Teología de la Liberación o sectores afines, como monseñor Sergio Méndez Arceo, entonces obispo

de Cuernavaca, México; monseñor Jaime Francisco de Nevares, obispo de Neuquén, Argentina; monseñor Pedro Casaldáliga, obispo de Sao Felipe, y monseñor Antonio Batista Fragoso, obispo de Catreús, ambos de Brasil, entre otros.

Los contenidos de los documentos preliminares y la selección de los participantes permitieron avizorar cómo la III Conferencia General se inscribiría en una lucha ideológica agudizada al interior de la Iglesia y que sería expresión de una crisis ideológica más amplia de las formaciones sociales de América Latina. Numerosas publicaciones especializadas recogieron los ecos de ese conflicto y en él se insertaron colaboraciones de más de 20 especialistas. Como ellos mismos afirmaron, no se trataba solo de la temática intraeclesial, sino de la discusión de un conjunto de problemas que afectaban a los desposeídos del área: dependencia, marginalidad, urbanización y desarrollo industrial, militarismo y carrera armamentista, seguridad nacional, defensa de los derechos humanos y papel político de los cristianos:

[...] la III Conferencia era, sin duda, un hecho social y político de envergadura. Más allá de su contenido religioso y eclesial, representaba un espacio y un momento crucial para la confrontación de las fuerzas en pugna en nuestro continente. Los gobiernos, las fuerzas populares, las fuerzas armadas, las clases hegemónicas, pusieron sus ojos en esa reunión esperando, cada cual, las definiciones de la jerarquía eclesial latinoamericana. Y el imperialismo puso no sólo sus ojos, sino que hizo de esa reunión

un objeto más dentro de su estrategia.⁵

Debe notarse que el compromiso con los oprimidos a partir de las premisas de Medellín, fundamentadas por la Teología de la Liberación, implicó, para ciertos grupos cristianos (tanto de sacerdotes como de religiosas y de laicos) la represión simbólica o directa por parte de miembros de la jerarquía eclesiástica o de los regímenes militares.

El surgimiento y crecimiento de la Teología de la Liberación es un rasgo característico de la Iglesia latinoamericana. El teólogo chileno Pablo Richard sostuvo que de este proceso nació y se desarrolló en América Latina una nueva "Iglesia popular". Para dicho autor, su originalidad radica en la participación consciente de los cristianos en el movimiento popular obrero-campesino, o sea, en la lucha política de los pobres.

Según Richard, cuanto más se profundiza el compromiso político, mayor es la necesidad de una nueva espiritualidad. No se confunde la radicalización política con radicalización cristiana, pero ambas se integran en una misma práctica de liberación. La Teología de la Liberación aparece como una respuesta teológica a la práctica.

Esta corriente enfatiza la reflexión sobre el sentido del compromiso con la justicia y con la liberación de los pueblos oprimidos en orden a la evangelización. Es una teología crítica que se apoya en las ciencias sociales, y que asume la lucha política de clases.

La reunión de Petrópolis, Brasil, en 1964, que congregó a destacados teólogos latinoamericanos después del

Concilio Vaticano II, puede considerarse un hito clave en el desarrollo de la Teología de la Liberación. Los documentos emanados de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, pusieron en evidencia la utilización de enfoques y criterios metodológicos de esta tendencia teológica, la cual predominó en ellos en relación con las "conservadoras" –las que sostienen una práctica religiosa tradicional prescindente del contexto social–, y aun sobre las "terceristas", que mantienen posiciones reformistas e intermedias entre capitalismo y socialismo.

A pesar de haberse diseñado el CELAM para responder a los intereses del Vaticano y de la jerarquía eclesiástica latinoamericana predominantemente reaccionaria, en una región de la mayor prioridad para la Iglesia y para los Estados Unidos, esta entidad surgida al unísono con la OEA, no pudo evitar que se manifestaran en su seno diversas corrientes y posiciones que reflejaban la realidad social de nuestro continente. Pese a los ingentes esfuerzos de las jerarquías comprometidas con las clases oligárquicas no pudieron anular el peso y desarrollo del pensamiento progresista de los cristianos comprometidos en la lucha por crear una sociedad más justa.

La Iglesia en el panorama latinoamericano desde 1960 a la década del 80

La hegemonía alcanzada por los Estados Unidos en América Latina durante la década del 50 entró en crisis a partir de los años 60, con una revitalización de los movimientos de liberación impulsados entre otros factores por el triunfo de la Revolución cubana. Los

acontecimientos socio-políticos reflejaron el desarrollo de una conciencia y práctica revolucionaria en el continente. En distintas naciones emergieron movimientos revolucionarios y se combinaron por una parte, diversas formas de lucha, y por otra, la participación junto a los oprimidos de elementos de la pequeña burguesía e incluso de miembros de los ejércitos nacionales.

El ámbito existente va configurando el escenario religioso. En la década del 70, la situación socioeconómica no solo fue favorable para el auge de los movimientos de liberación nacional y de distintas organizaciones revolucionarias, sino además para el surgimiento de nuevas corrientes y movimientos religiosos.

Comenzó a desarrollarse en la región una tendencia progresista al interior de la Iglesia católica, que cobró mayor fuerza después del Concilio Vaticano II, de la Segunda Conferencia de Obispos en Medellín, Colombia, en 1968, y sobre lo que incidió positivamente también con posterioridad, la Conferencia de Puebla celebrada en 1979.

Emergen durante la etapa señalada diversos movimientos religiosos de izquierda integrados por católicos y cristianos protestantes progresistas y revolucionarios, que manifiestan su sensibilización con los problemas acuciantes del pueblo, tales como Cristianos por el Socialismo (Chile), Movimiento Tercermundista (Argentina), ONIS (Perú), Golconda (Colombia), e Iglesias y Sociedad (Uruguay). Después de la muerte del sacerdote guerrillero Camilo Torres, se organiza el Movimiento Camilista, fundado por el argentino Juan García Elorrio, director y fundador también

de la revista católica de izquierda *Cristianismo y Revolución*, que reflejaba las opiniones del catolicismo tercermundista.

Sin embargo, la década del 70 significó para la generalidad de los países latinoamericanos un período de represión y cierto retroceso, aun cuando durante la década algunos países como Chile y Nicaragua mostraron procesos de cambio que fueron después troncados.

Debe recordarse que en 1970 obtuvo la victoria electoral en Chile la Unidad Popular y ocupó la presidencia Salvador Allende, quien inició un conjunto de transformaciones económicas que beneficiaban al pueblo. Este proceso democrático popular, que no pudo ser derrocado ni en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, ni a través del boicot económico que desplegó el imperialismo norteamericano, lo fue por medio de un cuartelazo fascista dirigido por el general Augusto Pinochet dando inicio así a las páginas más sangrientas de la historia en Chile.

Lo característico durante los años 70 fueron las crueles dictaduras de Perú, Argentina, Uruguay y Brasil, entre otros países latinoamericanos. La violación de los derechos humanos más elementales, y la puesta en práctica de la Doctrina de Seguridad Nacional, fueron los signos distintivos de los regímenes oligárquicos, tiránicos y proimperialista de ese período.

Durante esos años, las juntas militares, además de reprimir violentamente al pueblo para destruir su conciencia política y sus intenciones de transformación revolucionaria de la realidad, implantaron los programas económicos del Fondo Monetario Internacional,

entregándose lo fundamental de las economías nacionales al capital extranjero, lo que llevó a su destrucción y endeudamiento superior a los 300 mil millones de dólares.

Esta situación se modificó con el fracaso de las dictaduras militares, y en países como Uruguay, Brasil y Argentina se inició en los años 80 un proceso de apertura democrática.

También en esa década se mantuvo con fuerza el conflicto político en Centroamérica, donde desempeñaron un papel protagónico el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional, en el Salvador, y la revolución sandinista en Nicaragua. En esos mismos años surge el Movimiento Ecuaménico de América Latina integrado por los sectores más avanzados de diversas iglesias cristianas, y cuyos intereses y proyecciones están en consonancia con los del pueblo.

En este contexto se afianza la Teología de la Liberación que, opuesta a la teología tradicional, se fundamenta en el análisis de la realidad social concreta y aboga por cambios en las estructuras sociales, que conduzcan a la verdadera liberación de los oprimidos. El pensamiento de los teólogos de la liberación influye en los sectores cristianos, tanto católicos como protestantes, más progresistas y revolucionarios.

Un hecho que se observa durante las tres décadas a las que se hace referencia, es la incorporación de cristianos –incluyendo sacerdotes y religiosos– a movimientos revolucionarios y de liberación nacional. Camilo Torres fue el primer ejemplo, pero hubo otros en las guerrillas de El Salvador, Guatemala y en el Frente Sandinista de Liberación Nacional.

En el caso específico de Nicaragua, se manifestó una experiencia de gran trascendencia para el continente: por vez primera los cristianos, dentro de estos clérigos, religiosos y laicos, no solo formaron parte activa de la lucha insurreccional, sino también en el proceso de reconstrucción nacional. Se daba de hecho la alianza estratégica entre cristianos y marxistas.

Por otra parte, situaciones coyunturales han impulsado a obispos a enfrentarse a los gobiernos dictatoriales, tal es el caso del episcopado brasileño o de monseñor Arnulfo Romero, obispo de San Salvador, vilmente asesinado el 24 de marzo de 1980. El homicidio el 16 de noviembre de 1989 en El Salvador del sacerdote jesuita Ignacio Ellacuría,⁶ junto con otros cinco sacerdotes más, así como en diciembre de 1980 de tres monjas y una misionera laica norteamericanas pertenecientes a la orden Maryknoll, también en dicho país, demostró que la represión apuntaba a los representantes de la Iglesia comprometidos con la lucha.⁷

Es sabido que durante años han sido asesinados o desaparecidos, entre otros muchos combatientes, un ya elevado número de sacerdotes, pastores, monjas y destacados dirigentes laicos de las iglesias, que han pasado a engrosar el martirologio latinoamericano. Esto ha ocurrido en El Salvador, Guatemala, Chile, Colombia, Argentina, Nicaragua y otros países.

Puede decirse que estas décadas constituyeron escenarios de intensas luchas en Latinoamérica y se ha evidenciado un ascenso del sentimiento de rebeldía y antiimperialismo que históricamente ha caracterizado a la generalidad del continente.

Como respuesta a la pérdida de espacio y poder sufrido por los Estados Unidos en América Latina, su gobierno elaboró y puso en práctica una estrategia política y económica más agresiva, dirigida a recuperarlos por la fuerza.

Una larga lista de siniestras acciones conforma esta estrategia de Washington y que incluyó la intervención militar directa en países como República Dominicana (1965), Granada (1983), Panamá (1989), entre otros. Se mantuvo además latente esta amenaza para naciones como Nicaragua, Salvador y Panamá. Se destacó el apadrinamiento –respaldo militar, moral y financiero– a dictaduras militares, así como a bandas y organizaciones contrarrevolucionarias. El bloqueo económico, secuestros, atentados, asesinatos, sabotajes y actividades de espionaje, estuvieron contempladas como medidas de gran efectividad para el logro a corto o mediano plazo de sus propósitos hegemónicos.

Durante la administración de Ronald Reagan, la agresividad en la política exterior de forma general y en especial hacia América Latina se agudizó, respondiendo al ascenso al poder de las fuerzas neoconservadoras en los Estados Unidos, y en el plano internacional, en la elección de Margaret Thatcher como jefa del gobierno del Reino Unido, mientras en el ámbito religioso, la elección como Papa de Juan Pablo II, cuyo gobierno al frente de la Iglesia estuvo matizado por una fuerte tendencia de “restauración”.

Un caso significativo en el cual se materializó esa estrategia fue en Nicaragua, donde el triunfo de la revolución sandinista de 1979 y la resistencia que opuso a los ataques económicos, políti-

cos y militares preocuparon a los altos dignatarios de la Casa Blanca, quienes buscaron alternativas para destruirla. Las actividades encubiertas reveladas en el escándalo Irán-Contra fue una evidencia más de la preocupación de los Estados Unidos por mantener su influencia en Centroamérica.

La lucha ideológica ocupó también un lugar de especial importancia en la política exterior del gobierno norteamericano y dentro de esta, la ofensiva religiosa constituyó un elemento clave. Valoró –como lo hace ahora– el peso que lo religioso tiene para gran parte del pueblo latinoamericano y así manipularon la fe según sus intereses.

El surgimiento y desarrollo de la Teología de la Liberación, la radicalización política que en algunos países tenía lugar en las Comunidades Eclesiales de Base, y la cada vez mayor incorporación de los cristianos a las luchas sociales, eran considerados de riesgo y peligrosidad no solo por el Vaticano –que trata de salvaguardar sus intereses y mantener inquebrantable su autoridad–, sino también por el gobierno estadounidense.

La ofensiva religiosa hacia América Latina se inició en lo fundamental a finales de la década del 60 y tomó mayor fuerza en el período de la administración Reagan, adquiriendo el carácter de una política de Estado, que contó con la participación personal del presidente de los Estados Unidos.

En esta ofensiva religiosa se contemplaba una amplia variedad de expresiones, movimientos, instituciones y sectas religiosas. Dentro de ellos, las que de forma consciente y abierta exteriorizaban su alineación con la política del gobierno

estadounidense y se proponían desestabilizar el movimiento revolucionario en el continente, y los que, por la trascendencia social que tiene la incidencia de sus doctrinas y actividades litúrgicas en la conciencia y conducta del creyente, se convierten –en reiteradas ocasiones inconscientemente–, en mecanismos idóneos para manipular las creencias y sentimientos religiosos con fines políticos reaccionarios. Pero el uso por parte del Estados Unidos de las sectas en Latinoamérica origina contradicciones con la Iglesia católica.

La situación religiosa en América Latina es abordada en un documento presentado en 1969 al presidente Richard Nixon, conocido como Informe Rockefeller, en donde se señala: “Pese a que no se reconoce ampliamente, los establecimientos militares y la Iglesia Católica se encuentran hoy también entre las fuerzas en favor del cambio social y político en las otras repúblicas americanas. Este es un papel nuevo para ellos. Desde el arribo de los conquistadores hace más de 400 años, la historia de los militares y la Iglesia Católica, trabajando hombro con hombro con los terratenientes con el objeto de proveer ‘estabilidad’, ha sido una leyenda en las Américas”. Y se añade: “Poca gente se da cuenta de hasta qué punto ambas instituciones están ahora rompiendo con sus pasados. Están, de hecho, adelantándose rápidamente hacia el frente como fuerzas a favor del cambio social, económico y político. En el caso de la Iglesia, esto es el reconocimiento de la necesidad de responder más a la voluntad popular”.

Se reconoce en este documento que la agitación popular ha tenido tremendo impacto sobre la Iglesia, haciendo de

ella una fuerza inclinada al cambio, incluso, al cambio revolucionario.

Al Informe Rockefeller le sucedieron en la década de los 80 y 90, los documentos conocidos como Santa Fe I y Santa Fe II.

El documento Santa Fe I, “Una nueva política interamericana para la década de los ochenta”, después de reafirmar que la Doctrina Monroe era la piedra angular histórica de la política de los Estados Unidos hacia América Latina expresó su preocupación por el alcance ideológico del accionar de grupos vinculados a las diferentes Iglesias y a grupos de defensa de los derechos humanos, los cuales desempeñaban un papel relevante en el derrocamiento de gobiernos autoritarios, pero favorables a los Estados Unidos. En su propuesta número tres recomendaba que “[...] la política exterior de Estados Unidos debe empezar a contrarrestar [no a reaccionar en contra] la Teología de la Liberación, tal como es utilizada en América Latina por el clero a ella vinculada”.

Dicho documento reconoce que el papel de la Iglesia en América Latina es vital y se acusa a las fuerzas marxistas leninistas de haber utilizado a la Iglesia como un arma política en contra de la propiedad privada y del capitalismo, “[...] infiltrando la comunidad religiosa con ideas que son menos cristianas que comunistas”.

El documento Santa Fe II, “Una estrategia para América Latina en la década del noventa”, dando continuidad a Santa Fe I plantea: “Es en este contexto que se debe comprender la Teología de la Liberación: es una doctrina política despojada de creencia religiosa, que tiene un significado contra el Papa y contra la libre empresa,

con el fin de debilitar la independencia de la sociedad del control estatista”. Y agrega: “[...] los medios de difusión, las Iglesias y las escuelas continuarán cambiando las formas democráticas hacia el estatismo si Estados Unidos y los debidos gobiernos democráticos no reconocen esto como una lucha del régimen”.

También expone: “Muchos de los regímenes de América Latina se enfrentan a lo que se ha identificado en Washington como el ‘conflicto de baja intensidad’. Este término crecientemente ubicuo es utilizado para describir una forma de lucha que incluye operaciones psicológicas, desinformación, información errónea, terrorismo y subversión cultural y religiosa”.

A los anteriores le siguió un Santa Fe III, que no se dio a la publicidad, y el Santa Fe IV, “El futuro de las Américas. Temas para el nuevo milenio 2000”. Este último encierra el espíritu de renovar la famosa Doctrina Monroe (América para los norteamericanos) y asimismo señala a la religión y en particular a la Teología de la Liberación, como canal para la penetración del comunismo en el hemisferio.

En el período presidencial de George W. Bush (2001-2009) tiene lugar en los Estados Unidos el surgimiento de una corriente de derecha cristiana fundamentalista, cuyo propósito más que calificar de “anticristiano” a todo oponente del gobierno de Bush, es tratar de convertir a la religión en la base ideológica de uno de los dos partidos políticos principales del país.

Además, en este contexto se mantiene la penetración de las “sectas religiosas” en América Latina, que tiene su impacto en el decrecimiento

de la membresía de la Iglesia católica en el continente. Solamente en Brasil, el país de mayor por ciento de católicos en el mundo, en 10 años la proporción de fieles pasó de un 83% a un 65%.⁸

La Iglesia en la encrucijada de los cambios en América Latina al comienzo del tercer milenio

Mientras los Estados Unidos se encuentran empantanados en sus aventuras en Afganistán e Iraq, persiste en aumentar sus efectivos militares en esa región, y apoya al régimen de Israel en sus agresiones a Palestina y el Líbano, su política exterior se desacredita cada vez más en el plano internacional. Al mismo tiempo pierde influencia y posiciones en América Latina, con un mayor cuestionamiento a su modelo de “capitalismo neoliberal” y al Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

En Latinoamérica se dibuja otro escenario: la revolución bolivariana en Venezuela, los proyectos integracionistas en la región, las victorias populares de Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Daniel Ortega en Nicaragua, y la reelección de Luis Inacio Lula Da Silva en Brasil, y más recientemente los triunfos de Fernando Lugo en Paraguay, de Mauricio Funes en El Salvador, y de José Mujica en Uruguay, implican un viraje a la izquierda y un avance de las fuerzas progresistas en el área.

La creación de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), de la que ya son miembros plenos nueve naciones latinoamericanas y del Caribe, y participan dos observadores; el ingreso de Cuba al Grupo de Río y el desarrollo de proyectos como PETRO-CARIBE,

dan la medida de los avances integracionistas de la región.

Sin embargo, el golpe militar fascista en Honduras el 28 de junio de 2009 en complicidad con la oligarquía nacional y de la Conferencia Episcopal de ese país e instancias de poder en los Estados Unidos, pone de manifiesto que el imperialismo norteamericano no se resigna a que se afecten sus intereses en la región y la hegemonía política alcanzada en nuestro continente.

El cardenal de Honduras, monseñor Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, asumió posiciones de apoyo a los golpistas. Sus motivaciones fueron denunciadas en la prensa local al darse a conocer que recibía mensualmente 5 300 dólares del presidente Carlos Flores, quien precedió a José Manuel Zelaya. Claro está que no podía simpatizar con el programa social de Zelaya, su integración al ALBA y el papel desempeñado por él para el retorno de Cuba al seno de la OEA.

Rodríguez Maradiaga, uno de los más conocidos purpurados latinoamericanos, con vastos contactos en todos los niveles de la curia romana—cuyo nombre estuvo entre las figuras papables por América Latina en el último cónclave—no solo apoyó a los sediciosos militares y civiles, sino que fue un inspirador moral de los golpistas brindándoles cobertura y contribuyendo a dañar la causa democrática en América Latina, donde los golpes de Estado parecían a muchos un anacronismo superado.

Las intervenciones de Maradiaga contra Zelaya se hicieron extensivas a los gobiernos latinoamericanos que lo apoyaban, pero nunca tomaron distancia de la aventura golpista. Incluso se

cree que el cardenal hondureño estuvo involucrado con la fase conspirativa del golpe de Estado, y asimismo dio el aval a la acción antidemocrática y prometió una declaración pública como la que leyó en nombre de todo el cuerpo episcopal.

Justo en el mes anterior del golpe se formó una coalición entre diferentes organizaciones no gubernamentales, empresarios, partidos políticos, la Iglesia católica y los medios de comunicación, denominada “la unión cívica democrática” con el único propósito de derrocar al presidente Zelaya para impedir que abriera el camino a una asamblea constituyente capaz de permitir al pueblo alcanzar su voz y participar en su proceso político.

Haciéndole el juego a la posición asumida por el Departamento de Estado norteamericano, la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Honduras emitió un llamamiento bajo el título de “Edificar desde la crisis”, firmado el 3 de julio de 2009 por sus 11 obispos integrantes, en donde se hizo un llamado a la paz, al entendimiento y a la reconciliación justificando de hecho el golpe de Estado.

La jerarquía católica hondureña impugnó públicamente la consulta popular que iba a realizar el presidente Zelaya, pues la consideró un giro a la izquierda de “corte chavista”. Sacerdotes que trabajan en Honduras, comprometidos con su pueblo, han sido objeto de represalias por parte del régimen golpista y de la jerarquía católica. Tal es el caso del sacerdote Andrés Tamayo, nacido en El Salvador, a quien amenazaron con el retiro de su nacionalización hondureña, acción que constituye una arremetida política por haberse ma-

nifestado a favor del presidente José Manuel Zelaya.

Dicha posición de la Iglesia es también visible en Ecuador donde la Conferencia Episcopal por medio de monseñor Antonio Arregui Yarza, arzobispo de Guayaquil y miembro del Opus Dei,⁹ según se consigna en documento del Vaticano, expresó su desacuerdo respecto al proyecto de Constitución redactada por la Asamblea. A pesar de su cuestionamiento, la jerarquía de la Iglesia “dejó en claro” que no realizaría una campaña que impulsara el No en el referéndum, pero la posición pública de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana fue suficiente para alentar el voto nulo que a la larga restaría en las urnas adhesiones al proyecto.

El presidente Rafael Correa denunció la vinculación de la jerarquía católica a los sectores políticos opositores, expresando que “[...] había sotanas en contra del proyecto constitucional y que éstos nunca denunciaron lo inmoral de la anterior constitución”.

Por su parte, el presidente de Bolivia, Evo Morales, acusó a la Iglesia católica, por tomar parte activa en una “[...] campaña sucia, en la que reinó la mentira, el engaño y el miedo”.

Hugo Chávez centró los ataques de la jerarquía católica venezolana en su condición de impulsor del proceso integrador en Latinoamérica, en la creación del ALBA y en la defensa del socialismo como alternativa en nuestro continente. La Conferencia Episcopal ha devenido en uno de los principales centros conspirativos y desestabilizadores del país, estableciendo contactos y “fortaleciendo espiritualmente” a los dueños de los medios de comunicación, los militares golpistas, los alcaldes y gobernadores opositores, y los integrantes de la llamada Coordinadora Democrática.

La actual estrategia hegemónica de los Estados Unidos frente al integracionismo en América Latina se expresó también en el intento de golpe de Estado



De izquierda a derecha los presidentes Néstor Kichner, Evo Morales, Hugo Chávez y Daniel Ortega. Detrás de ellos Rafael Correa y

contra Chávez en Venezuela el 11 de abril de 2002; las maniobras separatistas de la reacción en Bolivia para combatir el gobierno de Evo Morales; los problemas fronterizos en Ecuador provocados por Colombia; la inexplicable reactivación por los Estados Unidos de la cuarta flota, y posteriormente en el acuerdo con Colombia para instalar siete bases militares, que constituyen una provocación y una grave amenaza a la soberanía latinoamericana y un peligro creciente para los países miembros del ALBA.

Sobre todo ello el Comandante en Jefe Fidel Castro opinó:

El objetivo más inmediato de ese plan es liquidar el proceso revolucionario bolivariano y asegurar el control del petróleo y otros recursos naturales de Venezuela. El imperio, por otro lado, no acepta la competencia de las nuevas economías emergentes en su patio trasero, ni países verdaderamente independientes en América Latina. Cuenta con la oligarquía reaccionaria, la derecha fascista y el control de los principales medios de difusión masiva internos y externos. Nada que parezca verdadera equidad y justicia social tendrá su apoyo”.¹⁰

La posición de la jerarquía de la Iglesia en países donde se registran procesos políticos de cambio y de integración asociados al ALBA, como Venezuela, Bolivia y Ecuador, pone nuevamente de manifiesto la alianza de las figuras representativas del catolicismo con las oligarquías nacionales, los militares y la nueva estrategia global de los Estados Unidos hacia Latinoamérica; verificándose en estos países los mismos procedimientos y conducta que la

Iglesia empleó en Cuba en los primeros años de la Revolución o en Nicaragua, después del triunfo del Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979, con la postura que asumió el cardenal Miguel Ovando y Bravo.

En este contexto se verifica la presencia activa del trabajo del Opus Dei, asociada a la millonaria ayuda económica proveniente del país del norte y su aparato de inteligencia, la CIA, financiamientos que se dan de manera encubierta a través de la Agencia Internacional del Desarrollo de Estados Unidos (USAID por sus siglas en inglés), en proyectos dirigidos a confundir, dividir y fomentar la oposición organizada a los procesos populares en el área.

La Iglesia en el continente, distanciada cada vez más de los pueblos que han asumido el protagonismo de los cambios, está bajo la influencia y el control de la derecha más representativa eclesial. La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en mayo del 2007 en la ciudad de Aparecida, Brasil, a un costo de un millón y medio de dólares, por primera vez, de manera significativa, contó con la presencia de representantes de los episcopados de los Estados Unidos, Canadá, España y Portugal, con “derecho a voz y voto”. Esto último llamó la atención y la crítica de diversos sectores del catolicismo latinoamericano, los cuales se han cuestionado con justeza y al mismo tiempo con preocupación, si el CELAM en el futuro cambiará de nombre y dejará de ser como hasta ahora un espacio latinoamericano.

El Vaticano y los episcopados latinoamericanos arriesgan el futuro de una Iglesia en el continente, que representa más de la mitad del catolicismo

mundial, afectada desde hace tiempo por un proceso de secularización de la sociedad, un nivel decreciente de las vocaciones sacerdotales, un desarrollo ascendente del fenómeno de las sectas religiosas –que contradictoriamente tienen su origen en los Estados Unidos– y una tendencia creciente reformista que demanda cambios estructurales en la Iglesia como la descentralización del poder de Roma a favor de las iglesias locales, y nuevas formas de ejercicio del poder del pontificado más orientado a promover la unión entre iglesias hermanas y no a un poder totalitario.

Una Iglesia, además, desde la que se expresan cada vez con mas fuerza tendencias que abarcan desde la necesidad de suprimir el celibato, darle mayor participación a la mujer, suprimir la censura al aborto y al empleo de métodos anticonceptivos, hasta la condena de la poca transparencia y determinación con que el Papa y la curia romana han tratado los numerosos casos de escándalos ocurridos en diversos países, en donde se han visto comprometidos diferentes jerarcas, clérigos y miembros de la congregación clerical ultraconservadora los Legionarios de Cristo, del mismo corte que el Opus Dei, que no han recibido el merecido castigo. El renombrado teólogo católico suizo Hans Kung en una carta abierta dirigida a todos los obispos del mundo denuncia estos escándalos que, según afirma, ha puesto en crisis la Iglesia y pide la celebración de un concilio o sínodo extraordinario para el nombramiento de otro Papa.

Se desarrolla a su vez un proceso de fragmentación conformándose una Iglesia paralela que tiene su expresión

en las comunidades eclesiales de base denominada Iglesia Popular, en antagonismo con la jerarquía que condena los procesos de cambio protagonizados por los pueblos y que ponen de manera creciente en tela de juicio la política del Vaticano sobre los problemas acuciantes que afectan a la mayoría de las poblaciones de nuestro continente.

Al mismo tiempo se aprecia un crecimiento en las iglesias protestantes o evangélicas, pues según apunta una publicación evangélica:

[...] centenas, miles y millones de hombres y mujeres, defraudados por su antigua “santa madre Iglesia”, han buscado refugio en las comunidades evangélicas, unas bautistas, otras presbiterianas, algunas anglicanas, y la gran mayoría, pentecostales. Y en esas iglesias han descubierto definitivamente al Jesús de los Evangelios, al de la solidaridad, al del compromiso social y, sobre todo, al de la trascendencia espiritual, al que redime y libera, al que dignifica y enaltece, al que reconcilia al hombre con el hombre y al hombre con Dios.

Entonces, antes estas disyuntivas y en un escenario mundial ante el cual está en peligro la supervivencia misma de la especie humana y los Estados Unidos y sus aliados se resisten a la adopción de medidas encaminadas a la reducción de los riesgos, la determinación cada vez mayor de nuestros pueblos de participar y apoyar los procesos de cambio que se registran, cabría preguntarse: ¿De qué lado tomará partido la Iglesia en la medida que se adentre en los retos que le depara el tercer milenio?

Notas

¹ Grigulevich, Iosif Romualdovich. *La Iglesia católica y el movimiento de liberación de América Latina*, Editorial Progreso, Moscú, 1984, p. 153.

² Fernández Santalices, Manuel. *Presencia en Cuba del catolicismo. Apuntes históricos del siglo xx*, Editorial Konrad Adenauer, Caracas, 1998, p. 4.

Tomado del artículo publicado en la revista *Blanco y Negro*, Madrid, Año VI, No. 262, 2 mayo 1896, p. 4.

³ Grigulevich, I. R. *Op. cit.* (1). p. 26.

⁴ Pattee, Richard. *El catolicismo contemporáneo en Hispanoamérica*, Editorial FIDE, Buenos Aires, 1951.

Referencia suya aparece en la página 345, de la “Historiografía de la Iglesia en Cuba (1902-1952)”, de Augusto Montenegro González, aparecido en *Anuario de la Historia de la Iglesia* (Pamplona, España, Universidad de Navarra, 2005).

⁵ Ezcurra, Ana María y Cayetano de Lella. “La UPI en Puebla. Manipulación Ideológica de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano”. Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC) y Centro de Estudios Euménicos, Perú, 1980, p. 9.

⁶ Ellacuría, Ignacio (1930-1989). Sacerdote jesuita hispano-salvadoreño, rector de la Universidad Centroamericana de San Salvador. Representante de la Teología de la Liberación, por su prestigio intelectual y su valiente denuncia de la situación del país se granjeó la enemistad de algunos sectores que le amenazaron con insistencia para callar su voz. El 16 de noviembre de 1989 fue asesinado por el Ejército, en la residencia de la Universidad junto con los también jesuitas Ignacio Martín Bavo, Segundo Montes, Armando López, Juan Ramón Moreno, Joaquín López y López, Elba Julia Ramos y la hija de esta Celiña, de 15 años de edad.

⁷ El 2 de diciembre de 1980 en El Salvador fueron asesinadas tres monjas, Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel, y una misionera Jean Donovan, todas norteamericanas. Fueron llevadas a un lugar aislado donde las violaron y les dispararon a corta distancia. El sacerdote Rafael Poncele, párroco de Torula, lo calificó como otro hecho

cruel de la historia del país, de uno de los períodos más oscuros.

⁸ García Ruiz, Máximo. Viaje del Papa a Brasil. *Lupa Protestante. Revista de Teología y Opinión*, Barcelona, España, p. 1-6.

⁹ Opus Dei (En latín la obra de Dios). Organización secreta y ultra conservadora considerada un aparato de poder y de inteligencia del Vaticano, fue fundada el 2 de octubre de 1928 por José María Escrivá de Balaguer, sacerdote católico español. El Opus Dei, tras haberlo solicitado desde 1962, logró ser elegida como Prelatura Personal en 1982, la única que existe hasta hoy, obteniendo con ello gran autonomía, pues el prelado solo debe rendir cuentas de sus actos al Papa en persona. Actualmente su sede central radica en Nueva York, Estados Unidos, en un edificio de 17 pisos situado en una zona céntrica de esa ciudad, cuya construcción en el 2001 ascendió a 70 millones de dólares. José María Escrivá de Balaguer (9-1-1902-26-6-1975) fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 17 de mayo de 1992.

¹⁰ Castro Ruz, Fidel. Es la hora del recuento y de la marcha unida. *Granma*, La Habana, 28 ag. 2009. Reflexión del Comandante en Jefe del 27 de agosto de 2009.

Bibliografía

Anuario pontificio para el 2000, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2000.

BOLET, FRANCISCO. “Iglesia Católica y Gobierno Venezolano en la diatriba pública: Estrategias discursivas de poder, autodefensa y ataque”.

La Iglesia en cosas políticas como decir que la constitución es estatista. *Cadena Radial*, Ecuador, 2 ag. 2009.

CALVIAC MORA, AIDA. El poder de “ajustar” la geografía. *Granma*, La Habana.

Comunicado del Cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga. *El País*, Honduras, 4 jul. 2009.

“La iglesia católica prohíbe que yo siga caminando con el pueblo”. *Crónicas*

y críticas de América Latina (un espacio para el debate honesto, libre e independiente para la integración en América Latina).

Documento conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (CELAM), realizada del 13 al 31 de mayo de 2007, en la ciudad de Aparecida, Brasil, documento de 287 páginas, aprobado por el Papa Benedicto XVI el 29 de julio de 2007.

GOLINGER, EVA. Pruebas de que EE.UU. y la Iglesia Católica están detrás del Golpe de Estado en Honduras. *Radio la Nueva República*, México, 22 sept. 2009.

GONZÁLEZ SANTAMARÍA, ABEL. Estamos unidos en la V Cumbre de las Américas: ¿El gran garrote o el buen vecino? I y II. *Granma*, La Habana, 16 y 17 abr. 2009.

GRIGULEVICH, IOSIF ROMUALDOVICH. *De Pío XII a Juan Pablo II*, Comité Central del PCC, La Habana, 1978.

_____. *La Iglesia y la sociedad en América Latina*, Redacción Ciencias Sociales Contemporáneas, Academia de Ciencias de la URSS, 1983.

_____. *El papado del siglo XX*, Editorial Progreso, Moscú, 1982.

_____. *La penetración ideológica de los Estados Unidos en los países de América Latina*, Academia de Ciencias de Cuba e Instituto de Historia, La Habana, 1968.

MÁRQUEZ FARIÑAS, JOSÉ MIGUEL. *La Iglesia y el triunfo revolucionario de 1959. Confrontación de los intereses de la nación cubana*.

Libro terminado en el 2009, en proceso de revisión.

MONTENEGRO GONZÁLEZ, AUGUSTO. *Historiografía de la Iglesia en Cuba (1902-1952)*. *Anuario de la Iglesia*, Pamplona, España, Año XIV, 2005.

Motivaciones del cardenal golpista: Oscar Andrés Rodríguez recibía 5,000.00 dólares mensuales del gobierno de Flores. *CubaDebate* 8 jul. 2009.

Participantes de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Listado Oficial dado a conocer por el Vaticano de las 266 personas entre miembros, invitados, observadores y peritos.

SÁNCHEZ SERRA, OSCAR. La vergonzosa historia de la OEA (I, II y III). *Granma*, La Habana, 22, 27 y 29 mayo, 2009.

SUÁREZ SALAZAR, LUIS. *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*. 2ª ed. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

Mención Honorífica. Premio Libertador al Pensamiento Crítico.

La unidad latinoamericana, ¿una posibilidad real?

Carmen Gómez García
Historiadora

El sueño de crear una América Latina unida merodeó desde muy temprano en las cabezas de los próceres emancipadores. Ya en 1815 Simón Bolívar, el Libertador, nos dice en sus *Cartas de Jamaica* que las tierras que se extienden del Río Bravo a la Patagonia y por cuya independencia ha venido luchando durante largo tiempo constituyen “[...] un mundo aparte rodeado de dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias”.¹ Está convencido de que la América Latina es una y clama por la existencia de una federación americana que integre a todas estas repúblicas; federación en la cual no incluye, por supuesto, a los Estados Unidos —a pesar de que estos se empeñan en convertir a Bolívar en el padre del panamericanismo—, pues advirtió muy pronto toda la perfidia que se escondía tras su cacareada democracia.

Con el objetivo de garantizar la independencia y soberanía de las nuevas repúblicas, débiles aún, y amenazadas por la codicia y rapacidad del poderoso país imperialista que se venía formando al norte del continente, convoca en 1826 el Congreso Anfictiónico de

Panamá con el propósito de dar los primeros pasos en la tarea de la integración latinoamericana y arrebatarse a España los dos últimos reductos de su otrora extenso y poderoso imperio colonial: Cuba y Puerto Rico.

Por desgracia, el proyecto se frustra por la oposición de los Estados Unidos. No convenía a sus intereses la existencia de una América Latina unida, capaz de resistirse a sus ambiciosos propósitos de someterla a su dominio económico y político y apropiarse de sus fértiles tierras, sus abundantes recursos minerales, las aguas de sus numerosos y caudalosos ríos y todas las riquezas que estas tierras encierran, para ponerlas al servicio de su propio desarrollo económico.

El no haber podido alcanzar su propósito de una América Latina unida lleva al Libertador a exclamar adolorido, poco antes de su muerte: “¡He arado en el mar!”.

Durante la segunda mitad del siglo XIX aparece en el panorama político de América Latina un combatiente revolucionario de excepcionales condiciones, con un agudo y profundo pensamiento político y social, José Martí, cuyo objetivo fundamental es arrancar a Cuba, su patria amada, de las garras del ya decadente colonialismo español y colaborar a la liberación de la hermana isla antillana de Puerto Rico. Con ese objetivo funda el 10 de abril de 1892 el Partido Revolucionario Cubano.

Aunque sus mayores desvelos se centran en liquidar en América los restos del colonialismo español con la independencia de Cuba y Puerto Rico, no le son ajenos los problemas de los países que se extienden al sur del Río Bravo. Su peregrinar por algunos de ellos durante su prolongado destierro le



permite adentrarse en las peculiaridades de su cultura, conocer su historia, los escollos de su vida política y, lo más importante, las vicisitudes de sus maltruchas economías. Ha vivido también por largos años en los Estados Unidos y le conoce al monstruo las entrañas, es testigo de su acelerado desarrollo industrial, sostenido por las espaldas de la clase obrera, cuyas luchas y demandas también conoce, así como de su paso a la fase imperialista del capitalismo, imperialismo financiero cada vez más poderoso, con incontenibles ansias expansionistas, dispuesto a apoderarse, tan pronto se presente la oportunidad, de las débiles repúblicas latinoamericana-

nas y, si eso no es posible, someterlas con férreos lazos a su dominio económico y político.

Coincidió Martí con el criterio bolivariano de que la América Latina, del Bravo a la Patagonia, las islas caribeñas incluidas, es una sola y a ella se siente vinculado, por ella sufre y padece, y la llama Nuestra América; sueña con verla unida y fuerte, capaz de enfrentarse al poderoso vecino del norte, al que ve como una amenaza real para su libertad y soberanía.

Martí le da una enorme importancia a la liberación de Cuba y Puerto Rico, codiciadas desde largo tiempo atrás por los Estados Unidos; pensaba

que su liberación podía contribuir a impedir que estos se lanzaran con su creciente poderío económico y militar sobre las nuevas repúblicas y lograr así el equilibrio del mundo. En el artículo “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, expuso con claridad su pensamiento:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara, ya a negarle el poder—mero fortín de la Roma americana—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serán en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que con la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que en la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo [...]. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son dos islas las que vamos a libertar.²

Y en la carta póstuma dirigida a su amigo mexicano Manuel Mercado, que quedara inconclusa porque una bala enemiga le arrancó la vida en el campo de batalla de Dos Ríos, dejó dicho: “[...] ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las An-

tillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.³

Martí avizora desde bien temprano el nuevo peligro que amenaza a las repúblicas latinoamericanas, el que no se encuentra ya en Europa sino en el propio continente americano, y contra él alerta.

Ni Bolívar ni Martí, sin embargo, logran ver convertidos en realidad sus sueños de unidad latinoamericana; a pesar de sus profundas reflexiones y sus continuas llamadas de alerta contra el peligro imperialista, sus esfuerzos parecían haber caído en el vacío. Los propios países que habían sido objeto de sus preocupaciones se debatían en contradicciones internas, se enfrasaban en peleas por cuestiones limítrofes, entraban en competencias comerciales unos contra otros, por lo general exacerbadas por el propio imperialismo; las clases que integraran la vanguardia independentista sólo pensaban ahora, con una mentalidad estrechamente nacionalista, en enriquecerse, y continuaban explotando a los campesinos, a la población aborigen, a la naciente y poco numerosa clase obrera: “Pleitos absurdos y guerras criminales desgarran la unidad de la América Indo Española”, diría José Carlos Mariátegui en un artículo publicado en *Variedades* en 1924.⁴ Desde muy temprano se dejan engatusar, entusiasmados por las ofertas que los Estados Unidos de tratados comerciales en apariencia favorables, abundantes préstamos por los que debían pagar onerosos intereses para ser invertidos en los sectores de sus economías que convenían a los intereses yanquis (minería, ganadería, plantaciones de caña, de cacao, de café,

algunas industrias muy puntuales) o en desarrollar la infraestructura de esos países (carreteras, líneas de ferrocarril, transporte marítimo) para adentrarse en el territorio y apoderarse de sus riquezas.

Para garantizar la estabilidad de sus intereses, los Estados Unidos establecen en toda la región numerosas bases militares –como la que aún existe en Caimanera en la cubana bahía de Guantánamo, y las que recién han establecido en Colombia, entre otras– y mantienen su poderosa flota merodeando por los mares que la rodean. Los militares en ellas asentados, equipados con poderosos armamentos, permanecen atentos para evitar que las masas populares se rebelen contra sus oligarquías nacionales, serviles a los intereses yanquis, y tan pronto surja el menor intento de rebeldía lanzarse sobre ellas con todas sus fuerzas para aplastarlas.

Tal parecía como si un soplo helado hubiera borrado de las mentes de la generalidad de las burguesías de estas repúblicas los sueños de unidad latinoamericana de Bolívar y Martí, y sus llamados de alerta contra el imperialismo. Fue necesario esperar algunos años para que surgiera una nueva generación que, sin compromisos con esa bochornosa situación, retomara la senda de los dos más grandes próceres de la independencia latinoamericana, y en el pensamiento de los representantes de su intelectualidad más avanzada se planteara de nuevo la necesidad de una América Latina unida. Así, en 1916, el prestigioso ensayista uruguayo José Enrique Rodó, autor de obras paradigmáticas de la literatura latinoamericana, como *Ariel*, vuelve a plantear que nuestros pueblos integran una

patria única: “Formar el sentimiento hispanoamericano, propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esta obra”.⁵

Unos años después, el filósofo argentino José Ingenieros con sus obras de marcado carácter ético, entre ellas *Hacia una moral sin dogmas* y *Las fuerzas morales*, inspira a la juventud estudiantil a la rebeldía, lo cual se inicia en la Universidad de Córdoba con la llamada Reforma Universitaria que con rapidez se extiende por muchos de los países de América Latina, entre ellos Cuba, donde Julio Antonio Mella convoca al Congreso Nacional de Estudiantes y funda la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) en 1922.

Con ello se inicia en nuestra América un profundo movimiento estudiantil que se incorpora a las luchas sociales. En Cuba, el Directorio Estudiantil Universitario (DEU) y el Ala Izquierda Estudiantil (AIE) desempeñan un papel decisivo en las luchas de masas populares contra la tiranía machadista que a partir de 1925 venía azotando al país. Gerardo Machado, un oficial del Ejército Libertador, asume en esa fecha la presidencia de la república y añade a la corrupción administrativa existente desde los primeros años de vida republicana, el asesinato a mansalva de aquellos que se oponen a su gobierno.

Y es que la Reforma Universitaria se propone no solo hacer cambios profundos en la docencia, en los programas de estudio de las carreras universitarias, en sus métodos anticuados de impartir clases, en sus textos obsoletos, también aboga por transformaciones en lo social

y en lo político con una raigal vocación antiimperialista. Entre sus propuestas se encontraba la de fundar universidades populares como la González Prada en el Perú, y la José Martí en Cuba, que tienen como objetivo tanto elevar el nivel educacional de la clase obrera como vincularla a la intelectualidad revolucionaria.

Junto a Cuba, es el Perú uno de los países latinoamericanos donde la Reforma Universitaria arraiga también profundamente. Allí viene destacándose un intelectual marxista que se adentra en el campo de la filosofía, José Carlos Mariátegui, quien posee una amplia producción teórica y había fundado el Partido Comunista del Perú y la revista *Amauta* que difunde por toda Latinoamérica sus ideas. Cuentan los revolucionarios de la década del 20 del pasado siglo que en Cuba cuando llegaba a La Habana un ejemplar de la publicación, casi se la arrancaban de las manos unos a otros, tal era el interés que sentían por su lectura. No hay que decir que Mariátegui ejerció una gran influencia sobre los revolucionarios cubanos de aquella época.

Aunque el marxismo había llegado a los países de Latinoamérica desde fines del siglo XIX traído por inmigrantes europeos (italianos, alemanes, españoles...) y se venía difundiendo por boca de algunos dirigentes del movimiento obrero como el argentino Juan B. Justo, el chileno Luis Emilio Recabarren, y el cubano Carlos Baliño, entre otros, es en la década del 20 del pasado siglo cuando su difusión adquiere mayor auge. No faltan, sin embargo, quienes argumenten en su contra que las ideas del marxismo, elaboradas en Europa, no se adecuan a las necesidades de los

países latinoamericanos, cuya situación socioeconómica es bien distinta a la de los países europeos. No obstante, Mariátegui es de los que piensan que el marxismo sí tenía vigencia en nuestras tierras, porque en ellas, aunque no había un proletariado muy numeroso, había campesinos, aborígenes, intelectuales, estudiantes, clases medias y hasta algunos sectores de la burguesía que padecían la opresión del imperialismo y podían encontrar en las ideas de Carlos Marx y Federico Engels una fundamentación teórica para determinar la estrategia y la táctica a seguir en su enfrentamiento al imperialismo que, en su criterio, es el primer frente de lucha de las masas populares en los países latinoamericanos, ideas que expone en sus obras, en particular *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

En Cuba es Julio Antonio Mella quien sostiene con fuerza este criterio. Para él “[...] luchar por la revolución social en América Latina no es una utopía de locos, es luchar por el próximo paso de avance en la historia [...]. Solo los de mentalidad tullida podrán creer que la evolución de los pueblos de América se ha de detener en las guerras de independencia”.⁶ Y bajo la influencia de Vladimir I. Lenin, quien en 1917 realiza la primera revolución socialista en el mundo, piensa que tanto en Cuba como en los demás países latinoamericanos, dadas las condiciones existentes hay que hacer primero una revolución de carácter nacional liberador, democrática y antiimperialista, para pasar después a la revolución socialista, donde la clase obrera, ya más desarrollada y numerosa se convierta en la clase dominante.

Precisa destacar que todo proceso político social para que sea coherente

necesita de una ideología en la cual se sustente, y si los luchadores por la independencia latinoamericana se inspiraron, como es por todos reconocido, en los ideales de la revolución francesa que por su contenido anti-feudal se avenía a sus propósitos, en el siglo xx las luchas de los pueblos latinoamericanos tienen otro carácter, pues estos necesitan consolidar su independencia nacional y librarse de la dominación imperialista para avanzar a nuevos estadios del desarrollo social. La ideología que conviene a esta nueva situación no es ya la de la revolución francesa, ni mucho menos la ideología neoliberal impuesta por el imperialismo estadounidense a nuestros países a partir de la década del 80 del pasado siglo xx, la que como dijera el Comandante en Jefe Fidel Castro “[...] constituye la más desvergonzada recolonización del Tercer Mundo”.⁷

El saldo de la política neoliberal fue bien negativo para la América Latina: ha dejado 224 millones de pobres, 50 millones de analfabetos, una mortalidad infantil que sobrepasa los 32 por cada mil nacidos vivos, la desestabilización de sus monedas, un aumento creciente del desempleo, la ausencia de seguridad social, de escuelas para sus niños y jóvenes y de centros de salud para su población más pobre, la disminución de su producto interno bruto (PIB), la degradación de su medio ambiente, un aumento descomunal de su deuda externa que en 1959 alcanzaba los cinco mil millones de dólares y en el 2001 ascendía a 600 mil, la que como dijera Fidel no se ha hecho impagable e insoportable.

Por ello podemos afirmar que la ideología adecuada a los intereses de

los países latinoamericanos es la del marxismo-leninismo, porque en ella nuestros pueblos pueden hallar el fundamento teórico para sus luchas.

Son los pensadores marxistas quienes a partir de los años 20 del pasado siglo comienzan a levantar de nuevo la bandera de la unidad latinoamericana, y a llamar a sus pueblos a librarse del dominio imperialista, pues sin lograr que cada uno de los países de la comunidad de naciones latinoamericanas se libere, se convierta en una nación verdaderamente independiente, soberana y democrática, no puede alcanzarse, en mi criterio, la unidad real de nuestros países.

A partir de la tercera década del siglo xx proliferan en nuestra América los pensadores marxistas que plantean la necesidad de que nuestros pueblos lleven a cabo la lucha por su segunda independencia, como afirmara José Martí, como paso previo para lograr la unidad latinoamericana. Encabeza la lista el peruano José Carlos Mariátegui, y le siguen los cubanos Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Blas Roca, Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Ernesto Che Guevara y Fidel Castro, los argentinos Aníbal Ponce y Héctor P. Agosti, y el uruguayo Rodney Arismendi, por sólo citar los de mayor relieve.

No debe olvidarse que los países latinoamericanos, con excepción de Cuba –que en 1959 inicia un proceso revolucionario primero nacional liberador, agrario y antiimperialista para transformarse al poco tiempo en socialista–, se encontraban en la segunda mitad del siglo xx sometidos a la dominación del imperialismo yanqui. Algunos de ellos habían tratado

por vías diversas –la lucha armada o la electoral– de liberarse de esa situación, pero no lo habían logrado. Cuando en alguno de ellos accedía al poder un gobierno democrático, popular y antiimperialista, aunque fuera por medio de un proceso electoral democrático, el gobierno de los Estados Unidos organizaba golpes de Estado o invasiones del territorio para derrocarlo. Se puede citar más de un caso, pero me limitaré a dos, en donde la intervención de los Estados Unidos ha sido bien evidente: en 1954 es derrocado en Guatemala mediante la invasión de su territorio por un ejército mercenario, armado y entrenado por los Estados Unidos, el gobierno de Jacobo Árbenz, electo democráticamente por su pueblo, por el grave pecado de haber promovido una reforma agraria en beneficio del país, en especial de sus campesinos, y además se atrevió a nacionalizar los latifundios de la poderosa United Fruit –mamita yunai como le decían los centroamericanos–, que controlaba las mejores tierras y el comercio bananero de los países de la América Central. En 1973 promueven en Chile un golpe militar encabezado por Augusto Pinochet contra el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, también elegido por su pueblo. Esta vez el pecado consistió en tratar de establecer un gobierno socialista para mejorar las condiciones de vida del pueblo y nacionalizar, entre otros, las minas de cobre, el principal recurso económico del país. El mundo entero conoce los numerosos asesinatos llevados a cabo por Pinochet contra el pueblo chileno durante su tiránico gobierno.

Por otra parte, para evitar que las masas populares intentaran rebelarse

contra los gobiernos establecidos, por lo general sumisos a los intereses de los Estados Unidos, promovieron feroces dictaduras militares que sometieron a infames torturas o asesinaron impunemente a miles de combatientes revolucionarios. Argentina, Uruguay, Paraguay y Venezuela las sufrieron, y les costó a estos pueblos largos años de cruentas luchas y muchas vidas para volver a recuperar la democracia representativa que, si bien no es lo ideal, al menos crea un escenario donde es posible mantener la lucha.

El triunfo del proceso revolucionario cubano en 1959 sorprende al imperialismo fuera de base –como decimos los cubanos en el argot beisbolero–, pero, si bien no puede evitar que el Ejército Rebelde liderado por Fidel establezca en el país un gobierno nacional liberador y antiimperialista que poco después se transforma en socialista, desde el primer momento ha tratado por todos los medios de entorpecer su desarrollo: le ha impuesto al pueblo cubano un bloqueo que lleva más de 50 años, ha organizado invasiones a su territorio, como la de Playa Girón, así como ataques terroristas que le han causado y aún le causan muchas víctimas –recuérdese, entre otros, la voladura en pleno vuelo del avión de Cubana en 1976 en el cual murieron 73 personas. Pero el pueblo cubano ha sabido resistir y en medio de todas las dificultades ha alcanzado un grado de desarrollo social superior al de la generalidad de los países latinoamericanos. Entre otros logros ha erradicado el analfabetismo; su índice de mortalidad infantil es uno de los más bajos del mundo –en el 2009 ese índice ha sido inferior a cinco por cada mil nacidos vivos–; el prome-

dio de vida de su población alcanza a más de 75 años; la mayor parte de ella recibe agua potable en sus viviendas que en su mayor parte están electrificadas. Por todo ello y mucho más, a pesar de todas las dificultades motivadas por el criminal bloqueo a que lo somete el imperialismo –rechazado por la casi totalidad de la comunidad internacional que en las Asambleas de las Naciones Unidas se ha manifestado reiteradamente en su contra, y en el 2009 solo tres países votaron a favor de mantener, los Estados Unidos, Israel y las Islas Palau–, la Revolución cubana constituye un ejemplo para los pueblos hermanos de América Latina.

Si echamos una mirada a la situación actual de nuestros países, se puede llegar a la conclusión de que es bien distinta a la de hace 10 años. Muchos hoy se enfrentan al acoso imperialista, con más o menos fuerza: Venezuela, Bolivia, Brasil, Ecuador, Argentina, Uruguay, Paraguay, Nicaragua, cuentan en estos momentos con gobiernos progresistas que se empeñan en mejorar las condiciones de vida de sus pueblos, de recuperar sus riquezas económicas en manos de compañías transnacionales, de elevar sus niveles de educación y salud.

En otros tiempos, los Estados Unidos los hubieran chantajeado, se negarían a venderles petróleo –como hicieron con Cuba al triunfo de la Revolución–, a comprarles sus productos para rendirlos por hambre, o utilizarían otros medios para dominarlos, pero en estos momentos ya estos recursos no surten los efectos apetecidos.

Recientemente se produjo en el panorama político latinoamericano un hecho inusitado. El pueblo boliviano

ha venido sufriendo el acoso de los elementos opositores al gobierno de su presidente Evo Morales –elegido democráticamente y quien recibió el apoyo mayoritario de su pueblo en un referéndum y en las elecciones que lo llevaron a un segundo mandato. Trataron de impedir que llevara a cabo reformas sociales de beneficio popular, en especial para los pueblos originarios, y utilizara los recursos petroleros del país para implementarlas, y al mismo tiempo se oponían al plebiscito para aprobar la nueva Constitución con los cambios, y que al efectuarse contó con el apoyo mayoritario de la población. Para impedirlo amenazaban con desmembrar el territorio boliviano segregándole su porción más rica. Las acciones de estos elementos fueron en extremo violentas, incluso el gobernador de la prefectura de Pando tuvo que ser destituido y arrestado porque sus acciones provocaron la muerte de numerosos campesinos, pues estos apoyaban al gobierno de Evo Morales.

En otro momento histórico, la Organización de Estados Americanos (OEA) hubiera intervenido a favor de los segregacionistas y en contra de los intereses populares, ahora la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), un organismo de reciente creación que integra a todos los países suramericanos, cuya presidencia pro tempore la ocupaba la entonces presidenta de Chile, Michelle Bachelet, se reunió de inmediato y ofreció al presidente Evo Morales todo su respaldo y advirtió a los separatistas que ningún país suramericano reconocería a un gobierno que derrocará al presidente boliviano, legalmente electo, y que los intentos

de desmembrar a Bolivia no contaban con el apoyo de la comunidad latinoamericana.

Soy de quienes piensan que la casualidad no puede excluirse del análisis de los procesos históricos, y da la casualidad de que Venezuela, el país que después de Cuba tomó en América Latina por el camino de la independencia y soberanía nacional y el antiimperialismo, posee uno de los yacimientos petrolíferos mayores del mundo, y no se puede ignorar la importancia del petróleo para el desarrollo agrícola e industrial de los pueblos y cómo el imperialismo lo ha utilizado para chantajear a los países que intentan liberarse de su dominación económica y política.

Venezuela no utiliza su petróleo para enriquecerse aprovechándose del alto precio alcanzado en estos momentos por el hidrocarburo, sino que lo ha puesto al servicio de los países de América Latina y el Caribe con el establecimiento de PETROSUR y de PETROCARIBE que les suministra a estos países petróleo a bajo precio, y ha establecido acuerdos con varios países latinoamericanos, Brasil entre otros, para la construcción de oleoductos y gasoductos con el fin de facilitarles el acceso al combustible. Con ello ha obstaculizado el chantaje petrolero que los Estados Unidos ejercían sobre los países que trataban de librarse de su dominación.

Por supuesto, los Estados Unidos están muy conscientes del peligro que significa la unidad de los países latinoamericanos para el mantenimiento de su hegemonía continental y hasta mundial. Por eso no han permanecido cruzados de brazos ante la nueva

situación de muchos de los países latinoamericanos.

De hecho, desde época bastante lejana trataron de asegurarse de que ningún otro país desarrollado le disputara el control de las nuevas repúblicas que se venían liberando del colonialismo español en nuestra América, y cuando Europa trató de intervenir en los asuntos de América Latina lanzaron la Doctrina Monroe con el lema “América para los americanos” (bien entendido que los americanos eran en este caso los americanos del norte, los Estados Unidos, porque desde siempre se han apropiado del apelativo de americanos, como si ellos fueran los dueños absolutos y exclusivos del continente). Posteriormente, sacaron a relucir la doctrina del panamericanismo englobando en un mismo concepto a las naciones del sur, dependientes, subdesarrolladas y pobres con las del norte, ricas y poderosas. Más tarde, en 1948 crearon la Organización de Estados Americanos, con sede en Washington, para dirimir las cuestiones económicas y políticas de las naciones que la integran, pero donde los Estados Unidos llevan la voz cantante, los únicos que ordenan y mandan. Cuando Carlos Castillo Armas invadió Guatemala para derrocar el gobierno de Jacobo Árbenz, la OEA no protestó, ni cuando Pinochet le dio el golpe de Estado militar a Salvador Allende, ni cuando las dictaduras militares ensangrentaban los países latinoamericanos, sin embargo, cuando la Revolución cubana proclamó la Reforma Agraria para restituir al país las tierras de los latifundios azucareros en manos de los Estados Unidos, obligó a todos los países que la integran a romper relaciones diplomáticas con Cuba,

que fue expulsada de la OEA –solo México se negó a acatar la orden–, lo cual llevó a Raúl Roa, el representante cubano en la OEA en esos momentos a decir en aquella histórica reunión: “[...] me voy con mi pueblo y con mi pueblo se van también los pueblos de Nuestra América”.

Para tratar de contrarrestar la influencia de la Revolución cubana en los países de Latinoamérica y evitar que estos siguieran su ejemplo, el entonces presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, proclamó la Alianza para el Progreso, que les ofrecía unos cuantos miles de millones de dólares para “ayudar” a resolver sus problemas, la mayor parte de los cuales se quedaron en los bolsillos de los funcionarios, aparte de que la suma propuesta no alcanzaba ni para resolver los problemas más elementales

Recién, los Estados Unidos lanzaron una propuesta aparentemente muy atractiva y beneficiosa para nuestros países: el Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), que ofrecía eliminar los aranceles aduaneros, tanto en los países latinoamericanos como en los Estados Unidos. El libre comercio había sido una vieja demanda de los países latinoamericanos, cuyos productos tenían que pagar altos impuestos arancelarios para entrar en aquel país lo que elevaba su precio en el mercado estadounidense y no podían así competir con los productos de este, que resultaban más baratos por su más alta tecnología y más abundante producción, mientras nuestros países necesitaban proteger su producción y se les imponían a los productos de la industria estadounidense altos aranceles para que no arruinaran con

sus precios más bajos las pequeñas y débiles industrias en ellos existentes. Ahora el ALCA les ofrecía reducir los aranceles de algunos productos de los países latinoamericanos (los que interesaban a la economía de los Estados Unidos) y a la vez reclamaban la rebaja de los aranceles a algunos de los productos de la economía estadounidense. A los cubanos nos recuerda el Tratado de Reciprocidad Comercial firmado entre Cuba y los Estados Unidos en 1903, que le rebajaba los aranceles a unos pocos productos cubanos para su ingreso en el mercado estadounidense, entretanto un número mayor de los productos de aquel país recibían una amplia rebaja arancelaria en las aduanas cubanas. Aquel tratado, señalaron años después los economistas cubanos, podía calificarse de cualquier modo menos de “tratado de reciprocidad”. El ALCA trataba de reproducir a escala de toda la América Latina el Tratado de Reciprocidad que con tanto éxito los Estados Unidos habían ensayado en Cuba. Por supuesto, el ALCA beneficiaba a los intereses estadounidenses, pues no es posible equiparar comercialmente a países como los Estados Unidos con una economía poderosa con los países latinoamericanos de economías débiles y subdesarrolladas. Ya el Che muchos años antes había señalado la existencia de una gran desigualdad en el plano comercial entre los países subdesarrollados y los desarrollados, a lo que llamó intercambio desigual, debido a que mientras los primeros por lo general producen materias primas que en el mercado tienen un precio muy bajo, los segundos crean productos muy elaborados, cuyos precios son mucho más altos.

La lucha sostenida por Venezuela y Cuba –aunque esta última no se encontraba entre los países que accederían a los supuestos beneficios del ALCA– logró que el proyecto fracasara. Los Estados Unidos promovieron entonces los Tratados de Libre Comercio (TLC) con el fin de obtener los mismos resultados mediante la firma de estos, no con el conjunto de los países latinoamericanos, sino con cada uno de ellos por separado. Algunos países cayeron en la trampa, entre ellos México, que ha visto cómo su economía se deteriora con la ruina de su agricultura, pues sus campesinos no pueden competir con los productos del agro de los Estados Unidos, ampliamente subsidiados por su gobierno, y con su característica de país exportador de maíz, un producto básico en la alimentación de su pueblo, y por tanto México se ha convertido en un país importador de ese cereal.

Para contrarrestar el ALCA, Venezuela implementó la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA), cuyo objetivo fundamental es que los países que a ella se integren colaboren unos con otros, no en función de la ganancia, sino del bienestar de todos ellos. Aunque no se desdeña la atención a los problemas de la economía –en definitiva son esenciales para la vida y el desarrollo–, se tienen muy presentes también los problemas de tipo social que desde siempre han afectado a nuestros pueblos: la educación, la salud, la cultura. Esto ha puesto muy alto el papel de Cuba en los proyectos del ALBA, ya que ha colaborado con sus maestros en la alfabetización de la población de esos países con el método YO SÍ PUEDO; con sus brigadas médicas que han acudido a los lugares más

intrincados para atender la salud de su población –una mención especial merece la llamada MISIÓN MILAGRO que ha salvado de la ceguera a miles de personas en estos países–; con sus entrenadores deportivos para contribuir a mejorar la salud física de las personas y la participación en los eventos internacionales de sus deportistas, y con el ofrecimiento que ha hecho de sus técnicos, de sus escuelas, donde se han preparado miles de especialistas, como ha sucedido con la Escuela Latinoamericana de Medicina (ELAM) en donde se han graduado miles de médicos de esos países, carentes de recursos para estudiar esta especialidad, quienes luego han ido a ofrecer sus servicios a las zonas marginales de las cuales provienen.

El presidente Chávez ha propuesto también la creación del llamado BANCO DEL SUR o del ALBA para que los países del sur tengan su propia institución bancaria y puedan librarse de los acosos del Banco Mundial (BM) y del Fondo Monetario Internacional (FMI) que los extorsionan. La creación del Banco del ALBA adquiere en estos momentos, cuando los Estados Unidos están sufriendo una crisis económica muy severa, una importancia extraordinaria y se hace necesario su fortalecimiento si no se quiere que nuestros países sean arrastrados por la crisis y se arruinen aún más, como ocurrió en la crisis económica de 1929. Solo integrándose al Banco del Sur y fortaleciéndolo podrán los países latinoamericanos evitar la catástrofe, como dijera el presidente Chávez recientemente.

Por otra parte, la fundación de TELESUR en el marco del ALBA contribuye a desbaratar los infundios

mediáticos transmitidos por las emisoras televisivas controladas por las empresas transnacionales que ocultan o tergiversan información valiosa para nuestros pueblos. TELESUR está contribuyendo a formar en ellos una conciencia latinoamericanista.

La situación de los países de América Latina ha dado un cambio tan profundo que el presidente de Ecuador, Rafael Correa, se ha cuestionado si nuestros países están viviendo una época de cambios o un cambio de época, criterio que el marxista uruguayo Rodney Arismendi había por lo menos insinuado en sus trabajos sobre la revolución continental, como veremos más adelante.

Fue Lenin quien en “Bajo una bandera ajena” abordó el tema del cambio de época, utilizando el concepto de época histórica. Para él, la época histórica se caracteriza por la clase social que está en su centro y por ello determina su contenido y la tendencia general de su desarrollo.

Las transformaciones sociales que se están produciendo en América Latina tienen en su centro a un bloque de clases, grupos y sectores sociales muy diferentes a las clases oligárquicas que hasta hace poco ocupaban el poder en la generalidad de los países latinoamericanos. Este bloque está integrado por la clase obrera, los campesinos, el movimiento de los aborígenes, los intelectuales, los estudiantes, los empleados, los movimientos femeninos, los ecologistas, las clases medias y hasta por algunos sectores de las llamadas burguesías nacionales cuyo desarrollo ha sido entorpecido por el imperialismo; todos ellos tienen cuentas que saldar con el enemigo principal de nuestros pueblos.

En mi criterio estamos transitando en América Latina por un cambio de época que debe consolidarse, porque en la medida que en otros países se establezcan gobiernos populares apoyados por las masas, se favorece el proceso de construcción de una América Latina unida.

Día tras día se producen nuevos sucesos que avalan estos criterios: la expulsión por Bolivia y Venezuela de los embajadores de los Estados Unidos en sus países al comprobarse su participación en la conspiración que preparaban elementos de los sectores reaccionarios para derrocar los gobiernos de Evo Morales y Hugo Chávez, hecho que hace unos años hubiera parecido imposible. Los presidentes de Brasil y de Argentina, Luis Inacio (Lula) da Silva y Cristina Fernández acordaron realizar sus transacciones comerciales en sus monedas nacionales sin recurrir al dólar, y en una reciente cumbre del ALBA se determinó establecer una moneda virtual, el sucre, para las transacciones comerciales entre los países que integran esta Alianza, lo cual es sin dudas un duro golpe para el dólar, ya en franco proceso de desvalorización.

Cabría ahora preguntarse si en nuestros países existen condiciones objetivas y subjetivas para crear, como pensaban Bolívar y Martí, una sola nación, una gran patria latinoamericana, la Gran Colombia, como la llamara el Libertador, o si esa unidad fue simplemente un sueño utópico por carecer de una base real.

Simón Bolívar en la ya citada *Carta de Jamaica* de 1815 decía: “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes

entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”.⁸

Y José Martí en *Nuestra América* se preguntaba: “[...] ¿en qué patria puede tener un hombre mayor orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América., levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas”.⁹

Mientras que José Carlos Mariátegui, el marxista peruano, ha dicho al respecto:

Los pueblos de la América española se mueven en una misma dirección. La solidaridad de sus destinos históricos no es una ilusión de la americanista. Estos pueblos, realmente no sólo son hermanos en la retórica sino en la historia. Proceden de una matriz única. La conquista española, destruyendo las culturas y las agrupaciones autóctonas, uniformó la fisonomía étnica, política y moral de la América Hispana. Los métodos de colonización de los españoles solidarizaron la suerte de sus colonias. Los conquistadores impusieron a las poblaciones indígenas su religión y su feudalidad. La sangre española se mezcló con la sangre india. Se crearon así, núcleos de población criolla, gérmenes de futuras nacionalidades. Luego idénticas ideas y emociones agitaron a las colonias contra Es-



paña. El proceso de formación de los pueblos indo españoles tuvo, en suma, una trayectoria uniforme.¹⁰

Estos autores han puesto de relieve el hecho indiscutible del común origen que determina una lengua, costumbres y religión, factores sin duda muy importantes, pero, ¿serán suficientes? ¿No constituye también un factor de unidad la lucha que en el siglo XIX libraron contra un enemigo común: la metrópoli española?

Por otra parte, ya José Martí en los últimos años de su vida había llegado a comprender con toda claridad que la unidad de los pueblos latinoamericanos pasaba por la lucha contra el imperialismo, como dejara expuesto en su carta póstuma a su amigo Manuel Mercado, y a partir de la década del 20 del pasado siglo, los pensadores marxistas empiezan a levantar la bandera de la lucha antiimperialista, para ellos esencial en el proceso de integración latinoamericana. Tanto Mariátegui

como Mella coinciden en que nuestros pueblos tienen un enemigo común, el imperialismo, y en que la lucha contra él debe realizarse a nivel continental. Esa idea está en el pensamiento de Fidel Castro desde el Moncada, porque los males que sufre el pueblo cubano, y que él describe en *La historia me absolverá*, son obra del imperialismo, y él bien lo sabe. Es precisamente Fidel el marxista latinoamericano que con más fuerza y constancia y durante más largo tiempo ha sostenido la bandera del antiimperialismo.

Para el marxista uruguayo Rodney Arismendi, el triunfo de la Revolución cubana dirigida por Fidel, había abierto en la América Latina un nuevo período (¿época?) histórico, el de la lucha por la segunda y definitiva independencia a la cual se refiriera Martí. La Revolución cubana constituía para él en la historia latinoamericana un verdadero cambio cualitativo que solo podía parangonarse con las luchas por la independencia, ideas expuestas en los trabajos que integran *La revolución continental*, una de sus obras donde con mayor detenimiento y profundidad se analiza la gran tarea de nuestro tiempo en Nuestra América.

Pienso que nunca como en este momento histórico se han conjugado una serie de factores objetivos y subjetivos para que la unidad latinoamericana se convierta de posibilidad en realidad.

Al intensificarse con la política neoliberal las condiciones de explotación de las masas populares en toda la región, se agudizó en ellas la conciencia de la necesidad de liberarse de la dominación imperialista y las llevó a actuar en esa dirección. Ello trajo como consecuencia que en muchos

de nuestros países se instalara con su apoyo gobiernos progresistas y democráticos que, sin dejar de preocuparse por los problemas económicos, están conscientes de la necesidad de resolver al mismo tiempo cuestiones sociales como la educación y la salud.

La existencia de los foros sociales –cuyo surgimiento, trayectoria y significación bien merecen una profunda investigación– como el de Sao Paulo y el Foro Social Mundial, que periódicamente realizan encuentros donde debaten los problemas de los pueblos del tercer mundo, también ha colaborado a la consolidación de las condiciones subjetivas que desde hace ya varias décadas se vienen formando en nuestros pueblos y que son tan necesarias para el desarrollo de un proceso revolucionario.

El ALBA ha creado condiciones para que los países liberados se sientan seguros y pierdan el temor al imperialismo negarse a venderles el petróleo, a comprarles sus productos, a concederles préstamos para desarrollar su economía. Para garantizar el petróleo se cuenta con PETROCARIBE y PETROSUR; la existencia del MERCOSUR y de la Comunidad del Caribe (en inglés Caribbean Community, CARICOM), pueden ir garantizando el intercambio comercial, así como el establecimiento de relaciones comerciales con otros países, como Rusia y China, por ejemplo. Para obtener préstamos con bajos intereses se cuenta con el BANCO del SUR o del ALBA. Como es evidente, todos estos mecanismos deben ser fortalecidos y perfeccionados, y también será necesario crear algunos otros capaces de favorecer la unidad de nuestros pueblos, como una flota común y otros.

Si bien las condiciones, en mi criterio, son muy favorables, el camino a recorrer para lograr el objetivo de la unidad latinoamericana es largo y difícil. El imperialismo, aunque parece estar herido de muerte aún está vivo y es poderoso. Todavía puede poner en práctica algún mecanismo para reconquistar los espacios que ha venido perdiendo. Por tanto, es importante estar alertas, meditar muy bien las medidas y las acciones que se realizarán. Asimismo, evitar dar ningún paso en falso, de modo que no se aleje de las filas revolucionarias ningún posible luchador y tampoco perjudicar los intereses de ninguno de los grupos o sectores que apoyan el proceso revolucionario.

Por otra parte, hay que estar conscientes de que no obstante su comunidad de origen, los pueblos latinoamericanos no son homogéneos, hay cientos de grupos aborígenes con su religión, su lengua, costumbres, y aún se sienten víctimas del despojo del que fueron objeto por parte de los colonizadores y de las discriminaciones sufridas. En el Caribe viven miles de negros y mulatos que se sienten discriminados como consecuencia de la explotación que como esclavos sufrieron en las tierras de América durante varios siglos.

Por todo ello, la unidad no puede olvidar la diversidad. No podemos pretender que todos profesen una misma religión o participen de la misma cultura. Debe cuidarse que nadie se sienta discriminado.

Además, los grupos que han sufrido durante siglos la discriminación racial o cultural, tienen demandas pendientes y resolverlas no será una tarea fácil ni

realizable en poco tiempo. Solo logrando la participación de todos en la gran tarea liberadora en igualdad de condiciones, manteniendo el oído alerta para tratar de solucionar en la medida de lo posible las insatisfacciones existentes o que puedan presentarse, rezagos muchas de ellas de siglos de explotación y discriminación, podremos llevar hacia delante la ingente tarea que hoy tienen ante sí los revolucionarios latinoamericanos.

Debe tenerse en cuenta también algunas cuestiones esenciales. Es necesario centrar los esfuerzos en el objetivo fundamental: librarse de la dominación imperialista sin perderse en contradicciones secundarias o circunstanciales que pueden ser exacerbadas por el propio imperialismo para dividir las fuerzas, pues la unidad resulta imprescindible para alcanzar el triunfo. Inteligencia, astucia, coraje, confianza en las propias fuerzas, solidaridad ante las posibles adversidades, son cualidades que se deben desarrollar si queremos derrotar a nuestro común enemigo que, aunque desgastado, aún es poderoso y no ignora lo que para su hegemonía significaría la pérdida de su traspatio neocolonial. No es casual la revitalización de la Cuarta Flota, que ya anda merodeando por las aguas del Caribe y las aledañas a los países suramericanos con el propósito de amedrentarlos ni tampoco la instalación en Colombia de siete bases militares que rodean amenazadoramente el territorio venezolano para tratar de provocar un incidente armado en la frontera entre ese país y Venezuela, como ha denunciado el presidente venezolano Hugo Chávez; tampoco es casual que los Estados Unidos hayan promovido

recientemente el golpe militar en Honduras, repudiado por la casi totalidad de los países latinoamericanos y la mayoría de los países de las Naciones Unidas, y que se mantiene, no obstante el rechazo de las masas hondureñas, por el respaldo del imperialismo de los Estados Unidos, pese a las promesas del presidente Barak Obama y su propuesta de olvidar el tenebroso pasado de las relaciones de su país con América Latina para iniciar un nuevo período de colaboración, pues con su política internacional está diciendo bien a las claras que defenderá con todas las armas a su alcance su hegemonía en la región.

Detrás de la pérdida del poder de las fuerzas de izquierda en Panamá y Chile está no solo el mal trabajo político de las fuerzas de izquierda en esos países —es incomprensible y preocupante que en la capital chilena hayan salido a las calles manifestaciones dando vivas al asesino Pinochet después del triunfo electoral de la derecha—, sino el trabajo de las embajadas estadounidenses en apoyo a los elementos reaccionarios.

Los recientes sucesos en Haití, donde un severo terremoto arrasó su capital, muestran a las claras las intenciones del imperio. Mientras la generalidad de los países del mundo acudieron a prestar ayuda humanitaria y enviaron alimentos, medicinas, médicos..., los Estados Unidos enviaron tropas armadas y obstaculizaron con la ocupación del aeropuerto el aterrizaje de los aviones que venían con ayuda y pretendieron sustituir a las fuerzas de la ONU en el control de la seguridad del país, lo cual ha motivado la protesta de muchos países a nivel mundial. Su objetivo es bien evidente: aprovechar la tragedia ecológica para tratar de con-

vertir a Haití en una gran base militar capaz de dominar la zona caribeña.

No es posible dejar de mencionar la última —al menos hasta ahora— de las agresiones del imperialismo contra Cuba: la han acusado de violar los derechos humanos, porque un delincuente común, autor de numerosos delitos, por lo cual guardaba prisión en una de nuestras cárceles, se convirtió, a cambio de una buena suma, en un disidente, en un preso de conciencia, y solicitó de las autoridades penales que pusieran en su celda una cocina para preparar sus alimentos, un televisor y un teléfono, y como no se accedió a ello se declaró en huelga de hambre. Cuando esta alcanzó un nivel peligroso para su vida se le trasladó a un hospital donde le administraron alimentos por vía intravenosa y se le hizo saber que aun así, si no ingería alimentos fallecería; incluso se llevó a su madre para que lo convenciera de que abandonara la huelga de hambre, pero se negó a ello y falleció. La prensa de los Estados Unidos y también la de muchos países europeos y latinoamericanos se han aprovechado de esta situación de la que el gobierno cubano no es responsable para levantar una intensa campaña mediática contra Cuba a la que tratan de satanizar. Es indignante que esa misma prensa haya guardado silencio cómplice o tergiversado muchos hechos vandálicos cometidos por el imperio en diversas partes del mundo, Cuba incluida.

El imperio no se ha rendido, lucha con todas sus fuerzas por reconquistar el territorio perdido y tiene todavía muchos cómplices, pero habría que ver si los pueblos independientes y soberanos de Nuestra América se dejarán arrebatar el espacio conquistado.

Lo expuesto demuestra que resulta obvio que los países de Nuestra América deben mantenerse alertas, unidos y fuertes para consolidar lo que tiene todas las características de constituir un cambio de época y continuar luchando por conquistar la unidad latinoamericana y caribeña. En ese sentido cobra una extraordinaria importancia la reunión del Grupo de Río, celebrada los días 22 y 23 de febrero en Cancún, México. Este grupo integra a los países de América del Sur y a algunos de los caribeños, incluida Cuba, y en esa reunión se acordó la creación de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños sin la participación de los Estados Unidos y Canadá.

El cónclave, calificado por la gran mayoría de los presidentes asistentes como un gran suceso histórico, tiene una gran relevancia para alcanzar el gran sueño de Bolívar y Martí de la unidad latinoamericana, que se irá concretando y perfeccionando en las próximas reuniones del ALBA a la cual posiblemente se integren otros de los países de Nuestra América, a los que sugerimos no olvidar lo dicho por Fidel en más de una ocasión: “O nos integramos o nos desintegran”.

Notas

¹ Bolívar, Simón. “Cartas de Jamaica”. En Martí, José. *Simón Bolívar, aquel hombre solar*, Centro de Estudios Martianos y Casa de las Américas, La Habana, 1982, p. 23.

² Martí, José. “Bases del Partido Revolucionario Cubano”. En *Pensamiento revolucionario cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, t. 1, p. 109.

También puede consultarse en Martí, José. *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. t. 3, p. 142. [N. de la E.]

³ _____. “Carta a Manuel Mercado”. *Ibíd.*, p. 127.

_____. “Cartas y recados a Manuel Mercado (Nº 102), 18 de mayo de 1895”. En su *Obras completas*. *Ibíd.*, t. 20, p. 161.

⁴ Mariátegui, José Carlos. La unidad de la América Indo Española. *Anuario. Fundación Rodney Arismendi*, Montevideo, 2007, p. 83.

⁵ Battagazzore, María Luisa. “La revolución continental ayer y hoy en América Latina. Su potencialidad transformadora en el mundo de hoy”. *Ibíd.*, 2003, p. 7.

⁶ Mella, Julio Antonio. “Cuba, un pueblo que nunca ha sido libre”. En *Mella. Documentos y artículos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 409.

⁷ Castro Ruz, Fidel. Discurso pronunciado en la Conferencia de Países no Alineados celebrada en Kuala Lumpur, Malasia en febrero del 2003

⁸ Bolívar, Simón. *Documentos de Simón Bolívar*, Casa de las Américas, La Habana, 1964, p. 7.

⁹ Martí, José. “Nuestra América”. En *Obras completas. Op. cit. (2)*. t. 6, p. 15-17.

¹⁰ Mariátegui, José Carlos. La unidad de la América indo española. *Anuario, Fundación Rodney Arismendi*, Montevideo, 2007, p. 83.

De los franceses. Registro bibliográfico en Cuba

Leonor Amaro Cano

Profesora de la Universidad de La Habana

Al revisar los trabajos dedicados a Francia por los historiadores, periodistas y escritores en Cuba se hace evidente la importancia atribuida a las grandes personalidades francesas, a la repercusión de los acontecimientos ocurridos en ese territorio y a la influencia del asentamiento poblacional de franceses en la isla, fundamentalmente en el siglo XIX. Las huellas de los cafetales fundados, las construcciones, la música, la moda en el vestir, la agricultura, el baile, los objetos decorativos, el grabado y la pintura, entre otras manifestaciones, son testigos de los rasgos de la cultura francesa que llegaron en distintos momentos. Asimismo se puede apreciar la presencia de vínculos históricos entre Francia y Cuba que han sido objeto de interés en el campo histórico cultural.

Si concordamos con Pierre Vilar en que “[...] el objeto de la ciencia histórica es la dinámica de las sociedades humanas”,¹ y que en la materia histórica están presentes los llamados hechos de masas, en los cuales se incluyen los hombres, bienes, pensamientos, creencias y opiniones, por lo tanto, la presencia de Francia a través de estos diferentes prismas puede ser considerada

relevante en la historia de Cuba, y por ello digna de ser estudiada.

El propósito principal de este trabajo es reseñar el aporte bibliográfico cubano y a la vez, precisar algunas de las coyunturas que han favorecido la divulgación de esta temática, no solo en libros y artículos, sino también a través de actividades académicas y culturales. Este repertorio no ha logrado agotar todas las referencias. Los centros de documentación y las bibliotecas de Santiago de Cuba, Guantánamo, Cienfuegos y Matanzas cuentan también con estudios que pueden ser incorporados para completar o al menos enriquecer esta revisión.

Preciso es indicar que esta recopilación tiene un antecedente. Ya en 1984, el interés por ordenar la información sobre el tema de los franceses en Cuba, quedó plasmado en un folleto publicado por la Biblioteca Nacional José Martí. En este trabajo, bajo el título de “Francia en la bibliografía cubana”, se recogía lo publicado en Cuba, por cubanos o extranjeros. Esta compilación fue realizada por Israel Echevarría, Elena Giraldez, Luis A. Argüelles y María Victoria Morales.

En esta ocasión presentamos, en una primera parte, los títulos más significativos siguiendo un orden cronológico y a la vez se indican los avances historiográficos que van expresando las obras en cuestión. Luego ordenamos la información en un sentido temático, pues los intereses políticos y culturales facilitan las publicaciones acerca de la cuestión francesa en múltiples formas y estilos.

Las primeras referencias

Comenzaremos por la literatura histórica de la época colonial. Las referencias

primeras que encontramos sobre los franceses, bien de cubanos o de españoles, están asociadas al contrabando, para más precisión al corso. Los textos indican que desde el siglo xvi los corsarios y piratas franceses atacaban el occidente de la isla, y La Habana, en particular, fue agredida en varias ocasiones. De ahí que aparezca como “[...] otra resultante política de la continua presencia de los marinos galos en el Caribe en las órdenes mercantil y naval, la determinación de La Habana como centro de recogida de la plata real y de particulares procedentes de nueva España”.² Pero este aspecto (presencia francesa) no estuvo nunca entre las inquietudes de quienes escribieron acerca de los primeros momentos de la Cuba colonial.

Las relaciones internacionales de la época, caracterizadas por los enfrentamientos de las metrópolis europeas por el comercio en el mundo americano nos relatan las luchas entre españoles, ingleses, holandeses y franceses, bien en calidad de representantes del Estado, bien como simples piratas. En las obras escritas en el siglo xviii se hace referencias al acoso que sufre la isla, básicamente el puerto de La Habana. Por esa época la persecución del contrabando determinaba la eficiencia de los gobernantes, de ahí que el sistema de fortificaciones y la defensa de La Habana sea objetivo importantísimo para las historias narradas.³ Y es así cómo aparecen las primeras referencias a los franceses.⁴

Otra razón que vinculará las historias será el movimiento ilustrado y el reformismo borbónico, a partir de la llegada al trono español de Felipe V, nieto del Luis XIV de Francia, en tanto

este movimiento ofrecerá más de una posibilidad de convergencia entre el gobierno colonial y los nacidos en la isla. Sabido es que los empeños reformistas de Carlos III llegaron a su más alta expresión en Cuba con don Luis de las Casas, y que desde 1761, al firmarse el Pacto de Familia, algunos súbditos franceses se habían podido instalar en Cuba amparados, entre otros, por la alianza hecha con vista a fortificar La Habana. Por esa vía, los franceses se diseminaron por todo el país, ejerciendo útiles profesiones —entre las cuales destacan la medicina, la odontología y la farmacia—, integrados a familias criollas y a la vida de la colonia, con la anuencia del gobierno colonial.

Diversas alusiones a Francia estarían determinadas por el proceso revolucionario de 1789. Este acontecimiento y su visión desde Cuba se registró en numerosos escritos, quedando entonces una riqueza de fuentes documentales que sería utilizada posteriormente. En la isla, también se advirtió el comienzo de una nueva época, aunque de una forma bien compleja.

El estallido de la revolución y las noticias que se generaron alrededor de lo sucedido en Francia estremecieron a Europa. En el mundo colonial la tendencia fue de afirmación de la posición anti-francesa. Entre 1789 y 1815, España, por los vínculos dinásticos y los compromisos políticos que se crearon en Europa a partir de la política del equilibrio europeo, no mantuvo siempre la misma política exterior hacia Francia en lo concerniente a la seguridad colonial. Sin embargo, los gobernadores mantuvieron una línea estable en el sentido de tratar de alejar no sólo el peligro de una insurrección,

sino de evitar cualquier tipo de contacto con las ideas de la revolución. Sirva de ejemplo que solo a cuatro meses del estallido revolucionario, el documento fechado en La Habana en noviembre 17 de 1789 obligaba a que “[...] los extranjeros no permanezcan en esta ciudad que prontamente regresen a sus respectivos designios”, ya que “[...] se ha notado su contravención subsistiendo muchos aun cumplida la gracia de prórroga que por equidad se les ha concedido [...]”.⁵ Y luego, en 1790, se prohíbe la llegada de embarcaciones bajo ningún pretexto, evitando por esta vía el arribo de noticias que propiciaran una idea de lo que estaba sucediendo en Europa a partir de las medidas de la Constituyente.

A partir de la jornada del 10 de agosto de 1792, y mucho más con la agitación girondina a favor de la guerra y las medidas tomadas en el año 1793, desde el ajusticiamiento del rey Luis XVI el 21 de enero de 1793, hasta la instalación del terror revolucionario, las repercusiones internacionales de la revolución francesa se registraron con mayor fuerza. Por ello era lógico que entre estos años aumentara la preocupación tanto por impedir cualquier comunicación con los europeos simpatizantes de la causa revolucionaria como por apoyar todo movimiento en contra de Francia. De todas maneras, la influencia de este proceso quedaría en la mentalidad de las personalidades cubanas. Bastaría mencionar la impronta de los símbolos de la revolución francesa en los emblemas nacionales.⁶

De todo lo ocurrido lo más alarmante para los grandes propietarios cubanos ha sido el movimiento de rebeldía del esclavo iniciado en 1791. A partir de

esa fecha, Cuba devendría en un centro receptor de población emigrada, tanto de franceses como de esclavos traídos por sus amos, y por ello las noticias no tienen un valladar. Lo ocurrido en Haití será dominio de todos, con diferentes interpretaciones.

Por eso, si tuviéramos que decidir cuál es el período que más ha interesado a los estudiosos cubanos sin dudas serían los años de la sublevación haitiana. Desde ese momento, razones históricas hicieron de Haití y Cuba los dos polos del amplio espectro caribeño, al ser la primera y la última de las “islas dolorosas” como las llamara Martí, en que fueran emancipados los esclavos de origen africano. En cuanto a la existencia misma de la esclavitud, todo lo que se desprendió de las ideas de libertad de la revolución francesa de 1789 y la revolución haitiana de 1803 ligó estos procesos en las reflexiones de los pensadores cubanos desde esa época hasta hoy.

También influyó en este interés el hecho de que a partir del siglo XIX la visión compasiva que algunos habían tenido del negro esclavo varió radicalmente, precisamente por los acontecimientos de la revolución. La rebeldía convertiría al negro en figura colosal y pavorosa. De la existencia literaria, el hombre negro pasó a convertirse en algo muy concreto y en extremo peligroso.

Esta etapa de la vida colonial –tan importante en la vida política– que será bien analizada por los historiadores posteriores, no contó en sus inicios con estudios particulares. Incluso estos procesos migratorios desde Francia hacia Cuba durante esta etapa no cuentan con una bibliografía que permita un enfoque cronológico y distintivo de las emigraciones,

entre otras cosas, porque el flujo está asociando a un estado de guerra y ello hace difícil el estudio de las licencias de pasajeros desde Francia, en tanto la mayor parte de los traslados se realizan de forma clandestina. De igual forma, hay etapas poco estudiadas en ese sentido como es el período de dominio de la Santa Alianza que tantos movimientos poblacionales produjeron.

Las historias del siglo XIX escritas por los cubanos, impulsadas muchas de ellas por la Sociedad Económica de Amigos del País, tienen temas medulares: la toma de La Habana por los ingleses primero, y luego, luchas políticas por la emancipación. En ese contexto, el análisis de los componentes étnicos no tiene espacios de interés. Sin embargo, de estos años datan los trabajos de Antonio de Gordón y Acosta, historiador médico que resalta la importancia de las técnicas francesas en este campo de la ciencia médica y que son utilizadas por los médicos en Cuba. Este autor recogió la constancia de las inscripciones de los médicos franceses en el protomedicato para poder ejercer y analizó las publicaciones médicas con carácter periódico de la época, las que de alguna manera también reflejaban las noticias que llegaba de Francia.

De gran importancia son también los relatos *Memorias de un matancero*, de Pedro Antonio Alfonso, publicados en 1854, constituyen un buen ejemplo importante de lo significativo de las recordaciones de época.

Otra referencia de interés la aporta la historia escrita por los extranjeros. La mirada de estos se detiene no solo en aspectos de la vida cotidiana. Y como este tipo de relato de viajes es básicamente literatura de espacios culturales,

registra muchos otros aspectos, sobre todo en sus descripciones de las casas de las plantaciones. Así, la hispanista francesa, María Plumier señala que “[...] en 1895 los mayores centrales de Cuba están en manos de extranjeros: norteamericanos, ingleses, franceses”.⁷ Por su parte, la novelista sueca Fredrika Bremen, quien fuera invitada a Cuba por una familia de emigrados franceses, nos brinda información sobre estas familias y la organización del trabajo en ese mundo de plantadores de café,⁸ y Francis Robert Jameson precisa que en Cuba “[...] entre los extranjeros predominan los franceses, que son los más cultos”.⁹

Entre las apreciaciones cubanas sobre Francia en este siglo figura la de José Martí.¹⁰ No se trata de una literatura histórica en términos exactos. En primer lugar porque poco pudo apreciar Martí sobre este país durante su breve estancia. Bien sabido es que Martí fue un hombre marcado por la simbología de la revolución francesa de 1789, sobre todo por el pensamiento de la Gironda.¹¹ Su admiración por la gran obra de Francia se aprecia en toda su obra, así como en las actividades que realizó a través de su vida.¹² A lo largo de escritos, cartas, discursos, crónicas y semblanzas, Martí hace evidente todo lo que conoce de este país y de sus hombres. Mucho admirará al pueblo francés que “[...] en la política ha producido la edad moderna, y en la ciencia la útil ciencia libre”,¹³ elogiará en numerosas ocasiones la conducta ciudadana de los franceses y se encantará ante la obra literaria y artística de este país. Fue notabilísima la precisión que alcanzó en la historia de este país,¹⁴ con lo cual pudo seguir todos los de-

bates que se produjeron en la tercera república.

Estudios en el siglo xx de la inmigración e influencia de los franceses

Luego, en el siglo xx, si bien el problema nacional ha sido el tema privilegiado por los autores,¹⁵ el hecho de tener que identificar sus orígenes en la época de la colonia obligó a muchos de ellos a incorporar el tema de la inmigración para determinar los elementos esenciales de la identidad. Pese a ello, este tipo de estudio no tendría muchos seguidores, al menos hasta la década del 40 cuando despusa el criterio de que el poblamiento es “[...] la base humana que constituye, en esencia, el principal componente de la actual nación cubana”.¹⁶

Decía Oscar Pinos Santos por los años 50 que “[...] para estudiar la economía cubana no hay como asomarse a la historia de un proceso inmigratorio”.¹⁷ Pero esto ya había sido apreciado por otros historiadores. En 1907, Francisco Figueras, en su libro *Cuba y su evolución colonial*, había señalado que la civilización de Cuba fue realizada por medio de tres saltos, y el segundo de ellos había sido la llegada de los franceses de Haití y de la Louisiana a fines del siglo xviii.¹⁸ Aun cuando hay un reconocimiento de la importancia de las migraciones, y como fenómeno no solo se hayan percatado de ello los historiadores, sino también literatos y poetas,¹⁹ realmente no ha sido una temática tratada de forma intensa.

Dos años después, Gonzalo de Queda publica *Emigraciones. Francia, Portugal, Suiza*, en donde presenta

un estudio de la emigración francesa durante el siglo xix y principios del xx. Este diplomático cubano se interesa por el comportamiento migratorio de varias regiones de Europa, pero en el caso de los franceses reconoce que a Cuba, en el siglo xix “[...] casi de golpe llegaron de 25 a 30 mil individuos de nacionalidad francesa”.²⁰ Su mayor interés es hacer un registro de la emigración que se produce en el siglo xx y ofrecer cifras de inmigrantes asentados en las distintas provincias de Cuba.²¹ Asimismo señala que en el quinquenio 1903-1907 arriban a Cuba 1 324 franceses, aunque no aporta ninguna información sobre las causales de este movimiento. No obstante, señala la existencia de “[...] dos puertos de Francia de donde parten líneas directas del Havre, la Hamburguesa-Americana que cobra 200 francos en tercera, y la compañía Trasatlántica Francesa, 212.50 francos y de Saint Nazaire la última compañía, que cuesta igual suma. Recientemente se ha establecido un servicio mensual, de Burdeos”.²²

También por estos años, pero como estudio local aparece la obra de Emilio Bacardí *Crónicas de Santiago de Cuba*.²³ Su valor reside en la información acerca de los componentes sociales y las costumbres de una época, pues el historiador en ese caso no se eleva sobre la observación del hecho. Publicada por primera vez en 1909 en Barcelona, España, refiere el momento de establecimiento de los franceses en esta región de la isla. Este autor, quien consideró que la historia de un pueblo se encarna también en “[...] lo pequeño y lo grande que se entrelazan de manera tal, que no es posible pasarlos por alto”,²⁴ nos ofrece información de muy diversa índole.

Por él conocemos de las regiones donde se desarrollaron los cafetales, la gran prosperidad²⁵ que brindan estos nuevos inmigrantes entre 1792 cuando solo se registraban 1 500 habitantes en Santiago de Cuba hasta 1808 donde se hace evidente el aumento demográfico llegando a tener la ciudad 20 000 habitantes. Asimismo, registra desde el proceso de naturalización de los franceses hasta las modas que va introduciendo esta población bien diferente de la hispana.

De igual forma, en su novela *Vía crucis*²⁶ hay varias referencias a costumbres francesas. Detallada es la descripción de la tumba dentro de la fiesta de San Juan, en una sala de trillar café convertida en salón de baile para distracción de los esclavos. Su descripción del baile, la presencia del rey y la reina, las banderas españolas y francesas, y el bastonero que conduce el baile ha servido de guía para mantener la coreografía tradicional en estas fiestas.

José María Callejas publica en 1911 *Historia de Santiago de Cuba* y en sus relatos aparecen los hechos que evidencian los aportes de los franceses a la cultura de oriente, en particular a esa ciudad. Resalta la contribución al teatro, y señala que “[...] no faltando entre ellos muchos amaestrados en los dramas, se les inclinó a levantar un teatro provisional de guano, pero lo ejecutaron con tal primor y arreglado al arte que llamó toda la atención de la población”.²⁷

Revisando el comportamiento historiográfico cubano, Oscar Zanetti advierte que “[...] los años 40 y 50, sobre todo los primeros marcan un momento de auge en el movimien-

to historiográfico cubano, el cual se expresa no tanto en la envergadura y alcance de las publicaciones como por la cuantía y diversidad de éstas”.²⁸ Y Carmen Almodóvar subraya el papel de la Academia de la Historia, la cual “[...] pretende, ante todo, retomar y desarrollar la labor iniciada por la Real Sociedad Patriótica de La Habana un siglo atrás”.²⁹ Así, desde la primera década del siglo xx “[...] esta diligente labor se ve coronada por el éxito, las Memorias de la referida institución recogen en su seno decenas de historias locales escritas a mediados del siglo xix, que aportan datos de pueblos y ciudades de Cuba que podían contribuir en un futuro, a la elaboración de la ‘añorada’ historia general de la Isla”.³⁰ En esa atmósfera se desarrollan además jóvenes de izquierda como José Antonio Portuondo que participa en 1937 en un Curso de introducción a la Historia de Cuba, en el cual le dedica un capítulo a “La inmigración francesa. Fomento de los cafetales. Las nuevas ideas”.³¹

En esta diversificación de la producción histórica “[...] la historia local y regional retoma vuelo con obras de concepción tradicional”, apunta Oscar Zanetti.³² Con la marcada impronta positivista en esta década se inscriben los trabajos de Emeterio Santovenia. Con un carácter básicamente descriptivo, este autor incursiona por rumbos que relacionan la historia de Cuba con la de Francia. En esta línea se encuentran los trabajos *Víctor Hugo y Cuba*, editado en 1933, y *El espíritu francés y la nación cubana* que aparece en 1937.³³

Pero no todo tiene el calificativo de historia tradicional. Hay intentos de establecer otros análisis. Así, refiriéndose a la impronta regional en la zona

oriental nos encontramos con interesantísimas evaluaciones que ofrece el ingeniero Eduardo I. Montoulier en su trabajo “La influencia cultural francesa en la provincia oriental”, que fuera publicado en la *Revista de la Sociedad Geográfica de Cuba* en 1932.³⁴ Se puede hablar en esta ocasión de una especie de estudio de caso relacionado con la incalculable riqueza³⁵ cafetalera francesa en la zona sur de Oriente del siglo XVIII y XIX.

Las condiciones de la década del 40 y el compromiso intelectual en que se implicaron muchos de los historiadores cubanos se tradujeron en un florecimiento para la historiografía cubana. Se cita a J. M. Pérez Cabrera y a Francisco Ponte Domínguez que “[...] nutren también la literatura histórica de la época con monografías breves y estudios biográficos de corte más o menos tradicional.”³⁶

Francisco Ponte Domínguez, abogado matancero especializado en historia política, incursiona por primera vez en el tema de los franceses en Cuba con un artículo que apareció en la revista *Universidad de La Habana* titulado “Francia y la historia política de Cuba (siglo XVI)”.³⁷ Luego, en 1947 publica “La Junta de La Habana en 1808”.³⁸ En este libro el tema principal es el análisis del comportamiento de la población de La Habana y las medidas políticas tomadas por la nueva Junta. Según el autor, el gobernador de la isla comprendió la difícil situación que se presentaba a una corona inexistente y puso su mayor empeño en el mantenimiento de la paz pública en el país, y en evitar que se atizara el odio entre los pobladores. Uno de sus primeros actos fue impedir los excesos contra los franceses, pues

sabía que a la larga podían ocasionar desórdenes y confusión. Por eso en su alocución del 17 de julio del citado año hizo saber: “[...] vuestra inevitable inquietud, para que excuseis todo estrepito y desorden y para que os abstengais de inferir la mas leve vexacion á los pacíficos laboriosos y utilísimo franceses nuestros compañeros y amigos, que han buscado y han encontrado en nuestro seno el sagrado asilo de una fraternal hospitalidad [...]”.³⁹

Con esta misma línea de investigación, Ponte Domínguez publica en 1948 *La huella francesa en la historia política de Cuba*.⁴⁰ Este libro representa una avanzada casi pionera en cuanto a revisar a través de toda la historia de Cuba la influencia de los franceses en el país. El trabajo fue el discurso de este abogado matancero para ingresar en la Academia de Historia de Cuba. El autor, muy destacado por la diversidad de su producción historiográfica, reconoce su interés particular por la materia al expresar: “[...] en la selección del tema he procurado, ante todo, evidenciar mi preferencia al examen de hechos que jalonan el proceso civilizador de nuestro pueblo”.⁴¹

En el libro se presenta una ruta de los nexos entre Francia y Cuba desde los ataques de los corsarios hasta la segunda guerra mundial, pasando por temas tan interesantes como la influencia francesa en la guerra de independencia cubana en 1868.⁴² Comienza su estudio por las relaciones en el comercio “A fin de proteger el tráfico marítimo del peligro de los corsarios franceses, en el trabajo cita el año 1521 cuando el Emperador de España organiza una ‘Armada de Defensa’, compuesta de cuatro o cinco navíos encartados de convoyar las expediciones que transportan

las riquezas del Nuevo Mundo”,⁴³ pero pone su mayor atención en el fenómeno migratorio luego de la sublevación de esclavos en Haití. Subraya la relación entre amo y esclavo del mundo haitiano, relación que posteriormente se describirá en el caso del hacendado francés asentado como patriarca, lo cual demuestra cierta ingenuidad por parte de los historiadores. En la descripción de Ponte Domínguez los nuevos colonos traen en sus maletas, para desdicha de los infelices esclavos, un instrumento abominable: el foete. “Con él ejercitarán bárbaros flagelos, como castigo de faltas pueriles, a inermes y apacibles siervos”.⁴⁴ Asimismo subraya la posición de desventaja que tendrán los franceses emigrados cuando Napoleón ocupe España. Al respecto ofrece datos concretos, aunque no precisa las fuentes, que tal parece son las publicísticas. Según el autor, “[...] los vecinos de La Habana presencian, el 21 y 22 de marzo de 1809, el atropellamiento de franceses; y llega al límite muy pronto, con la expulsión de seis mil de aquellos laboriosos y utilísimos colonos procedentes de Haití. Poco importa la prosperidad que han brindado a las comarcas orientales de Cuba y también a San Nicolás, Alquizar y Artemisa en la región”.⁴⁵

Otro destacado investigador de esta época que se acercará al tema con interés será Julio Le Riverend, quien confiesa que “[...] por conexiones familiares francesas, le interesaba lo que se refería a Francia”.⁴⁶ Sirva de ejemplo el trabajo presentado al Primer Congreso Nacional de Historia en septiembre de 1942, el cual referido, fundamentalmente, a los problemas económicos de esta circunstancial

relación con Francia.⁴⁷ Su ensayo titulado “La economía cubana durante las guerras de la Revolución y el imperio francés (1790-1808)” escoge el problema histórico de la economía cubana en el período napoleónico y analiza las posibles connotaciones que tuvo para Cuba la interrupción del comercio.

En relación con el intercambio comercial destaca el autor que de los Estados Unidos habían llegado siempre productos muy necesarios y abastecían también a la isla de los géneros de Europa. En ese sentido, las guerras convenían porque en ese momento “[...] se abrían los puertos a los aliados y neutrales y la normalidad del intercambio producía influencias notables en el país.”⁴⁸ Pero las guerras de la revolución y del imperio francés interrumpieron el proceso, empobreciendo a la metrópoli y alejando a las colonias. Luego, para los criollos “[...] un mundo de comodidades y perspectivas nuevas se abrió ante ellos merced a la influencia de las diversas fuerzas que se debatían en las cuestiones europeas [...]”. De todo este conflicto, en Cuba saldrían distintas posiciones: britanizantes, afrancesados, bonapartistas, jacobinos y autonomistas, porque tanto el bloqueo continental dispuesto por Napoleón, como el embargo decretado por los Estados Unidos (diciembre 1807) en represalia ante los maltratos de los europeos, afectaba a Cuba por la pérdida del comercio, y sobre todo por el aumento de los precios de los negros. Ya desde octubre de 1795, el *Papel Periódico de la Havana* informa que “[...] los ingleses llevan los negros de Jamaica a Batabanó por 6 pesos por cabeza y los españoles 214 o 16 pesos por cabeza” y que “[...] en

1807 los esclavos se venden entre 180 y 250 pesos”.⁴⁹

Lo más significativo de este trabajo es precisamente el vínculo que el autor establece entre el contacto con los franceses y las actitudes políticas que se derivan de ello. Sobresale su carácter ensayístico, que además de develar hechos, revela los juicios personales del autor.

En la época de grandes reformas y cambios institucionales que se produjeron en Cuba, como fueron los años 40, la historia que se escribe –sin dejar de ser erudita–, se enrumba en algunos casos por el camino crítico de los problemas históricos. Las formulaciones de muchos historiadores descansaron en el análisis de las condiciones geográficas y del componente poblacional. También, el contexto internacional fue un factor tomado en consideración para explicar el desenvolvimiento del país.

A partir de ello, un grupo de historiadores centró su atención desde el punto de vista social en la esclavitud como problema histórico, y ello permitió relacionar la temática de las raíces étnicas. Básicamente se contraponen el componente hispano con el negro, lo cual está presente en las obras de Fernando Ortiz y Elías Entralgo y luego de sus seguidores como Fernando Portuondo, José Luciano Franco y Raúl Cepero Bonilla. En este caso, otros componentes étnicos no son privilegiados por la historia. No obstante, el cruce histórico entre la revolución francesa, la independencia de Haití y Cuba aparecen en obras generales como el *Manual de Historia de Cuba* de Ramiro Guerra, y la *Historia de Cuba (1492-1898)* de Fernando Portuondo del Prado, sin llegar a plantearse estos

problemas en el plano de los cambios internacionales. De esta misma manera tratan el tema otras historias generales más recientes. Por ejemplo Leví Marro⁵⁰ se refiere sobre todo a la inteligente política inicial de acoger a los colonos franceses –en gran número pardos criollos– desarrollada por el gobernador de Santiago de Cuba, Sebastián Kindelán (1799-1810), y el capitán general Marqués de Someruelos (1799-1812) y a la invasión de España por Napoleón que “[...] creó una hostilidad absurda contra los franceses, muchos de ellos naturalizados españoles. Al partir los refugiados por millares, en particular hacia Louisiana, abandonaron los cafetales en pleno desarrollo. La mayoría no regresó”.⁵¹ Al autor en este caso le interesa la política interna de Cuba, por lo que trata el tema de manera tangencial. No olvidar que “[...] no sólo el historiador está en la historia, sino que forma parte de la historia”.⁵²

Al investigador José Luciano Franco, su interés particular por el movimiento conspirativo y los problemas de la esclavitud y del hombre negro lo hará indagar en las relaciones que se establecen con la región francesa de Santo Domingo, a partir de 1891. La preocupación española por el posible contagio revolucionario es registrada documentalmente por él desde 1794,⁵³ así como las primeras manifestaciones contra los franceses al ocupar Napoleón a España en 1808.⁵⁴ Si bien esta temática no es la que trabajó el autor en su quehacer historiográfico, en más de una ocasión incursiona sobre los hechos ocurridos entre 1791 y 1818 que vinculan a Cuba con lo que está ocurriendo en Francia o en la colonia francesa. La mayor información en ese sentido está recogida

en su obra *Política continental americana de España en Cuba. 1812-1818*, publicada en 1964.⁵⁵

La actividad divulgativa en esos años también es intensa. Las revistas dedican importantes espacios a comentarios históricos. Y en las revistas cubanas hay muchísimas referencias a Francia. Salvador Bueno publica en 1952 un interesante artículo titulado “París en la literatura cubana”,⁵⁶ donde resume la impronta de esta ciudad como síntesis de la cultura universal. También aparecen trabajos de investigación histórica como el estudio “Tres tipos de cafetales en San Marcos de Artemisa”, de M. Isidro Méndez en 1947.⁵⁷

En el campo de la medicina el aporte francés no escapa a los estudios de los historiadores médicos. El doctor José A. Martínez-Fortún y Foyo, miembro de la Academia de la Historia y de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, escribe entre 1949 y 1955 *Cronología Médica Cubana. Contribución al Estudio de la Historia de la Medicina en Cuba*, y en estos cuadernos relata los aportes de los médicos franceses, así como la importancia de las farmacias pertenecientes a las familias de emigrados, bien de Francia o de Saint Domingue.

La época revolucionaria y la renovación en el ámbito historiográfico

El triunfo de la Revolución cubana produce cambios en el campo de la construcción histórica tanto por las problemáticas que se estudian como por las nuevas concepciones que se van imponiendo. En relación con el tema que estamos tratando vale indicar que “[...] la historiografía económica cu-

baña acusa sobre todo una marcada proyección social, que la acerca a la perspectiva de la historia total” propugnada por Fernand Braudel, Pierre Villar y otros autores.⁵⁸ La renovación en el orden metodológico de los estudios publicados en la revista *Anales de la Historia Económica y Social* representó, junto al marxismo, una fuerte crítica a la concepción positivista que había caracterizado hasta ese momento a gran parte de la producción historiográfica.

Inspirados en las nuevas concepciones epistemológicas aparecieron estudios resultados de investigaciones con nuevos enfoques, aunque debe reconocerse que la confirmación del dato histórico ha seguido teniendo primacía. Refiriéndose a etapas contemporáneas de la escritura histórica Oscar Loyola destaca los enfrentamientos entre “[...] supuestos cultores del dato en sí y para sí, y connotados escritores de historia apasionados por una interpretación en gran medida desvinculada de los hechos históricos”.⁵⁹

Sobre el tema, los trabajos de Juan Pérez de la Riva en la década del 70 son la mejor expresión del reconocimiento que se va otorgando a los estudios migratorios para medir los cambios en la vida social. Relacionado con los franceses, es el ensayo “La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto”,⁶⁰ resultado del trabajo tutorial de Pérez de la Riva con los estudiantes de Geografía.⁶¹ Este estudio sobre la emigración francesa representa un ejemplo del análisis estadístico que permite la revisión de las tesis historiográficas anteriores. El autor, apoyándose inicialmente en las obras de José Pezuela y J. M. Callejas y comparando los datos estadísticos de

los censos, puede refutar las tesis de los admiradores de la cultura francesa que tomaban el aumento de población para demostrar la positiva huella de los franceses. Al respecto señala: “Por mucho que se quiera magnificar la influencia francesa, esto no pasó de modestos límites folklóricos, en lo que a la ciudad se refiere, desde luego”. Asimismo, tomando como referencia los trabajos de Lekopski sobre Haití analiza con mayor realismo las posibilidades de afrancesamiento a partir del contacto con el esclavo de la colonia francesa. En este sentido indica que “[...] el hecho esencial es que los negros y mulatos ‘franceses’ se cubanizaron con rapidez y mezclados con sus colegas santiagueros se fundieron en las respectivas castas porque no habían en verdad asimilado la cultura francesa”.⁶²

Interesantes también son sus observaciones en cuanto a las técnicas de trabajo empleadas por los franceses, sobre todo al establecer comparaciones en el cultivo del café en diferentes regiones de Cuba. Establece puntos de confrontación con los estudios arqueológicos que por esos años realizaba el Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba. El trabajo *Los cafetales coloniales de la Sierra del Rosario*⁶³ de los arqueólogos Ernesto Tabío y Rodolfo Payares sirven a Pérez de la Riva para demostrar que la clave del éxito del cultivo se relaciona con las instalaciones hidráulicas utilizadas en la parte oriental y no así en occidente, más que con el elemento poblacional.

Registrar el aporte de los franceses a la economía cafetalera será también el interés de Francisco Pérez de la Riva,⁶⁴ quien desde su condición de estudioso

de este tipo de cultivo en Cuba indaga al respecto en distintas obras, fundamentalmente en *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*.⁶⁵

Por estos años también aparecen interesantes trabajos en revistas y periódicos. Boytel Janbú nos informa sobre la “Restauración de un cafetal” en 1961, en tanto Raúl Aparicio escribe “Franceses en Batabanó”.⁶⁶

De forma paralela a estos estudios que atañen más bien a enfoques de carácter sectorial o local, se siguió produciendo una historia que buscaba revisar los aspectos controvertidos de la formación de la nación cubana. Y en este sentido se hacen observaciones en cuanto a la inmigración como punto de partida para acercarnos a los elementos definitorias de la identidad. Por ejemplo, Carlos Chaín, en su obra *Formación de la nación cubana*, señala que “[...] la emigración que recalca en tierra cubana compuesta por los esclavistas de Haití, aporta avanzada técnica de cultivo en virtud del progreso tecnológico de su Metrópoli, que sin duda era muy superior a la de España”,⁶⁷ aunque el autor reconoce que los emigrantes no fueron los de ideas más avanzadas, todo lo contrario. La libertad para ellos había tenido resultados nefastos. Y si bien “[...] franceses de Haití y españoles de Santo Domingo son los que vienen a colaborar con el auge económico de la Isla [y] se trata de una emigración de superior cultura a la asentada en la Isla, [con] aportes técnicos y culturales se convierten en motor para el desarrollo de la plantación, [por lo que] la Factoría deviene en Colonia”.⁶⁸

Otros cambios en la manera de ver la historia contribuyen a la ampliación

en los campos de investigación. La historia de las mentalidades, defendida por los seguidores de Marc Bloch, en contraposición crítica frente a la tradicional “historia de las ideas” rompe radicalmente con el criterio de que esto incluye la historia de grandes artistas o pensadores.⁶⁹ Si es bien cierto que esto ha permitido bajo esta concepción la proliferación de investigaciones consideradas como poco profundas, también ha permitido estudios de imaginarios, vida cotidiana, historia folklórica que se requieren para completar la historia de muchas regiones.

El estudio de la inmigración francesa, al igual que la hispana a partir de los años 80 incrementa sus resultados se debe a diversas razones. En primer lugar se han incrementado los intereses locales en el trabajo histórico y metodológico, y las migraciones así como el problema étnico aparecen como contribuyentes tanto para “[...] la tipificación como para la singularización de las regiones”.⁷⁰ Por otra parte, la importancia que van logrando las disciplinas de etnología, antropología y demografía étnica para el estudio del pueblo cubano logra impulsar estudios sobre los grupos poblacionales, entre lo cuales figuran las oleadas de franceses.⁷¹

Tampoco podemos desconocer las contribuciones de las provincias, y en este caso deben destacarse las investigaciones que se realizaban en la Universidad de Oriente, la cual contaba con una larga tradición de estudios en el campo de la Historia.⁷² Estudios regionales tratarían, como es lógico, la presencia francesa en esa área. La historiadora de Santiago de Cuba, Olga Portuondo Zúñiga, portadora de un fuerte trabajo de investigación

regional tiene también numerosos trabajos relacionados con la influencia de los franceses. *Santiago de Cuba, los colonos franceses y el fomento cafetalero (1798-1809)* y *Santiago de Cuba desde su fundación hasta la Guerra de los Diez Años* son una muestra de las mayores contribuciones. Otras indagaciones de esta autora incursionan en la vida social, lo que le permita apreciar el intercambio “[...] de las recepciones íntimas donde se mezclaban las aristocracias española y francesa o de los asaltos amistosos en los que se danzaba hasta el alba.”⁷³ Luego en el 2004, al calor del bicentenario de la independencia de Haití, fecha que propició numerosos encuentros entre especialistas, publica “Sin sombra donde apoyarse”.⁷⁴

Del mismo modo en ese sentido apunta la obra del historiador e investigador de la Casa del Caribe, Rafael Duharte. En su artículo “La huella de la emigración francesa en Santiago de Cuba,” uno de los aspectos más interesantes es la descripción de la casa-almacén y los acueductos, pues básicamente se trabaja el mundo rural. Luego este trabajo fue ampliado y publicado bajo el título “La huella francesa en Santiago de Cuba” en 1988. En él se afirma que “[...] los franceses ejercieron una notable influencia sobre la comunidad santiaguera. Las modas y costumbres francesas, el estudio del idioma francés, la venta de horchata por las calles, etc., se hicieron populares”.⁷⁵

En ambos autores hay un registro de los aportes franceses a la cultura santiaguera. Conocedores de que “[...] los hechos humanos son esencialmente fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medida

matemática”,⁷⁶ y aunque no puedan ofrecer datos exactos sugieren la relación que evidencian los documentos de la época. En este caso prima el apego a la información documental sin que se incorporen otros métodos y técnicas. Y, la investigación de la llegada de los franceses luego del acontecimiento de 1789 subraya la entrada de hombres con oficios y profesiones de mucha utilidad: miniaturistas, pintores, constructores, médicos, modistas, impresores, músicos, maestros, artesanos y agricultores dejaron sus experiencias en esta zona de Cuba.

También por estos años –década del 80 del siglo pasado– inicia sus trabajos Laura Cruz Ríos. Interesada en el estudio de la llegada masiva de extranjeros a la región oriental en las primeras décadas del siglo XIX, a tenor de las recomendaciones del ayuntamiento, el consulado y la Sociedad Económica de La Habana, que había editado una Real Cédula el 21 de octubre de 1817, impresa en español, francés e inglés, y publicada en La Habana al año siguiente con el objetivo de fomentar la población blanca del país con españoles de la península o de las Islas Canarias, y a falta de estos con europeos de potencias amigas, concediéndoles así toda una serie de ventajas y exenciones de impuestos, entre los que figuraban el estar exceptuados de la paga del diezmo, del derecho de Alcabala en las ventas de sus frutos y efectos comerciales.⁷⁷

Aunque volveremos a hablar de la obra de esta especialista, es interesante la reconstrucción que ella fue logrando de la unión de acción y cooperación mutua económica entre dos grandes ciudades: Burdeos y Santiago de Cuba.

De esta interrelación se materializó la exportación de los principales renglones económicos santiagueros a esta ciudad francesa u otros lugares de Europa, y de esta manera llegaron sus adelantos, conocimientos, costumbres, mercancías, favorecidos todos por el activo intercambio entre los puertos de ambas localidades.⁷⁸

Otro factor que debe incluirse en este recuento es la ampliación de las predilecciones investigativas en otros grupos profesionales no dedicados exactamente a la historia, pero sí atraídos por el trabajo de rescate de todo lo patrimonial, es decir por las tradiciones y costumbres. Estimulante ha sido el trabajo de rescate organizado por algunas familias que quieren preservar su patrimonio genealógico, así como la reconstrucción de la historia musical. Estos estudios particulares constituyen también esfuerzos por contextualizar las manifestaciones artísticas de origen francés. Vale citar entonces la obra de Olavo Alén *La música de las sociedades de tumba francesa*, quien ha llevado a cabo una seria investigación en los archivos que le permite indicar que cada baile posee sus toques correspondientes y, a la vez, explicar cómo se fue imponiendo un tipo de baile a pesar de las restricciones, pues “[...] el cocouyé francés fue suprimido en Santiago de Cuba por el jefe de la policía el 27 de abril de 1878 porque promueven gran algazara y contienda”.⁷⁹ En un trabajo anterior el autor había llamado la atención acerca de la denominación de franceses. En Cuba, indica, a los haitianos negros o mestizos se les llama franceses, así como a los esclavos comprados por los franceses residentes en la isla.⁸⁰

Otra especialista del patrimonio musical que ha abordado el estudio de la influencia de la cultura francesa es Virtudes Feliú Herrera, quien en su libro *Fiestas y tradiciones cubanas* (2003), editado por el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, expone las influencias recibidas, sobre todo en la región oriental de Cuba, mantenidas hoy en las costumbres familiares, y a veces sociales.

Los registros más favorables los encontramos en relación con la zona oriental. Así, en las historias de las principales ciudades hay alusiones a la llegada de los franceses. En 1977, Castro Lores en sus estudios sobre Baracoa, precisa que “[...] más de cien familias [francesas] establecieron allí sus domicilios, mejorando con su iniciativa industrial a aquella atrasada población que entonces amparaba a muchos corsarios españoles y franceses”.⁸¹ Sin embargo, no hay empleo de técnicas nuevas para la demostración de estas evaluaciones que se repiten en casi todas las regiones. En ese mismo año, la revista *Santiago* publica un trabajo de Jorge Berenguer “La inmigración francesa en la Jurisdicción de Cuba”.⁸²

Pero no solo economistas e historiadores han tratado el tema. También especialistas de la cultura. Tal es el caso de Carlos Padrón.⁸³ Su primer trabajo se ciñó a un registro de los franceses en el suroriente de Cuba. Publicado en la revista *Del Caribe*, ha contribuido a la localización de las familias asentadas en esta región.⁸⁴ Posteriormente, a partir de numerosos ensayos sobre el teatro y la cultura se acerca al estudio de la presencia francesa en las regiones

que hoy comprenden las provincias de Camagüey, Ciego de Ávila, Guantánamo y Santiago de Cuba. Este autor indica la diversidad de la inmigración tanto desde el punto de vista de las profesiones como en cuanto a las regiones receptoras. Para él “[...] muchos habían nacido en Saint-Domingue, pero una tercera parte de los blancos procedían, en primer lugar del Bearne, Bretaña, Normandía y Picardía; otros, de Anjou, Poitou y Gascuña”.⁸⁵ Advierte además que “[...] algunos lograron traer consigo parte de los esclavos de sus casas y haciendas, pero la mayoría llegó a Cuba arruinada. Habían sido trasplantados violentamente de la colonia más floreciente del Caribe a una de las más atrasadas”.⁸⁶

Interesado en particular por la imprevista cultural de estos grupos en Santiago de Cuba, el autor destaca la rápida prosperidad que alcanzan estos refugiados, sobre todo en la calle del Gallo (La Grand Rue) en el barrio de La Marina, considerada en realidad la francesa por su actividad y costumbres. También analiza el significado que tendría Cuba como lugar de asentamiento para estas familias, en tanto aquí recuperarían el bienestar económico: “Tal llegó a ser la fuerza de la comunidad francófona, que en los años treinta Francia es la nación que compra la mayor cantidad de productos que salen de los puertos orientales”.⁸⁷ Resultado de los logros productivos se registra en la primera mitad del siglo XIX un intenso intercambio con regiones francesas. Así “[...] en 1843 se establece formalmente una ruta naviera Burdeos-Antillas Francesa-Santiago-Burdeos”.⁸⁸

Otro aspecto interesante del trabajo es la caracterización de la presencia

francesa en cuanto a forma de trabajo y de vida. Apreciaciones como “[...] los amos no eran absentistas como sus colegas hispanos”, y la distinción del trabajo de los cafetales donde “[...] los esclavos de estas haciendas eran mucho mejor tratados que los de las plantaciones cañeras”, así también que “[...] los esclavos del cafetal podían manifestarse con mayor libertad y desarrollar sus expresiones culturales como ventaja sobre los de los ingenios y estancias” apuntan a caracterizar al esclavo francés con diferencias, e incluso con mayor distinción que otros.⁸⁹ Otros autores cubanos indican que esa forma de vida en el cafetal era aplicable a todos por igual sin importar la procedencia del dueño. Lo interesante del relato está en la reconstrucción de época que realiza este autor, que le permite romper con el estudio en pequeño.

Como se puede apreciar hay una numerosa bibliografía referida a la parte oriental de Cuba, pero esta zona no ha sido agotada. Quedan fuentes sin explorar. Se ha iniciado un trabajo sobre Holguín y ya están localizados los documentos que evidencian la importancia de los franceses en esa región. Hasta ahora lo que se había trabajado era el legado cultural, específicamente la tumba francesa en el municipio de Sagua de Tánamo, pero en el archivo del Museo Histórico de la provincia, La Periquera, están registrados más de 950 documentos que de forma directa o indirecta se relacionan con los franceses.⁹⁰ Conociendo ya de la existencia de numerosas fuentes secundarias, la exploración documental en una nueva región podría aportar nuevos conocimientos. En todo caso que el historiador formule las preguntas que exige el problema histórico.⁹¹

El bicentenario de la revolución francesa

Este acontecimiento celebrado en todo el mundo determinó en Cuba una producción muy diversa. Casi todas las revistas en ese año publicaron artículos relacionados con ese hecho y su impacto en el mundo. Algunas de ellas hicieron números monográficos.⁹² Profesores de distintas e investigadores escribieron durante ese año artículos en revistas especializadas. Entre otros, Julio Le Riverend, Aurelio Alonso, Lourdes de Con Campos, Josefina Castro, Leonor Amaro, Estela Rivas publicaron en la *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, *Universidad de La Habana*, *Islas* y *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*. Asimismo las instituciones culturales vinculadas con la historia de Francia⁹³ dieron a conocer los resultados de investigaciones, reseñas y folletos que permitieron difundir este acontecimiento. Bajo el título *Repercusiones de la revolución francesa en España*, la Universidad Complutense de Madrid, en 1989, publicó escritos de colaboradores cubanos.

En ese contexto de festejos apareció la obra de la doctora en Filosofía Olivia Miranda *Ecos de la revolución francesa en Cuba*,⁹⁴ que no es un libro histórico en sí, sino un estudio de las influencias de las ideas revolucionarias francesas en los intelectuales y políticos cubanos del siglo XIX y XX. Su interés es demostrar en el plano de las ideas que Cuba como importante enclave colonial hispano, no fue ajena a la influencia que de Francia irradió. Dos años antes del bicentenario se había presentado una *Selección de lecturas sobre la revolución francesa*, que agrupaba evaluaciones de la revolución

desde Cuba y aspectos concretos de su influencia en Cuba.⁹⁵

El bicentenario propició además convenios entre universidades francesas y de Cuba, todo lo cual auspició investigaciones conjuntas. Especialistas del país galo también escribieron acerca de estos vínculos históricos. Tal es el caso de Paul Estrade con su obra *La colonia francesa en París. 1895-1898*⁹⁶ y sus trabajos sobre José Martí y la revolución francesa.⁹⁷ En cuanto a las colaboraciones entre universidades, por parte de los profesores de la Universidad de Oriente se inició un trabajo en el cual el tema del asentamiento francés en la región oriental de Cuba fue el de mayor interés. De esta manera se continuaba la tradicional línea de investigación. Fernando Boytel Jamdu, investigador de la Casa del Caribe publica “Franceses en la Sierra Maestra: algunos aspectos de la tenencia de la tierra”,⁹⁸ cuyo interés fundamental es analizar las probabilidades de éxito que alcanzaron los cultivos a partir de los conocimientos que poseían estos pobladores.

En cuanto a la influencia en el mundo ciudadano, los trabajos llevados a cabo por Laura Cruz Ríos relacionados con la emigración bordelés a Santiago de Cuba ponen de manifiesto los numerosos oficios y profesiones surgidos a tenor del desarrollo económico. Así, una buena cantidad de médicos, odontólogos, farmacéuticos, arquitectos, biólogos, profesores, maestros, deportistas, sastres, panaderos, peluqueros, herreros, comerciantes, joyeros, zapateros, albañiles, carpinteros, entre otros, contribuirían al mejoramiento de algunos sectores como la salud, la educación y la ciencia.⁹⁹

Las pesquisas en cuanto a la presencia francesa en la zona occidental no han tenido la misma intensidad. Los resultados son más generalizadores y los autores recién comienzan a presentar resultados evaluativos sin que ello signifique la defensa de alguna tesis que modifique las consideraciones formuladas hasta hoy día. De todas maneras, la historia regional ha sido rejuvenecida con nuevas obras a partir de la década del 80, como consecuencia de la estimulación de las historias provinciales y municipales y los espacios abiertos para trabajar de forma interdisciplinaria.

José Rafael Lauzán, miembro de la Comisión de Historia del Partido Comunista de Cuba, publica un interesante trabajo titulado “Franceses en la fundación y desarrollo de la vida del Ariguanabo”, en el cual trata no solo el poblamiento por etapas y el poder de algunos hacendados como es el caso del Marqués de Monte Hermoso, sino también el ambiente de la ciudad donde “[...] los inmigrantes establecieron escuelas con los métodos de enseñanza de los grandes colegios franceses donde, además de las primeras letras enseñaban geografía, idioma, música y baile”.¹⁰⁰

La historia de los franceses en Matanzas la aborda el historiador de la ciudad, Raúl Ruiz por primera vez cuando publica en 1996 *Memo-ria francesa* en donde reconoce que “[...] sucesivas oleadas de inmigrantes vinieron a aportar mano de obra, reconocimiento y técnica. A consecuencia de la Revolución de Haití miles de franceses fueron arrojados a nuestras costas, bien directamente o mediante el puente que representó el sur de

los Estados Unidos, especialmente Charleston”. Esta inmigración dejará una huella importante en “Las zonas de Limonar, Aguacate, Ceiba Mocha, Camarioca y la hacienda Cárdenas acogieron los inmigrantes, con resto de su fortuna algunos, arruinados los otros, pero todos con oficios, con conocimientos técnicos y portadores de una experiencia laboral que venía como anillo al dedo”.¹⁰¹ Luego, publica en el 2003, *Retrato de ciudad* en el cual aparecen breves referencias a los franceses como parte de las distintas oleadas que “[...] constituyeron los grupos étnicos primordiales que confirman la población de la ciudad de Matanzas hasta las primeras décadas del siglo XX.¹⁰² La muerte súbita de este historiador dejó muchos trabajos relacionados con la presencia francesa sin publicar.

La contribución matancera al estudio de la influencia francesa cuenta también con otro buen ejemplo como es la obra de Israel Moliner Castañeda: “Contribución francesa a la cultura en Matanzas”, publicada en la *Revista del Vigía* en 1993, así como “Las ideas políticas en Matanzas de José Manuel de Ximeno”.¹⁰³

En cuanto al ordenamiento de la información, el trabajo más completo de los franceses en el occidente lo encontramos en el libro del historiador Rolando Álvarez *Huellas francesas en el Occidente de Cuba*.¹⁰⁴ Se trata de una revisión de los vínculos culturales cubano-franceses desde la época del contrabando hasta finales del siglo XIX, pasando por la revolución de 1789, la etapa más significativa que une de manera diferente la historia de Cuba y Francia. El autor registra los influjos culturales de la inmigración francesa en

toda su variedad y toma en consideración los dos niveles que Jesús Guanche advierte en su obra *Procesos etnoculturales de Cuba*: “[...] los representantes de la cultura dominante, mediante una asimilación étnica criollo-hispano francesa”, y por otra “[...] lo que corresponde a los explotados, mediante una integración inter-étnica franco-haitiana-africana”.¹⁰⁵ Toda la explicación sigue una secuencia cronológica, que si bien facilita la comprensión de los distintos aportes culturales de los franceses, no le permite trascender el campo narrativo.

La visión de los cubanos acerca de los franceses como expresión de la mentalidad de una época ha sido también de interés en el campo de la investigación. Concretamente, en cuanto a la etapa napoleónica. La tesis de Katia Figueredo¹⁰⁶ defendida en 1995 nos presenta también un estudio del tema, en esa ocasión con una seria revisión de las fuentes publicísticas en la etapa de la dominación napoleónica, resaltando entre otros periódicos *El Centinela de la Habana* (1812), *Diario del Gobierno de la Habana*, *Gaceta de La Habana* (1823-1825), *Galera Constitucional* (1820), *Ramillete de Cuba* (1812), *La Cena* (1812), *El Mensajero Político Económico-Literario de la Habana*, *El Hablador Político Económico de la Habana*, y *La Aurora. Correo Político Económico de la Havana*. En cada uno de estos se localizaron las expresiones de repudio a Napoleón, la defensa de las ideas del liberalismo en el período constitucional, así como los actos de fidelidad de los criollos al rey Fernando VII, pero también se registraron elementos importantes que evidencian el alcance de la influencia

francesa en Cuba. Por ejemplo, a través de la prensa se aprecia la popularidad de la enseñanza e instrucción del idioma francés, la cual se convirtió en una moda de los habaneros, favorecida en parte por el gobierno que facilitó el estudio del idioma “[...] á fin de que los que deseen aprender con perfección y brevedad dicho idioma y sus ocupaciones no les permitan acudir á la sesión de la mañana lo verifiquen por la tarde [...]”.¹⁰⁷ Otra información publicística recurrente en los diarios citados es el aporte a la cultura culinaria. Los habaneros rápidamente incorporaron los gustos franceses por eso “[...] en una casa se tomarán dos negritos de 12 á 14 años para enseñarlos á cocinar, tanto á la española como á la francesa [...]”.¹⁰⁸

Por su parte, nuevos rumbos en la vida económica del país en la década del 90 determinaron nuevas posibilidades para la reconstrucción de todo lo francés en Cuba. Así, por el ejemplo, el desarrollo del turismo ha permitido un flujo importante de visitas de turistas de Francia a Cuba, llegando a ser esta región uno de los centros emisores más importantes en Europa. Todo ello ha propiciado estudios con fines más concretos, tanto de lugares de asentamiento de los franceses como de residentes en el país. Uno de los resultados de este trabajo es el video elaborado por el profesor de la Escuela de Altos Estudios del Turismo, Pedro Torres, uno de los especialistas más reconocidos sobre el tema de turismo.¹⁰⁹ Este video reconstruye zonas de asentamiento francés con fines de marketing, pero a su vez ha dejado para la historia los testimonios de familias emigradas desde principios del siglo XIX. A pesar

de que las entrevistas realizadas no son sometidas a ningún tipo de crítica, la información aportada sirve como verificación de aspectos contenidos en obras escritas con anterioridad.

Literatura histórica y actividades culturales en el del siglo XXI

La producción historiográfica en el nuevo siglo ha contado en su fase editorial con mecanismos de colaboración que involucran a las instituciones cubanas con organizaciones no gubernamentales e instituciones educacionales o culturales de distintos países, entre ellas de autonomías españolas que han publicado trabajos sobre la historia común de Cuba y España. De igual forma en Francia se han publicado libros con esta óptica o instituciones francesas han auspiciado ediciones más recientes sobre las relaciones entre Francia y Cuba. La Feria del Libro 2003 estuvo dedicada a ese país, y ello constituyó un estímulo para nuevas publicaciones.

La relación de Francia en el proceso independentista ha sido un tópico tratado por casi todos los historiadores estudiosos del movimiento emancipador. Comenzado el nuevo milenio, el biógrafo de Vicente García, Víctor Manuel Marrero, publicó “Tras la huella de un comunero de París”,¹¹⁰ donde registra el arribo a Camagüey de franceses, refugiados primeramente en España, y que al ser delatados fueron enviados a Cuba para hacer trabajos forzados en la isla.

Resultado de intercambios bilaterales, en el 2002 se editó un libro cuyo propósito era reconstruir sobre todo los vínculos culturales en Francia y Cuba en su más amplio sentido de la palabra.

*Cuba-Francia. Los frutos de la amistad*¹¹¹ no es en sí un libro de historia que ordena un conocimiento o construye uno nuevo a partir de la búsqueda con métodos científicos. Sin embargo, a través de entrevistas, comentarios y estados comparativos, se nos descubren figuras, hechos y procesos que enlazan la historia francesa con la cubana. Marie-Dominique Bertuccioli y Juan Andrés Neira Franco recorren en tiempo y espacio acercamientos muy diversos evidenciados ya en himnos revolucionarios, o en convenios mercantiles o culturales. Luego, aunque las referencias responden a las aclaraciones que requiere un lector extranjero y no a la precisión de las fuentes que exige la labor de un historiador, el texto saca a la luz datos no divulgados hasta ese momento. Sin llegar a presentar juicios de valor, ni apreciaciones que puedan ser extendidas a otras regiones en cuanto al estudio de las influencias culturales o económicas, la diversidad de los temas escogidos pone en uso informaciones difíciles de encontrar, lo cual contribuye indirectamente al trabajador dedicado a la historia tanto como docente que como investigador.

De fecha mucho más reciente es el libro *Los cafetales de la Sierra del Rosario* (1789-1850), de Jorge Freddy Ramírez Pérez y Fernando Antonio Paredes Pupo, en el cual se aborda la influencia económica de los caficultores franceses en una región mucho menos estudiada. Lo más importante a destacar es, sin dudas, la ubicación de los grupos inmigrantes por género, raza y regiones pobladas. Se trata de procesar la información con un nuevo sentido para traspasar los propósitos descriptivos de la historiografía tra-

dicional muy presente aún en los estudios regionales. Asimismo, la presentación de los ejemplos de represión que sufrieron los grupos de franceses asentados tiene otro nivel de análisis. En este pequeño trabajo, los autores presentan la repulsa de los franceses no solo motivada por los enfrentamientos políticos de la época que, sin dudas, fue un resorte poderoso para la simple población fanatizada a principios del siglo XIX, sino también debido a las aspiraciones de muchos propietarios a ampliarse a costa de las propiedades de los franceses expulsados. Y en ese sentido tienen mucho valor las informaciones recogidas en archivo sobre hechos que evidencian la violencia de “[...] la muchedumbre enardecida [que] marchó hacia los cafetales de la Sierra del Rosario a satisfacer su sed de venganza”.¹¹²

Por otra parte, se plantean nuevos tiempos para el análisis histórico. Se afirma que “[...] un registro estadístico del 30 de noviembre de 1818, que puede servir de ejemplo, reportaba el arribo, a través de los puertos de La Habana y Matanzas, de un grupo de franceses procedentes de Francia, al Departamento Occidental, de los cuales el 46% eran agricultores, lo que denota el carácter y composición de esta inmigración”.¹¹³ Evidentemente, la etapa postnapoleónica puede representar un cambio en la caracterización de la emigración francesa. Por último, este estudio de los cafetales en la zona occidental puede lograr resultados que permitan hacer comparaciones interregionales, que de alguna manera habían sido indicadas ya por Juan Pérez de la Riva.

Celebraciones de diversa índole se han desarrollado en distintas instituciones

culturales. Con un interés transdisciplinario, se han desarrollado coloquios y encuentros internacionales entre especialistas para deliberar, enriquecer y plantearse nuevos problemas teóricos y metodológicos en el campo de las ciencias sociales, donde la historia siempre ha tenido un espacio relevante.

Muchos de esos eventos han incluido la temática de la relación de la historia de Cuba y Francia, auspiciados por instituciones que tienen como misión divulgar esta relación como es el caso de la Cátedra Voltaire, de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana, la Casa Víctor Hugo y el Museo Napoleónico de las Oficinas del Centro Histórico de la Ciudad de La Habana.¹¹⁴

En el 2004 se conmemoró en Francia los 200 años del imperio napoleónico. Esta festividad tiene una lógica, en tanto ella significa la legitimación de un proceso de dominación que hunde sus raíces en los acontecimientos de la burguesía revolucionaria de 1789. Con el poder de Napoleón comenzaba lo que muchos historiadores denominaron la época napoleónica y en ella se inscriben también acontecimientos muy importantes para América. Por ello, en vísperas del gran evento que se llevaría a cabo en Francia se organizaron en Cuba encuentros académicos, y se comentó la complejidad de ese momento histórico a través de charlas y conferencias. Estas actividades se iniciaron en el Aula Iberoamericana en el 2003¹¹⁵ y se continuaron luego en el Museo Napoleónico y en la Casa Víctor Hugo.

El Museo Napoleónico,¹¹⁶ fundado en 1961, ha sido durante más de 40 años, el centro donde se ha concentrado la mayor

parte de las actividades que evidencian la relación entre Francia y Cuba. Seminarios, coloquios y conferencias han permitido presentar temas referidos al arte y a la historia. En noviembre del 2004, a los 200 años de la coronación de Napoleón Bonaparte, se discutió la repercusión en el pueblo habanero de la invasión francesa a España y el inicio de la llamada Guerra de Independencia. “Ecos de un conflicto: Napoleón en España desde la prensa habanera”, fue el tema analizado por Leonor Amaro y Katia Figueredo.

Con un amplio carácter cultural se han desarrollado en el Centro Hispano-Cubano de la Cultura tres versiones del Coloquio de la Francofonía, auspiciadas por la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, Alianza Francesa, Casa de las Américas, Casa Víctor Hugo, Escuela Francesa y el Museo Napoleónico, entre otros. En el efectuado en el 2006, los integrantes de esta área cultural, 63 estados y gobiernos, pueblos de Europa, América, las Antillas, África y Asia festejaron el espacio y la cultura francófonos, como “espacio de paz y desarrollo”. Lo más importante de estos encuentros son las memorias que recogen las reflexiones teóricas, históricas y filológicas, que de alguna manera contribuyen a la bibliografía del tema objeto de interés de este trabajo.

Al conmemorarse el 200 aniversario del desembarco del liberador en Venezuela, en el año 2006 se celebró el encuentro académico internacional “De las Lumieres francesas a los Soles de Bolívar. Las modernidades en Puga”, dedicado a Francisco de Miranda, el iniciador de la independencia latinoamericana.

El punto de referencia para este encuentro fue la influencia del pensamiento de la ilustración europea en diversas partes del mundo, y en particular en el latinoamericano, con proyectos de transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales de un amplio espectro.

Propósito de esta actividad fue una nueva lectura de la ilustración francesa y su influencia en América, no como simple copia de las ideas europeas en el nuevo mundo, sino como punto de referencia de la emancipación universal desplegada en el espacio propio de las sociedades americanas. Ciencias, proyectos sociales y educativos fueron muchos de los aspectos confrontados, como ejemplo de las interrelaciones entre las propuestas originales y el surgimiento de la nueva sociedad y del nuevo pensamiento latinoamericano.¹¹⁷

En definitiva, como el tema de los franceses y su influencia en Cuba sigue siendo objeto de interés se ha iniciado recientemente un trabajo de investigación acerca de la introducción de la perfumería francesa¹¹⁸ en el consumo cubano, que ha permitido conocer nuevas fuentes, en este caso relacionadas con el gusto y las costumbres de las clases adineradas en Cuba y con los mecanismos de comercialización de ese producto por empresas relevantes de la isla.

Otro dato que debe tenerse en cuenta es que parejo al desarrollo de instituciones dedicadas a las humanidades y a las ciencias de la naturaleza, y muchas veces desprendidas de esos establecimientos, la proliferación de revistas ha permitido extender el conocimiento de temas más específicos y menos tratados por la bibliografía tradicional.

Asimismo han visto la luz trabajos con nuevas ópticas desde el punto de vista sociológico y disciplinario.

Acerca del tema de Cuba y Francia o Francia y Cuba no podemos dejar de mencionar lo que han acumulado las revistas y periódicos sobre ello. En realidad, muchas de las revistas cubanas durante el siglo XIX y parte del XX reprodujeron trabajos de periodistas, poetas y ensayistas franceses,¹¹⁹ y en menor medida, estudios realizados por especialistas cubanos sobre tópicos franceses.

La revista *Anales del Caribe* del Centro de Estudios del Caribe, que edita la Casa de las Américas desde 1981, ha publicado trabajo de historiadores y especialistas de la cultura sobre distintos aspectos que evidencian la influencia francesa en esta región y en particular en Cuba.¹²⁰ Tal vez lo más interesante de estas publicaciones es que tanto los trabajos históricos como lingüísticos o literarios confrontan sin parar las diversas temporalidades de los elementos poblacionales como la presencia francesa en Cuba.

También *Del Caribe*, publicada en Santiago de Cuba desde 1983 ha tratado de recoger las expresiones de la cultura caribeña en su “[...] misión articuladora, creadora y convocadora, en la dinámica de la historia universal”.¹²¹ Y en ese sentido, la historia de la relación del Santo Domingo francés y Cuba ha tenido un magnífico espacio para poner en conocimiento de los lectores investigaciones sobre la economía, la política, la cultura y las tradiciones de todo tipo, resultado del vínculo de estas dos regiones del Caribe.

Sus publicaciones contribuyeron también a completar la información

requerida. Desde su fundación aparecieron trabajos con nuevas tesis sobre la importancia cafetalera en la región. Para Joel James Figarola, “[...] hacia el oriente del país –las actuales provincias de Santiago, Guantánamo y parte de Holguín– el crecimiento capitalista –en este caso sí de predominio cafetalero– será mucho más lento y, hasta cierto punto, pudiera decirse que más amable”.¹²²

Dicha revista además ha sido receptora de trabajos de especialistas dedicados al Caribe. En ese sentido, aunque no se trata de obras cubanas, el hecho de que apareciesen trabajos resultados de investigaciones sobre los franceses en Cuba tiene un significado relevante. Tal es el caso de Alian Yacou con varios artículos entre otros, “Los refugiados franceses de Saint Domingue en la región occidental de la Isla de Cuba”, “Expulsión de los franceses de la Isla de Cuba”, y “Santiago de Cuba a la hora de la revolución de Santo Domingo (1790-1804)”, los cuales marcan tanto un interés editorial como la determinación de una línea de indagación que ha influido dentro de la producción cubana.

En el último artículo citado se manifiestan los métodos novedosos de su trabajo, que de alguna forma, han influido en posteriores textos. Establece un vínculo entre el boom demográfico de Santiago de Cuba y los cambios socio-económicos a partir de un análisis estadístico de la población francesa, lo cual le permite afirmar que “[...] la piratería propiciada por los franceses, creaba empleo y proveía de mercancía a buen costo”.¹²³ Para este autor es interesante distinguir la composición clasista de las distintas oleadas. En

sus artículos subraya el hecho de que esta afluencia de franceses, si bien era positiva para la economía de la isla a través de la inversión de capitales y la preparación técnica que aportaban los nuevos colonos, sus incidencias no fueron iguales en el plano social. Así, “[...] el primer grupo de refugiados estaba compuesto en su mayoría por realistas, quienes constituyeron, aunque de forma efímera, el ala insular hispanófila de la emigración de honor. Muy pronto sin embargo, el elemento republicano, igualmente perseguido en Santo Domingo –convertida en Haití– domina y su influencia en la ciudad será perdurable”.¹²⁴

Han aparecido en esta revista los resultados de numerosos investigadores de Santiago de Cuba, entre otros el “Primer gran flujo migratorio de franceses a Santiago de Cuba (1800-1809)”¹²⁵ de Laura Cruz Ríos, autora también de otros muchos trabajos que forman parte del libro que prepara esta especialista en forma conjunta con estudiosos de Francia, colaboración que de forma concreta se viene realizando con la Universidad de Burdeos III.¹²⁶ Convenios de colaboración entre esta universidad francesa y la Universidad de Oriente han permitido originar otras líneas de investigación que han desarrollado con éxito los profesores e investigadores de distintas instituciones del país.

Por otra parte, el Festival del Caribe como actividad en torno al espacio caribeño en el orden cultural, ha permitido, desde 1981 –cuando fue inaugurado el encuentro de creadores y especialistas de distintos campos– trabajar en la reconstrucción histórica y en propiciar un escenario teórico para debatir acerca de los componentes étnicos. Así, al tomar

los elementos que han dado unidad al Caribe y, en particular la presencia de franceses a partir de la revolución de 1789 y la revolución de Haití en 1803, se han podido recopilar trabajos de reflexión sobre los acontecimientos que marcaron las relaciones de una época y que su legado los ha hecho trascender al mundo de la contemporaneidad.

Más recientemente, los trabajos de corte etnológico y antropológico han sido publicados por *Catauro* y también por la revista *Casa de las Américas*, aunque esta última no se especializa en ese tema. A todos estos registros habría que añadirle otros que brindan los nuevos sistemas de información digitalizada. Relacionado con las plantaciones de franceses en Cuba en 1843 aparece en formato pdf (Portable Document Format) la transcripción de una lista de dueños de plantaciones residentes en Cuba en esa época.

Consideraciones finales

Marx Bloch, en una conferencia pronunciada en 1936, aseguró que “[...] la Historia es la ciencia de un cambio y, en muchos aspectos, una ciencia de las diferencias”.¹²⁷ Por ello a través de la labor de los historiadores podemos observar el cambio que se va produciendo en el propio oficio. De igual forma aparecen los contrastes y desacuerdos en torno a las realidades que el hombre trata de explicar.

La descripción y el análisis ofrecido por los historiadores acerca de un tema tan particular como es la relación entre Francia y Cuba a través de los años, puede ser también un hilo conductor para determinar los intereses en el campo de los estudios históricos. En general pudiéramos señalar que:

· De los acontecimientos de la época colonial, la evaluación de lo sucedido en Francia en 1789 y su impacto en la colonia francesa del Caribe ha sido el más tratado por la historiografía cubana. Primeramente solo como referencia, luego derivando de ello diferentes consideraciones en torno al desarrollo cubano. El inicio de la modernidad en Cuba, en tanto impulso del capitalismo como consecuencia de la revolución haitiana, hasta la determinación causal de las posiciones políticas antiindependentistas han sido algunos de los argumentos de los historiadores sobre esta problemática.

· Los franceses como componente étnico relevante para Cuba refleja en primer lugar el nuevo enfoque de las investigaciones. Si bien la variable poblacional tiene una tradición en los estudios históricos, no es hasta la década del 70 que estos fueron impulsados como parte de la renovación historiográfica. Asimismo, con una declaración de fe marxista, la adopción de conceptos generalizadores estigmatizaron este tipo de estudios.

· La ocupación del espacio productivo del país como fenómeno social de Cuba tiene gran importancia en los estudios regionales más recientes, y en este sentido las características del trabajo desarrollado por las familias francesas instaladas en la isla pueden servir de variable para el estudio y comparación del desarrollo de las diferentes regiones de Cuba. Este tipo de estudio comparado permite además adoptar un horizonte mayor para comprobar las hipótesis.

· El movimiento migratorio de los franceses presenta un interés espacial no solo por lo que estos grupos humanos

aportaron en cuanto a cultura material y espiritual. También en este movimiento, junto a otros procedentes de otras regiones del mundo, se evidencia el carácter abierto que tuvo la sociedad cubana en su propia construcción, uno de los factores que ha de tomarse en cuenta para aseverar si se presenta en Cuba una realidad histórica favorable a la modernidad.

· En un balance apresurado de la bibliografía del tema en cuestión, la inmigración es el más trabajado. Y ella ha ido encontrando respuesta básicamente en el espacio rural, en tanto las investigaciones se han centrado en las áreas agrícolas productoras de café. El espacio de las ciudades sigue siendo menos explorado, al igual que el estudio de familias.

· Un análisis de la influencia francesa, teniendo como fondo el mundo caribeño en un proceso histórico de larga duración, podría también servir en la estructuración de un gran tema de investigación que posibilitara intereses conjuntos, así como un intercambio fecundo de diferentes disciplinas en el campo de las ciencias sociales. En realidad, este campo ha sido explotado por otras ramas del saber humanístico como la lingüística y la literatura.

· Casi todos los historiadores consultados, de una forma u otra, abordan el universo mental de los franceses, bien en el intercambio en los lugares de asentamiento o en la influencia de su pensamiento filosófico o política, pero un estudio específico no se ha hecho, pues la complejidad es grande en este conjunto a reconstruir, ya que el movimiento es de acción y reacción.

· El estudio de la presencia de los franceses no puede separarse de la

universalidad del mercado, no visto de manera abstracta, sino como realidad cotidiana, popular, universal, que permita hacer referencia a un tiempo largo en el sentido histórico. Este estudio requiere por su naturaleza de un análisis multidisciplinar.

· Las nuevas relaciones internacionales promovidas por el turismo han despertado el interés por investigar los vínculos entre los diferentes grupos de emigrantes. Ello es sin dudas la consecuencia de los estudios de mercado sobre una base científica, pero también ha promovido resultados superficiales que poco aportan a la historiografía.

En fin, la presencia francesa como factor de cambio ha registrado a través de la historia consecuencias bien diferentes, porque “[...] si los factores se han modificado, las posibilidades también”.¹²⁸

Notas

¹ Vilar, Pierre. *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Editorial Grijalbo, Barcelona, 1988, p. 32.

² Ponte Domínguez, Francisco. “Francia y la historia política de Cuba (siglo XVI)”, *Universidad de La Habana*, Año 11, No. 8/9, mar.-jun. 1935, p. 130.

³ Gómez Pellejero, José Vicente. “La carrera política y militar del VIII conde de Riela. 1720-1780”, *Debates Americanos*, La Habana, No. 9, en.-jun. 2000, p. 61-77.

⁴ Ver obras de José de la Pezuela.

⁵ Documento emitido por don Domingo Caballero de Robles, Gobernador y Capitán interino de la Superintendencia General de Correos, Postas y Estafetas. Archivo Nacional de Cuba (ANC), Fondo Asuntos Políticos, Legajo 297, No. 10.

⁶ Al respecto hay diversas consideraciones.

Gay-Calvó, Enrique. *Los símbolos de la nación cubana*, Publicaciones de la Sociedad Colombista Panamericana, La Habana, 1958.



⁷ María Plumier. *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 20.

⁸ Bremen, Fredrika. *Cartas desde Cuba*, Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1980.

⁹ Pérez de la Riva, Juan. *La Isla de Cuba en el siglo XIX vista por los extranjeros*, Editorial de Ciencias Sociales, 1981.

¹⁰ Ver: Estrade, Paul. *La colonia cubana en París. 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, 1984.

“José Martí y la Revolución Francesa”, *Universidad de La Habana*, No. 237, en.-abr. 1990.

¹¹ Refiriéndose a los escritores franceses dirá: “Tiene todos los candores de la Gironda, sin ninguna de las crueldades de la Montaña”.

Martí, José. *Obras completas*, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963, t. 15, p. 192.

¹² Martí en 1881 trabaja en Venezuela como profesor de Gramática francesa y literatura.

¹³ Martí, J. *Op. cit.* (11). t. 15, p. 189

¹⁴ El Apóstol estudia el francés y lo llega a dominar a la perfección. Esto le permitió en 1875, en la *Revista Universal* de México, traducir al español *Mes fils*, de Víctor Hugo; en 1877 ocupar el cargo de catedrático de Literatura Francesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guatemala, y en 1881 que pueda trabajar como profesor de Gramática francesa y de Literatura en el colegio Santa María.

Hidalgo Paz, Ibrahim. “La revolución por el bien mayor del hombre”. En *Homenaje a José Martí. En el Centenario de su muerte en combate*, Escuela de Historia Universidad Michoacana, Morelia, 1997.

¹⁵ Alejandro García explica por qué la cuestión del ser nacional ocuparía el centro del problema cubano en las primeras décadas del siglo XX.

“Apuntes cubanos sobre la historia y sus métodos”, *Contracorrientes*, La Habana, Año 2, No. 5, jul.-sept. 1996, p.6-13.

¹⁶ Guancho Pérez, Jesús. “Aspectos etnodemográficos de la nación cubana: problemas y fuentes de estudio”. *Debates Americanos*, La Habana, No. 3, en.-jun. 1997, p. 11-22, 13.

¹⁷ Pinos Santos, Oscar. ¿Por qué muchos cubanos están abandonando a su patria? En *Los años 50*,

Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2001, p. 118-123, 18.

¹⁸ Para este autor el primer salto estuvo asociado a la llegada de los ingleses a La Habana y el tercero a la llegada de los americanos finalizando la guerra de independencia.

¹⁹ Nancy Morejón al referirse a la historia del Caribe señala que “es una historia de migraciones”.

“Lengua, cultura y transculturación en el Caribe: unidad y diversidad”, *Temas*, No. 6, abr.-jun., 1996, p. 4-7.

²⁰ Quesada y Aróstegui, Gonzalo de. *Emigraciones. Francia, Portugal, Suiza*, Imprenta Avisador Comercial, La Habana, 1909, p. 15.

²¹ La Habana recibe 642 franceses; Matanzas, 133; Pinar del Río, 81; Camagüey, 30, y Santa Clara, 148.

²² *Ibidem*, p. 16.

²³ Guerra, Ramiro. “Crónicas de Santiago de Cuba por Emilio Bacardí y Moreau”, *Cuba Pedagógica*, La Habana, No. 7, 19 febr. 1909, p. 15-16.

²⁴ Bacardí Moreau, Emilio. *Crónicas de Santiago de Cuba*, Breogán I. G. S. A., Madrid, 1973, t. 2, p. 7.

²⁵ Según Bacardí, “[...] los franceses habituados a las comodidades de la vida, instruidos, sociales y cultos, notaron que aquí no había ciertas condiciones de vida y diéronse a crearlo todo”.

Ibidem, p. 22.

²⁶ Bacardí y Moreau, Emilio. *Vía crucis*, El Cubano Libre, Santiago de Cuba, 1910 p. 45-49

²⁷ Callejas, José María. *Historia de Santiago de Cuba*, Imprenta Universal, La Habana, 1911, p. 67.

²⁸ Zanetti Lecuona, Oscar. “Trayectoria de la historiografía cubana en el siglo XX”, *Debates Americanos*, La Habana, No. 10, jul.-dic. 2000, p. 5-24, 12.

²⁹ Almodóvar, Carmen. *Antología crítica de la historiografía cubana*, Pueblo y Educación, La Habana, 1986, p. 205.

³⁰ *Ibidem*, p. 206.

³¹ Colección Histórica Cubana y Americana, La Habana, 1938.



Ver *Cuadernos de Historia Habanera*, No. 12, 1937.

Bajo el título de “Curso de Introducción a la Historia de Cuba”, las conferencias se publicaron en la serie Cuadernos de Historia Habanera, en 1937.

³² Zanetti Lecuona, O. “Isla en la Historia”. *Op. cit.* (28). p. 22.

³³ Tal vez lo más interesante sería la obra *Ensayo histórico de Pinar de Río* publicada en 1919, pues es una región con presencia francesa, pero la obra no desarrolla ese tópico. También son interesantes sus apuntes sobre el café, cultivo desarrollado luego por franceses. Santovenia apunta que “[...] a poco de comenzar el último tercio del siglo XVIII en 1768, fue introducido el café en Cuba, traído de Puerto Rico por el funcionario y agricultor José Antonio Gelabert. En su finca, enclavada en Wajay, hizo las primeras plantaciones, extendiéndolas luego a otros lugares”.

Un día como hoy. 366 fechas en la Historia de Cuba, Editorial Trópico, La Habana, 1946, p. 170-171.

³⁴ *Sociedad Geográfica de Cuba. Revista*, La Habana, en.-mar. 1932.

³⁵ Gerardo Castellanos García dice que los cafetales de la región oriental contaban con más de 1 700 peones y no menos de un millón de matas de café.

Panorama histórico. Ensayo de cronología cubana 1492-1933, Ucar García y Cía, La Habana, 1934, p. 265.

³⁶ Zanetti Lecuona, O. *Op. cit.* (28).

³⁷ *Universidad de La Habana*, Año 11, No. 8-9, mar.-jun. 1935.

³⁸ Ponte Domínguez, Francisco. *La Junta de la Habana en 1808*, Editorial Guerrero, La Habana, 1947.

³⁹ *Ibidem*, p. 114.

⁴⁰ _____. *La huella francesa en la historia política de Cuba*, Academia de la Historia de Cuba, La Habana, 1948.

⁴¹ *Ibidem*, p. 7.

⁴² Ponte Domínguez escribirá sobre diversos temas, entre ellos la masonería en Cuba y las luchas por la independencia. En 1944 publica su *Historia de la Guerra de los Diez Años*.

⁴³ Ponte Domínguez, F. *Op. cit.* (40). p. 14.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 49.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 52.

⁴⁶ “Diálogos, necesidad de la Historia. Conversación entre historiadores”, *Debates Americanos*, La Habana, No. 1, en.-jun. 1995, p. 86-93.

⁴⁷ Editado en México, 1943.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 29.

⁴⁹ En 1791 se vendían entre 180 y 250 pesos, según apunta Le Riverend, página 49.

⁵⁰ Marrero, Leví. *Cuba economía y sociedad*, Industrias Gráficas Parejos, Madrid, 1983, t. 11.

⁵¹ *Ibidem*, p. 19.

⁵² Vilar, Pierre. “Recuerdos y reflexiones sobre el oficio de un historiador”. En *Pensar la historia*, Instituto Mora, México, 1992, p. 112.

⁵³ Franco, José Luciano. “La conspiración de Morales”. En *Ensayos históricos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, p. 95-100.

⁵⁴ “La conspiración de Aponte 1812”. *Ibidem*, p. 127-190.

⁵⁵ En 1981 aparecerá otro trabajo que enfoca la problemática en el contexto internacional, titulado “La batalla por el Caribe.

Anales del Caribe, La Habana, 1981, p. 19-38.

⁵⁶ *Revista de al Biblioteca Nacional José Martí*, La Habana, No. 2, abr.-jun. 1952, p. 68-92.

⁵⁷ *Revista Bimestre Cubano*, La Habana, en.-jun. 1947.

⁵⁸ Zanetti Lecuona, O. *Op. cit.* (28). p. 56.

⁵⁹ Loyola, Oscar. “Reflexiones sobre la escritura de la historia en la Cuba actual”, *Temas*, La Habana, No. 6, abr.-jun. 1996, p. 94-100.

⁶⁰ Pérez de la Riva, Juan. *El barracón y otros ensayos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 361-433.

⁶¹ Juan Pérez de la Riva, quien tuvo una formación francesa, fue geógrafo, economista, historiador y profesor.

⁶² Pérez de la Riva, J. “La implantación francesa en la cuenca superior del Cauto”. *Op. cit.* (60). p. 361-433.

⁶³ Publicado por la Academia de Ciencias en 1968.

⁶⁴ Abogado de profesión, llega a ocupar el cargo de tesorero de la Asociación Nacional

de Caficultores de La Habana y cuenta con numerosas obras, entre ellas *Bibliografía cafetalera cubana*, *El café*, *Nuestro café*, *Varietades del café* y *El bohío, la quinta, el barracón y la casa de vivienda*.

⁶⁵ Pérez de la Riva, J. *El café. Historia de su cultivo y explotación en Cuba*, s.n., La Habana, 1944.

⁶⁶ Ver el trabajo de Jambú en *Revista de la Junta Nacional de Arqueología y Etimología*, La Habana, 1961, y el de Aparicio en el periódico *Juventud Rebelde* del 10 de febrero de 1969.

⁶⁷ Chaín, Carlos. *Formación de la nación cubana*, Cuba 2968, La Habana, p. 56-57.

⁶⁸ Ídem.

⁶⁹ Aguirre Rojas, Carlos Antonio. *La escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, México 2002.

⁷⁰ Venegas Delgado, Hernán. *Provincias, regiones y localidades*, Fondo Editorial Tropykos, Caracas, 1993, p. 45.

⁷¹ Sirva de ejemplo la amplia obra de Jesús Guancho Pérez, aunque su trabajo ha centrado su interés en el componente hispano.

⁷² González, Luis, Marisel Sansó y Nelsa Coronado. "La reforma universitaria y su proyección en la Universidad de Oriente", *Debates Americanos*, La Habana, No. 22, en-dic. 2001, p. 107-113.

⁷³ Portuondo, Olga. "Un colibrí batió sus alas en el Parnaso", *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 30, 1999, p. 61

⁷⁴ _____. *Ibidem*, No. 45, 2004, p. 90-204.

⁷⁵ Duharte, Rafael. *La huella francesa en Santiago de Cuba*, Editions L Harmattan, París, 1988, p. 39.

⁷⁶ Bloch, Marc. *Introducción a la Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1923, p. 25.

⁷⁷ Según Laura Cruz Ríos, en su trabajo *La impronta bordelés en el Santiago colonial*, fue una Real Orden española para fomentar la población blanca en la región oriental específicamente, así como para elevar el nivel técnico y profesional ciudadano.

⁷⁸ Katia Figueredo en su tesis cita los trabajos de Laura Cruz Ríos, que aún no estaban publicados y señala que "[...] embarcaciones como el bergantín *Le Bon Ami*, la goleta *Paquet I* en 1820

traían entre sus cargamentos: aceites, frutas, vinos, salchichas, champiñones bordeleses, entre otras mercancías; fragatas como *Fenij* transportaban desde el puerto santiaguero azúcar y sus derivados para Burdeos en 1822 y goletas como la *Penélope*, en 1823, proveían a la jurisdicción de Cuba de los mejores vinos, champán y coñac de Burdeos".

⁷⁹ Alén, Olavo. *La música de las sociedades de tumba francesa*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1986, p. 43.

⁸⁰ _____. "Las sociedades de tumba francesa en Cuba", *Anales del Caribe*, No. 1, 1981, p. 223-230.

⁸¹ Castro Lores, José Ignacio. *Baracoa, apuntes para su historia*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 48.

⁸² *Santiago*, 1977, p. 26-27.

⁸³ Carlos Padrón, nacido en Santiago de Cuba en 1947, es actor, director, dramaturgo y ensayista. Ha trabajado para el teatro, el cine, la radio y la televisión. En 1975 fundó el Cabildo Teatral Santiago y en 1986 Calibán Teatro. Ha escrito ensayos sobre el teatro y la cultura cubanos en revistas mexicanas, colombianas y cubanas. También ha publicado teatro en revistas y antologías.

⁸⁴ Padrón, Carlos. "Índice de los franceses en el suroriente de Cuba", *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 23, 1994.

⁸⁵ _____. *Franceses en el suroriente de Cuba*, Ediciones Unión, La Habana, 1997, p. 20.

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 37

⁸⁸ *Ídem*.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 46-48.

⁹⁰ Archivo Nacional de Cuba. AP, LEGAJOS 142, 545; S45.

⁹¹ Le Riverend, Julio. *Observaciones en torno a la investigación histórica*, Comisión Nacional de Historia de la UJC, La Habana, 1969.

⁹² *Universidad de La Habana*, No. 237, en-abr. 1990.

⁹³ El Museo Napoleónico hizo una exposición en homenaje al bicentenario. El catálogo ofrece una mirada a este proceso, La Habana, 1989.

⁹⁴ Publicada por la Editora Política, La Habana, 1989.

⁹⁵ Ver análisis historiográficos en Amaro Cano, Leonor. *Selección de lecturas sobre la revolución francesa*, Universidad de La Habana, 1987.

⁹⁶ Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.

⁹⁷ Estrade, Paul. “José Martí y la Revolución Francesa”, *Anales del Caribe*, La Habana, No. 11, 1991, p. 75-86.

⁹⁸ *Del Caribe*, Santiago de Cuba, Año 3, No. 7, p. 59-63.

⁹⁹ Aparecen en esta etapa las primeras casas de salud. Procedentes de Burdeos llegaron Lassus, Chauvin, Delboy, María Luisa Dinot, entre otros franceses destacados, los que introdujeron el sistema de casas de huéspedes, hoteles, posadas y alquileres de casas, como respuesta al desarrollo urbano que iba alcanzando Santiago de Cuba.

¹⁰⁰ *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 11, 1988, p. 63.

¹⁰¹ Ruiz, Raúl. *Memoria francesa*, Ediciones Vigía, Matanzas, 1996, p. 14.

¹⁰² Para este autor, canarios, africanos, catalanes y franceses son los grupos principales de las raíces de la ciudad de Matanzas.

_____. *Retrato de ciudad*, Ediciones Unión, La Habana 2003, p. 29.

¹⁰³ Original mecanografiado en el Fondo Ximeno, del Museo de la Ciudad de La Habana.

¹⁰⁴ Álvarez Estévez, Rolando. *Huellas francesas en el occidente de Cuba (siglos XVI-XX)*, Editorial Boloña, La Habana, 2001.

Este autor ha publicado otros muchos libros sobre distintas temáticas de la historia de Cuba. En relación con la emigración están *La emigración cubana en Estados Unidos, 1868-1878* y *Azúcar e inmigración 1900-1940*.

¹⁰⁵ Guancho, Jesús. *Procesos etnoculturales de Cuba*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, p. 279.

¹⁰⁶ Figueredo Cabrera, Katia. Tesis de Diploma, Universidad de La Habana, 1995.

¹⁰⁷ *Diario del Gobierno de la Habana*, 3 abr. 1820, p. 4.

¹⁰⁸ *Ibidem*, 1 jun. 1823, p. 4.

¹⁰⁹ El video se titula *La presencia francesa en Cuba* (1989).

¹¹⁰ *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 32, 2000.

¹¹¹ Bertuccioli, Marie-Dominique y Juan Andrés Neira Franco. *Cuba-Francia. Los frutos de la amistad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.

¹¹² Ramírez, Jorge y Fernando Paredes. *Los cafetales de la Sierra del Rosario (1790-1850)*, Ediciones Unión, La Habana, 2005, p. 37.

¹¹³ *Ibidem*, p. 26.

¹¹⁴ Las dos primeras instituciones pertenecen a la Universidad de La Habana y están dirigidas por el doctor Eduardo Torres Cuevas, y las últimas pertenecen a la Oficina del Historiador, dirigida por el doctor Eusebio Leal.

¹¹⁵ De estas actividades se publicó la conferencia de Leonor Amaro Cano “Los franceses en Cuba durante la ocupación napoleónica en España” en *Anuario del Aula Iberoamericana*, La Habana, 2003.

¹¹⁶ Pérez, Gema y Natalia Lavastida. *Museo Napoleónico*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986.

¹¹⁷ María del Carmen Amaro Cano presentó en ese evento una ponencia titulada “Huellas de la medicina francesa en la medicina cubana del siglo XIX” en donde precisa los médicos franceses que ejercían la medicina en Cuba en esos tiempos; los cubanos que estudiaron medicina en Francia; los médicos, odontólogos y farmacéuticos cubanos que marcharon a Francia a especializarse; la divulgación de las teorías y prácticas de la medicina francesa en las publicaciones cubanas; cómo se asimilaba la filosofía y la práctica de la medicina francesa, y, por último, la divulgación de la actividad científica médica cubana en la prensa especializada francesa.

¹¹⁸ Este trabajo permitirá a la licenciada Careni Lorenzo, la obtención del grado de maestría en Estudios multidisciplinares en Historia de América Latina y el Caribe.

¹¹⁹ *La Revista Bimestre Cubano* tiene numerosas referencias.

Ver García-Carranza, Araceli. *Índice analítico de la Revista Bimestre Cubano*, Departamento Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1968.

¹²⁰ Trabajos de José Luciano Franco, Julio Le Riverend y Paul Estrade, entre otros.

¹²¹ Lacayo, Francisco José. “El Caribe no une y Santiago de Cuba nos une al Caribe; Palabras de clausura del coloquio El Caribe que nos une”, XXIV Festival del Caribe, Santiago de Cuba, 7 de julio de 2004.

¹²² Figarola, Joel James. “Fundamentos sociológicos de las revoluciones cubanas 1800-168”, *Del Caribe*, Santiago de Cuba, No. 30, 1999, p. 3-13.

¹²³ *Del Caribe*, No. 26, 1997, p. 77.

¹²⁴ Yacou, Alain. “Santiago de Cuba a la hora de la revolución de Santo Domingo (1790-1804)”, *Del Caribe*, No. 26, p. 79.

¹²⁵ Revista *Del Caribe*.

¹²⁶ Entre otros, “La impronta bordelés en el Santiago de Cuba colonial”; “Relación ambigua entre la comunidad de hispano-cubanos y franco-haitianos en el Caribe, como consecuencia de la Revolución de Haití”; “La inmigración franco-haitiana al sudoriente cubano y su contribución a la identidad regional” y “Francia. El suroeste francés y su contribución a la modernización de la sociedad santiaguera en la primera mitad del siglo XIX”.

¹²⁷ Bloch, Marc. “¿Qué pedirle a la Historia?”. En *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Fondo Editorial Lola de Fuenmayor, Venezuela, 1986, p. 193.

¹²⁸ Ídem.



Vigencia y presencia de Antonio Guiteras

Juan Nuiry Sánchez

*Profesor de Mérito
de la Universidad de La Habana*

El 8 de mayo de 2010 se cumplieron 75 años de la caída en combate de Antonio Guiteras Holmes (1906-1935), hombre que despertaba confianza y admiración de sus compañeros de lucha y entre sus adversarios, oposición y temor. Pero, ¿quién era este hombre sencillo de hablar pausado, que despertaba pasiones encontradas?

Un revolucionario de obligada referencia en nuestro devenir histórico, que durante toda su vida mantuvo una conducta invariable y una valentía desconcertante.

En 1927, fue electo delegado en la Facultad de Farmacia de la Universidad de La Habana para integrar el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), que tuvo como principal objetivo combatir la prórroga de poderes del dictador Gerardo Machado.

Luego de la caída del gobierno de Machado, el 12 de agosto de 1933, hubo días turbulentos con la presencia de barcos norteamericanos merodeando por la bahía de La Habana. La fórmula del pro-consul norteamericano Summer Welles fue Carlos Manuel de Céspedes, hijo del Padre de la Patria, quien asu-

mió la presidencia, el 14 de agosto y se mantuvo hasta el 4 de septiembre de ese año, cuando tuvo lugar la llamada “sublevación de los sargentos” encabezada por Fulgencio Batista.

A continuación de esa fecha surgen acontecimientos que resumo: la llamada pentarquía, una presidencia colegiada, tan ineficaz como efímera, que se mantuvo del 5 al 7 de septiembre; a propuesta del DEU, asume la presidencia de la república, el profesor universitario doctor Ramón Grau San Martín (10 de septiembre de 1933-15 de enero de 1934), y en dicho gobierno Guiteras fue designado secretario de gobernación, lo que cual fue reconocido por la administración de los Estados Unidos.

A pesar de las leyes radicales y de avanzada, desde el día siguiente de la toma de posesión, dentro de una torpeza táctica, Grau tuvo la oposición de la izquierda, así como de la derecha. Este es un momento en nuestro devenir republicano que requiere un cuidadoso estudio.

En esa etapa predominaban dos polos insalvables: la traición, sumisión y ambición de Batista y por otro lado, Antonio Guiteras, tal como lo definió el doctor Raúl Roa García en una síntesis insuperable, cuando expresó: “[...] la figura más empinada, el ánimo más templado, la voluntad más indomable, el brazo más enérgico y el espíritu más puro”.

8 de mayo de 1935

El 7 de mayo, Tony Guiteras salió de La Habana hacia Matanzas y al anochecer llegó al lugar conocido como El Morri- llo, una antigua fortaleza abandonada, ubicada junto a las márgenes del río

Canímar, donde indagó si ya estaba listo el yate *Amalia*, en el que –según su proyecto– iría a México y volvería a Cuba al frente de una expedición armada.

Desde el principio, su plan estuvo ensombrecido por la traición. Por una vil delación, el coronel Fulgencio Batista, conoció el propósito de Guiteras, por lo que al amanecer de ese día, ya habían preparado una emboscada. En esa operación participaron cientos de soldados que avanzaban en un cerco cerrado, en pleno zafarrancho de combate.

Las órdenes de Batista fueron muy precisas: “No lo quiero ni herido, ni prisionero, sino muerto.” Desafiando la superioridad del enemigo, Guiteras enfrentó decidido la situación y se produjo un tiroteo que, según los cálculos, duró varias horas.

Junto al revolucionario cubano cayó en combate el internacionalista venezolano Carlos Aponte, quien luchó en 1928 junto al General de Hombres Libres, Augusto César Sandino, en Nicaragua, y alcanzó el grado de coronel. Cuando se conocieron, Aponte dijo de Guiteras: “Al lado de este hombre vale la pena morir”, y así fue.

Aunque el doctor Carlos Mendieta había asumido la presidencia el 18 de enero de 1934, el jefe del Ejército, Fulgencio Batista, representante del verdadero poder en el país, se trasladó hacia el lugar de los hechos y presenció la tarea de identificar los cadáveres. En las fotos publicadas en la prensa de la época, se observa que no disimulaba su alegría ante el hecho consumado. Para sus tenebrosas aspiraciones, su obstáculo más grande era Antonio Guiteras, el hombre que murió heroicamente en esa acción desigual, con solo 28 años.



8 de mayo de 1955

Habían transcurrido 20 años en 1955, de aquellos hechos sangrientos y el almanaque anunciaba un nuevo 8 de mayo. Las circunstancias en el país eran diferentes, aunque las riendas del poder estaban en manos de Fulgencio Batista, el mismo personaje siniestro de antaño, convertido ahora en dictador. Como siempre, representaba las peores causas y sólo había cambiado su traje militar de kaki amarillo por el impecable traje blanco de civil de dril cien.

Antonio Gramsci, el teórico marxista, expresó que “[...] un determinado momento histórico-social, no es nunca homogéneo, por el contrario, es muy rico en contradicciones”. Precisamente eso sucedía en Cuba, al inicio de la quinta década del siglo xx, tras el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952. Por entonces, la república cumplía medio siglo de su nacimiento y al año siguiente,

el centenario del natalicio de nuestro José Martí.

En aquellos momentos surgió y se formó una generación que para comprender su presente hurgó en sus raíces, mientras luchaba por un cambio radical bajo la estrategia insurreccional que señalaron las acciones del 26 de julio de 1953, cuyos protagonistas enarbolaron las banderas de una verdadera revolución. De modo paralelo se desarrolló una lucha que desentrañó el viciado entramado político imperante, donde coexistían espurios intereses nacionales y foráneos, de plena dependencia. Con rigor histórico, los dirigentes de los partidos tradicionales necesitaban romper una barrera de intereses en lo político, social y económico imposible de superar.

Desde el golpe de Estado de 1952, se hizo un ritual acudir cada 8 de mayo a El Morrillo para rendir justo homenaje al inolvidable combatiente Antonio Guiterras y así ocurrió. Temprano en la mañana, José Antonio Echeverría salió hacia Matanzas, su provincia natal, junto a sus compañeros de la dirección de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU), para acudir al acto en el lugar, donde usó de la palabra a pesar de la mirada vigilante de un fuerte destacamento militar de la dictadura batistiana.

Para esa noche, los alumnos del Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas habían convocado a una velada patriótica en ocasión de la efemérides. Poco antes de comenzar, irrumpió en el lugar el coronel Alberto Triana Calvet, inspector territorial de la provincia, al frente de una docena de carros patrulleros, quien se dirigió a José Antonio y exigió la retirada de los altoparlantes.

De inmediato comenzó una acalorada discusión entre el líder estudiantil y el esbirro, lo que motivó un enfrentamiento, con el conocido desenlace de la brutalidad policíaca: golpes, cabezas rotas y brazos partidos entre disparos y gases lacrimógenos. Los más golpeados fueron José Antonio, Fructuoso Rodríguez y José Venegas.

En la Casa de Socorros de Matanzas, adonde fueron llevados, recibieron las primeras atenciones médicas y luego, en una operación prácticamente de comando, los trasladaron a la Clínica del Estudiante, en el hospital Calixto García de la capital.

Para la dictadura fue imposible ocultar el hecho, y se convirtió en noticia de primera plana, que ocupó amplio espacio, tanto en los diarios de Matanzas como de todo el país.

Días después, el 15 de mayo, Fidel Castro y los moncadistas salieron del Presidio Modelo, de Isla de Pinos, tras una amnistía que se logró mediante una verdadera movilización popular. Arribó al puerto de Batabanó en la motonave *El Pinero*, y de ahí viajó en tren hacia la Estación Terminal de Ferrocarriles de La Habana el 16 de mayo.

Una multitud impresionante esperaba al héroe del Moncada y entre esos cientos de cubanos, estaba José Antonio Echeverría, con la cabeza vendada y el brazo entablillado, junto a los miembros de la dirección de la FEU, para darle un emocionado abrazo a su amigo y compañero de lucha Fidel Castro, con quien siempre coincidió en los mismos ideales. En este abrazo quedaba sellado, simbólicamente, lo que luego se concretó en la Carta de México: nuestra unidad generacional.

8 de mayo de 2010

A la distancia de 75 años de aquella página histórica, se puede observar cómo el 8 de mayo, en sus distintas etapas, ha cumplido un objetivo de lucha, pues el ejemplo de Antonio Guiteras ha estado siempre presente.

Si ayer la fecha sirvió de inspiración para lograr el triunfo de la Revolución, hoy lo fue para defender las conquistas por las que él luchó. Por eso, a 75 años de su heroica caída, en la ejemplaridad de su vida continúa su lucha para defender y reafirmar la independencia de Cuba, con el mismo valor y entereza que supo hacerlo frente a sus enemigos.

Durante todo este tiempo, Antonio Guiteras ha ganado batallas con su intransigencia, su antiimperialismo y su pureza. Esta hermosa tradición nos trae el recuerdo de la imagen que sobre él escribiera un día otro grande de nuestra historia, Pablo de la Torriente Brau, cuando sentenció: “Ningún héroe es verdadero, si no es más grande en la muerte que en la vida, si no queda más vivo que nunca, después de su muerte. Si no es capaz de engendrar alientos en los que no lo conocieron, sino por la leyenda, que es la única historia de los héroes verdaderos”.



Cine, historia y Revolución

Antonio Álvarez Pitaluga
Profesor de la Universidad de La Habana

Toda revolución es un acto de fundación. Así afirmó la historiadora Hannah Arendt, a lo que pudiera agregarse, en dependencia de sus propósitos. Para muchos, la revolución es un punto de llegada, alcanzar una meta por la toma del poder político e inmediatamente desmotar las instituciones del pasado. Sin embargo, es algo muy distinto. Se trata de un punto de partida, de un inicio tras la victoria militar que supone una permanente transformación social. En ese proceso se refunda la cultura nacional, importante pilar de la hegemonía revolucionaria. Una revolución es una permanente y profunda subversión cultural que desarticula el sistema de relaciones sociales vigente y produce uno nuevo; construir una interpretación de la realidad en todas sus manifestaciones sociales, públicas y privadas.

A partir del triunfo de 1959, esta idea se convirtió en la brújula ideológica de la máxima dirigencia revolucionaria. Desde entonces, la cultura ha alcanzado un valioso protagonismo en la historia de la Revolución. Es por eso que apenas a 80 días de la victoria, un hecho marcó el inicio de una nueva etapa cultural del país: la fundación del Instituto de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). A 50 años del suceso una pregunta, entre muchas, puede explicarnos la razón de ser del cine en Revolución: ¿ha sido y



es el cine un foco creador de una nueva cultura nacional desde 1959 hasta hoy?

Germinar de un mundo nuevo

La Habana, 24 de marzo de 1959: a través de una ley del Gobierno Revolucionario promulgada ese día, un grupo de hombres encabezados por Alfredo Guevara, Santiago Álvarez, Tomás Gutiérrez Alea y Saúl Yelín fundaron el ICAIC. Ellos y otros destacados creadores iniciaron la impresionante tarea de rehacer el cine cubano. La experimentación, desde el documental y la ficción, apareció con fuerza para reflejar el cambio revolucionario, sus protagonistas y hacedores comunes. El rebelde, el mambí, los obreros, la mujer, el campesino y el miliciano cobraron voces. El celuloide reflejó una realidad social inédita que, a su vez, fue productora de la nueva mentalidad revolucionaria.



Las influencias del neorrealismo presentes en más de una obra cinematográfica, sirvieron como instrumento de crítica al pasado republicano y como posibilidad de interpretar la nueva situación social. La obra de Gutiérrez Alea es meritoria en ese sentido, *Historia de la Revolución*, *Las doce sillas*, *La muerte de un burócrata* y *Memorias del subdesarrollo*, ejemplifican esta nueva visión.¹ Otros filmes como *Juan Quinquén en Pueblo Mocho* de Julio García Espinosa, *La primera carga al machete* de Manuel Gómez y *Lucía* de Humberto Solás, sintetizan lo mejor de la creación cinematográfica de aquellos profusos años 60. La documentalística de Santiago Álvarez –vista en su Noticiero ICAIC– es fundamental para comprender aquellos momentos germinales. También es necesario sumar la obra de un caso excepcional con un relevante aporte

creador desde fines de los 60 e inicios de los 70: Sara Gómez.

El despertar de los 70 dio paso a una búsqueda de códigos estéticos. El realismo de la vida obrera y campesina y el enfrentamiento de clases en distintos momentos de la historia nacional fueron abordados en varias oportunidades, aunque no todas las producciones lograron riqueza estética y artística. Más de un especialista ha considerado estos años como una etapa donde la crítica social, la experimentación y la polémica se redujeron ostensiblemente. No obstante, el certero tratamiento histórico-social de varios filmes propició en varias ocasiones su destino feliz.

Los impactos sociales del cambio revolucionario en la Cuba post 59 llegaron en las imágenes de *De cierta manera* de la prematuramente desaparecida Sara Gómez. *El hombre de Maisinicú* de Manuel Pérez se encargó de mostrar el enfrentamiento armado del pueblo en la figura de un miembro de la Seguridad del Estado contra las bandas contrarrevolucionarias que operaron en la isla.

La obra de Gutiérrez Alea se acrecentó con varios filmes que sellaron su encumbramiento como el director más reconocido del cine cubano ya desde aquellos años. Con una introspección hacia la vida colonial se adentró en los enfrentamientos sociales y de clases desde *Una pelea cubana contra los demonios* y *La última cena*. Otros realizadores también los reflejaron desde la visión esclavista vs. esclavo como fue el caso de Sergio Giral con *El otro Francisco* y *Plácido*. Antes de concluir los 70, Gutiérrez Alea decidió abordar el impacto, tal vez el ocaso, de las clases adineradas



procedentes de la república al verse inmersa en la Revolución. Así fue como en *Los sobrevivientes* retomó su mirada neorrealista para visualizar la reacción de la burguesía cubana frente al triunfo revolucionario. Pastor Vega se encargó de uno de los filmes más populares de la etapa, *Retrato de Teresa*, donde la incorporación social de la mujer vs. el machismo nacional marcó un hito en la cinematografía del patio. A fines del período, *El brigadista* incursionó en las transformaciones sociales desde una de las grandes épicas de la Revolución, la Campaña de Alfabetización.

En 1978 se inauguró el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano. La vocación latinoamericanista de la Revolución se adentraba desde el séptimo arte en un reto de grandes magnitudes frente al poderío de Hollywood: mostrar las realidades de América Latina a través

del lente de sus realizadores cinematográficos.

El renacer truncado

La llegada de los 80 perfiló un retorno a la crítica e indagación social del cine. Temas como la industrialización, la cooperativización campesina, la incorporación social de la mujer, la épica histórica y revolucionaria y otros no tan halagüeños como la burocracia, la doble moral, los conflictos humanos —principalmente en escenarios urbanos—, y la emigración constituyeron la base temática de una abundante producción. *Cecilia*, de Humberto Solás inauguró la década. Pueden mencionarse en breve síntesis: *Se permuta*, *Los pájaros tirándole a la escopeta*, *Sueño tropical*, *Adorables mentiras* (comedias); *El corazón sobre la tierra* (cooperativización del agro); *Polvo rojo*, *Tiempo de amar*, *Hasta cierto punto*, *Habaneras*, *Una novia para David*, *En tres y dos*, *Papeles secundarios* (dramas y conflictos humanos en diversos contextos); *En el aire* (la obra revolucionaria en las montañas del Oriente); *Lejanía* (la emigración); *Guardafronteras*, *Los refugiados de la Cueva del Muerto*, *Clandestinos*, *Baraguá* (la épica revolucionaria); *Pataquín* y *La bella del Alhambra* (lo mejor del cine musical en Revolución). Nombres como Miguel Pineda Barnet, Orlando Rojas, Daniel Díaz, Gerardo Chijona y otros como Solás, García Espinosa, Gutiérrez Alea, fueron los directores de muchos de estos filmes.

El documental alcanzó altos ribetes haciendo gala de su larga cosecha creadora desde el 59. Junto al consagrado Santiago Álvarez, el entonces joven documentalista Enrique Colina reunió

más de un lauro por sus incursiones sociales desde el lente de la cámara: *El desayuno más caro del mundo*, *Chapuceros*, *Vecinos* y *Estética*, marcaron un acercamiento a diversas aristas de la sociedad cubana desde ese género. A ese esfuerzo se sumó *El desayuno más caro del mundo*, de Gerardo Chijona. En aquella prolífica década, el dibujo animado dentro del cine alcanzó uno de sus mejores momentos con dos creaciones emblemáticas: *Elpidio Valdés* y *Vampiros en La Habana*.

Un colofón importante en el desarrollo del cine cubano por hasta ese entonces lo constituyó la inauguración en 1986 de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños creada con una perspectiva latinoamericanista y tercermundista, que ya es posible ver en las obras de muchos de sus egresados en varias cinematografías internacionales.

El inicio del Período especial truncó un verdadero renacer cultural que iba en pos de acumular casi 10 años. La cultura, al igual que el resto de la sociedad, estaría sujeta a las exigencias, posibilidades y consecuencias de esta repentina coordinada nacional.

Al inaugurarse los 90, los largometrajes *Plaff* y *Alicia en el pueblo de las Maravillas* cerraban una mirada crítica del cine de la década anterior. La crisis condicionó las producciones cinematográficas reduciendo el número de películas; a su vez, propició una carencia estética tipificada en una zaga de comedias. En algunas coproducciones, la marginación y sus diferentes modos fueron el medio y el fin de casi todos los personajes; desde un bailarín hasta una estudiante universitaria estaban condenados a ser marginales. Fuimos como



los otros quisieron vernos. *Hacerse el sueco*, *Kleines Tropicana* y *Un paraíso bajo las estrellas* reflejaron este criterio. Felizmente otras coproducciones navegaron con espléndido acierto. El clásico Gutiérrez Alea inició en 1993 la década con su memorable *Fresa y chocolate*. A pesar de que ya la narrativa se había adelantado al tema homosexual y otros, fue un film que provocó un repensar sobre las realizaciones sociales del cubano. La emigración, la vivienda, la burocracia, los existencialismos y los conflictos de identidad en tiempos de crisis, llegaron en cintas de corte introspectivo e interrogador como *Madagascar*, *El elefante y la bicicleta*, *Reina y Rey*, *Pon tu pensamiento en mí* y *La vida es silbar*.

El siglo XXI se inició con *Suite Habana*, una nueva estética –de la fealdad– conmovió al público; su director, el clásico más joven del cine cubano,

Fernando Pérez. Los festivales del Nuevo Cine Latinoamericano, el de la Crítica Cinematográfica, el de Jóvenes Realizadores y el de Cine Pobre en Gibara, comandan los principales certámenes de un cine nacional ya imbricado a las nuevas técnicas digitales que ofrecen una mayor participación en el audiovisual cubano a jóvenes realizadores. *Nada, Operación Fangio, Barrio Cuba, Habana Blues, Tres veces dos, La edad de la peseta, El Benny, Mañana, La pared, Madrigal, Páginas del diario de Mauricio, El viajero inmóvil, Personal belongings, Omerta, Dioses rotos, El cuerno de la abundancia y Kangamba* muestran las pretensiones más recientes del cine cubano en lo que llevamos de centuria. Directores como Fernando Pérez, Juan Carlos Tabío, Rogelio París, comparten espacio con Arturo Soto, Tomás Piard, Ernesto Darana, Pavel Giraud, Juan Carlos Cremata y otros. Jóvenes realizadores de las facultades de medios audiovisuales del Instituto Superior de Arte (ISA) y

la Universidad de La Habana también han presentado propuestas de miradas y situaciones inmersas en diversas realidades que ha dinamizado el lenguaje estético de nuestro cine.

El cine cubano fue revolucionado por la Revolución, y es, a su vez, una de las mejores posibilidades de revolucionarla permanentemente. La hegemonía y el poder revolucionarios han tenido y tienen en el cine un vehículo indispensable para forjar un mundo nuevo, una utopía social, una cultura y un país, tal y como el maestro Gutiérrez Alea desde sus pasos siempre presentes no convida, “[...] podemos hacer un cine revolucionario desde el poder, un cine subversivo desde el poder [...]”.

Notas

¹ No es objetivo de este breve ensayo enumerar o mencionar los títulos de cine cubano en Revolución, ni tan siquiera su mayoría. Apenas acudo a los más significativos para mí en aras de ilustrar las ideas que expongo.

¿Puede ser el diseño arte o técnica?

Jorge Luis Rodríguez Aguilar

Diseñador, artista visual y profesor

A apoyado en la idea de que la verdadera base del arte residía en la artesanía, el diseñador y reformista social inglés William Morris establecía entre 1861 y 1891 –a través del movimiento Arts & Craft– una nueva concepción en la filosofía industrial y social de la segunda mitad del siglo XIX, que revitalizaría la artesanía y las artes aplicadas, en oposición al predominio y el empleo de las máquinas, en una época de creciente producción en serie.

Con la creación de este movimiento renovador nacía el diseño, como una entidad autónoma, fruto de la unión –si se quiere– de las mejores y más contrapuestas líneas de trabajo entre el arte y la técnica, pero no desaparecerá ese batallar constante entre lo artístico y lo artesanal; lo hecho a mano y lo industrial; lo tradicional y lo moderno. Muy por el contrario y como en sus inicios se definiera, serviría “[...] para la construcción y fabricación de objetos artísticos y de uso más o menos ordinario”,¹ que en poco tiempo desarrollaría una nueva especialidad del proceso creativo y cognoscitivo, la cual marcaría el desarrollo del futuro siglo XX.

Desde entonces, uno de los debates que más ha marcado al desarrollo del

diseño y tal vez, de menos solución práctica, es el establecer si es arte o técnica, olvidándose así su origen mismo y las condicionantes de su creación. De ahí que muchas de las equivocaciones que se cometen en la actualidad –dentro de su campo– están generadas a partir de un error en la concepción del diseño.

No tener un concepto exacto o bien definido de su cuerpo y de su campo de acción conlleva a múltiples equivocaciones. Pero primero..., ¿qué se entiende por diseño, visto como una unidad en tanto creadora de objetos y comunicaciones visuales?

El diseño es una manifestación de nuestra cultura y del desarrollo humano, aparejado con la actividad creativa del hombre, y en consecuencia, núcleo fundamental y componedor de su entorno. De ahí podemos establecer claramente –en primer lugar– que es una actividad creadora e intelectual.

Dicho término ha venido ajustándose de manera sistemática, a los procesos de servicio que realiza la profesión, cuya especialidad consiste en determinar –de una manera anticipada– las características finales tanto del proceso productivo como del proceso comunicativo de la información, con el fin de transmitir determinadas características, ya sean estas funcionales, formales, estéticas, simbólicas, informativas, identificativas, materiales, ergonómicas, persuasivas y económicas.

Todavía hoy sigue siendo una definición controvertida en los círculos más estrechos y especializados, al extenderse sus funciones a campos para los que no fue pensado, y asumir como concepto “todo acto de creación”.² Lo que queda claro, es que el diseño es un servicio

a terceros, tal vez la diferencia más clara con el arte, con el cual tan comúnmente se compara.

El encargo social del diseñador es brindar sus servicios con la mayor eficacia profesional posible para satisfacer a un público. Por lo que su perfil estará condicionado por el de quienes lo demandan. Determinar qué se diseña, para qué se diseña, o qué contenidos transmiten los objetos diseñados, no es responsabilidad de los diseñadores.

Por lo tanto, el diseño es una forma de pensamiento. Es el desarrollo consciente de una capacidad ontológica del ser humano, de crear un universo de objetos, pero también de signos, símbolos y señales con el fin de resolver una necesidad objetiva o comunicar algo, de transmitir un concepto o una idea, de la manera más directa, clara, sencilla y precisa.

De tal manera, el diseño obliga a adquirir una conciencia plena sobre las herramientas y procesos que se ponen en juego en el desenvolvimiento de estas tareas comunicativas. Esto quiere decir que, como profesionales, los diseñadores tienen –ante todo– la misión y la responsabilidad de ser conscientes de lo que ocurre cuando son puestos en marcha los procesos creativos que intervienen en el acto de concepción y comunicación.

Y en esa exploración hacia este estado de conciencia se manifiesta cuál es el alcance y la función de sus actos como modificadores de la realidad. En consecuencia, habiendo descubierto esa esencia, se habrá puesto de manifiesto también el deber que tiene cada diseñador de hacerse responsable de su profesión.

Toda acción de diseño se da dentro del campo de las formas, ya sea

como forma pensada –*eidos*–, o sea, personal, interna, abstracta, ideal, una existencia mental o intencional con la que nos representamos la realidad, el concepto; o bien como forma realizada –*morphé*– con una existencia real fuera de nosotros, física, en los objetos, de manera independiente a la persona y a su pensamiento. Tanto *eidos* como *morphé* deben ir unidas, pues una corresponde a la idea como concepto y la otra al objeto realizado, el signo o la imagen que representa a este concepto. Ambas se complementan y se integran, aunque con frecuencia, sobre todo en la enseñanza, suelen separarse prefiriéndose más el trabajo con la *morphé* que con el *eidos*.³

De ahí que se limite generalmente el concepto de diseño al de generar “formas” –ya sean estas objetos o comunicaciones–, en tanto esta palabra alude casi siempre a la *morphé* y casi nunca a la *eidos*. Es un error bastante extendido, pues se soslaya la parte del pensamiento por la acción, sin reparar que van juntas en el proceso y tanto un diseñador produce ideas, conceptos, imágenes abstractas sobre una tema, como a estas las convierte en formas físicas tangibles.

Por último, se debe analizar la relación que existe entre el diseño y su campo de acción, ya que este define de manera axiológica su finalidad. Como afirma García Olvera:

[...] si afirmamos que el quehacer del diseñador se da en el campo de las formas, no es el campo total de las formas al que nos referimos, sino al campo que constituyen las formas materiales, es decir, el de las formas espaciotemporales y dentro de este al de las estructu-



ras. En este campo distinguimos tres sectores, el de las estructuras especiales para el hábitat, el de las estructuras especiales para la comunicación y el de las estructuras especiales para la organización.⁴

En cualquiera de estos tres casos –arquitectónico, gráfico-comunicativo y el industrial o de productos–, el diseñador se enfrenta a la acción de crear o transformar sistemas, estructuras u organizaciones que satisfagan una pléyade de necesidades concretas del hombre en su entorno de relación social y personal. Tal experiencia ayuda a definir entonces que la acción de diseñar es una “[...] actividad que consiste en idear e imaginar formas sensibles

nuevas que respondan a las necesidades de los hombres como satisfactores, que hagan posible una vida cotidiana mejor en una totalidad social concreta”.⁵

Finalmente..., ¿el diseño es arte o técnica? Por lo general, se le suele dividir en dos grandes grupos, atendiendo al objetivo de sus producciones: industrial o de elaboración de objetos, y gráfico o de comunicaciones visuales. Si las analizamos desde su misma acción encontraremos entonces que cada una de estas especializaciones está más dirigida hacia el arte o hacia la técnica que la otra, y tal vez ese sea el motivo de esta pregunta eterna.

El diseño es uno de los bienes estéticos primarios⁶ y como tal le corresponde

ser analizado desde su relación entre forma, función y significado –como también desde sus fases: producción, distribución y consumo. Ya sea este dirigido a satisfacer una necesidad funcional, puramente objetual como en el diseño industrial, o bien, a establecer un proceso comunicativo como en el diseño gráfico, está generando y estableciendo una relación social. De ahí que tienda a compararse con el arte y la técnica, asumiéndose casi siempre al gráfico como más cercano al arte, y el industrial con la técnica.

Tanto uno como el otro se complementan. Tratar de ver al diseño como arte o técnica, sin respetar su esencia y significación, es pretender quitarle su protagonismo en la sociedad y su naturaleza propia. Ocurre con frecuencia, a partir de algunas definiciones antiguas sobre el diseño industrial, en donde se enunciaba que el diseño es una nueva forma de las artes aplicadas o una nueva etapa del diseño artesanal, llevado a un nivel más alto. Esta opinión tiene su origen en los comienzos del diseño, cuando por primera vez arte e industria fueron acoplados. Se opinaba que la aplicación del arte a la industria podía proveer la garantía de eliminar las fealdades de la técnica. El artista tendría que resolver los daños de la máquina. Máquina, industria y técnica fueron entonces considerados como fuerzas hostiles al hombre a las que habría de domar.

Al artista, como supuesto especialista de lo bello, le fue reservada la tarea de controlar por medio de la estética, las fuerzas brutas y deformaciones de la industria, protegiendo al hombre de las consecuencias alarmantes de una industrialización mal controlada, lo que

permitió –al menos– fijar la atención en el universo de los objetos técnicos, en particular en la calidad visual de estos tanto en la calidad estética como también en la del uso.

Como es evidente, dicha concepción inclina a pensar que el diseño es una simple solución de belleza o maquillaje estético de los productos industriales. ¿Cuántas veces he escuchado que un diseñador no puede construir una casa o un automóvil, o una herramienta, y si lo hacen, es solo en el plano de maquetas o proyectos? Asumir ciegamente que esta pregunta es cierta me hacen recordar a Le Corbusier, Mies van der Rohe, Behrens y otros tantos, que sin ser graduados de arquitectura o diseño dejaron obras maravillosas en cada uno de los campos en los que trabajaron.

El diseño ha sido considerado un “tabú” para muchos que aún no lo comprenden en su totalidad, y que tratan de restarle importancia subsumiéndolo en las funciones, bien del arte o de la técnica, olvidando que –incluso teniendo para cada caso funciones muy específicas– guarda mucha relación con las dos.

Tal vez, debido a que el diseño no estaba definido como ahora, en su momento Alexander Baumgarten no lo consideró también como una expresión de cualificación de la cultura, creando un precedente y dejando al diseño –para muchos todavía hoy en día– como una rama cuasi ambigua en su relación con el arte y la artesanía, o entre el arte y la técnica. Lo mismo ocurre si se quiere con la arquitectura, que para muchos estudiosos es considerada un arte y para otros una carrera técnica.

Puede considerarse al siglo xx como el de máximo desarrollo del diseño, en

todas sus manifestaciones y hacia todas las manifestaciones. El pasado siglo quedó marcado por la publicidad y el auge de los medios masivos de comunicación, como también por la creación y desarrollo de estructuras y modelos objetuales o productos, que convierten al diseño, sin dudas, en una de las manifestaciones que más le aportó al desarrollo sociocultural y económico de los últimos cien años, lo que pudiera servir para calificar al siglo xx como “el siglo del diseño”.

El diseño es todo lo que queremos que sea. No es arte ni técnica, pero también es arte y técnica. Es así. Puede ser asumido y producido desde una mirada artística, imponiéndole la estética y el sello de una época, un estilo, un gusto o puede ser asumido desde la técnica y ser totalmente funcional y competitivo; o servirnos de ella, como en el caso de las nuevas tecnologías informáticas y de comunicación, como medio para desarrollar nuestro trabajo.

Por más que se empeñen en verlo así, no es una entidad individual. Por el contrario, requiere del intercambio constante y de la colectividad: el diseño socializado o grupal, en donde cada conjunto realice producciones por sectores, y en este sentido tal vez se parezca más a la técnica y no al arte, que suele ser más individual.

El diseño toma de cada uno –arte y técnica– sus mejores características, poniéndolas en función de un objeto social. De esta manera suele ser más objetivo que subjetivo –sin descartar aquellos elementos de la subjetividad que aportan al ejercicio un toque de personalidad y diferencia–, trabaja tanto el campo de las formas como el de las ideas (no se puede olvidar que es una

actividad intelectual) –de ahí que sus producciones abarquen tanto los objetos como las comunicaciones– convirtiéndose en un fin más que en un medio.

Asimismo, trata de ser más funcional que hedonista, en tanto es un servicio social, con lo que se diferencia del arte y se acerca más a la técnica, aunque en el diseño no se puede descartar el elemento estético por sobre el funcional, pues tanto para el industrial como para el gráfico, la función estética o hedonista influye en los sentidos y el gusto, integrándose y formando parte del entorno, de manera que se utilizan todas las técnicas y relaciones que proporcionan un agrado y un placer estético, desde las compositivas y estructurales hasta las psicológicas y de mercado.

Finalmente, el diseño asume de la técnica el carácter analítico y científico, con el cual se vuelve más sujeto a reglas y leyes, sobre todo de relación y estructuración. Esto le da un sentido un poco más racional, con el que se busca reflejar un estado de conocimiento y de lógica, de ahí que tienda a ser más material y funcional, desechando muchas veces –con respecto al arte– el carácter intuitivo, empírico y espontáneo, reenfocando lo espiritual y la búsqueda de lo personalidad en función de intereses objetivos, menos idealistas o estéticos.

Entender entonces cuán cercanos están el arte y la técnica del diseño puede contribuir a un mejor desarrollo del ejercicio profesional del diseñador. El diseño no se puede dar el lujo de perder efectividad por temor a encasillarse en una u otra dirección. Y en este sentido el diseñador debe estar muy consciente, ya que su labor va dirigida, tiene un fin. En diseño es evidente: usa códigos establecidos.

Para hacer un buen diseño no es necesario conocer hasta dónde somos más deudores del arte o de la técnica. Ya hemos visto que en los dos sentidos aporta bienes al ejercicio de diseñar. Tanto lo representativo como lo interpretativo o conceptual forman parte de un único mundo y pueden existir a la vez en el diseño. De ahí que encontremos diseñadores más apegados indistintamente a la técnica o al arte, asumiendo cualquier corriente o manera de trabajar, desde los más formalistas, académicos o representativos, hasta los más informalistas o conceptuales. Todos coexisten y todos pueden llegar a hacer un buen diseño, en la medida en que funcione y sea entendido y consumido por su público.

El diseño tiene un fin social. Está marcado por el mercado y por la reacción directa o indirecta que él mismo provoca. Un buen diseño incita al consumo, crea la expectativa y te hace partícipe de ella. Uno se siente parte y responde a la pregunta que él mismo plantea. Asumir en el diseño el arte o la técnica con más o menos medida –estando claros sobre todo de lo que es el diseño–, puede hacer que nuestro

ejercicio y nuestro encargo social sean mejores y logren una mejor recepción a partir de su funcionalidad y estética. Es sólo un problema de comunicación. Nuestro diseño debe ser comunicativo, funcional y estético, lo cual incluye que sea útil, grato y conveniente. Pensemos en esto y saquemos las mejores experiencias de cada uno de ellos.

Notas

¹ Hatje, Gerd. *Diccionario ilustrado de la arquitectura contemporánea*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1985, p. 45-46.

² Rodríguez Aguilar, Jorge Luis. *Diseño, diseñar, diseñado. Teorías, estrategias y procedimientos básicos*. Editorial Adagio, La Habana, 2008, p. 11.

Edición en imprenta.

³ Ramón Cabrera alude a este fenómeno en *Imaginaria 2000. El diseño como utilidad humana*, Buenos Aires, 2000, p. 2.

Conferencia dictada en el Congreso Internacional de Educación Artística y Formación Artística “Imaginaria 2000”.

⁴ García Olvera, Francisco. *Reflexiones sobre el diseño*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, DF, 1996, p. 24.

⁵ Ídem.

⁶ Juan Acha define tres bienes estéticos primarios: la artesanía, el arte y el diseño.

El campo intelectual cubano en la Revolución

Irina Pacheco Valera
Historiadora e investigadora

El análisis del discurso intelectual cubano desarrollado en el período revolucionario, marcado en lo ideológico por el cuestionamiento y el debate de los nuevos códigos en el comportamiento y el pensar, resulta imposible sin explicar cómo se relacionaron objetivamente los agentes que actuaron en tal producción discursiva. Partiendo de este presupuesto, este artículo se propone analizar las características estructurales más específicas del campo intelectual cubano. Determinadas esas peculiaridades en su condicionamiento temporal, revelaremos los resultados que presentó la transformación institucional sobre los intelectuales implicados en las cambiantes propuestas ideológicas que anunció la Revolución cubana.

Dentro de la herencia sociológica, la terminología propuesta para definir el campo intelectual, se establece que este resulta, ante todo, un espacio de competencia, es decir una zona de la sociedad cuya actividad determina la existencia de autoridades y grupos dominados en constante tensión, empeñados en conservar o destruir, respectivamente, el orden simbólico establecido.¹

Para Pierre Bourdieu, el campo intelectual es un sistema de relaciones sociales que se establece entre los agentes del sistema de producción intelectual y constituye una estructura no estática dotada de una autonomía relativa e historiable. Como producto de la historia –destaca–, el campo no puede disociarse de las condiciones históricas y sociales de su integración.

El campo intelectual deviene en un circuito de relaciones sociales e institucionales que mediatizan la relación entre el creador, su obra y los públicos que convoca y pretende representar. No obstante, al ubicarse en una situación histórica y social determinada se define e integra dentro de una codificación que rebasa los límites creados. Las promociones intelectuales y artísticas –los debates, las polémicas, los temas, las opciones narrativas y/o estéticas, las formas de percepción y razonar– “[...] están siempre orientadas por su cultura y su gusto, interiorizaciones de la cultura objetiva de una sociedad, de una época o de una clase”.²

Inaugurada en 1959 con el triunfo de la Revolución cubana, la sexta década fue escenario, entre otros acontecimientos, de un espacio cultural compuesto por tres zonas. En primer término, puede señalarse la creación y posterior desarrollo de un amplio número de instituciones, publicaciones periódicas, espacios y eventos culturales de iniciativa estatal. En segundo lugar, se encuentra la base programática de la política cultural inicial de la Revolución. En tercero, en la complejidad del campo aparecen grupos de individuos interesados en subvertir el orden intelectual y simbólico establecido por las autoridades de las dos zonas

anteriores. En esta esfera, paradójicamente uno de los aires nutricios es la diversificación cultural que aportó en el plano cultural las relaciones de la isla con la diáspora.

Las instituciones culturales

Los 60 en el desarrollo cultural cubano se insertarían en un marco de relaciones internacionales de índole social, política y cultural que marcaron una ruptura con el *establishment* y el conservadurismo. Este período fue testigo, entre otros hechos trascendentales, del movimiento hippie norteamericano, el Black Power y la contracultura; los jóvenes franceses desarrollaron el mayo parisino; en Checoslovaquia se desató el violento enfrentamiento denominado Primavera de Praga; la resistencia del pueblo de Viet Nam ante el ataque de los Estados Unidos; en la Plaza de Tlatelolco, México, asesinaron a los jóvenes que defendían reivindicaciones revolucionarias; el casi estallido de una guerra nuclear en el Caribe; son momentos del esplendor de los Beatles y se produce el auge del rock, de las dictaduras militares en Latinoamérica y de los movimientos de liberación nacional; la década termina con la muerte del Che en Bolivia. En el archipiélago, son los años de las violentas luchas de clases, de la agudización del diferendo Estados Unidos-Cuba, de las acciones de Playa Girón, la Crisis de Octubre de 1962, de la lucha contra la contrarrevolución interna y de la emigración.

En la Cuba de 1959 se produce una ruptura de las coordenadas estéticas de los intelectuales a través del surgimiento de las organizaciones culturales y la aparición consigo de una nueva subjetividad intelectual compuesta

por periodistas, maestros, artistas y sus hábitats institucionales. La capacidad de representación confiere a los intelectuales no solo una significación socio-cultural clave, sino que revela las múltiples y complejas vinculaciones entre poder y saber que genera su ejercicio.³ En tanto circuito de mediaciones, los intelectuales se proponen en la Revolución ser indispensables tanto para el Estado como para la opinión pública. Desde el manejo de los capitales simbólicos, rubrican la construcción de un imaginario cultural en las instituciones nacionales y estatales, y además presiden procesos de legitimación y autorización de relatos del poder e intervienen en políticas de ordenamiento ciudadano. La política cultural de la Revolución potenció un cuadro axiológico humanista y una novedosa sensibilidad.

Para marzo de 1959 se fundó el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), gracias a la ley número 169 del Estado revolucionario. Esta ley constituyó la primera dictada en el ámbito del arte. La fundación del ICAIC estableció nuevas líneas formales y conceptuales y comienza otro período en la cinematografía cubana: se transforman las concepciones organizativas y se potenciaron desde sus inicios las raíces nacionales en el nuevo cine que se producía. Los cambios en el país fueron analizados por la cinematografía y polemizó sobre ellos. En diciembre de 1960, el ICAIC estrenó su primer largometraje de ficción: *Historias de la Revolución* de Tomás Gutiérrez Alea.

El ICAIC también asumió el sistema de cines móviles para exhibir muestras en lugares distantes. En 1960 es

creada la Cinemateca de Cuba, como departamento cultural del ICAIC, y ese mismo año se inició el *Noticiero ICAIC Latinoamericano* dirigido por Santiago Álvarez. Asimismo, el cartel del nuevo cine revolucionario como medio de comunicación visual, rompió con los moldes tradicionales y comerciales para impregnarse de un significado político y como propaganda de los cambios revolucionarios del país, y además expresa un profundo vuelo artístico y una gran plasticidad.

Los años 60 constituyeron *la década prodigiosa* del cine cubano. Son producidos filmes que en la contemporaneidad se consideran clásicos, es la etapa de génesis de la escuela cubana del documental, y se promovió el dibujo animado. El cine cubano fue reconocido mundialmente y los realizadores reflejaron los postulados de la Revolución y la esplendidez de esa década.



En aquellos años, Tomás Gutiérrez Alea filmó *Memorias del subdesarrollo*, José Lezama Lima publicó *Paradiso*, surgió la Nueva Trova, y se presentaron memorables muestras teatrales y danzarias. En julio de 1959 se funda también la Casa de las Américas, vocera de la cultura latinoamericana y vía de cohesión de los escritores continentales. Como forma de posibilitar un mayor acercamiento entre los creadores latinoamericanos, de 1962 a 1970 la institución organizó la Exposición de La Habana, dedicada en especial al grabado, y en cuyas ediciones participaron muchos de los que hoy son considerados maestros de la plástica latinoamericana.

Durante los primeros años de la Revolución también es constituido en 1960 el Consejo Nacional de Cultura, y un paso destacado para el desarrollo cultural del país lo constituyó la nacionalización de la enseñanza, así como la Campaña de Alfabetización, lo cual permitió que Cuba para 1961 fuera declarada un país libre de analfabetismo. Cerrando este ciclo inicial se efectúa el Primer Congreso de Escritores y Artistas de Cuba, espacio en el cual nace, el 22 de agosto de 1961 por nuestro poeta Nicolás Guillén, la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), con el objetivo de preservar el proyecto de justicia social e independencia nacional. Desde su creación ha estado representada por artistas de reconocido prestigio en todos los ámbitos de las artes estéticas y filosóficas. Entre las figuras que han estado en su dirección se encuentran Alejo Carpentier, José Lezama Lima y René Portocarrero. En 1969 se fundó el Grupo de Experimentación

Sonora del ICAIC, bajo la dirección del maestro, compositor e intérprete Leo Brower, cuyos objetivos esenciales eran crear música para las producciones cubanas, en particular para el género documental y contribuir al enriquecimiento de la música popular mediante estudios rigurosos de forma y contenido. Sus integrantes, excelentes músicos y compositores como Pablo Milanés, Silvio Rodríguez, Noel Nicola, Sara González, Emiliano Salvador y Eduardo Ramos, entre otros, fueron los exponentes de la ya reconocida Nueva Trova.

Todo este constante hacer en función de la cultura es vocero del papel jugado por parte del gobierno revolucionario. Sobre este tópico señaló el investigador Guillermo Rodríguez Rivera: “La Revolución significó, para el artista verdadero, la posibilidad real de desarrollar plenamente sus capacidades creadoras. Porque produjo un reencuentro con la nación y su cultura y porque el artista, secularmente en precario, tuvo por primera vez seguridad material y, con ella, la posibilidad de liberar su creación de toda sujeción mercantil”.⁴

Son los momentos de la creación del sistema editorial nacional, y dentro de él, la Imprenta Nacional (1959), la Editora Nacional de Cuba (1960) y del Instituto del Libro (1967). Aparece *Lunes de Revolución*, que en su período de existencia fue el órgano más representativo de la vida literaria cubana, el de mayor incidencia en el panorama insular. Comenzó a publicarse desde el 23 de marzo de 1959, y terminó su decursar el 6 de noviembre de 1961. Gran parte de su directiva provenía de dos revistas anteriores a 1959, *Nuestro*

Tiempo y Ciclón. Sus principales colaboradores fueron los entonces jóvenes escritores Guillermo Cabrera Infante (director), Pablo Armando Fernández (subdirector), Roberto Fernández Retamar, Fayad Jamís, José A. Baragaño, Rolando Escardó, Ambrosio Fornet, Edmundo Desnoes, Rine Leal, César López, Heberto Padilla, Lisandro Otero, Calvert Casey y Virgilio Pi-

Pablo Milanés



ñera. Sustanciosas son las polémicas desarrolladas entre el citado semanario *Lunes de Revolución* con sus muy heterogéneos componentes y los fundadores y escritores del grupo Orígenes. De ahí que Cintio Vitier, apoyado en los ataques a los origenistas aparecidos en *Lunes de Revolución*, definiera a la crítica de los primeros años como “agresiva e inútil”.⁵

Al crearse la Sección de Literatura de la Asociación Hermanos Saíz, esta promovió la edición del trascendente *Caimán Barbudo*. Este surgió en 1966 como suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*. Nucleó a la primera promoción de autores emergida en la Revolución: Jesús Díaz (primer director), Luis Rogelio Noguerras, Víctor Casaus, Guillermo Rodríguez Rivera, Raúl Rivero y otros. Salía en forma de tabloide, con frecuencia mensual, e incorporaba una amplísima gama temática. Desde sus inicios devino en una indispensable plataforma para los jóvenes creadores donde desarrollar el ejercicio del criterio y dar a la luz su literatura más reciente. Tuvo proyecciones más allá del hecho editorial al promover concursos, recitales, tertulias... Marcó intensamente la concepción crítica de la literatura cubana de tal manera que se concibe a buena parte de los jóvenes vinculados a este proyecto cultural como segunda generación de la Revolución (o primera del *Caimán*), con la consecuente zaga generacional que de esta asunción se deriva.

La etapa de los 60 es, a su vez, rica en debates y polémicas, y acuden a su escenario la confluencia de varias generaciones de pensadores y escritores. En el esquema generacional encontramos una promoción que ya proviene de

incursionar en los estudios literarios como Mirta Aguirre, Camila Henríquez Ureña, Juan Marinello, Alejo Carpentier, Ángel Augier, Cintio Vitier, José Lezama Lima, Roberto Fernández Retamar, José Antonio Portuondo; también un grupo con una fructífera experiencia en el campo cultural, pero que se iniciaban como críticos literarios como Ambrosio Fornet, Fina García Marruz, Graziella Pogolotti, Lisandro Otero, Samuel Feijóo, Edmundo Desnoes, Guillermo Cabrera Infante; y otra generación más joven, entre los que se encontraban los editores de la primera generación del *Caimán Barbudo*, y otros como Nancy Morejón, Reinaldo Arenas, Reinaldo González, Miguel Barnet...

La estudiosa Denia García Ronda⁶ analiza cómo en el campo de la crítica literaria hay una diversidad de opiniones entre los estudiosos de la década del 60, y refiere que Juan Marinello hablaba en 1969 de “indigencia crítica” por ser “escasa, intermitente”.⁷ José Antonio Portuondo, en “La ciencia literaria en Cuba”⁸ y cardinalmente en *Itinerario estético de la Revolución cubana*,⁹ considera una primera etapa de confusión y debates de enfoque político, permeada de textos pseudo-marxistas occidentales, y gradualmente —después de la década— de una mayor preocupación por el conocimiento y aplicación de las metodologías científicas adecuadas. Por su parte, Graziella Pogolotti¹⁰ destaca que desde muy al principio se aceptan los esquemas generales del marxismo y ya en 1968 está en formación un pensamiento estético original. Asimismo, Desiderio Navarro en varios textos recogidos en *Cultura y marxismo. Problemas y polémicas*,¹¹

ilustra la disminución del nivel cualitativo de gran parte de la crítica literaria y de las “[...] generalizaciones vulgares de carácter sociologista, gnoseologista, biografista, psicologista o formalista”.¹²

La política cultural inicial de la Revolución

En la política cultural los discursos no son mero reflejo o proyección alegórica de lo real, sino que constituyen un nivel específico de historicidad. La política cultural cubana descansa como un campo gravitacional en la que habrán de insertarse, a través de diversas estrategias y ciertas prácticas discursivas, los contenidos propios de las transformaciones realizadas. Dentro de la política cultural de la Revolución tenemos acceso a la variable de representación de los intelectuales y las operaciones culturales que estos organizan. Determinamos unas prácticas de identidad y unos imaginarios de una superficie referencial en los cuales se vive o se aspira a vivir. Establecimos además unos agentes que asumen y articulan su representación.

¿Cuál es la plataforma desde donde se establece una comunidad de discursos en torno a los paradigmas que se definen en la política cultural de la Revolución en sus inicios?

La complejidad de las propuestas es notable, pero es crucial destacar el papel intelectual del liderazgo revolucionario, primordialmente de Fidel Castro en *Palabras a los intelectuales* (1961) y del Che Guevara en *El socialismo y el hombre en Cuba* (1965). Ambos discursos no encierran la nueva cultura en un canon ni se limitan a un recetario de fórmulas ideológicas, y se manifestaron contra el legado

desastroso de la cultura manualesca, soviétizante y dogmática originada en Moscú. Sobre la influencia del Che y Fidel en el pensamiento social y cultural de la época, el investigador Rafael Hernández destacó: “Tanto en la historiografía, la sociología del arte, la función y el lugar de los intelectuales, el valor del conocimiento y de la teoría para la práctica social, como en la dinámica de las instituciones culturales y educativas, su peso y lugar resulta en la formación de la conciencia social en el socialismo cubano, así como del sentido de la Revolución en tanto fenómeno cultural, en el contenido mismo del arte, la literatura y la creación en general”.¹³

El espacio cultural de las relaciones de la isla y la diáspora

La década del 60 fue un período de magnificencia cultural en el que actuó una pluralidad de tendencias. Pero este proceso presentó sus paradojas, pues junto a los importantes cambios ocurridos no se puede dejar de mencionar que se manifestaron sombras emanadas de posiciones sectarias, esquemáticas y de extremismo político: la discriminación a homosexuales y creyentes religiosos, la prohibición de la música rock o el jazz, de las melenas y las minifaldas, así como la exclusión generalizada de las producciones de escritores y artistas que se habían marchado al exilio.

En este último punto quiero detenerme, pues uno de los ingredientes que ha tenido la Revolución cubana es el éxodo de cubanos hacia los Estados Unidos y otros países. Esto le ha ofrecido a la dinámica de la cultura de la Revolución una multiplicidad, ya que

la emigración cubana desempeña una considerable vida cultural, sobre todo en la música popular, la literatura y las artes plásticas. Cuenta con numerosos artistas e intelectuales cubanos de primera línea, exiliados, entre ellos figuras como el compositor Ernesto Lecuona y el historiador Herminio Portell Vilá, la folklorista Lydia Cabrera, los escritores Guillermo Cabrera Infante y Lino Novás Calvo, la reina de la salsa Celia Cruz... Para ambos polos, la relación de la isla y la diáspora ha sido enriquecedora, de ahí el saldo luminoso que le aportó este fenómeno a la construcción identitaria de lo cubano.¹⁴

Dentro del campo intelectual cubano de los 60, muchos de los sesgos advertidos por la historia y la crítica cultural en la experiencia de la praxis del período, emergen entreverados con especificidades de la dialéctica de los años épicos marcados por nuevas concepciones de espacio y tiempo, nuevos paradigmas cognitivos, éticos, estéticos y políticos. Los diferentes itinerarios históricos fueron asumidos por subjetividades intelectuales novedosas, seducidas y esperanzadas por el relato fundacional de la Revolución cubana, lo que permitió a los intelectuales cubanos adoptar estrategias complejas de identidad y comportamiento cultural al resemantizar los discursos que representaron.

El *habitus* del campo intelectual es la cultura incorporada por los grupos agentes. No la cultura general, sino aquella que parece óptima para participar en la competencia del campo. De este modo, el *habitus* es el “oficio” del intelectual –conjunto de técnicas, referencias, creencias, criterios de validación, etcétera–, al

tiempo que la propensión a conceder igual importancia a todos los detalles que importan a la disciplina. Todos esos elementos se interiorizan por el individuo en forma de disposiciones duraderas y constituyen los principios rectores de su conducta. El *habitus* se comporta como un capital específico que se invierte para realizar la lógica funcional del campo, es decir, la competencia entre posiciones. Existe como cultura incorporada –interiorizada por el individuo– y como cultura institucionalizada –principios rectores de las instituciones. Como es lógico, el capital intelectual que detentan las autoridades, los grupos dominantes, se presenta con más valor que el de los grupos marginados, cuya actividad se encamina a subvertir esa situación.

Los 70 y la primera mitad de los 80

Durante esta etapa se opera un grupo de cambios si la comparamos con los años precedentes, propuestas que se vincularon con el deterioro de un grupo de prácticas de la política interna, en especial en el orden económico, así como en los impactos exógenos adversos.

El intelectual cubano de la década del 70 tiene un escenario profundamente asimétrico, y el letrado en Cuba asumió una vocación híbrida: exhibía un manejo en el pensamiento y la escritura de las transformaciones radicales de la etapa anterior junto a la admisión y despliegue de un languidecimiento de la originalidad del discurso, siguiendo el modelo que respondía al patrón soviético.

Se vive en la isla la epopeya nacional de la “zafra de los 10 millones”, coronada por un fracaso. Este revés

provocó un discurso autocrítico en el cual Fidel reconoce el alejamiento producido entre la dirigencia del Partido y su militancia de base. Dos años después, en 1972, Cuba toma la decisión de ingresar en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). La línea que desde los años 60 se había alertado sobre el peligro de una subordinación excesiva a la hegemonía soviética y a los modelos del “socialismo real”, retrocedió ante el avance de tendencias dogmáticas.

Asimismo, refrendado por el Acuerdo de la Reunión de la Organización de Estados Americanos (OEA) en Quito en 1975, que liberaba a los países miembros de establecer relaciones bilaterales con Cuba, se amplían las relaciones interestatales de la isla con los países de la región. Los Estados Unidos mantienen su bloqueo económico y su hostilidad sobre el pueblo cubano, pero flexibiliza sus posiciones y establece canales diplomáticos con su gobierno. El sistema político de Cuba institucionalizado en 1976 con la nueva Constitución de la República, legislada el mismo año, así como con las Asambleas del Poder Popular que se formaron a nivel nacional, provincial y local como representaciones del gobierno en esas instancias, fortaleció su gestión y legitimidad. Los nuevos parámetros impuestos al control social y el excesivo aumento de la burocracia, lastraron el sistema con tendencias negativas que eclosionaron a mediados de los años 80.

El sistema político cubano se aceptó en la América Latina y el Caribe como un actor regional soberano y responsable, pero su carácter socialista se consideraba incompatible con el sistema de seguridad regional. Esta

percepción, reforzada por la guerra fría, se vio favorecida por la proliferación de gobiernos autoritarios y represivos y por la llamada crisis centroamericana.

Todos estos elementos referenciales van a contextualizar el *habitus* del campo de la cultura cubana. En este orden en la década del 70 se desarrolla, entre 1971 y 1976, lo que el ensayista Ambrosio Fornet denominó el “quinquenio gris”, un período que se sitúa aproximadamente entre el Congreso de Educación y Cultura de 1971 y la fundación del Ministerio de Cultura en 1976. Una etapa donde bajo el manto de la “pureza ideológica” resultaron marginados muchos intelectuales y artistas del teatro y la enseñanza artística. En la esfera del pensamiento, el esquematismo soviético se extendió por tres quinquenios, hasta mediados de los años 80.

Los discursos emitidos sobre la cultura patentizaban la carencia de enfoque teórico-científico y de metodologías que potenciaran la reflexión y el análisis. Se produjo una fractura en el ejercicio del pensar en el *habitus* del campo intelectual y se incorporó un marco teórico-referencial de carácter mecanicista, homogéneo, empírico y en extremo general.

Pero ningún proceso en el interior del *habitus* intelectual de la Revolución cubana puede analizarse en blanco y negro. Los retrocesos planteados no impidieron la manifestación espontánea de tendencias que ilustraban los aspectos vitales de la Revolución. Esto explica cómo con la fundación del Ministerio de Cultura en 1976 se abren las puertas para la autenticidad artística y literaria, y aunque subsistieron los elementos burocráticos en el mundo

intelectual se instauraron con lentitud atisbos del pensamiento creador.

Desde 1979 se celebra el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano en La Habana en el que se muestra la casi totalidad de los filmes realizados en América Latina durante el año. Sin embargo, desde finales de la década comienza a presentar síntomas de parálisis la gráfica cinematográfica: se perdió la continuidad en el trabajo y los diseñadores que estaban en el país casi nunca potenciaron fuentes inéditas, ni se propusieron nuevos derroteros, sino que redundaron sobre los códigos ya descubiertos.

El *habitus* intelectual cubano de los 70 a pesar de sus grietas se vio favorecido además por el acumulado de instituciones y centros especializados de la investigación científica y por la apertura de una innumerable promoción de graduados de las carreras de humanidades, historia, psicología, filosofía, ciencias jurídicas, economía y de la enseñanza artística.

También es el entramado del internacionalismo cubano en el suroeste (1975) y el Cuerno (1977) de África. Como continuidad de la década del 60 se dio un impulso en la política exterior cubana con una mirada tercermundista. Con el triunfo de las propuestas revolucionarias en Nicaragua y Granada (1979) se abre un espacio notable a las relaciones entre Cuba, América Latina y el Caribe. Estas variables incidieron en el *habitus* del campo intelectual a través de un enfoque cognitivo sobre nuestra región y África, y de la dinámica internacional.

En la dialéctica identitaria cultural, el intercambio con la otrora Unión Soviética y los países de Europa del



este se expresaron vasos comunicantes enriquecedores para ambos agentes identitarios en cuanto a costumbres y tradiciones de los vínculos familiares que se establecieron, pero también en el espacio del desarrollo del pensamiento cultural y social.

La complejidad del *habitus* del campo intelectual cubano estribó en las convergencias y divergencias entre la combinación de un dogmatismo real, con actos de desafío y consensuales de apropiación y resemantización por parte de los intelectuales. Simultánea e irónicamente, la década del 70 estimuló sus propias fugas y sus otredades, sus ambigüedades y sus destinos centrífugos, contestatarios y desestimadores.

Segunda mitad de los década de los 80

Durante esta etapa, el funcionamiento conjunto de los agentes del campo

intelectual cubano trae consigo una resignificación de las proyecciones estéticas y culturales a través de las manifestaciones de la creatividad y la independencia en el ejercicio de interpretación teórica.

El devenir de este viraje en el *habitus* intelectual cubano estuvo matizado por las variables líneas globales, entre la que ocupaba un lugar clave el accionar de la perestroika y la glasnost en la extinta Unión Soviética, donde los aires cambiantes influyeron con dinamismo en los rumbos de un pensamiento crítico ante las nuevas tendencias y regularidades emanados de tan contradictorio proceso que climatizó con la caída del muro de Berlín (1989) y el fin de la URSS(1991), lo cual provocarían la ruptura del *habitus* intelectual cubano con los agentes de la comunidad socialista.

Dentro del marco interno, a mediados la década del 80 se palparía el agotamiento del modelo de desarrollo económico vigente desde los 70, y ello influyó en la puesta en escena del llamado proceso de rectificación de errores y tendencias negativas (1986), con su contenido crítico de los horizontes nacionales, e inició un nuevo período con vislumbres cualitativamente superiores. Todos estos procesos no los podemos analizar como causa-efecto, sino que de forma dialéctica fueron el crisol de procesos y tendencias que se habían gestado poco a poco en décadas anteriores.

En este proceso se discutieron deficiencias acumuladas de la etapa anterior entre las que se encontraban:

- *La obcecación teórica.* Casi todo lo que no tuviera una herencia marxista-leninista era descalificado ideológicamente.

- *La segmentación del conocimiento social.* Existía un esquema de análisis que impedía la integralidad en las líneas del pensamiento, es decir, una carencia de un enfoque holístico y complejo.

- *La homogeneización del discurso social.* La incapacidad para las polémicas y las visiones críticas.

- *La nula sistematización de los enfoques nacionales y extranjeros.* La evidente ausencia de los estudios comparados entre las diferentes disciplinas sociales y científicas.

- *El abandono de un sólido basamento teórico.* Se manifestaban posiciones descriptivas o informativas, sin la interconexión de enfoques.

- *La ausencia de promoción de los resultados emanados de las investigaciones científicas.* Sobre todo en los temas de contenido social, como la religión, la educación, la racialidad, las perspectivas de empleo ante el nuevo contexto de crisis, no eran divulgados ni se convirtieron en base programática de la política cultural.

La ebullición de la década del 90

Las relaciones bilaterales de Cuba abarcan a casi toda la totalidad de los países de la región. La isla se mantiene incorporada a espacios multilaterales como el Sistema Económico Latinoamericano (SELA), la Conferencia Iberoamericana y la Asociación de Estados del Caribe. El gobierno de los Estados Unidos refuerza el bloqueo económico contra Cuba e intensifica su campaña contra el gobierno revolucionario, descalificándolo por su supuesta falta de democracia y violación de los derechos humanos, e incluso muchos

gobiernos de la región sostuvieron la idea de que Cuba debía realizar cambios en su sistema político para lograr su plena incorporación a los espacios de concertación política latinoamericana en general y al sistema interamericano en particular.

Ante esa dinámica internacional, el escenario doméstico en el itinerario de los 90 estuvo marcado por la más aguda crisis de su historia en todos los órdenes, y el campo cultural, por supuesto, no escapó a la recesión. La situación interna que se denominó oficialmente con el nombre de “período especial”, asombró a amigos y enemigos, y es analizada agudamente por la teatróloga Magaly Muguercia al apuntar:

Hay quienes, sin demasiado disimulo, acarician la contrautopía de una restauración capitalista a corto o mediano plazo. Están los “realistas”, dispuestos a recortar cuanto sea necesario sus ideales, a fin de adaptarse a los nuevos tiempos y no hacer peligrar, bajo ninguna circunstancia su status. Están los sinceramente desengañados pero, en el fondo, fieles a los ideales que parecían haber dejado escapar su chance histórico. Están los “férricos”, que intentan persistir en la defensa del socialismo sin modificar en nada esencial aquellos mismos esquemas de pensamiento responsables de la debacle que se produjo. Y están los difíciles, los que viven la crisis de la nación intentando rescatar el ideal del socialismo, la utopía de una sociedad de igualdad y justicia, por medio de una reformulación crítica que tampoco estaría en condiciones de ofrecer respuesta a muchas interrogantes.¹⁵

La convulsa etapa a su vez reacondicionó las propuestas del campo intelectual cubano al buscar un pensamiento alternativo con nuevos paradigmas teórico-culturales dentro del dinamismo del nuevo modelo socialista.

Temas como la marginalidad, la raza, la religión, la emigración, el género y los estudios feministas, las desigualdades han constituido la agenda del pensamiento cubano desde esa década.

Las nuevas voces de estos discursos emergentes se enmarcaron en un panorama paralítico de la producción editorial. Por ejemplo, según las estadísticas el investigador Rafael Hernández ilustra: “De una producción de 600 títulos con una tirada promedio de 35 000 ejemplares en 1990, se pasó en apenas dos años a menos de 100 títulos con una tirada promedio por debajo de 3 000 ejemplares, situación que se agravó en los años siguientes. En la medida en que tiene que ver con la difusión de las ideas, la reducción del tiraje de la prensa plana también reflejó el impacto de la crisis”.¹⁶

Pero el estudioso Rafael Hernández advierte cómo una mirada a la problemática desde la óptica cuantitativa no brinda la dimensión integral del proceso, que debe enrumbarse desde el ángulo del entrenamiento del pensamiento.¹⁷ Y como asimismo en el decursar de la recuperación del período especial, iban fundándose o refundándose publicaciones periódicas que comparativamente con las décadas anteriores esbozan con una multiplicidad de propuestas el terreno de las ideas. Entre estas revistas se sitúan *Temas*, *Revolución y Cultura*, *La Gaceta*, *Debates Americanos*, *Contracorriente*, *Del Ca-*

*ribe, Islas, Cuba Socialista, Casa de las Américas, Marx Ahora, Caminos, Unión, Revista de Ciencias Sociales.*¹⁸

De esta reanimación se puede aseverar lo expuesto por Rafael Hernández al situar:

Catalogadas por unos como “revistas de pensamiento”, “académicas”, “culturales” o de “ciencias sociales”, esos rótulos no expresan del todo el interés que despiertan algunos de sus artículos, ni la diversidad de su público lector, que rebasa el de los círculos intelectuales. La razón para esto, a mi juicio, radica en que estas publicaciones articulan un debate abarcador de campos como el arte, la literatura o la teoría social, pero que también indagan en esas otras dimensiones de la cultura que atañen más ampliamente a la sociedad, la ideología y la política. El sentido problemático de los tópicos que se tratan, los elementos de juicio y el contenido analítico de sus planteamientos, el sesgo predominante comprometido de sus enfoques, la divergencia respecto a los abordajes tradicionales, y –no por último menos importante– el carácter contemporáneo y polémico de los asuntos que se discuten, ofrecen a los diferentes lectores maneras coherentes y sugestivas de considerar temáticas que los asaltan en sus vidas diarias.¹⁹

No podemos obviar en este recorrido renovador la encomiable labor de Desiderio Navarro, quien realizó la traducción de todos los teóricos del extinto campo socialista. Su sello modernizador tuvo su impronta cultural en la revista *Criterios*, que conserva su

rigor y prestigio en la isla e internacionalmente.

A modo de conclusiones

Al recorrer estas páginas, los lectores y lectoras encontrarán las paradojas por las cuales ha transitado el *habitus* del campo cultural cubano. Si he trazado un cuadro temático que nos demuestra que la historia es resurrección, como afirma el historiador francés Jules Michelet, si nuestro quehacer nos ubica entre avatares y derroteros, en este trabajo he intentado revelar una agenda cultural deseosa de lo híbrido y del pluralismo en la sociedad civil contemporánea. He versado sobre un discurso que provoque la reflexión teórica y al debate con normativas claves de un pensamiento científico. Que sirva de asidero a la construcción y deconstrucción de lo cubano desde las prácticas cotidianas y que impulse a las nuevas generaciones a este diálogo abierto, legítimo y auténtico.

Consecuentemente, los retos de los intelectuales cubanos del tercer milenio radican en impulsar estudios más rigurosos y creativos. Para lo cual tenemos como desafíos:

1. Enriquecer y fomentar las teorías o modelos explicativos con la finalidad de brindar de manera más exacta la evolución de la realidad cubana actual. Recordemos que los intelectuales comprometidos con las distintas problemáticas de las distintas etapas de nuestra historia, han engendrado y sistematizado explicaciones que no podemos encauzar por el camino de la desmemoria.

2. Promover estudios interdisciplinarios, multidisciplinarios y transdisciplinarios en virtud de que los tópicos para abordar de manera más

completa los hechos y situaciones de nuestra realidad requieren una conjunción de esfuerzos de especialistas de los más diversos campos del conocimiento. Así vindicaríamos no solo la perspectiva integradora de los saberes científicos y los filosóficos, sino la comprensión válida de que la realidad es compleja por totalizante.

3. Democratizar el conocimiento, al considerarlo instrumento insustituible para ampliar la comprensión de las realidades y para dotar a la sociedad de elementos gnoseológicos convincentes, que permitan relacionar la inmensa cantidad de información aportadas por los medios masivos de comunicación y las nuevas tecnologías, y que estos incorporen concepciones más novedosas, tentadoras y vanguardistas. Es enrumbar el camino hacia una nueva cultura, que podemos llamar del movimiento.

Notas

¹ Véanse los trabajos del sociólogo francés Pierre Bourdieu: “El campo literario. Requisitos críticos y principios de método”, en *Criterios. Estudios de teoría literaria, estética y culturología*, No. 25-28, en. 1989-dic. 1990); *Sociología y cultura* (Grijalbo, México, 1990); “Campo intelectual y proyecto creador”, en *Problemas del estructuralismo* (Siglo XXI Eds., México, 1967).

² _____. “Campo intelectual y...”. *Ibidem*, p. 172.

³ Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*, Gedisa, Barcelona, 1988.

⁴ Rodríguez Rivera, Guillermo. *Ensayos voluntarios*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1984, p. 151.

⁵ Vitier, Cintio. *Crítica sucesiva*. Ediciones Unión, La Habana, 1971, p. 429.

Citado por Denia García Ronda en su trabajo “Los estudios literarios en Cuba. Una visión panorámica”. En *Sin urna de cristal. Pensamiento y cultura en Cuba contemporánea*, Centro de

Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 184.

⁶ García Ronda, D. *Ibidem*, p. 184.

⁷ Marinello, Juan. “Sobre nuestra crítica literaria”. En *Ensayos*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1977, p. 361-372.

⁸ Portuondo, José Antonio. “La ciencia literaria en Cuba”. En *Letras, Cultura en Cuba*, No. 3 / Prefacio y comp. Ana Cairo. Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1987, p. 268-273.

⁹ _____. *Itinerario estético de la Revolución cubana*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1979.

¹⁰ Pogolotti, Graziella. Sobre la formación de una conciencia crítica, *Revolución y Cultura*, La Habana, No. 5, 1968, p.80-81.

¹¹ Navarro, Desiderio. “La crítica literaria cubana en el período revolucionario”. En *Cultura y marxismo. Problemas y polémicas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1986, p. 403-414.

¹² García Ronda, D. *Op. cit.* (5). p. 184.

¹³ Hernández, Rafael. “Sin urna de cristal. Notas al pensamiento cubano contemporáneo”. En *Sin urna de cristal*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, La Habana, 2003, p. 13-14.

¹⁴ Para ampliar sobre este tema, véase Mosquera, Gerardo. *La isla infinita: Introducción al nuevo arte cubano*, Impresiones Ligeras del Instituto Superior de Arte, sf.

¹⁵ Muguercia, Magaly. El teatro cubano tras las utopías, *Temas*, La Habana, No. 2, abr.-jun, 1995, p. 116-122.

¹⁶ Hernández, R. *Op. cit.* (13). p. 23-24.

¹⁷ *Ibidem*, p. 24

¹⁸ *Ídem*.

¹⁹ *Ibidem*, p. 24-25.

Breve esbozo biográfico de Enrique José Varona

Josefina Meza

*Profesora de la Universidad de Ciencias
Pedagógicas Enrique José Varona*

Formar hombres y mujeres integrales, transmitir valores, desarrollar seres superiores; porque nuestra historia está llena de hombres y mujeres y por seres superiores, y nosotros tenemos que arreglárnosla para despertar en todos un deseo de ser seres superiores, de ser seres mejores, de ser iguales que aquellos. Necesitamos ejemplos, necesitamos paradigmas, y en nuestra historia tenemos un caudal inagotable de valores.¹

FIDEL CASTRO

El patriota y educador cubano Enrique José Salvador Varona Pera nace en rica cuna burguesa en Puerto Príncipe, hoy Camagüey, el 13 de abril de 1849, y muere el 19 de noviembre de 1933 en La Habana.

Intelectual de saber multidisciplinario y proyección continental, continuador de lo mejor del pensamiento ético-político y pedagógico cubano del siglo XIX, pone sus vastos conocimientos humanísticos al servicio de su patria, principalmente desde la educación, la historia, la filosofía, la literatura y la política. Es autor de una importante y amplia obra escrita

y realiza numerosas actividades desde diversos cargos públicos.

Figura polémica, su vida transcurre en dos épocas históricas: a fines de la dominación colonial española y en las tres primeras décadas de la república neocolonial, y su pensamiento político evoluciona de posiciones burguesas conservadoras a moderadas primero, y después a radicales al término de su existencia, al contrario de lo que es más común.

Colonia

¿Cómo es físicamente Varona en su juventud? Uno de sus contemporáneos hace esta descripción: “[...] de buena estatura, de elegante prestancia, de tez mate y grandes bigotes castaños a la moda de la época; muy miope, el porte de los quevedos² le daba un lugar aparte en una sociedad en que era muy raro su uso”.³

El camagüeyano se desenvuelve en un ambiente aristocrático, culto y de tradición católica, en el Puerto Príncipe de su infancia, adolescencia y primera juventud. Es hijo del licenciado Agustín José de Varona (muere en Puerto Príncipe en 1865) y de María Dolores de la Pera (nace en Cataluña y muere en Puerto Príncipe en 1886), y el menor de seis hermanos. Sus primeros maestros son el sacerdote que le adoctrina en religión, y su padre, quien escribe poemas, artículos sobre economía y le orienta estudiar idiomas, y facilita el acceso a su nutrida biblioteca.

Varona es un lector constante desde su niñez, aprende dos lenguas clásicas, griego y latín, y varios idiomas modernos: inglés, francés, italiano y alemán, lo que le permite el conocimiento directo de sus literaturas. Hace versos,

aproximadamente, desde los 15 años y continúa su labor poética hasta avanzada edad. Asiste a su primera ópera en su ciudad natal y se familiariza con otras obras de ese género al asistir al teatro o al ejecutar fragmentos al piano. También integra la directiva de la Sección de Literatura y Ciencias de la Sociedad Popular de Santa Cecilia en Puerto Príncipe.

Asiste a algunas instituciones oficiales escolares, pero en lo fundamental su formación se debe a su empeño autodidáctico. Es alumno interno del Colegio de San Francisco de Asís en Regla y El Cerro en La Habana y después del Colegio de las Escuelas Pías de Camagüey entre 1863 y 1865. Sin embargo, no realiza estudios medios y superiores oficiales hasta la última década del siglo XIX, cuando ya es un autor reconocido por haber escrito importantes obras de filosofía, literatura y otras materias, lo cual confirma la importancia que tienen sus estudios autodidácticos. Así termina el bachillerato en 1891 en el Instituto de Matanzas, al año siguiente se gradúa de Licenciado en Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana, y con 54 años, en 1893, alcanza el grado de doctor en la misma especialidad.⁴

Varona bebe en las fuentes de la cultura europea occidental y de la antigüedad clásica, en particular en las obras maestras de la literatura española y en autores de su época, elementos que constituyen los cimientos de su vasta plataforma cultural.

Cuando se inicia la Guerra de los Diez Años tiene 19 años, está casado y con un hijo;⁵ se alza en Las Clavellinas el 4 de noviembre de 1868, pero regresa a Puerto Príncipe enfermo. En

1870 publica la breve obra de teatro *La hija pródiga* contraria a la revolución, en donde recrimina a Cuba por su alzamiento contra España, de lo que se arrepiente después cuando se produce la muerte de Ignacio Agramonte en combate y su cadáver es arrastrado por las calles de Puerto Príncipe. Años más tarde se le reprocha esa actitud de entonces y a ello responde que no habría escrito aquella de haber tenido unos años más, de conocer mejor la historia de España, y si hubiera sido testigo –como lo fue después– de los horrores de la represión colonial. Su proceder es resultado de su inmadurez juvenil y demuestra que no posee aún una firme postura independentista.

Durante la década bélica, en Puerto Príncipe se desarrolla básicamente en el campo de la literatura y la filosofía, y se mantiene al tanto de los últimos avances de las ciencias, en especial de la biología, bajo la influencia fundamental de dos concepciones: el positivismo y el liberalismo.

El punto de partida de su concepción del mundo va a ser el positivismo, filosofía idealista surgida como expresión de la burguesía europea en la tercera década del siglo XIX, y que en sus inicios abre nuevas vías para el conocimiento científico a la intelectualidad latinoamericana. El camagüeyano toma la actitud antimetafísica del positivismo, su fe en el progreso de la humanidad y acepta sus postulados: el aferramiento a los hechos y la experimentación como criterios de verdad, lo que al vincularse a la teoría darwinista de la evolución le sirven para enfrentar el oscurantismo de su época y alcanza una posición ateísta y anticlerical tempranamente (1879). El positivismo

varoniano se nutre de la realidad nacional donde vive, por lo que supera las influencias recibidas y construye su propio positivismo.

Al mismo tiempo recibe la influencia de la ideología política liberal (burguesa) que en el XIX tiene como modelo a la sociedad capitalista premonopolista, de ahí su admiración por la civilización europea occidental, en particular la anglosajona y alemana.

Varona asimila, en gran medida, la doctrina liberal europea mediante la tradición patriótica cubana del siglo XIX, de la que es heredero. Recibe como influencia fundamental las ideas ético-políticas y pedagógicas de los padres José Agustín Caballero (1762-1835) y Félix Varela (1787-1853), José de la Luz y Caballero (1800-1860), José Antonio Saco (1797-1879) y Gaspar Betancourt Cisneros, El Lugareño (1803-1866). Les estudia, admira y escribe acerca de cada uno de ellos, aunque al único que llega a conocer personalmente es a *El Lugareño*, pues este muere en Puerto Príncipe cuando Varona tiene 17 años.

Las ideas positivistas y liberales le sirven a Varona como instrumento de combate contra el dominio colonial español y en defensa de la libertad y de la democracia burguesa.

Terminada la guerra, y tras la paz del Zanjón, se traslada a vivir en la capital, ingresa en agosto de 1878 en el Partido Liberal Autonomista (PLA) y forma parte de su Junta Central (dirección), al considerar que no existen condiciones para reiniciar de inmediato la lucha independentista. También da a conocer sus Conferencias Filosóficas de Lógica, Psicología y Moral, y a partir de 1880 las publica e imparte en La

Habana; estas constituyen el resultado más notable de sus estudios filosóficos durante la Guerra Grande. Sus conferencias significan un salto adelante en el saber filosófico en Latinoamérica. Evidencia del espíritu científico que anima sus conferencias, es su dedicatoria al frente de las de lógica: “A la juventud cubana, en cuyo corazón deseo fervorosamente que jamás se extinga el amor a la ciencia, que conduce a la posesión de sí mismo y a la libertad”.⁶

Como miembro de la Junta Central de ese partido adopta posiciones de izquierda al discrepar en aspectos esenciales con sus dirigentes más reaccionarios, por ejemplo, defiende la abolición inmediata de la esclavitud sin indemnización en contra de la abolición gradual e indemnizada propuesta por la mayoría de los miembros de la Junta Central autonomista.

También es electo diputado a las Cortes españolas por el PLA y viaja a España en 1884, pero por dificultades económicas llega cuando las Cortes han recesado y no tiene medios para permanecer hasta el siguiente período de sesiones, por lo que se entrevista con el Ministro de Ultramar de la metrópoli, quien le niega toda posibilidad de dar reformas a la isla. Dicha experiencia le decide a romper con su partido, lo que concreta en diciembre de 1885, convencido de que el colonialismo español impedirá el desarrollo y progreso del país.

Antes, cuando aún milita en el PLA, trabaja como redactor del periódico *El Triunfo*, órgano de aquel partido, y completa sus medios de vida como traductor y profesor en colegios privados o particulares en materias de segunda

enseñanza e idiomas. Así imparte clases en el Colegio Isabel la Católica, dirigido por la educadora María Luisa Dolz (1854-1928).

Necesita ganarse la vida, porque su situación económica se ve afectada tras la guerra debido al deterioro que sufren las propiedades que ha heredado en Camagüey, y porque tiene una familia que mantener.

En los años que siguen evoluciona al independentismo –lo que declara en 1887– y se relaciona con José Martí, a quien conoce en marzo de 1879 en La Habana y con el que se identifica por su amor a Cuba, y su afinidad intelectual y también política, al asumir Varona la ideología independentista. Dirige entre 1885 y 1895 la *Revista Cubana* y se muestra interesado en los asuntos pedagógicos.

Muestra gran interés por el estado de la educación cubana en numerosos trabajos críticos acerca del atraso y las deficiencias de la enseñanza escolástica colonial. Critica la rutina en la enseñanza, el aprendizaje memorístico, la poca creatividad en los métodos, el escolasticismo y anquilosamiento de ese sistema escolar, además se opone a la educación clerical y dogmática para pronunciarse a favor de la enseñanza científica y experimental, y señala a la formación moral como el principal empeño de la educación. Sostiene estas posiciones en artículos que publica en las principales revistas antes de la guerra del 95, incluida la *Revista Cubana* que dirige.

En 1886 escribe: “Mala es nuestra enseñanza primaria, deficiente de un modo lastimoso la superior y profesional, pero buenas una y otras si se comparan con la segunda enseñanza. Esta es pésima en la forma, pésima en el espíritu, pésima en el conjunto”.⁷

Impugna básicamente en la enseñanza media el plan, la manera de enseñar, el programa y el texto:

Por lo que hace al plan, se han aglomerado de cualquier modo las asignaturas, sin atender ni a su verdadera importancia, ni al tiempo mínimo que puedan requerir para ser medianamente enseñadas y aprendidas. En cuanto a la manera de profesarlas, unas están totalmente descuidadas, como las matemáticas, otras se enseñan según se hubiera podido a mediados del siglo anterior, por ejemplo, la historia y la mal llamada filosofía, otras no se enseñan de ningún modo, como el latín. El programa que ha sido la más detestable de las invenciones escolares, domina a guisa de señor despótico; y gracias cuando no es totalmente absurdo. El texto se amolda al programa, el profesor se esclaviza del texto, y el alumno aprende que cuanto necesita es contestar de cualquier modo a una serie de preguntas estereotipadas. Con esto se fabrica un bachiller.⁸

También condena las pésimas condiciones materiales existentes en las escuelas, la ausencia de laboratorios, gabinetes, instrumentos y hasta de agua en la Universidad de La Habana para los alumnos que cursan disciplinas experimentales.

Martí propone a Varona en 1892, al fundar el Partido Revolucionario Cubano, servir a la causa de la liberación nacional con su pluma desde la emigración, y ya iniciada la guerra del 95 y después de la muerte del Apóstol, Varona le sustituye como director y colaborador del periódico

Patria en la emigración neoyorkina desde octubre de 1895 hasta fines del 98, por lo que se produce un paréntesis en su producción pedagógica.

República neocolonial

Varona regresa a Cuba a fines del 98 y en el breve período de la primera ocupación militar norteamericana (1899-1902) acepta la Secretaría de Hacienda del gabinete interventor en enero de 1900 y pasa a la de Instrucción Pública (IP) en mayo del mismo año, por lo que es acusado de anexionista injustamente, pues desde la última desarrolla una fecunda labor pedagógica al enarbolar la educación como arma en defensa de la nacionalidad cubana en peligro, y realiza una radical reforma de la enseñanza media (bachillerato) y de la enseñanza superior (universitaria) en 1900 conocida como Plan Varona, con fines distintos a los de los norteamericanos.

Ocupa al cesar en la Secretaría de Instrucción Pública, en 1902, la cátedra de profesor de Lógica, Psicología, Ética y Sociología de la Universidad de La Habana. El notable pedagogo e historiador Ramiro Guerra (1880-1970) es alumno destacado de Varona y deja su testimonio sobre su maestro: “Durante cerca de tres años en que asistí a las clases del Dr. Varona pude apreciar [...] las admirables condiciones de su carácter y de profesor universitario. Era [...] un estricto cumplidor de sus obligaciones académicas y su palabra en la cátedra fluía clara, impecable, precisa, elegante, con la misma pulcritud de su porte y de sus maneras impecables. [...] Su expresión era especialmente amable, bondadosa, cortés, sin dejar traducir jamás una sombra de irritación o de descontento”.⁹

El camagüeyano escribe numerosos artículos que publica en periódicos y revistas, en particular es asiduo colaborador de la revista *Cuba Pedagógica* (1903-1922), y es vocero de las ideas más avanzadas de la educación en el país en esas dos décadas. Tiene una activa participación en los cursos de las Escuelas Normales de Verano para la superación magisterial, en la redacción de algunos contenidos del *Manual para exámenes de maestros* y en asociaciones de educación.

Varona representa la vertiente nacionalista y patriótica de la corriente positivista en lo pedagógico durante la primera ocupación, lo que se evidencia en su reforma de la enseñanza.¹⁰ Concibe la educación como la vía fundamental a partir de la cual se lograría organizar una república democrática burguesa modelo, pues la educación del pueblo para la producción material y para elegir a sus gobernantes garantizaría el desarrollo capitalista al que aspira para el bienestar del país.

Durante la ocupación se aparta de las luchas políticas y acepta la Secretaría de Instrucción Pública porque entiende que la labor de educar al pueblo es la clave del éxito de nuestro ensayo republicano. En su conferencia de 1905 en la Universidad de La Habana, *El imperialismo a la luz de la Sociología*,¹¹ revela la importancia del fenómeno imperialista para los pueblos de América y avizora que puede convertirse en un futuro peligro, pero en esta obra aún no penetra en sus verdaderas intenciones, ya que no será sino hasta inicios de la tercera década del siglo que comprenda el real significado del imperialismo para Cuba y América.

Realiza su reforma del bachillerato y de la Universidad de La Habana al tener una fuerte necesidad de resistir la influencia norteamericana y de salir del oscurantismo colonial. En carta a su amigo el doctor Luis Montané, en octubre de 1900, revela el objetivo de su reforma:

¿Desea Ud. conocer el espíritu que me ha guiado en la reforma de nuestra enseñanza? [...] Espíritu de legítima defensa del grupo étnico cubano, defensa tal como es posible y en el campo en que es posible; defensa contra la competencia de los mejor preparados, con las únicas armas que hacen posible la defensa: la preparación adecuada a nuestras necesidades y en correspondencia con las que traen nuestros competidores [...]. Nosotros tenemos que competir en el campo industrial, que es tanto como decir en el campo científico, con los norteamericanos, si no queremos ser desalojados del campo, tenemos que educarnos a la americana [...].¹²

Propone un plan de reformas de la enseñanza superior que supera el espíritu colonial; transforma la enseñanza en científica, práctica y experimental; amplía las carreras existentes al incluir seis eminentemente prácticas de aplicación: Pedagogía, Arquitectura, Ingeniería Civil y Eléctrica, Cirugía Dental y Derecho Público, y deja el camino abierto para incorporar las de Agronomía y Medicina Veterinaria; emplea profesores dedicados única o principalmente a la labor de la enseñanza y establece una estrecha relación entre la universidad y la sociedad.

En artículos que publica explica los fundamentos de su reforma: “He pensado que nuestra enseñanza debe

cesar de ser verbal y retórica para convertirse en objetiva y científica. A Cuba le bastan dos o tres literatos; no puede pasarse sin algunos centenares de ingenieros. Aquí está el núcleo de mi reforma”.¹³ Posición que provoca críticas que le acusan, erróneamente, de antihumanista.

Integra las Facultades de Ciencias y Letras en una sola, y le asigna la importante función de preparar los futuros profesores de enseñanza media, incorporándole las escuelas de Pedagogía e Ingeniería para reforzar su valor práctico e inmediato. La creación de la Escuela de Pedagogía constituye un hecho de suma trascendencia por ser la primera de su tipo en un país de habla hispana que formaría los profesores de las Normales para maestros. También las de Arquitectura e Ingeniería Civil y Eléctrica son las primeras carreras técnicas creadas en la Universidad de La Habana, es decir, es fundador de carreras universitarias de indudable importancia para el futuro del país.

Antes de su reforma existen 107 profesores para solamente 381 estudiantes en la Universidad de La Habana, entonces Varona reduce el número de catedráticos y aumenta el trabajo que deben realizar y su pago, porque se opone a la tendencia predominante de que el profesor ejerza la docencia como labor accesoria y subordinada a su profesión principal, y pretende que sean profesores en sentido moderno, “[...] hombres dedicados a enseñar cómo se aprende, cómo se consulta, cómo se investiga; hombres que provoquen y ayuden al trabajo del estudiante”. Porque “[...] un colegio, un instituto, una universidad deben ser talleres donde se trabaja, no teatros donde se declama”.¹⁴ Considera que la universidad debe ser

la que prepare al sector dirigente del país “a los directores del trabajo social”, y declara que es el propósito de su reforma de la enseñanza superior en su carta a Montané.

Su reforma del bachillerato sigue los mismos principios de la educación científica y práctica con que realiza la reforma de la Universidad de La Habana, adecuándolos a ese nivel de enseñanza. Exige como requisitos de ingreso a la enseñanza media tener 14 años y aprobar un examen de suficiencia, porque quiere que el niño la inicie bien preparado y a una edad en que pueda asimilar sus contenidos.

Agrupar en cuatro años las asignaturas del bachillerato y suprime el latín por ser un estudio de mera erudición y carga inútil para ese nivel. Introduce los ejercicios calisténicos obligatorios y la enseñanza cívica, elimina los programas únicos y deja la distribución de las asignaturas en los distintos años a decisión de cada instituto, siempre que establezcan las precedencias necesarias, y norma con exigencias concretas los ejercicios evaluativos para evitar que la memorización sustituya al raciocinio.

En su plan de estudios faltan las asignaturas Geografía e Historia de Cuba, de primordial importancia para la formación de valores. Constituyen insuficiencias notables que pueden deberse a que en esos años se asignan exclusivamente a la enseñanza primaria. Varona no interviene en la reforma de la enseñanza primaria, de gran importancia por su carácter masivo y popular, porque los norteamericanos la toman a su cargo por resultar clave en su estrategia de penetración ideológica imperial.

Finalmente, el Plan Varona no se lleva verdaderamente a la práctica, pues las

condiciones de la neocolonia lo impiden, y no es hasta el actual proceso revolucionario que encuentra su continuación.

Ya iniciada la república neocolonial, el efecto traumático que le causa la guerrita de agosto de 1906 y su consecuencia, la segunda intervención norteamericana (1906-1909), le decide a retornar a la política como uno de los fundadores y presidente del Partido Conservador en 1907, en oposición a la insurrección armada como protesta social, y decidido a influir en los asuntos públicos. Desde ese partido defiende sus ideas educacionales, al proponer un plan para rehabilitar la escuela pública nacional.

Es electo vicepresidente de la república junto al general Mario García Menocal como presidente para el período de gobierno de 1913 a 1917, y recesa como profesor universitario en esos años. Su aspiración de influir de manera positiva desde la dirección del país en su destino resulta frustrada, pues ante su oposición a la corrupción, y otros males, se le aísla, ante lo cual manifiesta su desacuerdo moderadamente, al temer una tercera intervención norteamericana “justificada” por la oposición violenta a los desmanes que se cometen.

Se opone a la reelección de Menocal para un segundo período de gobierno en 1917 y no vuelve a ocupar cargo público alguno en repudio a la política tradicional. Abandona también su cátedra de la Universidad en esa fecha, y el Congreso le tiene que asignar una pensión vitalicia al igual que al patriota Manuel Sanguily (1848-1925), porque no posee medios para subsistir.

No obstante, continúa ejercitando la crítica durante más de una década,

a través de artículos, entrevistas y pensamientos sobre diversos temas: pedagógicos, políticos, filosóficos, literarios, sobre estados anímicos, recuerdos autobiográficos y otros. Sus pensamientos se publican en un tomo titulado *Con el eslabón*.¹⁵ Entre 1917 y 1929 expone una treintena de reflexiones pedagógicas en ese texto sobre temas de educación y enseñanza. Allí afirma: “Enseñar es fecundar [...]”,¹⁶ y lo reafirma al expresar: “Enseñar es alumbrar. Enseñar con amor es iluminar para siempre la vida”.¹⁷

Acerca de la educación escribe: “No hay educación posible, mientras que no nos persuadamos que lo importante, lo decisivo, no es lo que el hombre aprende, sino lo que el hombre ejecuta. La vida es acción, no lección”.¹⁸

Sobre la función del maestro reflexiona: “Mostrar lo que se debe ver y sobre todo cómo debe verse, he aquí la insigne tarea. El gran maestro es una gran luz que va delante y lleva adelante”.¹⁹

Algunos de sus pensamientos reflejan la crisis de valores a que es sometido su espíritu liberal ante hechos como la primera guerra mundial, el avance imperialista en Cuba y América Latina, y la crisis económica de 1920-1921, entre los más evidentes. A pesar de algunas manifestaciones escépticas y pesimistas al mismo tiempo se muestra partidario de la libertad y autonomía del pensamiento y contrario al dogmatismo.

Preside la Sociedad Cubana de Estudios Pedagógicos junto con otros educadores en 1917 y comparte las inquietudes por el deterioro creciente de la escuela pública. Una síntesis de los criterios debatidos sobre la situación

de nuestra escuela pública en esa asociación se exponen en “Un programa nacional de acción pedagógica”, ponencia de Ramiro Guerra publicada en 1922 en la revista *Cuba Pedagógica*.

Varona alcanza una comprensión más profunda del significado del imperialismo yanqui al iniciarse la década del 20. Su discurso en la Academia Nacional de Artes y Letras en 1921, publicado bajo el título “El imperialismo yanqui en Cuba”²⁰ lo corrobora.

Simultáneamente, otros hechos medulares reclaman su atención: la situación económica y sociopolítica cubana y mundial y, en especial, el triunfo del socialismo en Rusia con la revolución de octubre. Formado en la ideología liberal del siglo XIX no se puede identificar con el socialismo como régimen social, aunque, hombre de talento como es, no puede dejar de reconocer su importancia y le analiza críticamente desde una óptica burguesa. Prevé que el socialismo triunfará y alerta sobre el peligro que representa, dejando ver que su visión del socialismo es deformada, a lo que contribuye la tergiversada información sobre el poder soviético que llega al país.

En la última década de su vida orienta a la juventud estudiantil e intelectual cubana mientras se desarrolla el proceso revolucionario del 30, y la ejemplaridad de su vida honesta y útil le convierte en paradigma y Maestro de juventudes,²¹ Educador de generaciones.²²

Raúl Roa (1907-1982) describe al Varona de esos años:

Cuando le vi por primera vez, arrellanado libro en ristre en un tranvía eléctrico –Vedado-Muelle de Luz– lindaba ya con los 80 años.

Parvo el cano cabello, la frente huesuda y deslucido el bigote ralo. Cuanto le restaba de vitalidad, resplandecía en sus ojillos intranquilos y taladrantes. Vestía usualmente de blanco: traje blanco, chaleco blanco, camisa blanca, corbata blanca. Y, entre los dedos afilados y rugosos, aleteando, a toda hora, como brisa de cuerda, un abaniquillo de guano. Su voz parecía un hilo de cristal, a punto de quebrarse. Mantenía intacto el carácter.²³

Punto de partida de su meritoria tutoría es el movimiento de reforma universitaria de 1923, liderado por Julio Antonio Mella (1903-1929), pues sus postulados esenciales se corresponden con los de la reforma varoniana, de los que resultan continuación. La reforma de 1923 coincide en su concepción sobre los fines de la educación con los del Plan Varona, al plantear la necesidad de una educación ética y patriótica que llame a la conciencia nacional del pueblo cubano. Por eso, en la histórica asamblea del 12 de enero de ese año en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, Mella destaca en su discurso la presencia del maestro Varona.

Su influencia ideológica sobre la juventud intelectual también es notable, en particular sobre los miembros del Grupo Minorista, agrupación de intelectuales pequeñoburgueses que, encabezados por Rubén Martínez Villena, entre 1923 y 1927 adoptan una posición política y cultural ante los problemas de la república neocolonial.

Cuando el general Machado llega a la presidencia en 1925, Varona se opone a los planes económicos y a la política represiva de este. Con su firma encabeza la carta pública de

los minoristas a Machado pidiendo la excarcelación de Mella con motivo de su huelga de hambre en diciembre de ese año.

Públicamente condena la prórroga de poderes machadista, por lo que el 30 de marzo de 1927 los estudiantes universitarios se dirigen en manifestación desde la Colina hasta su casa, en calle 8 # 160 entre Línea y Calzada, en el Vedado, para entregarle el manifiesto donde repudian la prórroga, por considerarlo digno custodio de los derechos cívicos. Su casa y su persona sufren el atropello policial en persecución de los estudiantes, lo que le hace a sus 76 años echar de allí al jefe de la Policía: “¡Salga de aquí miserable! ¡Ud. ha hecho en plena República lo que no se atrevió nunca a hacer un Capitán General de la colonia!”²⁴

La más alta expresión del latinoamericanismo y antiimperialismo varonianos es la de contribuir a la fundación de la Junta Nacional Cubana por la Independencia de Puerto Rico y convertirse en su presidente en octubre de 1927, cuando se constituye en su casa en ocasión de la llegada de Pedro Albizu Campos (1893-1965) en viaje de propaganda política por la liberación de su patria.

Hace un llamado a los estudiantes a actuar en 1930, al exhortarlos a luchar, a pesar de su tradicional oposición a la violencia, en entrevista que le hace el director del periódico *El País*: “Yo quisiera ver a la juventud gallarda, cívica, combatiente, preparada, culta, capaz de enfrentarse con los problemas de hoy y encararse al futuro con la misma gallardía heroica que supieron demostrar aquellas juventudes gloriosas del 68 y el 95. Quisiera verlos, como aquellos

pocos jóvenes universitarios protestando contra la Reforma Constitucional y la Prórroga de Poderes y las libertades conculcadas, sacrificándose por el ideal. Un pueblo no se redime más que cuando tiene conductores con espíritu de sacrificio [...]”,²⁵ y en la entrevista citada demuestra haber comprendido el verdadero significado del socialismo al plantear que sustituirá al capitalismo en un futuro inmediato, como régimen de la humanidad: “Vamos, sin quererlo o queriéndolo, hacia el socialismo [...]”.²⁶

Junto con esta avanzada posición, al final de su vida reconoce el papel de las transformaciones radicales de la sociedad, al saludar a las revoluciones de octubre, mexicana, turca y china desde una posición liberal y progresista.

Muere el 19 de noviembre de 1933 con la satisfacción de saber derrocada la tiranía machadista. Ante su tumba, Raúl Roa, su discípulo más fiel, transmite el sentir de la juventud estudiantil e intelectual: “Yo he traído a este acto, de singular relieve histórico, la palabra del estudiantado universitario. Una palabra genuinamente joven, viril, afirmativa, que despidе al viejo y amado maestro con la determinación diamantina de completar su obra superándola, ya que el magisterio es estéril si no existen discípulos dispuestos a la negación constructiva”.²⁷

La Universidad de las Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona por lo expuesto y la vigencia de las ideas patrióticas y ético-pedagógicas varonianas a la altura del siglo XXI, puede estar orgullosa del educador que le da su nombre, en el cuadragésimo quinto aniversario de su fundación.

Notas

¹ Castro, Fidel. “Discurso en la clausura del encuentro 20 años después de la creación del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech”. En *Fidel Castro y la historia como ciencia. (Selección temática 1959-2003)*, Ediciones Especiales, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007.

² Espejuelos que se sujetan solo en la nariz.

³ Quesada Aróstegui, Gonzalo de. “Cómo conocí a Enrique José Varona”. En *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de Filosofía (1880-1930)*, Publicaciones de la Secretaría de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1935, p. 492.

⁴ Ferrer Canales, José. *Imagen de Varona*, Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico, 1973, p. 33-34.

⁵ Se casa con Tomasa del Castillo y Socarrás, prima de Carlos Manuel de Céspedes, el Padre de la Patria, la que muere en 1931 y con quien tiene 10 hijos, tres de los cuales mueren antes de 1900.

⁶ Varona, Enrique José. *Conferencias filosóficas. Lógica*, La Habana, Establecimiento Tipográfico O Reilly, 1888, p. 5.

⁷ _____. “Un texto de Psicología”. En *Trabajos sobre educación y enseñanza*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1961, p. 56.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Guerra, Ramiro. “Un tributo a Enrique José Varona”. En *Homenaje a Enrique José Varona en el centenario de su natalicio*, Publicaciones del Ministerio de Educación, Dirección de Cultura, La Habana, 1951, t. 1, p. 412.

¹⁰ Ferrán Toirac, Héctor. “Fundamentales corrientes, tendencias y expresiones escolar-pedagógicas que influyen en la educación y la escuela cubanas entre 1790 y 1961”, 1990, Ensayo inédito.

¹¹ Varona, Enrique José. “El imperialismo a la luz de la Sociología”. En *Por Cuba. Discursos*, Imprenta El Siglo XX, Habana, 1918, p. 66.

¹² _____. Carta al Sr. Dr. Luis Montané. Su casa, 15 de Octubre de 1900. Archivo Nacional, Fondo Donativos y Remisiones, Caja 152, No. 8.

¹³ _____. “Las reformas en la enseñanza superior”. *Op. cit.* (7). p. 131.



¹⁴ Ídem.

¹⁵ _____. *Con el eslabón* / Comp. Ana Cairo, 2da. ed., Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1981.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 14.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 263.

¹⁸ *Ibíd.*, p. 21.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 263 y 264.

²⁰ _____. “El imperialismo yanqui en Cuba. Discurso en la velada organizada por la Academia Nacional de Artes y Letras, Habana, 23 de diciembre de 1921”. *Repertorio Americano*, Costa Rica, enero de 1922, t. 2, p. 309.

²¹ Vitier, Medardo. *Varona, maestro de juventudes*, Editorial Trópico, La Habana, 1937.

²² La Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona otorgó la distinción especial Educador de Generaciones al Comandante en Jefe Fidel Castro, lo que se publicó en el periódico *Granma*, el 4 de julio del 2009, p. 2.

²³ Roa, Raúl. “Un viejo que murió joven. Palabras pronunciadas en la investidura de Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, 23 de abril de 1977”. En *Retorno a la alborada*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, t. 2, p. 768.

²⁴ _____. “Enrique José Varona y nuestra generación”. En *Homenaje a Enrique José Varona... Op. cit.* (9). t. 1, p. 251.

²⁵ “Entrevista de Varona con el director del diario *El País*, 20 de agosto de 1930”. En Pichardo, Hortensia. *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 3, p. 446.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Roa, Raúl. “Adiós al Maestro. Palabras leídas en nombre de la juventud universitaria el 19 de noviembre de 1933 en el sepelio de Enrique José Varona”. En *Retorno a la alborada*, Editora del Consejo Nacional de Universidades, Universidad Central de Las Villas, 1964, t. 1, p. 73.



Carolina Poncet, educadora por siempre

Matilde Salas Servando

Periodista

El siglo XIX cubano está colmado de mujeres que brillaron con luz propia en diversos campos de la cultura y entre ellas se destaca Carolina Poncet de Cárdenas, a quien se le puede considerar como una habanera de altos kilates por su saber enciclopédico, que demostró con creces a lo largo de sus nueve décadas de vida.

Nacida el 13 de agosto de 1879, en el seno de una familia acomodada de la capitalina Villa de Guanabacoa, 18 años más tarde, aún en plena etapa colonial, se graduó de maestra y poco después comenzó a trabajar en la Escuela para Niñas número 12 de La Habana.

Su ingente labor en beneficio de la educación y su gran afán de superación, trajo como resultado que en 1903 le otorgaran el galardón de “Mejor maestra del país” por la calidad de su trabajo. Esto le permitió asistir a la Universidad de Harvard, en los Estados Unidos, para recibir un curso de Pedagogía.

A partir de la experiencia alcanzada en sus años de práctica docente y los conocimientos adquiridos en esa reciente etapa, pudo preparar sus propios métodos para impartir las clases, por lo

que un año más tarde, durante la exposición efectuada en la ciudad de Saint Louis, en Missouri, Estados Unidos, le condecoraron con la medalla de plata que se otorgaba en el evento, por la obra titulada *Lecciones de lenguaje*. Poco después, ese libro se aprobó por la Junta de Superintendentes de Cuba como texto oficial para las escuelas públicas de la nación.

Casi al finalizar la primera década del siglo XX, en 1909 Carolina Poncet egresó de la Universidad de La Habana con el aval de su título de doctora en Pedagogía, lo que constituyó un nuevo punto de partida en su exitosa carrera como docente.

Su horizonte intelectual se amplió con el reconocimiento a su labor en el campo de las letras, al obtener en 1910 el primer premio del concurso convocado por el Círculo de Abogados de La Habana con la obra *Biografía de Joaquín Lorenzo Luaces*. Por entonces, mientras realizaba nuevos estudios en la bicentennial institución educacional habanera, hizo una profunda investigación: “El romance en Cuba, un género de origen hispánico”.

Por la amplia búsqueda realizada en diversas fuentes para poder terminar ese trabajo, algunos autores lo consideran como una labor de corte histórico-literario con base en el folclore cubano, la que luego constituyó su tesis doctoral de Filosofía y Letras en la Universidad de La Habana.

La importancia de su labor brilla más cuando la Academia Nacional de Artes y Letras le otorgó el primer premio por esa tesis, que en 1914 se publicó en la *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, de la Universidad de La Habana.

En la *Revista Bimestre Cubano* se recoge ese trabajo, acompañado de un comentario que señala: “Este estudio premiado por la Academia Nacional de Letras y Ciencias, no necesita los encomios de la *Revista Bimestre Cubano*. Su autora ha afirmado con él una sólida posición en la Literatura cubana y una de las primeras entre nuestras mujeres publicistas [...]. Las consideraciones sobre la poesía popular cubanas, son atinadas y ajustadas a criterio erudito y refinado”.

Posteriormente se creó la Escuela Normal para Maestros de La Habana, repartida en dos ramas: una para hembras y otra para varones. En la primera, fueron nombradas Carolina Poncet como directora y Guillermina Portela, en el cargo de secretaria. En el plantel destinado al sexo masculino, su director fue el doctor Ramiro Guerra y José Suárez Alonso, el secretario.

En febrero de 1915, después de llevar a feliz término dos carreras universitarias y recorrer un amplio camino como profesora en diversos niveles de enseñanza, la doctora Poncet optó por una plaza de profesora auxiliar en la Universidad de La Habana. Los amplios conocimientos demostrados debían convertirla en una opositora aventajada, por encima de otros colegas del sexo masculino, pero la solapada actitud mantenida por un puñado de representantes de ese centro de estudios, que formaban los tribunales opositores, no le otorgaron una respuesta afirmativa para poder realizar los exámenes de oposición, que en caso de salir airosa, como se esperaba por sus amplios conocimientos, le permitirían ganar la plaza.

A pesar de que internamente los miembros del jurado estaban en contra

de sus aspiraciones, en ningún momento esos catedráticos dieron una respuesta frontal y categórica, sino todo quedó entre evasivas, lo cual mantuvo en vilo a los académicos de entonces y constituyó un verdadero escándalo mediático, publicado en reconocidos órganos de prensa de la época.

El periódico habanero *La Lucha*, ante los hechos consumados, se puso de parte de la justicia, que era como decir de la profesora Carolina Poncet, quien por entonces solo tenía 36 años, y la califica como “[...] una joven que honra a su país por su general cultura y los vastísimos conocimientos que posee en materia pedagógica”.

Vale señalar que hasta el *Diario de la Marina*, destacado a lo largo de su historia por sus ideas conservadoras, se refirió a la reconocida educadora en su edición del 11 de febrero de 1915 en estos términos: “Si no hay modo de oponer a la señorita Poncet un aspirante con bríos para derrotarla, vale más rendirse a la evidencia y darle el puesto con todos los honores”.

Consumada esa gran injusticia que le impedía acceder como profesora a la Universidad de La Habana, la destacada pedagoga le envió al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes una carta donde con toda claridad expresaba:

Tengo el honor de comunicarle que habiendo obtenido por oposición la cátedra de Gramática y Composición, Elocución, Literatura Española y Cubana en la Escuela Normal para Maestros de La Habana, y alcanzado el honor de ser elegida por mis compañeros de Claustro Directora de este Establecimiento, he resuelto renunciar a

mi calidad de opositor a la cátedra de Profesor Auxiliar de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana.

De ese modo airoso dio por terminada la desagradable polémica académica y su ética profesional quedó por encima de sus opositores, que seguían una desmedida discriminación por cuestiones de género, lo que a todas luces es una forma solapada de ejercer la violencia contra una mujer, en este caso una profesional de grandes méritos.

Este ingrato episodio relacionado con la trayectoria profesional de la doctora Poncet de Cárdenas no le impidió seguir adelante con su labor educativa, de ahí que durante nueve lustros se mantuviera como profesora de la Escuela Normal para Maestros de La Habana, luego de ganar por concurso-oposición en 1915, las cátedras de Lengua y Literatura Española y Metodología del Español.

Su larga permanencia en las tareas docentes, que se extendió hasta 1960, solo se interrumpió en dos ocasiones: primero, cuando fue cesanteada en 1931, durante el período gubernamental del tirano Gerardo Machado, en represalia a sus manifestaciones contra la dictadura del asno con garras, como lo calificara el luchador antiimperialista Rubén Martínez Villena. Cuatro años más tarde volvió a perder su empleo al ser acusada de participar en la huelga iniciada en marzo de 1935.

Todo lo anterior se demuestra con creces en lo expresado por la intelectual cubana Mirta Aguirre, al afirmar que la doctora Poncet “[...] libró batallas pedagógicas encaminadas al establecimiento de una política educacional revolucionaria”.

Cuando en 1918 se publicó el libro *Florilegio de escritoras cubanas*, su autor, Antonio González Curquejo, se refiere a la doctora Poncet al señalar:

Leyendo su tesis y recordando otros trabajos suyos, se llega a la conclusión halagadora de que es la señorita Poncet uno de los más brillantes exponentes de la capacidad de la mujer cubana para las lides del pensamiento. En sus escritos hay corrección y cuidado, método y ordenamiento en las ideas, dominio perfecto del lenguaje y su estilo es natural, lleno de vigor y belleza [...] contribuye con sus sabias lecciones al mejoramiento de la enseñanza y la cultura nacionales.

Simultáneamente a su labor docente, la profesora Poncet de Cárdenas colaboraba sobre temas de literatura y folklore en diversos medios de prensa, sobre todo en revistas, entre las que se destaca la editada por la Sociedad Lyceum, de la cual fue fundadora en 1936 y al año siguiente su directora.

Asimismo, tuvo una activa participación en la Asociación Amigos de la Biblioteca Nacional, creada en 1936 por iniciativa del doctor Emilio Roig de Leuchsenring, quien la presidía. Fue la única mujer que formó parte de la primera directiva de esa institución, con el cargo de vicetesorera, junto a figuras prominentes como: Elías Entralgo, Emeterio Santovenia, Benigno Souza, Joaquín Llaverías, José Antonio Ramos, Félix Lizaso y Nicolás Guillén, entre otros intelectuales de gran valía.

Su labor intelectual, siempre en ascenso, también fue destacada por otras figuras de gran relevancia como el intelectual villaclareño Medardo Vitier



Guanche, el cual en el artículo “Valoraciones”, publicado en mayo de 1950, en el *Diario de la Marina* expresó:

[...] al examinar el cuadro de nuestras figuras docentes, me he fijado en ella, por su fecunda dedicación a la cátedra, por su conocimiento de los problemas escolares por su relieve literario y por su ya largo magisterio [...]. En lo concerniente a la Literatura, no sólo conoce con profundidad la española, sino que ha contribuido con investigaciones personales a esclarecer puntos del Romancero, materia que ha venido a ser de colaboración internacional [...]. La República, en lo callado y formativo, se enriquece a virtud de figuras como esta, preocupadas por el destino de la juventud, ávidos de luz para la Escuela, perennes en su fervor cubano.

Otra importante opinión sobre la profesora Carolina Poncet es la que ofreció el periodista Rafael Marquina, del rotativo *Información*, en diciembre de 1946, cuando señaló: “Deliciosa conferencia la de la doctora Carolina Poncet. Erudición, buen gusto, finura

sagaz, gracia de selección. De todo ello dio muestras una vez más la distinguida profesora, tan eminente en toda ley de estudios de folklore literario que ha merecido el respeto y el elogio del maestro Méndez Pidal, en la conferencia, que sobre Canciones y romances de Navidad, leyó en el Lyceum”.

El homenaje a la brillante trayectoria que mantuvo durante su vida la doctora Carolina Poncet de Cárdenas, ahora se hace presente en la labor que realizan investigadores y estudiosos de su obra, en la cátedra que lleva su nombre, abierta en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Juan Marinello, dedicado al conocimiento de los procesos de transmisión oral de la cultura.

Su vida se apagó el 27 de noviembre de 1969, en su casa del municipio capitalino de Marianao, alejada ya de la actividad creadora que la mantuvo en una constante labor por más de seis décadas, pero sus ideas siguen vivas por la profunda huella que dejó su quehacer en nuestra sociedad y muy especialmente en la educación cubana.



Para dos amigos

Marta B. Armenteros

Editora

No sé cómo empezar este texto, pero siento la necesidad de hablar de dos grandes amigos que trabajaron conmigo durante años en la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí: Silvia Ibáñez (Silvita) y Francisco (Fico, Franchu, Pancho, Copola). Tengo que hacerlo, porque es mi sincero homenaje a ellos, que fallecieron en el 2010.

Silvita nació el 22 de mayo de 1963 y empezó su labor en la institución en 1982 en el Departamento de Investigaciones Bibliográficas como oficinista. Su jefa, Olguita Vega, la forjó como una gran secretaria, aunque según nos contaba, a veces quería desaparecer de allí, pues cuando un texto no le quedaba bien, Olguita se lo rompía y tenía que rehacerlo, pero ella siempre agradeció esa manera de formarla profesionalmente.

Ya en 1983 se trasladó para el Departamento de Información para la Cultura y el Arte donde yo trabajaba, y allí se inició nuestra amistad. Como secretaria de la jefa, Margarita León, era considerada por todos como la benjamina y se convirtió en alguien indispensable para todos.

Con su andar pausado, su buen carácter (rara vez la vi brava) y su forma de decir las cosas, muy seria ella siempre, hacía que riéramos a carcajadas, mientras ella permanecía impassible,

sobre todo a la hora del almuerzo o cuando salíamos a fumar.

No puedo olvidar que cuando estábamos en Información de la Cultura, en los inicios de la introducción de las computadoras en el centro, me dieron la tarea de confeccionar una bibliografía sobre artesanía y a ella la de introducir las fichas. Esa labor la hacíamos en el cubículo donde estaba la famosa Macintosh. Allí trató por todos los medios de que yo aprendiera a escribir con todos los dedos, porque ella como mecanógrafa tenía el número uno, pero nada, tuvo que dejarme por incorregible. Con la ayuda de Ascanio Álvarez (Tito) y de Concepción Jaén (Conchita) salimos airoso del trance, y se consolidó la amistad que teníamos.

Silvita no quiso quedarse atrás en su desarrollo y matriculó en un curso para trabajadores de bibliotecas en el Centro de Superación Félix Varela, donde fue una excelente alumna, y así se hizo técnico medio en bibliotecología. Por ello pasó a trabajar en el Departamento de Selección y Adquisición. Allí, además de su trabajo como técnica, durante un tiempo fue la encargada de llevar la prensa a los departamentos de la institución y por tanto se hizo famosa entre todos.

Nos enseñó algo muy importante para vivir: el amor incondicional hacia Alberto, su pareja, y durante años fue su bastón de apoyo en las buenas y en las malas.

El enterarme de su enfermedad me impactó emocionalmente mucho, pero tenía esperanzas de que pudiera vencer ese reto que le puso la vida por delante,



luchó, sé que lo hizo, pero al final no pudo más y el 26 de agosto de 2010 se acabaron los 47 años de su existencia, pero a pesar de ser consciente de su muerte todavía no la he interiorizado y me la imagino caminando por la Biblioteca y fumándonos juntas un cigarro.

También quiero referirme a Fico, quien nació el 11 de mayo de 1952 y comenzó a trabajar en la institución el 1° de junio de 1975.

Mi amistad con él se inició en 1993 cuando empecé a trabajar como editora de esta Revista en el Departamento de Conservación y Publicaciones. Compartíamos un local dividido en dos: una parte para la labor editorial y de diseño, y otra, para su pequeño laboratorio de fotografía, pues cuando aquello él se dedicaba a tirar las fotos en las actividades de la Biblioteca, y si tenía las condiciones adecuadas, las revelaba.

Parte de su tiempo además lo empleaba en la comisión de extinción de incendios, y a todos los trabajadores nos enseñaba cómo y qué hacer si ocurría un evento de ese tipo. Siempre estaba al tanto de que los extintores estuvieran en buenas condiciones.

Podíamos además verlo en cualquier área del centro donde hubiera un pro-

blema y pudiera ayudar, incluso en la cocina.

Con su bata blanca, como la usan todos los trabajadores de ese departamento, parecía un médico que nos podía curar tanto espiritual como físicamente y participaba en la limpieza de los fondos bibliográficos.

No puedo olvidar su labor en la Asociación Cubana de Limitados Físico-Motores (ACLIFIM) en la cual participaba activamente.

Cuando supe de su enfermedad no podía creerlo, y al saber de su mejoría tuve fe en que la muerte no se lo llevaría, pero esa señora tan fuerte lo hizo el 26 de octubre de 2010.

Por eso, aunque estas palabras de recordación a ellos me hayan costado mucho trabajo, no he podido dejar de hacerlas, pues tanto para mí como para los compañeros de la Biblioteca Nacional, Silvita y Francisco fueron muy especiales y para la Biblioteca su pérdida es muy dolorosa por lo que representaron tanto laboral como humanamente.

A ambos les digo que no los olvidaremos y que estarán junto a nosotros en las buenas y en las malas como siempre lo hicieron.



El impreso más antiguo de la “morada del dragón invisible”

Olga Vega García

*Investigadora de la Biblioteca Nacional
de Cuba José Martí*

En el año 2005 apareció el artículo “Cinco joyas en la morada del dragón”,¹ en la publicación digital *Librinsula* de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, en el cual se abordaba el tema de los libros pertenecientes a la biblioteca particular del reconocido intelectual cubano José Lezama Lima (1910-1976) y se hacía mención a cinco de los títulos más antiguos contenidos en ella, correspondientes al siglo XVII.

Se ha escrito por sus amigos y otros intelectuales acerca de la riqueza contenida en ese fondo bibliotecario y, como es evidente, el interés que despierta en el público, nacional o internacional, en lugar de disminuir se acrecienta con el paso de los años. Cintio Vitier en su excelente ensayo leído en la 60ª Conferencia Internacional de la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones Bibliotecarias (IFLA por

sus siglas en inglés) celebrada en La Habana en 1994, se refería a

[...] su casa-gruta de Trocadero 162, cuyas columnillas salomónicas parecían invitar a una sabiduría otra, como si allí pudieran estar reducidas alquímicamente las inmensas bibliotecas de los egipcios y los monjes medievales, pero lo que uno veía, contrastando con la de Varona, no eran alineamientos de académica pasta española, sino estantes atestados por una hibridez tan indescifrable como fabulosa.²

Asimismo, la investigadora cubana Carmen Suárez León obtuvo el Premio de Investigación Cultural 2001, que otorga el Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, por su bibliografía sobre la biblioteca francesa de Lezama, en donde se recogen un total de 515 registros precedidos por un estudio titulado “El dragón criollo de Lezama en la Biblioteca Francesa”.³

Ya en IFLA se anunciaba el inicio de un tratamiento de conservación que había de darse a cada uno de esos manuscritos y libros, partiendo del hecho de su valor bibliológico, el interés de los temas contenidos en ellos y la presencia de anotaciones, dedicatorias, marcas, tanto de él como de otras destacadas personalidades cubanas o extranjeras.

Esa separación de los impresos propiedad de Lezama de sus manuscritos se realizó a la llegada a la institución del total de la colección, a inicios de la década del 80 del pasado siglo,



siguiendo la política imperante entonces en muchas bibliotecas del mundo, donde se establecía que cada tipo de documento debía ser colocado en el depósito correspondiente, y ello motivó la distribución física de un valioso acervo en diferentes pisos.

Un posterior análisis de esa situación se llevó a cabo por la dirección de la institución y se acordó emprender una labor de localizar todos los ejemplares situados inicialmente de acuerdo a su número de clasificación en el fondo general de la Biblioteca; luego del reprocesamiento automatizado de las fichas catalográficas se cargaron los registros en una base de datos en el formato BMARC preparado en la Biblioteca Nacional, y basado en el formato UNIMARC, que permite el intercambio de información automatizada entre instituciones de todo el mundo.

A continuación se realizó la posterior restauración, encuadernación o sencilla preservación de cada pieza, según el caso, y la digitalización de portadas o partes significativas, lo cual constituyó un paso importante para brindar un mejor servicio, reagrupándose así todas las colecciones: manuscritos, impresos (que incluyen recortes de prensa y números de publicaciones seriadas), los volúmenes de la biblioteca personal y las fotografías provenientes de tan destacada personalidad en una de carácter integral.

Hacer un estudio del contenido de la biblioteca de José Lezama Lima atesorada en la institución no es el objetivo de este artículo, escrito para conmemorar el centenario de su natalicio; tampoco lo fue el del publicado en *Librínsula*. En aquel momento se deseaba destacar la presencia de las joyas bibliográficas impresas en la

España del siglo de oro en tanto que en esta oportunidad lo es dar a conocer la existencia de un raro ejemplar, más antiguo aún, que a diferencia de los anteriores es científico.

Se ha utilizado ahora en este nuevo título la frase ya empleada por Lezama en una conferencia, “La Biblioteca como dragón”, dictada en esta Biblioteca Nacional en 1965, cuando al referirse a una biblioteca la calificó como “morada del dragón invisible”. Nadie mejor que el propio Cintio para explicar el mensaje contenido en dichas palabras, y por ello se remite al lector al citado documento.⁴

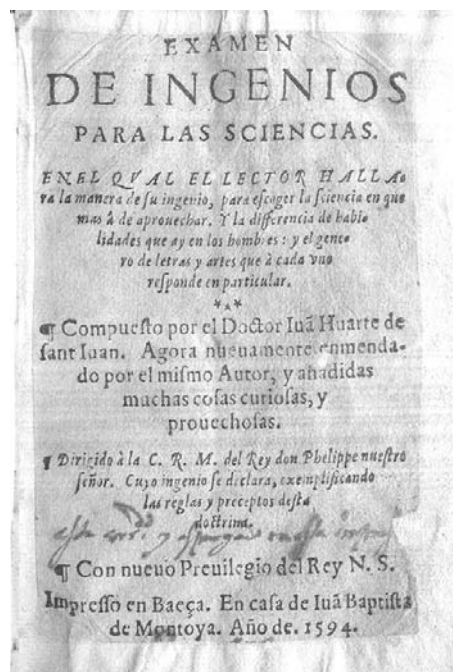
Es un curioso ejemplar de libro antiguo impreso en la decimosexta centuria que, a pesar de no ser la edición príncipe, presenta un aspecto muy curioso que la caracteriza: el hecho de tratarse de la versión corregida de un título contenido en el *Index Librorum Prohibitorum* por haber sido censurado por la inquisición debido a sus planteamientos sobre la continuidad entre cuerpo y alma, naturaleza y espíritu, dependencia de lo psíquico en relación con la existencia física y animal del hombre, así como por atribuir cierta inteligencia a los animales, entre otros aspectos contradictorios para los dogmas de la Iglesia.⁵

Su título, tal y como aparece en la portada, es: *Examen de ingenios para las Sciencias. En el qual el lector hallara la manera de su ingenio, para escoger la sciencia en que mas a de aprovechar. Y la diferencia de habilidades que hay en los hombres: y el genero de letras y artes que a cada uno responde en particular / Compuesto por el Doctor Iua[n] Huarte de San Iuan. Agora nueuamente enmendado*

por el mismo autor, y añadidas muchas cosas curiosas y prouechosas. Y dirigido a la C. R. M. del Rey Don Phelippe nuestro Señor. Cuyo ingenio se declara exemplificando las reglas y preceptos de esta doctrina.

Según Antonio Palau y Dulcet, en su *Manual del librero iberoamericano*, hay una anterior edición en 15 capítulos hecha en Baeza, por Montoya, en 1575; este destacado librero, convertido en punto de obligada consulta cuando de impresos españoles y latinoamericanos se trata, ratifica que el libro de Huarte “[...] obtuvo un éxito enorme y se prohibió en el Índice de 1585”, y por ello el autor tuvo que enmendar, corregir y suprimir fragmentos del texto extendiendo a 22 capítulos la versión de 1594.⁶

La portada, como puede observarse en la imagen escaneada a partir del original, tiene una inscripción manuscrita



casi ilegible, evidentemente de la época a juzgar por los rasgos y la tinta sepia empleada, en donde se anota que está corregido y expurgado. ¡Al parecer al censor en este caso no le bastaba con que apareciera impreso en ella que había sido enmendado ya!

Sobre su autor, Juan Huarte de San Juan, puede decirse que nació en San Juan del Pie del Puerto (Navarra) hacia 1530 y falleció en Baeza al parecer en 1590. Luego de doctorarse en medicina en la Universidad de Alcalá en 1559 practicó su profesión en Baeza y Linares, y fue nombrado médico vitalicio en la primera ciudad por el monarca Felipe II de España (1527-1598), y allí desplegó su actividad profesional.

Se conoce que fue famoso solo por este libro, en el cual pretendía una adaptación de las personas a sus aptitudes físicas e intelectuales, partiendo de los diversos temperamentos y, en virtud de ellos, indicaba los oficios que mejor podrían desempeñar, enlazando la medicina con la filosofía como era frecuente en impresos del siglo XVI. A partir de la primera edición fue inaudita su popularidad, y ello conllevó a su publicación tanto en España como en otros países europeos de un sinnúmero de ediciones en español, inglés, francés, italiano y latín, que a diferencia de otros títulos no quedaron relegadas a un marco temporal limitado, sino que se extendieron hasta la actualidad, en forma de originales, ediciones facsimilares y reproducciones en formato digital. El hecho de mejorar la sociedad seleccionando la educación que había de dársele a cada persona, si bien era una idea muy novedosa en ese momento, mantiene su validez en la actualidad.

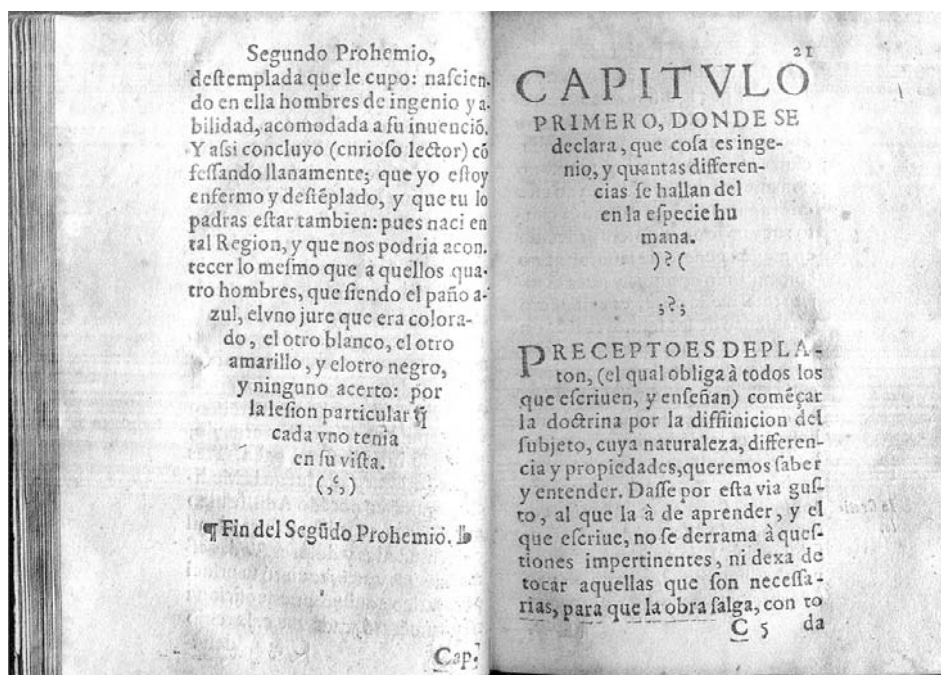
Otro aspecto destacable es el hecho de que las primeras ediciones aparecen en el castellano de la época, a diferencia de las producciones de otros científicos, casi siempre escritas en latín y traducidas a otros idiomas.

Hay un consenso general en la bibliografía disponible, tanto impresa como en soporte digital, en considerarlo como un precursor en el campo de la psicología como ciencia, anticipándose a otros muchos científicos que después trataron el tema, y por eso fue nombrado a partir de 1983 como el patrón de las facultades de psicología en las universidades españolas. Se dice que influyó en una buena cantidad de autores de obras famosas, citándose como ejemplo el *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616).

El ejemplar incluye marca tipográfica xilográfica, es decir, la marca del impresor, en la cual se plasman las iniciales de Juan Bautista de Montoya en el plano inferior “IBDM”.

Incluye también otro grabado en madera, un escudo real, al reverso de la Aprobación, algo lógico teniendo en cuenta que se dedicó el libro a Felipe II. Dentro de las páginas preliminares aparece además la tasa, fechada el 18 de julio de 1594, en la cual Marcos de Ondarça, escribano de cámara del rey, ratifica que se venda cada pliego a tres maravedíes.

A esta le sigue la tabla de contenido con los capítulos, remitiéndose a la hoja donde se inician estos, puesto que el volumen no está paginado, sino foliado: “Proemio a la Majestad del Rey Don Felipe...”; “Segundo Proemio al lector”; “Prosigue el segundo proemio ‘y dassé la razón porq[ue] los hombres



son de diferentes pareceres en los juicios que hazen” [sic]; “Cap. Prim. ‘Donde se declara que cosa es ingenio, y quantas diferencias del se hallan en la especie humana’” [sic]; “Cap. 2 ‘Donde se declara las difiere[n]cias que hay de hombres inhábiles para las ciencias’...”

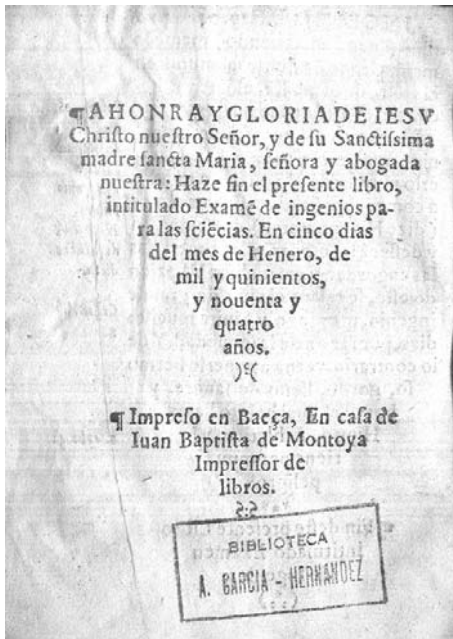
Resulta de interés la composición del texto en el libro, pues no debe olvidarse que se trata de una producción editorial de una época tan antigua –siglo y medio después de la invención de la imprenta europea. Se combinan los tipos de letras empleados y se diseñan las páginas rompiendo el esquema de un texto en bloque, para producir una hoja ejecutada de manera muy atractiva.

Igualmente puede observarse en su colofón esa disposición en forma de pirámide invertida, con el texto en castellano antiguo “A honra y gloria de Iesu Christo Nuestro Señor, y de su Sanctísima Virgen María, señora y

abogada nuestra: Haze fin el presente libro, intitulado Exame[n] de ingenios para las scie[n]cias. En cinco días del mes de Henero, de mil y quinientos, y noventa y cuatro años. Impreso en Baeça. En Casa de Iuan Baptista de Montoya Impressor de libros”.

Ahí además aparece un cuño que confirma que había pertenecido a la biblioteca particular de Antonio García Hernández, abogado y coleccionista cubano del siglo xx, de quien se conservan otros libros antiguos en la colección de Fondos Raros y Valiosos de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Es un volumen pequeño, de 15 centímetros, que mantiene una encuadernación monástica original, en pergamino, y su papel está bastante oscurecido y manchado, si bien, siguiéndose la política establecida por el Departamento de Conservación de la institución, al ejemplar por el momento solo se le somete



a un proceso de limpieza y no a otro tratamiento más agresivo que atente contra el valor de la pieza. Su posterior digitalización contribuirá a garantizar que los lectores puedan consultar la reproducción en soporte electrónico con vistas a evitar la manipulación del original y su natural deterioro.

En conclusión, en esta oportunidad se presenta en esta sección una nueva joya bibliográfica del acervo valioso que conserva la Biblioteca Nacional y que sin lugar a dudas debía haber sido considerada como tal por una personalidad de la sensibilidad de Lezama, en cuya obra, tal y como manifiesta la doctora Araceli García-Carranza Bassetti “[...] está implícita e intertextualizada, aunque inapresable, lo mejor de la literatura, la filosofía, la historia y la cultura universales [...]”.⁷ Todos los elementos puestos de manifiesto en este artículo contribuirían a despertar el interés de cualquier lector, tanto más

del escritor cubano, muy aficionado a libros sobre filosofía como lo confirma la parte de su biblioteca personal celosamente guardada en la institución como patrimonio bibliográfico de la nación. Al comprarlo en una librería de segunda mano, Lezama sabía perfectamente que se trataba de una rareza bibliográfica en un formato pequeño que ayudaría a enriquecer su “morada del dragón invisible”, como él mismo denominaba a toda biblioteca.

Notas

¹ Vega García, Olga. “Cinco joyas en la morada de un dragón” [en línea], *Librinsula*, No. 155, [22 dic. 2006]. En <http://www.bnjm.cu/librinsula/2006/diciembre/155/noticias/noti1677.htm> [Consultado 25 enero 2008]

² Vitier, Cintio. “El escritor y la biblioteca” [en línea], En http://www.lajiribilla.co.cu/2004/n178_10/178_09.html [Consultado 25 oct. 2010]

³ Suárez León, Carmen. *Biblioteca francesa de José Lezama Lima: bibliografía*, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, Bogotá, 2003, 75, [12] p.

⁴ Vitier, Cintio. *Op. cit.* (2).

⁵ Huarte de San Juan, Juan [en línea], En <http://www.cop.es/colegiados/M-13935/autoresPSI.htm> [Consultado 26 oct. 2010]

⁶ “Huarte de San Juan Juan”. En: Palau y Dulcet, Antonio, *Manual del librero hispanoamericano*, 2. ed. corregida y aumentada por el autor, Librería Palau, Barcelona, 1935, t. 6, p. 657. No. 116489.

⁷ García-Carranza, Araceli. “Toda una biblioteca implícita en la obra de José Lezama Lima”, *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, No. 1-2, en.-jun. 2006, p. 19-23.

Bibliografía consultada

BIEDMA, JOSÉ. Juan Huarte de San Juan [en línea], En <http://www.cibernous.com/autores/biedma/teoria/filrenac/huarte.html> [Consultado 24 oct. 2010]

“Examen de ingenios para las ciencias (1594)”, De Wikisource, la biblioteca libre [en línea], En [http://es.wikisource.org/wiki/Examen_de_ingenios_para_las_ciencias_\(1594\)](http://es.wikisource.org/wiki/Examen_de_ingenios_para_las_ciencias_(1594)) [Consultado 24 oct. 2010]

Nota: Facilita el acceso a los capítulos en formato digital.

“Huarte de San Juan” [en línea], En <http://www.ucm.es/BUCM/foa/exposiciones/15Quijote/cultura/10.htm> [Consultado 26 oct. 2010]

“Juan Huarte”, En *Enciclopedia universal ilustrada europeo americana Espasa Calpe*, Espasa Calpe, Madrid, s.a., t. 28, p. 507-509.

“Juan Huarte de San Juan” [en línea] En http://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Huarte_de_San_Juan [Consultado 24 oct. 2010]

LEZAMA LIMA, JOSÉ. “Las eras imaginarias: la biblioteca como dragón”, *Islas*, Santa Clara, Cuba, No. 1, mayo-ag. 1966, p. 89-114.

VIRUES ORTEGA, JAVIER, GUALBERTO BUELA-CASAL y HELIODORO CARPINERO CAPELL. “Una aproximación a la vida de Juan Huarte de San Juan: los primeros años de práctica profesional (1560-1578)”, [en línea], En <http://www.psicothema.com/psicothema.asp?id=3203> [Consultado 24 oct. 2010].

Nota: El artículo brinda una gran cantidad de detalles de tipo biográfico para quien desee ahondar en ese tema.



LIBROS

La costa cubana del guineo. *Una historia bananera, del doctor* **Alejandro García Álvarez**

Lourdes María Morales Frías

Profesora del Colegio Universitario San Gerónimo de La Habana

La costa cubana del guineo. Una historia bananera, del profesor e investigador Alejandro García Álvarez, es sin dudas una obra que ocupa un lugar de excelencia en la historiografía económica y social de nuestro país.

No es su primera producción sobre el tema,¹ pero tal y como nos tiene acostumbrados establece un hito en materias trascendentales que han sido o parecen haber sido agotadas, y las explora desde enfoques diferentes con importantes resultados para el conocimiento de la realidad socioeconómica cubana.

Este libro tiene como temática el proceso histórico del cultivo y comercialización del banano en Cuba. Como bien afirma el autor en el "Prólogo" fue precisamente un lugar de la costa nororiental de Cuba de donde partieron los primeros racimos de esta musácea con destino al mercado de Norteamérica. A pesar de esta premisa de carácter histórico, el tema de la producción y comercialización internacional del plátano fruta, también conocido como banano o guineo, es un tema casi ausente en la historiografía económico y social sobre Cuba.²

Contrario a esta realidad, es conocido el protagonismo de la agroindustria azucarera en la reflexión histórica cubana. Uno de los estudios más pródigos es el que explica el proceso mediante el cual a través del azúcar se introduce –en sus diferentes etapas– la dominación del capitalismo en la economía cubana. Sin embargo, otros productos también fueron protagonistas de este proceso y más aún, según se expresa en *La costa cubana del guineo...* fue el banano una de las primeras presas de ese proceso en América.³

En esta perspectiva, el texto de referencia no solo descubre la poco conocida historia de esa producción en Cuba, sino que además –según el autor– el posterior desarrollo que alcanzaron las áreas bananeras del Caribe ha subvalorado la importancia que Cuba tuvo en un momento histórico en esa actividad comercial a escala internacional.

Asimismo, revela las particularidades de un cultivo que alcanzó significativos niveles de producción en una región del oriente cubano. En esta perspectiva se resaltan dos aristas importantes: la narración de una historia ignota de la producción y co-

mercantilización del banano y, a la vez, la explicación de las particularidades socioeconómicas de una región poco estudiada.

El texto ha sido organizado según la tradicional y polémica fórmula cronológica, utilizando los acontecimientos políticos para enmarcar diferentes momentos de su estudio. En esta oportunidad ha sido un instrumento útil y bien esgrimido, que le permitió al autor transitar un extenso recorrido, y permitió así incluir en su obra múltiples detalles que influyen en diferentes etapas en todo el proceso de producción y comercialización del banano. Puede, por tanto, lograr todo el devenir de este proceso desde el auge –que convirtió a Cuba en una de las principales exportadoras de banano– hasta el análisis de las causas de su declive en el siglo xx.

Desde el comienzo de la lectura puede percibirse que vamos a recorrer un texto agradable, elegante, preciso. Un excelente prólogo nos prepara acerca de las características de *La costa cubana...* Seis capítulos organizan el cuerpo de la obra, que incluye, además, anexos estadísticos, fotos, mapas y una excelente bibliografía consultada. El autor confeccionó diferentes gráficos que sustentan la información que nos ofrece, aunque la calidad de impresión –no imputable a él– es poco atractiva y puede hasta crear confusión sobre lo que se propone demostrar.

Acertadamente, los capítulos comienzan con “Rutas...” en su recorrido por el mundo, camino ampliamente explicado y que nos reporta evidencias poco divulgadas de cómo llega a Cuba el banano, de su importancia e inserción como base de la alimentación de la población durante siglos.

Entre otros aportes, nos proporciona algunas valoraciones de cómo en diferentes coyunturas y a partir de este producto, también se conformaron vínculos mercantiles importantes entre los Estados Unidos y Cuba; manifiesta los atributos de la naturaleza para favorecer a la futura región bananera de Cuba, lo que le permite en otro capítulo afirmar que “En la primera mitad del siglo xix la agricultura cubana todavía disponía de un discreto grado de diversificación. Sin embargo la administración no consideraba a las frutas como una fuente importante de ingresos [...]”.⁴

Desde la valoración del acontecimiento que inauguró la comercialización del banano en América, el autor recorre todo el proceso y las condicionantes del ascenso de la explotación bananera. Explica cómo la situación nacional influye en el auge o decadencia de la producción-comercialización, y de la forma en que estas coyunturas son aprovechadas por otras regiones de Centroamérica para expandir la producción y comercialización.

También compara con acierto que si en el occidente del país se puede mantener la producción del azúcar, ya que este territorio no es escenario fundamental de las acciones bélicas en la lucha por la independencia, en oriente,⁵ y en este caso con el banano, no resulta así, pues hay importantes pérdidas en el período bélico, siendo esta una de las causas que explica el auge bananero ocurrido en el lapso entre las dos guerras por la independencia: 1878-1895.

Relevante y amena resulta la narración acerca de cómo llegaron los monopolios al negocio bananero. En las regiones donde se desarrolla

el banano, se produce un verdadero contrapunteo entre el azúcar y ese cultivo, del cual salen vencedoras las inversiones azucareras impulsadas por el capital norteamericano.

De igual forma, nos explica la recuperación relativa y las particularidades del negocio bananero durante los primeros años del siglo xx, y destaca las denominadas asimetrías en la práctica comercial que van desde la diferencia de los cultivadores –por su origen y su capacidad productiva– hasta algunos aspectos de la realización comercial del producto.

Importante resulta la comparación sobre los efectos de la primera guerra mundial en favor del azúcar y en detrimento del banano. Tan negativos fueron los efectos que se resalta la existencia de manifestaciones de intereses locales en Sagua de Tánamo, en un diario nombrado *El Tanameño*.

El texto cierra con el Capítulo VI, donde se relatan los altibajos en el cultivo y exportación del guineo hasta revelar las condiciones que permitieron a Cuba iniciar un camino sin regreso hacia la desaparición del comercio internacional.

Por último, quisiera distinguir que son dos los objetivos propuestos por el autor. El primero se refiere a la recopi-

lación, ordenamiento y exposición de la información sobre el tema, avalados por la consulta de una pródiga y bien seleccionada fuente bibliográfica. El segundo se dirige al conocimiento de aspectos ignorados en nuestra historiografía sobre el alcance de la actividad comercial del banano. Con la autoridad que como lectora me concedió el autor, me complace apreciar como relevantes sus resultados e invito a descubrir los innumerables detalles novedosos que nos brinda para el conocimiento de la compleja realidad socioeconómica cubana del tránsito secular.

Notas

¹ El autor desde la década del 70 del pasado siglo incorporó esta temática a su línea de investigación como lo demuestran numerosos trabajos, entre ellos: “La costa cubana del comercio bananero (1804-1868)”, *Tiempos de América: Revista de Historia, Cultura y Territorio*, No. 7, 2000, p. 67-84, y “Santo, seña y ruta histórica del plátano hasta Cuba”, *Revista de Indias*, No. 221, 2001, p. 141-166.

² García Álvarez, Alejandro. *La costa cubana del guineo. Una historia bananera*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2008, p. XI.

³ *Ibíd.*

⁴ *Ibíd.*, p. 50.

⁵ Guerras de independencia.

El hombre que amaba a los perros

Marta B. Armenteros

Editora

*Porque no hay nada secreto que no
pueda ser descubierto,
ni nada oculto que no pueda ser cono-
cido o publicado.*

LUC VIII 17

Publicada en el 2009 por Tusquets Editores, es una de las novelas más esperadas de Leonardo Padura Fuentes por el lector, tanto por el éxito de las anteriores, como por las historias que narra: las vidas de Liev Dávídovich Bronstein, conocido como León Ivanovich Trostki, y de su asesino Ramón Mercader del Río. Además, como el público asiduo a la obra de Padura puede suponer, es el reflejo de las sociedades donde se desarrolla la trama, en este caso, la soviética desde la década del 20 hasta la del 60 y donde hace énfasis en el controvertido período de Josef Stalin; la española durante la guerra civil, y la cubana a partir de los años del 70 hasta el 2004, etapa en la que se manifiestan momentos muy embarazosos como el llamado por Ambrosio Fornet “quinquenio gris” (1971-1976), en el cual se produce una intensificación en la persecución de la homosexualidad. También aparece el difícil Período especial cubano de la década del 90.

Todo conforma una obra de ficción, pero como me dijo mi amigo, el inves-

tigador Leonel Maza: “Con la obra de Padura puede estudiarse la historia de las etapas a las que se refiere”. Y coincido con él.

Posiblemente, el lector extranjero conozca sobre Trostki y Mercader, pero el cubano no tanto, pues “Para empezar [...], muy poca gente en el país tenía alguna idea de quién había sido Trostki y las razones de su caída política, la persecución que sufriría y la muerte que le dieron; menos aún eran los que sabían cómo se había organizado la ejecución del revolucionario y quién había cumplido ese mandato final [...]”.¹

Sobre Mercader había mucha menos referencia, ¿quién iba a imaginar que el asesino era un español cuya madre había nacido en Cuba? Caridad, mujer de carácter fuerte y dogmático, capaz de incitar a su hijo a cumplir una “importante misión” y a quien en una parte del libro le dice: “Mañana, pasado mañana, dentro de dos días, cuando estés frente al hombre al que tienes que matar, recuerda que es mi enemigo y también el tuyo. Que todo lo que dice sobre la igualdad y el proletariado es pura mentira y lo único que quiere es el poder. El poder para degradar a las personas, para dominarlas, para hacer que se arrastren y sientan miedo [...], que es con lo que más disfrutaban los que gozan del poder”. (p. 435)

La novela, con 573 páginas, está dividida en tres partes. La primera es la presentación y casi un resumen de lo que se leerá después. En ella se introducen a los personajes que llevan el hilo conductor de la historia: a Iván, un escritor cubano frustrado, a Trostki y a Ramón Mercader. También el lector conoce los primeros exilios del ruso por el Asia soviética, Turquía, Francia,

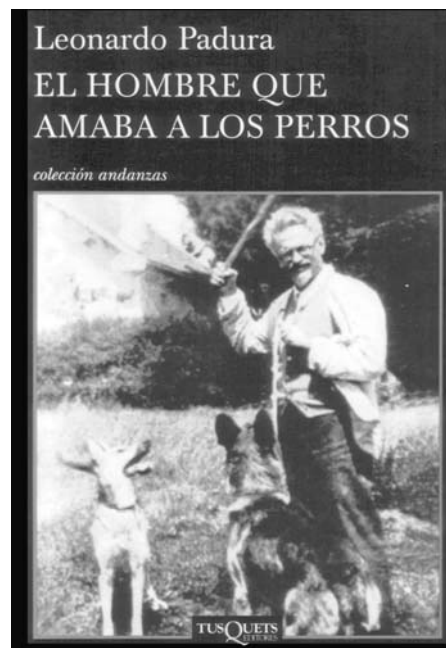
Noruega y desde su llegada a México (1929-1937); la participación de Mercader en la guerra civil española, así como su entrenamiento en la Unión Soviética para matar a Trostki. La historia de Iván comienza en el año 2004 con la muerte de su esposa, para de ahí retroceder 30 años, aunque ya en esta parte se da a conocer su encuentro con Jaime López, ¿Ramón Mercader?, “el hombre que amaba a los perros”, en la playa Santa María del Mar, ubicada al este de la Ciudad de La Habana.

Esta primera parte constituye un entrante de la novela, pues desde ella el autor muestra las cartas sobre la mesa, pero como en todo juego de azar lo mejor viene después.

Se inicia la segunda parte con la llegada de Trostki y su esposa Natalia a México en enero de 1937. En ella Padura muestra la relación de los Trostki con el pintor muralista Diego Rivera y su compañera, la también pintora Frida Kahlo, con quien el exiliado tiene un romance, cuyo desenlace los conduce, entre otros problemas, a buscar otra casa donde vivir: la de la avenida Viena, donde sería asesinado poco después.

En esta sección aparece un personaje útil en la trama: Sylvia Ageloff, joven norteamericana que es miembro de los círculos troskistas y a través de la cual se logra el acercamiento de Mercader, ahora bajo la identidad de Jacques Mornard, a Trostki. También aquí Stalin decide el comienzo de la operación Utká (pato), que concluiría con el asesinato de Trostki, y en donde Mercader sería un punto clave del plan, aunque no el único.

Hay dos hechos que marcan al español en su marcha hacia la muerte



de Trostki: se encuentra un piolet de alpinismo y lo guarda, y ese mismo día establece relaciones más estrechas con dos colaboradores cercanos al ruso y siente que “[...] su destino era entrar en la historia como un servidor de la causa de los proletarios del mundo”. (p. 372)

Los encuentros entre Iván y Mercader, que ocurren en 1977, se interrumpen hasta que en 1983 una mujer negra llega a casa del escritor frustrado y le entrega un sobre de Manila con manuscritos en donde López-Mercader le explica al joven el porqué no había asistido a la última cita y le relata los años finales del asesino. Una década después, en 1993, Iván recibe por el correo un paquete inesperado: el libro sobre Ramón Mercader escrito por su hermano Luis y Germán Sánchez, con lo cual ya sus sospechas acerca de la identidad de López se confirman: Ramón Mercader y Jaime López son la

misma persona. La lectura del libro le provoca “[...] un patente sentimiento de compasión por el propio Mercader y [...] por primera vez entendí las proporciones de su fe, de sus miedos, y la obsesión por el silencio a ultranza que conservaría hasta la última respiración”. (p. 399)

Obsesión que empezó a sentir Iván por escribir lo que le había narrado Mercader-López en la playa, ya que para él “[...] su intención de entender la vida de Ramón Mercader implicaba tratar de entender también la de su víctima, pues aquel asesino únicamente estaría completo, como verdugo y como ser humano, si lo acompañaba el objetivo de su acto, el depositario de su odio y del odio de los hombres que lo indujeron y armaron”. (p. 408)

En el capítulo 24, Padura describe a través de las vicisitudes que pasa Iván, el Período especial en Cuba (década del 90), y además se refiere al verano de 1994 cuando miles de cubanos decidieron abandonar el país por mar en cualquier artefacto que pudieran utilizar como embarcación.

Una visita inesperada a la casa de Iván se produce casi al final de esta parte: la del hombre negro que acompañaba y vigilaba a Mercader-López durante sus viajes a la playa, quien le explica cómo y por qué habían sido sus relaciones con el exiliado hasta su muerte.

Ya la acción final del asesinato empieza a desencadenarse en junio de 1940 y ambos protagonistas comienzan a relacionarse, aunque al parecer Trotski presiente su pronta muerte, pues en su testamento declara: “[...] durante cuarenta y dos [años] he luchado bajo la bandera del marxismo. Si hubiera de

comenzar otra vez, trataría de evitar tal o cual error, pero el curso general de mi vida permanecería inalterado. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y un ateo irreconciliable. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es menos ardiente, sino más firme hoy, de lo que era en días de mi juventud”. (p. 443) Y recomienda “Que las futuras generaciones limpien la vida de todo mal, de toda opresión y violencia, y la disfruten a plenitud”. (p. 443)

La descripción del desenlace fatal no es larga, pero sí muy gráfica:

Levantó el brazo derecho, lo llevó hasta más atrás de su cabeza, apretó con fuerza el mango recortado [del piolet] y cerró los ojos. No pudo ver, en el último momento, que el condenado, con las cuartillas tachadas en la mano, volvía la cabeza y tenía el tiempo justo de descubrir a Jacques Mornard mientras éste bajaba con todas sus fuerzas un piolet que buscaba el centro de su cráneo.

El grito de espanto y dolor removió los cimientos de la fortaleza inútil de la avenida Viena. (p. 483)

“Apocalipsis” denomina la tercera parte el autor, pero, ¿en la acepción de “fin del mundo” o en la de “[...] comunicar a los oprimidos de todos los tiempos que ‘al final todo está bien’ [...]”²; el lector hallará su propia respuesta. En esta parte, la más corta, ya se da a conocer que la vida de Mercader, concluida su misión, su tiempo de prisión, 20 años sin confesar su verdadera identidad, así como su llegada a Moscú, después de haber pasado por La Habana en viaje de tránsito, entra en la etapa más difícil para él como ser humano,

pues aunque trata de llevar una vida normal, el pasado siempre está presente espiritual y físicamente en la cicatriz de la mordida que le diera Trostki en la mano antes de morir y en el grito de dolor que emitiera este, y que nunca deja de oír. Además, se encuentra con su mentor, a quien le confiesa que al salir de la cárcel sintió que: “Como le ocurrió al renegado [Trostki] treinta años antes, ahora el mundo se había convertido para él en un planeta para el que no tenía visado [...]. Su único refugio era la Unión Soviética donde, bien lo sabía, su presencia tampoco sería aceptada con agrado [...]”. (p. 523) Asimismo, comprende que “[...] había sido una marioneta en un plan turbio y mezquino [...]”. (p. 528)

“Réquiem”, es el final del libro, y ¿quién necesita una misa? Creo que todos los protagonistas. En esta parte Dany reflexiona acerca de su amistad con Iván, que había durado 31 años, y recuerda el último encuentro entre ambos cuando el escritor frustrado le dio a leer los papeles de Mercader y le dijo: “Voy a terminar de escribir cómo lo conocí y por qué no me atreví desde el principio a contar su historia. No quiero hacerlo, pero tengo que escribirlo. Cuando acabe, te voy dar todos mis papeles para que hagas con eso lo que te salga... Yo no soy escritor ni nunca lo fui, y no me interesa publicarlo ni que nadie lo lea...”. Y añadió: “Yo también soy un fantasma”. (p. 562)

Fantasmas..., fantasmas son Trostki, Mercader, Ana, la esposa de Iván, el hermano y su pareja muertos en el mar en una frágil embarcación, discriminados por la sociedad y la familia por ser homosexuales, Iván, que nunca llegó a ser un escritor consagrado y murió aplastado

junto a su perro por el techo de su cuarto destartado. Todos, todos, merecen una misa...

El libro termina con Dany reflexionando después de leer los textos del amigo: “Mientras iba leyendo, sentía cómo el propio Iván salía de su piel y dejaba de ser una persona que escribía para convertirse en un personaje dentro de lo escrito: en su historia, mi amigo emerge como un condensado de nuestro tiempo, como un carácter a veces exageradamente trágico, aunque con un indiscutible aliento de realidad”. (p. 569), y decide enterrar junto a Truco, el perro de Iván, todos los papeles...

Notas

¹ Padura Fuentes, Leonardo. *El hombre que amaba a los perros*, Tusquets Editores, México, 2009. p. 409. (Colección Andanzas)

A partir de esta cita, a todas las que sean de la novela, solo se les pondrá entre paréntesis el número de la página.

² Wolfgang Gruñe. *Pequeño vocabulario bíblico*.

La incesante temporalidad de la poesía

Jesús Dueñas Becerra

Crítico y periodista

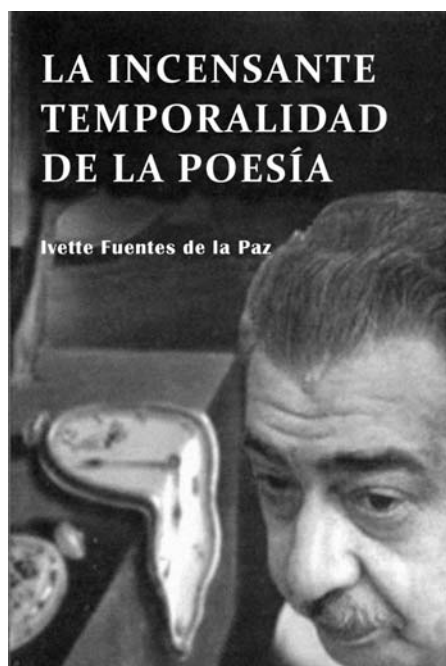
*“Todo tiempo viviente está respaldado
[...] por la poesía”.*

JOSÉ LEZAMA LIMA

La doctora en Ciencias Filológicas, Ivette Fuentes de la Paz, investigadora titular del capitalino Instituto de Literatura y Lingüística Dr. José Antonio Portuondo, es la autora del libro *La incesante temporalidad de la poesía*, publicado por la Editorial Oriente (Santiago de Cuba, 2006), y presentado por el doctor en Ciencias Filosóficas, José Orlando Suárez Tajonera, profesor emérito del Instituto Superior de Arte (ISA), en la Casa-Museo José Lezama Lima, en La Habana, la capital cubana.

En ese texto, la también crítica y ensayista no sólo analiza el concepto espacio-temporal en la vastísima producción literaria del ilustre poeta y escritor cubano, sino también explora nuevas vías, aporta valiosas herramientas de trabajo para enfrentar el estudio crítico de la fecunda obra lezamiana y, consecuentemente, captar los sólidos valores éticos, humanos y espirituales enraizados en su “estética subyacente”.¹

La tesis doctoral de Ivette Fuentes de la Paz, devenida en ensayo pionero en el campo de la exegética filosófi-



ca en torno al autor de *Paradiso*, es fuente de obligada consulta para los estudiosos de la vida y la obra de José Lezama Lima (1910-1976), cuyo centenario se conmemora el 2010, ya que “disecciona” –con afilado pero amoroso bisturí– algunos de los textos principales de la producción intelectual y espiritual del fundador del emblemático grupo Orígenes, que llenara toda una época dorada en la historia de la cultura cubana contemporánea; establece asimismo un discurso que potencializa las ya infinitas rutas abiertas por la crítica literaria, y acaricia la mente y el alma del lector, que es, según José Martí, “[...] la [sagrada] faena del que escribe”.²

Para la autora “[...] la divisa lezamiana de que ‘sólo lo difícil es estimulante’”,³ la motivó a realizar el ejercicio de defensa del grado científico de doctor en Ciencias Filológicas

y también la aguijoneó –desde la vertiente cognitivo-afectiva– para escribir *La incesante temporalidad...*, ejercicio crítico-literario que para ella representó sentir la respiración entrecortada de Lezama –como consecuencia de las graves crisis asmáticas que padeciera en vida– y percibir el haz de luz que emana del espíritu de ese gigante de la literatura cubana y universal.

La lectura serena y reflexiva de *La incesante temporalidad...*, de la doctora Ivette Fuentes de la Paz, se convierte,

pues, en una caricia al intelecto y al espíritu de quienes deseen develar los “secretos” de la lezamiana estética subyacente.³

Notas

¹ Fuentes de la Paz, Ivette. “Nota preliminar”. En *La incesante temporalidad de la poesía*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2006.

² Battle, Jorge Sergio. *José Martí: aforismos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2004, p. 232.

³ Fuentes de la Paz, I. *Op. cit.* (1).

La enseñanza de la conservación del patrimonio...

Un libro necesario

Amelia Gómez Fernández

*Jefa del Departamento Docente del Colegio
Universitario San Gerónimo de La Habana*

Llega a mis manos un libro sobre la enseñanza de la conservación del patrimonio y como partícipe de una carrera que no tiene precedentes en Cuba, Preservación y Gestión del Patrimonio Histórico Cultural, siento la necesidad de leerlo, y aún más, de poner a disposición de los especialistas y lectores en general algunos comentarios acerca del mismo, de manera que estimule su lectura, con especial referencia para docentes e investigadores y para todos aquellos que incursionan en el campo de la conservación del patrimonio edificado.

Enseñanza de la conservación del patrimonio. Experiencias en la Universidad de Camagüey y el Politécnico de Milán es el tercer libro publicado como resultado de las investigaciones conjuntas realizadas entre el Politécnico de Milán, Italia y el Centro de Estudios de Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado de la Ciudad de

Camaguey (CECONS), que comenzaron en 1999, en el ámbito del proyecto de colaboración científico-técnica entre ambas instituciones, las cuales tienen una larga y fructífera labor en el campo de la conservación del patrimonio edificado, y en el caso de la ciudad de Camaguey, esta se ha visto reconocida por la reciente declaración, el 7 de julio de 2008, como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

La práctica de la conservación y la restauración en la actualidad, se nutre de las aportaciones de las ciencias experimentales en sus diferentes campos, por lo que la enseñanza en esta especialidad requiere cada vez más de un alto nivel profesional. Esto se logra con la implementación de carreras universitarias cuyo modelo del profesional responda a las necesidades propias, no solo de la profesión, sino de cada región. Tal es el caso de la experiencia de estas dos universidades, en lugares tan distantes como Italia y Cuba.

La edición del libro por Lucio Pallo-tino del DIIAR-Politécnico de Milán, en (fecha), tiene una impresión de calidad con múltiples figuras que refuerzan el texto y permiten visualizar y comprender los contenidos expuestos. Su estructura es de cinco capítulos, precedidos por la presentación de los rectores de ambas universidades y por los prólogos de los coordinadores del proyecto de colaboración en ambos países.

Realizado por un colectivo de autores de vasta experiencia como investigadores y docentes, al decir de los rectores, “[...] nos brindan la oportunidad de apreciar, cómo se expresa en dos ámbitos diferentes, la voluntad de propiciar una adecuada formación

para intervenir como protagonistas en la conservación del patrimonio cultural y la riqueza artística e histórica de nuestras naciones”,¹ y cómo “[...] los trabajos de investigación de los docentes del Politécnico contenidos en esta publicación conjunta, podrían ser de anterior estímulo y sostén para los docentes de la Universidad cubana, en una siempre mejor sinergia entre las dos civilidades así lejanas en el espacio, pero así cercanas en el sentido cultural, como son la europea y la cubana”.²

Si nos acercamos al contenido del libro, el capítulo uno trata sobre el carácter sistémico de la enseñanza de la conservación del patrimonio en la Universidad de Camagüey y cómo desde la década del 80, dentro del plan de estudios de la carrera de Arquitectura e Ingeniería Civil, se comenzó toda una actividad docente en pregrado y postgrado, vinculada a los temas de investigación. Se explica la evolución de estas actividades y se expone la estructura académica actual, así como las interrelaciones básicas del proceso enseñanza-aprendizaje y de investigación.

El capítulo dos aborda el carácter interdisciplinario en la enseñanza para la conservación del patrimonio, como una demanda indiscutible en estos tiempos. Expone los casos de las facultades de Arquitectura y de la de Arquitectura Civil, del Politécnico de Milán, a través del diseño de sus disciplinas y su implementación práctica, con el empleo de técnicas de otras ciencias experimentales como la fotogrametría.

Volviendo a la experiencia cubana, el capítulo tres expone la docencia de pregrado en la carrera de Arquitectura, que familiariza al estudiante con los

valores, conceptos, leyes y valoraciones del patrimonio edificado, así como la elaboración de proyectos en el ciclo básico. Destaca en el ciclo medio las características del denominado semestre integral, diseñado con un perfil de integralidad e interdisciplinariedad que requiere un importante trabajo metodológico, además de exponer los proyectos del ciclo superior (quinto año) que culminan con los trabajos de diploma, donde el CECONS propone una serie de investigaciones sobre la conservación del patrimonio, generalmente vinculadas a los resultados investigativos de cada profesor.

El capítulo cuatro se centra en las experiencias sobre la enseñanza en la conservación del patrimonio en el Politécnico de Milán. En el primer acápite se aborda, lo que el autor denomina “las asignaturas de las medidas y de la representación”. Se trata de las técnicas fotogramétricas de las cuales se plantea que ningún conservador o restaurador de bienes arquitectónicos puede prescindir. Un segundo acápite trata acerca de las investigaciones técnicas sobre los materiales para la conservación de la arquitectura, los centros encargados de estas, y ejemplos de aplicación de dichas investigaciones, exponiendo las diferencias entre el campo arqueológico y el arquitectónico. El tercero comprende el papel de la historia de la arquitectura en la catalogación del patrimonio cultural.

Por último, el capítulo cinco vuelve a retomar el diseño del semestre integral, pero abundando acerca de los contenidos de cada una de las asignaturas que lo conforman, el que culmina con un proyecto de rehabilitación urbana de una zona del centro histórico. Se plan-

tea que constituye el ejercicio docente más completo que aborda la problemática de la conservación del patrimonio en su carácter multifacético.

Indiscutiblemente, las temáticas abordadas en este libro son de obligada consulta para todos aquellos que intervienen en alguna medida en el proceso de enseñanza-aprendizaje en esta especialidad, y además demuestran cómo los proyectos de colaboración bien estructurados dan sus beneficios en el tiempo, donde este libro es el mejor ejemplo.

Notas

¹ Díaz Barranco, Carlos. "Presentación del rector de la Universidad de Camagüey". En *Enseñanza de la conservación del patrimonio. Experiencias en la Universidad de Camagüey y el Politécnico de Milán*, Cuba, p. 5.

² Ballio, Giulio. "Presentación del rector del Politécnico de Milán, Italia". *Ibidem*, p. 7.

Normas de presentación de los artículos

Los interesados en publicar en la *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, deberán tener en cuenta los siguientes parámetros:

1. Los originales se harán llegar en formato electrónico, consignando en la primera página los siguientes datos:

- Título del trabajo y fecha de presentación

- Resumen del artículo

- Palabras clave

2. Los autores deben precisar los siguientes requisitos aspectos:

- Nombre completo

- Número de carné de identidad

- Dirección particular

- Institución, área y departamento de trabajo

- Cargos, títulos académicos, categorías docentes o científicas

- Número de teléfono y dirección de correo electrónico

3. Especificaciones del texto digital

- Los trabajos serán entregados en Word, Arial 12, interlineado doble.

- Alineación izquierda, sin justificar (sin alinear a la derecha).

- Números de las páginas en el margen inferior, alineados a la derecha.

- No se admitirán textos con párrafos cuyos fines de líneas estén delimitados por retornos manuales (producidos por la tecla *Enter*, según el hábito de la dactilografía mecánica), sólo se pondrá fin de párrafo cuando se trate del punto aparte, los demás fines de línea del

párrafo, el procesador de texto Word los irá haciendo automáticamente a medida que se escribe.

- La bibliografía y notas deben estar al final del documento.

4. Detalles del texto impreso

- Se imprimirán en papel tamaño A4 (21,0 x 29,7 cm).

5. Imágenes digitales

- El soporte, identificado con el nombre del trabajo, contendrá dos archivos: uno con el cuerpo del texto y otro con las imágenes.

- Las tablas pueden ir incorporadas al texto, en el lugar que ocupan dentro de este. De no ser así, tendrán el mismo tratamiento que las imágenes.

- Todas las tablas (estén dentro o fuera del texto) serán confeccionadas en formato Word.

- En el texto debe señalarse (con números) dónde van las imágenes y tablas, e identificarlas con la misma numeración en el archivo que las contenga.

- La resolución de las imágenes debe ser de 300 dpi o mayor, y todas estarán en formato jpg.

- Las imágenes deben estar identificadas por un pie.

Los trabajos se entregarán a la doctora Araceli García-Carranza o al departamento de Ediciones de la Biblioteca Nacional.

Para cualquier consulta o sugerencia sobre esta convocatoria pueden dirigirse a araceli@bnjm.cu y/o elda@bnjm.cu

Un Consejo Editorial, conformado por especialistas de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, determinará los artículos que se publicarán, en correspondencia con los objetivos e intereses de la institución.